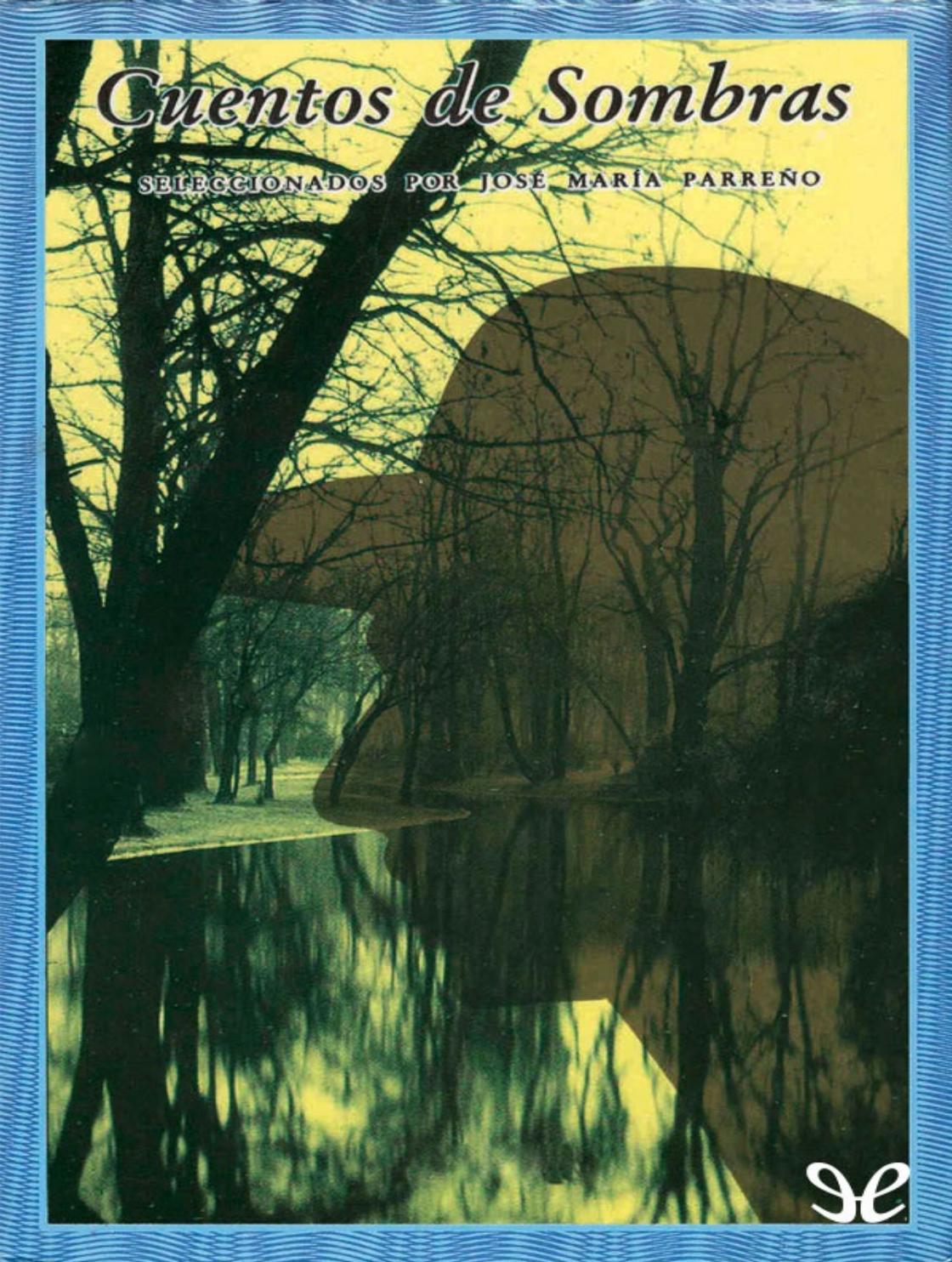


Cuentos de Sombras

SELECCIONADOS POR JOSÉ MARÍA PARREÑO



se

«En la sombra de un hombre que camina hay más enigmas que en todas las religiones del mundo», escribió misteriosamente Vita Sackville-West. Entre los fenómenos naturales que el hombre ha sabido convertir en símbolos, pocos son tan ricos en significados como éste. Símbolo del mal y de la muerte, del alma y del espíritu, de lo pasajero y lo imperfecto... En todo caso, la sombra ha proporcionado a la literatura algunas de sus invenciones más memorables, más inquietantes y sutiles, entre las que se encuentran las seleccionadas en este volumen.

En el apólogo de Esopo y en la pieza teatral de Durrenmatt la sombra de un burro sirve para mostrarnos hasta dónde puede llegar la estupidez humana, dejando una sonrisa amarga en el lector. El milagro de Teófilo y la leyenda de El hombre que perdió su sombra narran las consecuencias que tiene para la sombra, cuerpo del alma, el trato con el Diablo. Los textos de Wilde y Hofmannsthal nos revelan que nuestras vulgares sombras son rasgos preciosos de humanidad. En la leyenda de Juan sin Miedo, en la inesperada novelita de

Galdós, en el cuento de Gautier, la sombra encarna todo aquello que sus protagonistas más temen. En el Entremés de la Sombra el marido burlado se burla de todos nosotros a su costa. En el cuento de Poe la sombra cumple un papel clásico. Nerval dedica unas páginas de su extraordinario Viaje a Oriente a describir el Karagöz, el teatro de sombras de Constantinopla. Y finalmente nuestra contemporánea Cristina Fernández Cubas, en un misterioso relato, nos proporciona la visión de una sombra que no habríamos esperado, eco y resumen de todas las demás.



AA. VV.

Cuentos de sombras

El ojo sin párpado - 30

ePub r1.0
orhi 21.10.15

Título original: *Cuentos de sombras*

AA. VV., 1989

Traducción: Luis Alberto de Cuenca & Elena del Amo & Julio Cortázar & Dafna Mazin & Isabel del Río & María Antonia Seijo Castroviejo

Editor digital: orhi

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

«En la sombra de un hombre que camina hay más enigmas que en todas las religiones del mundo» escribió misteriosamente Vita Sackville-West. Es una impresión que he tenido en muchas ocasiones siguiendo la pista de una sombra a través del folklore, la literatura o la pintura. Entre los fenómenos naturales que el hombre ha sabido convertir en símbolos, pocos son tan ricos en significados como éste. Si la existencia es un folio desplegado y el mundo un libro, como han pensado muchos, pocas letras son tan poderosas como sombra en esa desmesurada escritura. Símbolo del mal y de la muerte, del doble, del alma y del espíritu, de lo pasajero y lo irreal, del castigo, de la ignorancia, del cobijo. Noche en miniatura, abreviatura de la oscuridad, pero también dedo que señala el día. Yin- yang cósmico que gira sin cesar. Cada cultura y cada época le han atribuido un simbolismo específico, hasta acabar por ser el símbolo mismo de la fantasía.

Cuando empecé a interesarme por la sombra no suponía que su presencia en la cultura fuera casi ubicua. O acaso me sucede como a quien se enamora de una pelirroja, que ve pelirrojas por

todos sitios. En todo caso la sombra ha proporcionado a la literatura algunas de sus invenciones más memorables, más inquietantes y sutiles. De entre estas numerosas creaciones he seleccionado apenas una docena. El criterio para hacerlo ha sido su capacidad de sugerencia. No se ha evitado la heterogeneidad de géneros, que traiciona el título del libro, ni se ha perseguido cubrir todo espectro de significados. Excluí sin embargo algunos textos de interés, por ser conocidos y de fácil acceso (los de Andersen y Chamisso), y otros por la inevitable limitación de espacio (de Apollinaire y Kipling). En el libro que sujetas conviven, pues, cuentos con piezas dramáticas y leyendas, el recuerdo de un viaje y un apólogo clásico. Aun he prescindido de géneros completos: la poesía, y también la emblemática, donde la sombra aparece con no menos frecuencia que el pelicano o la flecha. Decía Borges que la historia de la literatura es la historia de sus metáforas, yo creo que la historia del espíritu humano es la de sus símbolos. Y este de la sombra viene acompañándonos desde el principio.

El episodio de la caverna, en La República (ca. 380 a. C.) de Platón, proporciona una de las metáforas germinales de la cultura occidental. La sombra, símbolo de irrealidad y conocimiento

imperfecto, alude a tu vez a otra instancia de la que es mero anuncio y degradación. El platonismo subrayó el primer aspecto y el neoplatonismo el segundo. La Escolástica terminó convirtiendo la sombra en símbolo del símbolo.

La sombra, es verdad, simboliza lo ilusorio, pero con una connotación de importancia: es como humo que señala al fuego. La sombra será siempre lo irreal en relación con lo real, siempre se presentará como lo que existe con respecto a otra cosa. Podemos concebir la oscuridad sin luz, pero no la sombra sin luz. La sombra aparece siempre por gradación o por contraste, nunca por exclusión. De este modo el idealismo se sirvió de la sombra para negar la realidad y el neoplatonismo, para afirmar la existencia de planos de realidad diferentes al nuestro. Pero si la sombra es la gran metáfora de aquello que no es, el nombre de una ausencia, lo es también de lo que se confunde con lo real. Desde la Suma Teológica al refranero se repite la misma advertencia: sombra y pintura no son «cosas» por más que lo parezcan. Si tanto se insiste en su irrealidad es por lo fácil que es confundirlas, y no sólo en la sofisticada fábula platónica. La tradición popular lo refleja también: ahí está esa leyenda hindú que habla de una sombra apaleada al ser confundida con un ladrón. La Biblia, los

clásicos griegos, el budismo, el taoísmo y la mística musulmana emplean la sombra como metáfora de la mera apariencia sin sustancia. Los exempla medievales recogen la idea en la historia del tonto que ataca a su sombra con un palo (un eco de esto se puede escuchar en La nave de los locos de Brandt, o en El sueño de una noche de verano de Shakespeare). El Entremés de la Sombra (1790), incluido en esta selección, aprovecha esa similitud para organizar una intriga contradictoria: el sacristán Chinela, con el que engaña a Benito su esposa, se hace pasar por la sombra del marido para no ser descubierto. El truco da resultado en tanto en cuanto Benito parece preferir la paz del hogar a la verdad. La entrada en escena del vecino le enfrenta con la realidad. Un comportamiento tan contrario al tópico de la defensa de la honra vincula esta obra a las comedias de magia o de figurón. Por su parte, el Apólogo de la Sombra de un Burro (550 a. C.) que recogemos se atribuye a Esopo, aunque sólo la edición de Car. Halm (Leipzig, 1852) lo incluye entre sus fábulas. Se trata de una ironía acerca del interés que suscitan en los hombres las cosas más nimias, dejando de lado las verdaderamente importantes. Y de hecho la sombra ha arraigado en nuestra cultura como sinónimo de lo insignificante. Por su parte la pieza dramática de

Dürrenmatt, titulada Proceso por la sombra de un burro (1951), desarrolla esta idea hasta sus últimas consecuencias, como ya lo hiciera en Die Abderiten (1774) Ch. M. Wieland, convirtiendo el litigio por el disfrute de la sombra de un burro en la causa de una verdadera catástrofe nacional.

Plinio el Joven cuenta en el libro XXXIV de su Historia Natural cuál fue el origen de la pintura: «... consistió en circunscribir con líneas el contorno de la sombra de un hombre».

La creencia de que en la sombra se hacen visibles rasgos inmateriales de su dueño está muy arraigada. La antropología recoge testimonios de la convicción que tienen pueblos muy distintos y distantes entre sí de que la sombra de objetos, hombres y animales encarna su dimensión espiritual. Bajo este término genérico conviven, desde luego, distintas entidades. Lo intuimos a poco que observemos con algún detenimiento el comportamiento de la sombra en tradiciones y obras literarias. Se podría clasificar en cuatro apartados:

1. Aparición de la sombra, desligada del cuerpo, a la muerte del individuo.

2. Desaparición temporal o definitiva de la sombra en vida de su dueño.

3. Importancia de la sombra como prueba de la

humanidad de su dueño (e identidad funcional de sombra e individuo: lo que le acontece a uno de los dos repercute en el otro).

4. Comportamiento independiente de sombra y de cuerpo.

Estos cuatro modos estructuran otros tantos significados del símbolo. En el primer caso, esa forma visible y personalizada, que sobrevive a la muerte del cuerpo, es lo que los griegos denominaron «psyché». Su genealogía es ilustre: aparece ya en los poemas homéricos (Odisea, canto XI). Cuando Ulises desciende al Hades para pedir consejo al sabio Tiresias se encontrará con la psyché de su madre, trata de abrazarla pero se escapa entre sus brazos «como sombra inasible que era». La psyché homérica no tiene que ver, aunque pudiera parecerlo, «con lo que acostumbramos a llamar espíritu y nosotros contraponemos al cuerpo», advierte Erwin Rhode en su conocido estudio. Se trata de una imagen que reproduce su contorno, que se hurta al tacto de los seres vivos y que permanece intacta cuando el cuerpo muerto se convierte en «tierra insensible» y se destruye. Pero también las potencias del querer, el pensar y el sentir se habrán desvanecido. La apariencia de la psyché en el mundo de los vivos asume, pues, los rasgos del fantasma. Psykaí son, y no otra cosa, los

fantasmas de la literatura clásica china, cuya aparición no produce sobresalto alguno. En la Occidental el fantasma ha evolucionado hasta convertirse en un ente con poderes de intervención en la realidad. Pero psyché al fin y al cabo es la aparición con la que tropieza Hamlet (Act. I) o a la que se refiere el doctor Johnson:

«Boswell: —Por favor ¿cómo dijo que era la aparición?»

»Johnson: —Pues algo así como un ser que parecía una sombra.»

Y psyché es la sombra del cuento de Poe del mismo título (1850), que recogemos en esta selección.

Pero la historia del alma está jalonada de malentendidos. Las primeras traducciones del griego consagraron este término como equivalente de psyché, aunque ya hemos distinguido uno del otro. El alma, a diferencia de la psyché, ostenta connotaciones religiosas y la suerte de su existencia ultraterrena está determinada por el comportamiento en vida de su dueño. En nuestra cultura, a causa de la influencia del cristianismo, el alma se ha convertido en la instancia hegemónica de la dimensión inmaterial del ser humano. Ha secuestrado la psyché y el espíritu para convertirse en pareja de un cuerpo reducido a la monogamia.

En otras culturas no ha sido así. Las tribus indias del Canadá consideran que a la muerte del hombre la sombra y el alma, diferentes una de la otra, se separan ambas del cadáver. El alma parte al reino del lobo, y la sombra en cambio, mera psyché, vaga por las proximidades de la tumba y será quien mantenga relaciones con los vivos. Al destino invariable de la psyché (hundirse en el Hades) se contrapone el juicio al que se verá sometida el alma. El «devorador de sombras» es en El Libro de los Muertos egipcio quien se ocupa de castigar a las almas condenadas, en lo que constituye el primer relato escrito del Juicio. En todo caso, la identificación entre sombra y espíritu, sin entrar en matices sobre qué se entiende por éste, ya hemos dicho que parece ser una intuición universal. Entre los fang, los bakelos y otras tribus africanas, sombra y alma son sinónimos; entre los indígenas de América del Sur una misma palabra designa alma, sombra e imagen; para los yakutos la sombra es una de las tres almas del hombre, por lo que es muy respetada y se prohíbe a los niños jugar con ella... La tradición occidental, por su parte, considera la sombra como «el cuerpo del alma». En este sentido su desaparición significa la pérdida del alma y por tanto «el cuerpo del condenado no hace sombra». La metáfora de la sombra perdida aparece

en nuestra selección en el cuento de Wilde y en las leyendas de Teófilo y del cura de Atarrabio (El hombre que perdió su sombra). La narración más famosa con este tema por argumento es sin duda La maravillosa historia de Peter Schlemihl (1814), de Chamisso, suficientemente accesible como para que aquí prescindamos de ella. En El pescador y su alma (1891), de Oscar Wilde, la sirenita de la que se ha enamorado el pescador le exige que renuncie a su alma si quiere obtener su amor, pues las gentes del mar no tienen alma. Lo logra desprendiéndose de su sombra mediante un ritual preciso, y de este modo se convierte en congénere de esa hada oceánica, ya que como señalábamos en el tercer apartado de nuestro esquema, la sombra es privativa de los seres plenamente humanos. Más adelante volveremos sobre ello. Por su parte, Teófilo y el cura de Atarrabio pierden su sombra a causa de sus relaciones con el Diablo. En el caso de Teófilo como consecuencia de un pacto expreso por el que renuncia a Jesucristo y se somete al Maligno a cambio de ciertos favores. En el del cura vasco como pago del conocimiento adquirido a su costa.

La leyenda de Teófilo (s. VI), tesorero de la Iglesia de Adana (Asia Menor) fue muy popular en Europa durante la Edad Media. Su primera versión es griega, escrita por Eutiquio poco después de la

muerte del Teófilo histórico. La tradujo al latín Pedro Diácono en el siglo VIII y de ella escribieron versiones Roswitha, Marbodo, Gautier de Coincy, Berceo, Alfonso X y Vicente de Beauvois entre otros.

De la leyenda del cura de Atrarrabio existen también varias versiones, recogidas por Cerquand, Vinson y García de Diego (que la tomó a su vez de Azkue). Son esencialmente iguales y sin duda tienen su origen en el episodio de la Cueva de Salamanca, que forma parte de la leyenda del Marqués de Villena. Botello de Moraes resume así el suceso: «En ella [la cueva] es el Demonio catedrático; y por salario se queda con un estudiante de cada siete que entran. Sólo el Marqués de Villena le engañó, dexándole la sombra en vez del cuerpo. Mas padeció el pobre Marqués el trabajo de no tener sombra desde aquel tiempo, cosa que hace estremecer las carnes». Feijoo lo relata también, añadiendo muy científicamente: «¡Ridícula quimera!, como si el demonio pudiera padecer una ilusión que no cree ni el niño más inocente». Ni Botello ni Feijoo se dieron cuenta de que lo que pretendía el Diablo no era quedarse con el cuerpo de sus discípulos, sino con su alma, y que el astuto Marqués la pierde creyendo que hace un buen negocio. No hay que insistir en la relevancia que en el terreno de lo mágico tiene Enrique de Villena en

nuestro país. Ya dijo Menéndez y Pelayo que le había faltado un Goethe que acertara a elevar a mito su peripecia vital. En ella se han inspirado, de todos modos, multitud de creaciones literarias: La cueva de Salamanca (Ruiz de Alarcón), La visita de los chistes (Quevedo), Lo que quería ver el Marqués de Villena (Rojas Zorrilla), y otras más de Cervantes, Lope, Larra, Espronceda, Hartzenbusch, etc. Recogió también la leyenda de Villena y su sombra un viajero alemán que visitó Salamanca alrededor de 1676. Johannes Limberg publicó en 1690 en Berlín la memoria de sus andanzas. Limberg es el primero en afirmar que el Diablo atrapa la sombra del Marqués privándole de ella para el resto de sus días. No se trata ya pues de un truco para burlarse de él, como tradicionalmente entendieron los escritores españoles, sino de la entrega efectiva de la sombra, que da lugar a los misteriosos trabajos a los que alude Botello de Moraes. Ampliamente conocido en Alemania, el libro de Limberg bien podría haber constituido la fuente inspiradora de Chamisso para su novela. De hecho éste se interesó por la filología española y prueba de ello es la temática de algunas de sus composiciones poéticas: Salas y Gómez, Don Juanito Marqués, verdugo de Leganés, Don Quijote. Más aún: Waxman afirma que en ocasiones Limberg se

refiere al Marqués de Villena calificándole de pobre hombre, «schlemihl» en dialecto judío-alemán. En fin, el motivo de Schlemihl será luego utilizado por la literatura centroeuropea (basta echar un vistazo al catálogo de Frenzel para cerciorarse de hasta qué punto) con una profusión comparable a la que alcanzó en España el del Marqués de Villena.

En lo que se refiere al tercer apartado de nuestra clasificación: identidad funcional entre sombra y cuerpo, e interpretación de la sombra como rasgo específicamente humano, veamos un pasaje de Cunqueiro: «Si se retenía la sombra de una persona enferma, como la sombra tiene la misma enfermedad y en la misma parte, curando la sombra, en la que se operaba con mayor libertad, se cosía, se limpiaba, incluso con esmeril y jabón de palosanto, quedando curado el cuerpo». Desde Rumanía al Cáucaso la tradición permitía hasta hace no mucho tiempo enterrar sombras en los cimientos de una casa como sustitución de los antiguos sacrificios humanos que procuraban solidez al edificio. Una leyenda galesa cuenta cómo Fionn mata finalmente a Cuirrech atravesando su sombra con la lanza (Plutarco y el Panchatantra narran sucesos parecidos) y en un contexto no literario está documentado el hecho de que la ley germánica medieval infligía penas a la sombra en

lugar de al condenado. La semejanza y la inseparabilidad de la sombra y el objeto que la proyecta determinan una suerte de dependencia esencial de una y otro. En las culturas primitivas se ha visto en ello una fuente de peligros. Cualquier daño que sufriera la sombra lo padecería su dueño en carne propia. Así la sombra deberá ser protegida de forma tanto mágica como material. La sombra constituye una suerte de espíritu o esencia que da vida a su cuerpo. Las tradiciones son explícitas en este sentido: los indígenas de Florida no se atreven a pasar junto a ciertos estanques cuando el sol pueda proyectar su sombra sobre la superficie de éstos. En China se tenía gran cuidado de no dejar la sombra de los presentes dentro del féretro cuando se cerraba la tapa, y cuando se hacía descender el ataúd, los enterradores se aseguraban sus propias sombras al cuerpo con tiras de tela firmemente atadas a sus cinturas. En sentido contrario, y siendo la sombra sinónimo o prolongación de su dueño, gozará de sus facultades. Por eso las jóvenes hindúes temen quedar embarazadas si la sombra de un hombre las cubre mientras se bañan desnudas. En los Hechos de los Apóstoles (5, 14-15) se lee que a san Pedro le bastó dejar pasar su sombra sobre los enfermos de las calles de Jerusalén para que quedaran sanados. En este

pasaje la sombra opera concretamente con uno de sus sentidos primordiales en la Biblia: la protección, el efecto benéfico («El ángel le contestó y dijo: el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra...»), Lucas 1,35). Pero debemos llamar la atención sobre una peculiaridad de la sombra menos evidente y por tanto más reveladora de su potencia simbólica: su dimensión como rasgo de humanidad. Algo de ello hay, ya lo veíamos, en la sombra del pescador de Wilde. En la novela de Chamisso la ausencia de sombra despierta una injustificada reticencia en la gente. La mentalidad popular cree que los seres de otro mundo, la «gente pequeña» de la tradición celta —hadas, elfos y ogros, y el mismo Diablo—, carecen de sombra, siendo éste un indicio que permite descubrir su verdadera naturaleza. La sombra está vinculada al paso del tiempo y eso la convierte en el símbolo adecuado para que su ausencia indique que su dueño ha alcanzado la inmortalidad y la juventud eterna (desde la literatura china a Peter Pan). También carecen de sombra los santos según las leyendas persas, Buda y el propio Mahoma. Escapara las leyes inamovibles de la física siempre ha sido en Europa motivo de recelo. Cesarius de Heisterbach cuenta que los herejes de Besançon hicieron un pacto con

el Diablo, y entre las maravillas que probaban su poder estaba caminar por el suelo enharinado sin dejar huellas, caminar sobre agua, no sufrir daño entre las llamas. Entre nuestros textos el que desarrolla esta tradición de forma más concreta es La mujer sin sombra de Hugo von Hofmannsthal. Concebida inicialmente como libreto de ópera, fue estrenada en 1919 con música de Richard Strauss, y tiempo después el propio Hofmannsthal la convirtió en novela. A diferencia de la interpretación que se suele dar de su argumento, la Emperatriz carece de sombra no por su esterilidad, sino por ser hija de Keikobad, rey de los espíritus. Por lo mismo no podía tener descendencia con un mortal. La búsqueda de su sombra es la renuncia a sus atributos mágicos y la aceptación de las limitaciones y los sentimientos humanos. A ellos está sujeto el perfecto ser humano imperfecto por un eslabón de sombra, y en la sombra, en lo sometido a causa-efecto por excelencia, se cifra esa sumisión: «Es proyectando sombra con lo que pagan su existencia en la tierra», dirá la Emperatriz. Hofmannsthal pudo encontrar su inspiración en el folklore europeo, pero también en el Mahabharata. Un bellissimo episodio, conocido en Occidente desde la traducción aparecida en 1819 en Londres, cuenta cómo Damayanti,

enamorada del rey Nala, no acierta a distinguirle de los dioses. Tiene que realizar su elección inaplazablemente y se devana los sesos buscando un rasgo que le identifique. El supremo Bhima oye sus súplicas y permite que la hermosa Damayanti contemple sus verdaderas naturalezas: «Ella vio a los sapientísimos todos, sin sudor, con los ojos inmóviles; sus frescas guirnaldas no se inclinaban al suelo. Y repetido por su sombra, las guirnaldas mustias, cubierto de polvo, sudoroso, de ojos pestañeantes, allí estaba Nala, señor de Nishuda».

La sombra junto con el reflejo en el agua fue la más antigua imagen que el hombre contempló de sí mismo. En el alba de la conciencia, sombra y reflejo, inasibles y fieles, semejantes y distintos de su dueño, debieron producir en el hombre emociones que se han grabado en lo más hondo de su inconsciente. La primera sospecha que nos puede asaltar al verlos es que vemos a otro, otro como yo que no soy yo. En segundo lugar podemos suponer que vemos a «otro yo», aquello que somos y que no conocemos. Lo segundo es mucho más inquietante que lo primero, mucho más peligroso. Sobre esas imágenes intocables, ya se suponga que son el doble, el alma o el espíritu, siempre han pesado rigurosos tabúes: van desde el mito de Narciso al miedo a ser fotografiado. El tema del doble está

presente en la cultura desde sus inicios: los animales dobles de las pinturas rupestres, el culto a los gemelos, el «hombre de luz» y «gemelo celeste» del místico sufí Sohrawardi (doble celestial que luego se transformó en el ángel de la guarda cristiano). El doble como opuesto da lugar a la leyenda búlgara que cuenta cómo el Diablo nació un día de la sombra de Dios (también Leviathán y Behemoth, según la tradición hebrea, surgen de ella). Como complementario, el doble se convierte en la sombra jungiana de la que hablaremos más adelante. Sería sin embargo el Romanticismo el que modelaría el doble que hoy conocemos, el *Doppelgänger* lleno de resonancias trágicas. No es un complementario sino un adversario que nos empuja a combatirle. Son el doctor Jekyll y Mr. Hyde, y en nuestro terreno, Onuphrius y su sombra en el cuento de Gautier (1832), el sabio y la suya en el de Andersen, el «fenómeno inexplicable» en el cuento de Lugones del mismo título. Pero bajo la misma sombra resuenan significados simbólicos diferentes. Las sombras en Gautier y en Andersen se separan de sus dueños y les procuran las peores desgracias. Y sin embargo no podemos dejar de pensar que ha sido su propia personalidad la causa. Ambos protagonistas serán traicionados por una sombra que encama sus ambiciones y temores.

Hemos mencionado antes la sombra jungiana y éste es el momento de ofrecer una explicación. Escribe Jung que «la función insuficientemente diferenciada y la actitud poco desarrollada son nuestra parte en sombra. Aquellas disposiciones primordiales... que por razones morales, éticas u otras cualesquiera se mantienen reprimidas por hallarse en contradicción con nuestros principios conscientes» y «a todo individuo síguele una sombra, y cuanto menos se halle ésta materializada en su vida corriente, tanto más oscura y densa será». Jung califica pues de sombra los aspectos de la personalidad inconsciente que nos negamos a conocer y aceptar. Algunas versiones de la leyenda de Juan sin Miedo cuentan que fue su propia sombra lo único capaz de asustarle. Conocidas estas opiniones tal vez resulte más clara la interpretación realizada más arriba de los cuentos de Gautier y Andersen. En todo caso, la narración que resulta extraordinariamente adecuada a las tesis de Jung es la breve novela de Pérez Galdós, titulada La Sombra (1870), que incluye este volumen. En ella, su realista y racionalista autor cuenta una historia fantástica (se excusó de ello en el prólogo). Es la de un enamorado celoso que persigue al joven con el que le engaña su mujer. Pero el joven no es más que una sombra, la que

proyecta su propio temor no reconocido a la infidelidad de su esposa. El mismo joven se lo dice: «Yo soy lo que usted piensa, su idea fija, su pena íntima. Esa desazón inexplicable soy yo». Lo que sucede es que la sombra jungiana, como la material, es complementaria de la luz. En el cuento de Andersen, por ejemplo, se relata la victoria de lo mezquino sobre la bondad, pero una bondad débil y pusilánime, necesitada de la energía que a su sombra le sobra.

Por su parte, el cuento de Cristina Fernández Cubas, El vendedor de sombras (1982), recoge uno de los significados más imprevistos entre los tradicionalmente atribuidos a la sombra. No desvelaremos su argumento, baste decir que de los presumidos se dice (más bien se decía) que «se miran en la sombra», y ése podría ser el origen del cuento. Una leyenda hindú cuenta que el zorro gusta de verse en el crepúsculo, cuando su sombra alargada le halaga la vanidad, haciéndole parecer tan majestuoso como un elefante. En la Grecia de hace cien años existían también, como en el cuento, vendedores de sombras, pero ésa es otra historia.

La sombra, que es una referencia a otra presencia, la suplanta por completo en ocasiones. Ya vimos su función conmemorativa en la leyenda del origen de la pintura. El teatro de sombras

encuentra su origen en Un episodio parecido. La tradición remonta éste al siglo II a. C., cuando tras la muerte de su esposa el emperador Wu Ti, de la dinastía Han, entró en una apatía de la que nada podía sacarle. Desconsolado por la pérdida de su amada, había extraviado la afición por la vida hasta la llegada de Shao Wong. Éste le prometió hacer revivir a su adorada. Colocó al Emperador ante un lienzo tensado entre dos postes e hizo aparecer en él, noche tras noche, la sombra de su amada. Wa Ti se acostumbraría a charlar con ella durante horas, hasta que en una ocasión violó la condición impuesta por Shao Wong de no mirar tras la pantalla. Al hacerlo le descubrió afanándose entre la tela y una lámpara, con una figurita recortada en piel que imitaba el perfil de su esposa. Las versiones difieren sobre la suerte que corrió el impostor. Difieren también los estudiosos en lo que se refiere a la datación de los hechos, porque otros los sitúan en la época T'ang (618-907) y aún otros en el reinado del emperador Jong Tsing (1023-1065). Se ha afirmado también que el origen del teatro de sombras es indio, basado en la tradición mística del chāyā nātaka, y que el Mahabharata fue inicialmente un espectáculo de este tipo. En todo caso podemos situar su nacimiento en el Lejano Oriente, desde donde se extendió a Tailandia,

Malasia y Java. Tras las invasiones mongolas llegaría a Oriente Medio y Persia. Poco a poco se filtró en el mundo árabe, existiendo ya alusiones al teatro de sombras en el Poema del Amor Espiritual de Ibn al-Farid (1181-1235) y piezas destinadas a él desde mediados del siglo XIII. En la actualidad existen dos tradiciones vivas de teatro de sombras. En Indonesia y Asia Meridional el teatro de sombras se denomina Wayang Kulit y ha sido siempre un arte de carácter popular, alejado de las influencias cortesanas. Las obras representadas se sitúan en tiempos mitológicos y desarrollan a veces pasajes del Ramayana o el Mahabharata. Existen también ciclos de obras, a veces muy extensos (el ciclo Pandawa, por ejemplo, contiene más de cien obras). En cuanto a los caracteres representados hay que decir que existen tipos fijos para expresar estados de ánimo, estatus, procedencia, así como los hay también característicos de cada ciclo de obras; éstas se representan en ocasiones especiales. Las hay de ofertorio, para celebrar las cosechas, como rituales exorcistas, etc. La pantalla figura el cielo, la tarima la tierra, los muñecos los hombres y el manipulador, Dios. La otra tradición de teatro de sombras es la islámica, denominada Karagöz (literalmente «linterna mágica»), nombre que presta también a su protagonista. Es de la que habla

Nerval en el fragmento del Viaje a Oriente (1851) que aquí hemos recogido. Esta modalidad tiene como objetivo pura y simplemente entretener, y carece de contenido trascendente o moraleja. La mayoría de las piezas son comedias o farsas y su argumento está recogido, en caso de estarlo, sólo de forma esquemática. En el Karagöz turco se mezclan las influencias orientales con las de la Grecia clásica, incorporadas éstas a través de Bizancio. Estuvo muy extendido en el siglo XVI, llegando desde Siria hasta el Peloponeso. A diferencia de Asia, el teatro de sombras en Turquía ha caído en un olvido casi completo, sobre todo desde que el cine apareció en esta parte del mundo. En la actualidad sólo se representa en escasísimas ocasiones durante el Ramadán. Sólo en Grecia, y con especiales características, conserva cierta vitalidad. Nerval es probablemente el último europeo que ha dejado testimonio literario del espectáculo. En el siglo XVIII el teatro de sombras llegó a Europa y se le llamó sombras chinescas. Durante este siglo y el siguiente alcanzó una cierta popularidad, sobre todo en Francia, y luego se perdió el interés por él. En una primera etapa destacó la actividad del parisino Teatro de Serafín, coincidiendo con el apogeo de la afición a las siluetas y los estudios de fisiognomía que se

basaban en ellas. Lavater llegó a construir un aparato para poder dibujar las sombras con una precisión sin precedentes. Su segunda etapa se desarrollará a finales del XIX, siendo Le Chat Noir el local de mayor prestigio en este tipo de espectáculos (Miguel Utrillo pintó decorados para las representaciones). Después de un breve período de auge (se llegó a hablar de «ombromanía») el interés por las sombras se extingue hasta nuestros días. Su última y única aparición consistirá en las creaciones del cineasta alemán Reiniger, que en los años veinte filmó películas con las técnicas del teatro de sombras.

En este siglo nuestro se hacen realidad las metáforas más terribles. En Hiroshima se enseña a los visitantes un lugar en el que la sombra de un hombre se perfila sobre la calzada. La explosión de la Bomba fulminó el cuerpo, y un extraño efecto fotoquímico imprimió en el suelo su sombra asustada para siempre.

José M. Parreño

Cuentos de sombras

Esopo
FÁBULAS DE LA SOMBRA DEL
BURRO^[1]

Demóstenes el orador, en una ocasión en que los atenienses le quitaron el uso de la palabra en la asamblea, alegó que sólo quería decirles dos palabras y, cuando guardaron silencio, dijo: «Un joven alquiló en verano un burro para ir desde la ciudad hasta Megara. En el centro del día, cuando el sol calentaba con más fuerza, tanto el alquilador como el propietario del burro quisieron ponerse a su sombra. Cada uno intentó entonces impedirselo al otro, sosteniendo el propietario que había alquilado el burro, no su sombra, y manteniendo el alquilador que tenía plenos poderes sobre el animal». Dicho esto, se retiró. Y cuando los atenienses lo retuvieron, instándolo a que contara el resto de la historia, les dijo: «De modo que queréis oírme hablar de la sombra de un burro y, en cambio, cuando os hablo de asuntos importantes, no queréis escucharme».

LA MISMA, DE OTRA MANERA^[2]

Un hombre alquiló un burro para ir a Delfos. El calor era sofocante, y quiso aliviarse del mismo poniéndose a la sombra del animal. Entonces el dueño del burro trató de impedirsele, diciéndole: «Te he alquilado el burro, no su sombra».

El cuento se aplica a los que gustan de disputar por cosas sin importancia.

Traducción de Luis Alberto de Cuenca.

EL MILAGRO DE TEÓFILO^[3]

QUISIERA contaros el pleito de Teófilo, que un milagro tan hermoso no se puede olvidar. Quisiera, además, no emplear palabrería, porque podría aburriros y yo pecar con ella. La oración breve en cambio agrada al Señor, y pocas palabras bastan para decir que la Gloriosa ayuda siempre a quien sabe rogarle.

Era Teófilo, según cuenta la historia, un hombre bueno y de próspera hacienda. Era pacífico y de rectas costumbres, caritativo y culto. El Obispo le había nombrado su vicario y gozaba del respeto de los fieles, que le tenían por un santo varón. Pero la vida del Obispo llegó a su fin y su muerte fue llorada por todos, especialmente por Teófilo, que se ocupó de sus funerales. Desde entonces se le consideró su sucesor. No había otro tan discreto y piadoso, y sus vecinos escribieron al Metropolitano proponiéndole para el cargo. Poco después llegaron emisarios del Arzobispo que ofrecían, en efecto, a Teófilo la mitra. Pero él, con gran humildad, según cuenta Berceo, contestó:

*Sennores, mudat mano, por Dios e caridat
ca non so yo tan digno pora tal dignidat...*

porque él no aspiraba a otra cosa que a seguir en su puesto de vicario. Hízose pues nueva elección y se nombró a otro Obispo. Éste no quiso, en cambio, confirmar al buen Teófilo en su cargo. Nombró vicario a otro, y con ello perdió Teófilo su paz. Los que antes le halagaban para que les favoreciera le daban ahora de lado. Su tristeza se tornó entonces rencor, al ver cómo contra él se acumulaban las injusticias. Y Teófilo se volvió loco de envidia, perdió toda prudencia y su ánimo estuvo pronto dispuesto a cometer un gran pecado.

Habitaba en la ciudad de Teófilo un judío con fama de hechicero, se decía de él que tenía tratos con el diablo y que sus malos consejos habían causado la perdición de muchos. A este hombre lleno de vicios se dirigió el desdichado Teófilo buscando ayuda. Le contó sus desgracias, le ofreció cuanto quisiera por recuperar su antiguo puesto, y escuchó lo siguiente: «Pronto lograrás lo que deseas, créeme. Si no te echas atrás da por seguro que en poco tiempo será de nuevo vicario de Adana». Teófilo se reafirmó en su intención, y quedó en regresar a casa del judío una vez que hubiera anochecido, al abrigo de todas las

miradas. Hecho así, el truhán le condujo hasta las afueras de la ciudad. Se detuvieron entonces en una encrucijada de caminos y el judío le advirtió: «Veas lo que veas no sientas temor, y sobre todo no te santigües. Ya verás qué pronto son tus deseos cumplidos». Al poco Teófilo advirtió que venía hacia ellos una procesión alumbrada por cirios. El aspecto de las figuras producía espanto, pero entre ellas destacaba una de porte majestuoso. Era su Rey, el Maligno, y ante él se postró el judío llevando a Teófilo de la mano. «¿Qué busca y quién es ese que te acompaña?» preguntó Lucifer. «Señor, Rey coronado, este que veis fue el vicario de Adana, pero al morir su Obispo otro ocupó su cargo. Ha perdido el tratamiento y los beneficios que tenía. Viene a tus pies confiando en que tu poder le restituya lo que es suyo, que él te lo sabrá agradecer rindiéndote honores y vasallaje». Pero el Demonio dijo: «Antes tendrá que renegar de su señor, que es Cristo, y de Santa María. Que escriba pues su apostasía como es debido y ponga en ella su sello. Teófilo será en adelante mi vasallo y yo le devolveré su posición». Teófilo, ciego de ambición, consintió en ello. Allí mismo escribió el contrato y volvió a su casa con el canto de los gallos, sin que nadie le hubiera visto. Salvo Dios, al que nada se oculta. Pero algo singular le sucedió, perdió el buen color, se volvió pálido y,

como escribió Berceo, «sempre fo dessombrado», su sombra desapareció. Pocos días después de este suceso le mandó llamar el Obispo y le dijo: «He cometido contigo una injusticia, si lo deseas hoy mismo puedes volver a tu cargo. Perdóname por el daño que te he hecho». Así volvió Teófilo a ser vicario, recibiendo grandes muestras de confianza de su Obispo y de respeto de los habitantes de la comarca. Volvióse con todo esto vanidoso y ufano, y un día Dios, que no descansa hasta que un pecador se enmienda y salva su alma, le envió una dolorosa enfermedad. Estaba pues Teófilo luchando una noche con el sopor que agarrotaba su mente, cuando dio en pensar en todo lo que había hecho. De puro pesar recuperó su débil juicio. Se dejó caer en tierra y se decía a sí mismo: «Mezquino de mí, desgraciado, he perdido el alma y tengo el cuerpo enfermo. Moriré y de nada valdrá rezar por mí, estoy condenado. Moriré como el que se debate en medio del mar y no divisa costa, ni barco, ni esperanza. Pobre de mí. Me ha matado mi mano, me mató mi codicia. Hasta de la Gloriosa renegué en mala hora, no soy mejor que Judas, que vendió a Jesucristo. Ojalá no hubiese escuchado al Maligno. ¡Si tenía para mí y tenía para dar! ¡Si hablaba con Jesús cada día! Yo he sido mi enemigo; ahora ni médico ni físico pueden curar mi mal. Sólo Nuestra Señora, pero aunque su compasión

es grande no puedo recurrir a ella después de traicionarla». Vertiendo lágrimas fue Teófilo a postrarse ante una imagen de la Señora y empezó a decir entre sollozos: «Virgen que amparas a las almas mezquinas, vuelve hacia Teófilo tu mirada preciosa. Bien sé que te he perdido y que me he condenado, pero, puerta del Cielo, intercede ante tu hijo. Si en mi mano tuviera la carta con que os traicioné bien sabría enmendarla. Rompería el compromiso que firmé con Satán». Cuarenta días pasó el pecador afligido ayunando, y al cabo escuchó la voz de María: «Tu carta está guardada en lo hondo del infierno, firmada con tu sangre para la eternidad. ¿Y tú me pides que emprenda un viaje tenebroso para devolvértela? ¿Hasta cuándo durará tu arrepentimiento?». Y el tristísimo Teófilo volvía a suplicar: «Sé que sólo tú puedes, Reina de la Clemencia, Gloriosa Señora, apiadarte de un hombre que te ha hecho tanto mal. Y sólo tus palabras conmoverán a Cristo, que es el único que puede salvar mi alma. Ay, si yo tuviera la carta de mis males podría volverme atrás de la palabra dada». Entonces la Gloriosa se apiadó de su llanto y le prometió hacer todo cuanto pudiera para lograr lo que Teófilo quería. Quedó éste presa de gran incertidumbre y al tercer día de esta conversación, cuando dormía atormentado por la angustia, sintió un

golpe en su pecho. Cuál sería su alegría cuando al abrir los ojos vio sobre su regazo la carta de sus males, y ante sí a la Gloriosa, que con sus propias manos la había rescatado. Dio Teófilo gracias a Cristo y a María, y maravillado y feliz entonó cánticos de alabanza. Al día siguiente fue domingo y se reunieron en la iglesia los fieles de toda la comarca a escuchar el sermón del Obispo. También fue Teófilo con su carta en la mano. Se postró a los pies de su superior y confesó en público todos sus pecados. Contó cómo se había apartado de la vida virtuosa que llevaba a causa de la envidia y de los celos. Y cómo había convenido en pactar con el Maligno y firmar una carta con su apostasía, todo por recuperar su antiguo cargo. Finalmente contó también cómo Santa María había escuchado su llanto arrepentido y ella misma había puesto fin a sus males. Santiguóse el Obispo al oír tal relato y les dijo a los fieles allí reunidos: «Historia como ésta habréis oído pocas. Ved cuán mala es la envidia y cuán poderoso el Diablo. Un judío truhán puso a este cristiano en malos pasos, pero fue él mismo quien perdió su alma a cambio de mezquinos honores. Renegó de Cristo y de la Virgen para postrarse ante el Enemigo, y gran milagro es que Ella le escuchara después de lo que había hecho. Gran milagro es que le haya devuelto el contrato que firmó, y que aquí

podemos todos verlo como prueba de lo dicho». Entonces se arrodillaron todos llenos de asombro, y entornaron el Te Deum y otras alabanzas. Entretanto el Obispo ordenó encender una hoguera y en ella arrojó la carta firmada por Teófilo. Comulgó éste y el pueblo entero vio cómo le cercaba una gran claridad y supieron así que Dios había vencido sobre Satanás. Grandes méritos debían ser los de aquel por quien la Gloriosa había hecho tanto y que ahora era cubierto por un manto de luz. Su cara relucía, esparcía resplandor, y tras de él, en el suelo, se extendía su sombra. Pero con todos estos sucesos Teófilo no se envaneció, al contrario, sabiendo que el fin de sus días no podía estar lejos, extremó su virtud e hizo penitencia. Repartió sus bienes entre los necesitados, pidió perdón a todos los que algún día hubiese podido ofender y, recogido en la iglesia donde se le apareció la Virgen, preparó su alma para el trance final. Así, tres días justos después de haber hecho cenizas el pacto, tres días justos después de la comunión, murió en el mismo lugar de aquel encuentro. Y allí mismo fue enterrado.

*Amigos, si quisiesedes vuestras almas salvar,
si vos el mi conseio quisieredes tomar,
fech confession vera, non querades tardar,*

e prendet penitencia, pensatla de guardar.

*Quiéralo Jesu Cristo e la Virgo gloriosa,
sin la qual non se faze ninguna buena cosa,
que assi mantegamos esta vida lazrosa,
que ganemos la otra durable e lumnosa.*

Amén.

JUAN SIN MIEDO^[4]

LE llamaban Juan sin Miedo en su pueblo y no era una exageración. En su vida había tenido un sobresalto y conste que nunca había evitado el peligro. Más bien al contrario: en cuanto en los alrededores moría alguien con fama de malvado, por ejemplo, o de amigo del diablo, allí iba Juan sin Miedo a velar su cadáver. Y si en las noches de invierno algún animal de los rebaños no regresaba al establo, Juan sin Miedo se internaba en la montaña cantando a voz en cuello para espantar a los lobos.

Cerca del pueblo de nuestro protagonista había un castillo que se decía que estaba encantado, y que una legión de duendes defendía sus tesoros de la curiosidad de los extraños. A lo largo de los años muchos viajeros habían llegado hasta sus muros impulsados por la curiosidad o la ambición, pero ni uno solo de los que cruzaron el puente levadizo medio hundido había vuelto para contarlo. Un anochecer estaba Juan sin Miedo oteando desde su corral las afueras del pueblo y repentinamente sintió ganas de penetrar en la mole oscura que se alzaba ante él. No lo pensó dos veces, y sin siquiera coger

una linterna caminó los pocos cientos de metros que le separaban del edificio y entró bajo el tenebroso arco de la muralla. Atravesó patios y estancias y llegó a una gran sala iluminada. Estaba amueblada confortablemente y en una mesa dispuesta al efecto se ofrecían a la mano manjares exquisitos. Sin sorprenderse lo más mínimo por todo aquello Juan recorrió con su mirada las apetitosas fuentes y escogiendo un bocado aquí y otro allá se dedicó a comer y beber despreocupadamente. Luego empujó un sillón ante la llameante chimenea, sentóse en él y poco a poco se dejó invadir por el calor y el sueño. Estaba a punto de dormirse cuando sobre su cabeza resonó una voz profunda y terrible: «Me tiro, me tiro», decía. Juan sin Miedo contestó imperturbable: «Tira la cabeza si quieres» y al momento rodó ante sus pies una espantosa cabeza de cadáver. Juan la miró y alzó los hombros, entonces se volvió a oír: «Me tiro, me tiro». Y Juan: «Venga, ahora un brazo». Ante él cayó ahora un brazo sangrante. Cada vez que hablaba la voz Juan pedía distraídamente que dejara caer algo, y así se fueron amontonando sobre la cabeza y el brazo los miembros restantes. Finalmente cayó el tronco y entonces se formó con los pedazos un ser de aspecto poco grato. Juan, al verle, soltó una carcajada y le preguntó qué quería. El fantasma avanzó gravemente hacia él y le alargó una tea

encendida haciéndole señas de que le siguiese. Antes de hacerlo, Juan, que era hombre prevenido, ató rápidamente a una pata del sillón el extremo de un oவில் de bramante que llevaba siempre consigo, y fue desenrollándolo mientras caminaba detrás de su guía. Llegaron hasta unas escaleras situadas al fondo de la sala y se dispusieron a bajarlas. En el sótano se congregaba la más estrafalaria y atemorizadora multitud de duendes que uno pueda imaginar. Sin arredrarse lo más mínimo Juan le preguntó al fantasma qué habían ido a buscar allí. Y éste le respondió: «Oh mortal, si quieres desvelar el secreto de este lugar y poseer las riquezas que encierra, atrévete a tocar la piedra que reposa en el centro de esta cueva». Juan se abrió paso sin miedo ante la caterva de diablos, mientras éstos le lanzaban pullas y agitaban ante él sus puños ennegrecidos. Llegó hasta la piedra y se inclinó. Entonces aquellos seres dejaron de aullar, las antorchas que llevaban se apagaron de golpe y la más absoluta oscuridad rodeó a Juan sin Miedo. Pero el muchacho había puesto ya la palma entera de su mano sobre la roca, fría como el hielo. Luego no fue más que coser y cantar encontrar el camino de vuelta entre los monstruos callados, enrollando otra vez el bramante hasta encontrar la escalera de ascenso y finalmente volver al sillón frente a la chimenea. A la mañana siguiente,

mientras en el pueblo se extendía la noticia de su desaparición tras las murallas del castillo, Juan volvió a su casa con un humor excelente tras una noche tan entretenida. Y en adelante vivió rico y feliz, en el palacio cuyo misterio había aclarado, admirando a todos cuantos le conocían por su inalterable valor.

Su muerte sin embargo no fue menos extraña que su vida. Una noche que paseaba Juan sin Miedo por el jardín del palacio, bajo la luna llena, se fijó en algo sorprendente. La clara luz proyectaba sobre el suelo el perfil severo de un paseante, la sombra de Juan. Pero éste sintió de improviso un terror inexplicable. Echó a correr y tras él su sombra, agitándose despavorida. Entró sin resuello en el interior del palacio y empezó a subir las escaleras, con la sombra pisándole los talones, bajo la gran araña refulgente de velas y cristal. No había alcanzado su alcoba cuando la agitación y el pánico le derribaron por tierra. Y así concluyó, créanlo o no lo crean, la vida de Juan sin Miedo, que por cierto, murió de miedo.

EL HOMBRE QUE PERDIÓ SU SOMBRA^[5]

EL diablo había establecido su cátedra en el infierno; en ella explicaba su ciencia mágica a varios discípulos, entre los que acudían don Juan de Atarrabio y el fraile de Bera. Durante cierto tiempo les estuvo enseñando gratuitamente, y cuando ya llegaron a estar instruidos, Cherren les pidió en pago de sus doctrinas que uno de ellos se quedase en el infierno. Para cumplir este deseo deberían ponerse de acuerdo y decidir quién era el que iba a quedarse. No salió ningún voluntario para vivir en el infierno, y todos alegaban la necesidad de volver a la tierra, donde les esperaban sus deudos.

Terminadas las clases, el diablo volvió a exigir que uno de ellos se quedase. Pero, haciéndose los distraídos, iban saliendo en fila del infierno, por una estrecha puerta, y el diablo, a la salida, los agarraba, preguntando uno por uno: «¿Te quedas tú?». Todos le iban contestando muy alarmados: «Coge al que viene detrás de mí».

Salió el último Atarrabio, y al sentirse cogido por el diablo, le dijo, como los anteriores: «Agarra

al que viene detrás».

El diablo, viendo una sombra, y tomándola por otro estudiante, le clavó su espada, dejando fija en el suelo la sombra de Atarrabio, mientras él escapaba sin ella.

Atarrabio terminó su carrera de sacerdote y fue enviado a desempeñar su sagrada misión a la parroquia de Goñi; pero continuaba sin sombra, desde que se la dejó en los infiernos. Únicamente la recuperaba cuando celebraba la santa misa, en el momento solemne de la consagración, mientras elevaba al Santísimo; pero, pasado este momento, volvía a quedar sin ella, lo que preocupaba grandemente a Atarrabio, que no quería morir y presentarse sin sombra en el otro mundo.

Vivía el sacerdote con su madre, ya anciana, y una tarde en que se iba a echar la siesta, vio que el cielo empezaba a oscurecerse, cubriéndose de negros nubarrones, que amenazaban un pedrisco. Atarrabio dijo a su madre: «Si ves que las nubes se acercan, llámame antes de que empiece a tronar».

Pero la madre se descuidó y le despertó tarde, cuando el nublado estaba ya encima del pueblo, y los aldeanos muy asustados de que se les apedreasen los trigos, que aquel año estaban muy granados. El cura se vistió a toda prisa y se fue al campo, llevando en la mano un libro de conjuros y una cruz para alejar al

nublado. El diablo asomó entre dos negras nubes y le dijo: «Mira qué hermosos caballos tengo para trillar tus trigos». A lo que el sacerdote contestó: «Y yo, mira qué buenos frenos para domar a tus caballos».

El sacerdote empezó a leer en su ritual los conjuros contra el nublado, desviándolo del pueblo y haciéndole descargar, cerca del cementerio, en un campo, en el que había muchas barricas, que se llenaron de las piedras.

Supo otro día, por inspiración divina, que el Padre Santo estaba en un grave peligro, tratando con unos malvados, y que necesitaba su ayuda. Atarrabio llamó a tres demonios que habitaban en su parroquia, para que se presentaran en su casa. Inmediatamente acudieron a su llamamiento, y les preguntó cuánto tardarían en transportarlo a Roma. El primero le contestó que le llevaría en un cuarto de hora, que al cura le pareció mucho tiempo; el segundo dijo que tardaría cinco minutos, y el sacerdote tampoco aceptó, y el tercero dijo que le llevaría en un momento, y se quedó con él. Le ofreció en pago de su viaje que le daría la flor de su comida, y al diablo le pareció bien. Atarrabio montó sobre él, que se remontó por los aires. Al pasar por encima del mar, el demonio pretendió arrojarlo al agua para que se ahogase, y le dijo: «¿Cuál es ese dulce nombre que pronunciáis los cristianos?».

Atarrabio, por toda respuesta, dijo: «Arre, diablo».

Llegó a las puertas del palacio del Pontífice; pero los guardianes no le dejaron entrar, por mucho que él insistió, y tuvo que contentarse con entregar una varita a un criado, encargándole que con ella midiera la mesa del Papa. La varita tenía una cruz, y al entrar con ella en el aposento, los personajes siniestros, que demonios, desaparecieron. El Papa preguntó quién le había dado aquella vara, y mandó que entrase el sacerdote. Pero cuando salió a llamarle el criado, ya Atarrabio se había ido y estaba a medio camino de su aldea.

Al llegar a su casa, se sacudió el manteo, que llevaba lleno de nieve, y le dijo a su madre que estaba nevando en los montes de Jaca. La madre no lo creía, y Atarrabio le dijo: «Es tan cierto como que cante el gallo asado que tienes por comida». Y al momento, el gallo que estaba en la cazuela empezó a levantarse y a cacarear.

El sacerdote mandó a su madre que le hiciera la comida con diez nueces, y las cáscaras se las dio al diablo en pago de haberlo llevado a Roma.

Sin embargo, viendo que no podía recuperar su sombra, pidió al sacristán que en el momento de la elevación en la misa, lo matase, y le sacase el corazón y lo pusiera, pinchado en un palo, a la puerta

de la iglesia. Si se lo llevaban unos cuervos, era que se había condenado, y si lo cogía una paloma, señal de que se había salvado. El sacristán cogió una gran maza, y mientras el sacerdote decía misa, esperó a que se proyectase su sombra en el suelo, y en ese crítico momento descargó sobre su cabeza un fuerte golpe, dejándolo tendido y muerto. Después, tal como le había ordenado, le sacó el corazón, lo clavó en un palo, dejándolo a la puerta de la iglesia, y se quedó allí observando quién se lo llevaría. Pronto llegó una bandada de cuervos, que empezaron a volar por encima del corazón, trazando círculos. Pero de pronto surgió una paloma pequeña y blanquísima, que se abalanzó sobre él, llevándose por los aires, y aún pudo ver el sacristán cómo se remontaba hacia el cielo.

ENTREMÉS DE LA SOMBRA

Personas (que hablan en él)

BENITO (gracioso)

LA GRACIOSA

UN SACRISTÁN

UN COMPADRE

Salen el compadre y Benito corriendo

COMPADRE:

Benito amigo...

BENITO:

¿Qué hay, compadre amigo?

COMPADRE:

Hablaros quiero, si es que vais conmigo.

BENITO:

Con vos iré ¿dónde queréis llevarme?,
pero no sea luego, que podré cansarme.

COMPADRE:

Que vengáis conmigo en lo que hablaros quiero,
es lo que os digo.

BENITO:

Ya lo considero.

COMPADRE:

El paso alargad, pues.

BENITO:

¿Qué os alborota?,
no se saca más recia una pelota.

COMPADRE:

Andad, andad un poco.

BENITO:

Tanto me hacéis correr que me sofoco.

COMPADRE:

Caminad, pues que veis mi sobresalto.

BENITO:

¿Soy vino yo, que me metéis por alto?

COMPADRE:

No sois sino un vinagre vezucado.

BENITO:

Pues si vinagre so, ya esto apurado.
Decid compadre, y sed más comedido
que ya de andar con vos está corrido.

COMPADRE:

Mal anda vuestra esposa.

BENITO:

Debe ser que está muy achacosa.

COMPADRE:

No, sino que anda mal.

BENITO:

Pues ¿qué le ha dado?

COMPADRE:

No asienta bien el pie.

BENITO:

Se habrá enclavado.

COMPADRE:

Ella al fin os ofende, no os asombre,
y entra en casa, faltando vos, un hombre.

BENITO:

¿Y eso es verdad, decid?

COMPADRE:

Cosa es notoria.

BENITO:

Sabéis muy por minutos esa historia:
¿y os importa a vos algo el referirla?

COMPADRE:

Vuestra satisfacción busco en decirla.

BENITO:

Pues yo juzgue al oíros, si por cierto,
que mi mujer a vos os hace el tuerto,
y entrándoos por un lado,
al estar vos celoso os ha obligado
a venir a informarme por extenso.

COMPADRE:

Nunca amigo, tan bajamente pienso,

BENITO:

¿Será la primera vez, hermano,
que se tome un celoso tanta mano?
Mas errasteis en esto la querella
¿por qué no vais a quejaros a ella

pues sois el agraviado y el ofenso?

COMPADRE:

¿En aqueso pensáis?

BENITO:

En eso pienso:

errasteis la querella,

¿por qué os quejáis a mí?

quejaros a ella.

COMPADRE:

Vuestro enemigo un sacristán se nombra

y os hace en vuestra casa mala sombra.

BENITO:

¡Y eso os da tanta pena!

¿Qué os importa que la haga mala o buena?

Mas no hagáis vuestra acción tan poco sabia,

decid, como el agravio, quien me agravia.

COMPADRE:

Es que temo...

BENITO:

No seáis impertinente:

qué teméis vos, si yo soy el paciente.

COMPADRE:

Temo que si...

BENITO:

Tratadme sin cautela.

COMPADRE:

Pues es el dicho el Sacristán Chinela.

BENITO:

¿Chinela es?, pues eso la realza
si por Chinela al Sacristán se calza.
Andad con Dios, compadre, que yo espero
informarme de todo por entero
y en estando que esté bien concluido...

COMPADRE:

¿Qué ha de ser?

BENITO:

Lo que Dios fuere servido.

COMPADRE:

Id con Dios, remediad daño tan fuerte:
vuestro amigo he de ser hasta la muerte.

Vase.

BENITO:

No es aquesto verdad, que si lo fuera,
a fe que mi mujer me lo dijera,
que eso tiene de bueno,
que no calla lo suyo ni lo ajeno,
porque de su bondad es bien que arguya,
que lo dirá, por no cargar la suya:
celoso a preguntar voy con paciencia,
para que se asegure mi conciencia.

*Vase. Salen la Graciosa y el Sacristán, que trae
bajo su sotana un vestido como el de Benito.*

SACRISTÁN:

¿Está en casa tu marido?

GRACIOSA:

Ahora se salió de casa
y así bien puedes entrar
con segura confianza.

SACRISTÁN:

Ya entro, cierra la puerta.

GRACIOSA:

Ya la puerta está cerrada
¿traes el vestido puesto
debajo de la sotana?

SACRISTÁN:

¿Cuál? ¿El que me dijiste hiciera como el suyo?

Sí.

GRACIOSA:

Pues basta.

SACRISTÁN:

Aldonza, a quien quiero más
que quiere la tierra el agua,
más que el miserable el oro,
más que el indiano la plata,
y con tus ojos benditos
siempre de amores me matas:
¿es hora que ya te vea
domina qui nunc las parcas?

GRACIOSA:

Sacristán, por quien suspiran
continuamente mis ansias,

porque en mí tus aleluyas
todas son días de Pascuas,
ya ha llegado ya la hora
de entrambos tan deseada.

SACRISTÁN:

Más te quiero que a mis kiries:
¿qué esperas? Abraza, abraza.

GRACIOSA:

Dime algo para abrazarte,
pues mi voluntad se paga
de escuchar finezas tuyas.

SACRISTÁN:

Eso alienta mi esperanza.
Oye esta décima pues,
que compuse en tu alabanza
de repente, escucha atenta.

GRACIOSA:

Mucho he de alegrarme, vaya.

SACRISTÁN:

Cuando subo al campanario
por las tardes y mañanas
a repicar las campanas
digo al son extraordinario:
pues que a questo es necesario
y mi fe tanto se aplica,
que la memoria me pica
a Aldonza quiero picar,

y dejar de repicar
pues Aldonza me repica.
Qué te parece.

GRACIOSA:

Famosa
toma mis brazos y el alma.
Abrázanse los dos.

SACRISTÁN:

Dichoso el que los posea.

GRACIOSA:

Y feliz la que te ama.
Entra Benito.

BENITO:

Hola Aldonza, hola Aldonza.

GRACIOSA:

Mi marido es que me llama.

SACRISTÁN:

¿Tu marido? ¿Tu marido?
Por Dios que caigo en la trampa
¿no hay parte donde esconderme?

GRACIOSA:

¡Qué sé yo! ¡Ay, desdichada de mí!

SACRISTÁN:

¿Qué, ahora te turbas?
¿No hay alguna puerta?

GRACIOSA:

Calla,

que ya para deslumbrarlo
ahora pensé una trampa
y es que te finjas su sombra,
pues que el sol hasta aquí alcanza,
por ser parte descubierta
la frontera de esta casa,
y remedándole en todo,
quítate la solapanda,
y verás cómo lo cree.

Entra Benito.

BENITO:

¿Acabas, Aldonza, acabas
de abrir la puerta?

SACRISTÁN:

¡Ay, Jesús!
Que no puedo las palabras
sacar del cuerpo: yo creo
que por detrás se me salga
el miedo; ¿mejor no fuera
que en un punto me soltaras
por la puerta del corral?

GRACIOSA:

No, que la tiene cerrada.
Ya te he dicho que no temas
que es mi marido un panarra;
haz sólo lo que te digo:
fíngete sombra.

SACRISTÁN:

Pues vaya,
hágome sombra, aunque temo
un garrote en mis espaldas
porque un simple de marido
da con fuerza reservada.

*Quítase la sotana y remeda todos los
movimientos de Benito. En escena Benito.*

BENITO:

Aldonza, ¿no abres la puerta?
Di, si puedo entrar, acaba.

GRACIOSA:

¿Por qué no entras sin llamar?
En escena Benito.

BENITO:

Aldonza, porque esperaba
que tú vinieras a abrir:
por si estabas ocupada.

GRACIOSA:

¿Eso malicias de mí?
Jamás sospechas te faltan,
y eso pasa de licencia.

BENITO:

Vos seréis la licenciada.
Mas, ¿quién está aquí?
¿Por esto no respondíais?

GRACIOSA:

¡Qué raras simplezas!

Aquí no hay nadie.

BENITO:

¿No? Pues pardiobre jurara
que era éste el sacristán.

GRACIOSA:

Ay, tan grande patarata
ésta es vuestra sombra.

BENITO:

Creo,
creo que con cataratas
debo de tener los ojos.
Yo quiero, por si me engaña
la vista, estregarlos bien.

Limpiase los ojos y el otro le imita.

GRACIOSA:

¿Veslo ahora?

BENITO:

De fantasma
tiene más señas.

GRACIOSA:

La sombra
siempre es cosa imaginaria
y finge en la fantasía
mil cosas extraordinarias.

BENITO:

Sombra con ojos y boca

no la he visto yo en el mapa.
Quiero hacer una experiencia
a ver si cuando ando si anda.

Caminan.

Lo hace tan perfectamente
como si se lo mandaran.

Brincan

Doy un brinco, ¡ay, cómo brinca!
Una experiencia me falta,
que es ver si sabe bailar.

Bailan.

¡Válgame Dios y qué gracia
tiene mi sombra!, tan bien
como puedo bailar, baila;
nunca había reparado
ni tal cosa imaginara.

GRACIOSA:

Ni reparárais, si yo
ahora no os lo avisara.

BENITO:

Quiero escupir, que si escupe
será la sombra de casta.

Escupen.

Escupió: pardibre tiene
en todo mi semejanza.

Lindamente: Aldonza amiga,
esta sombra quede en casa,

que si la ven tan hermosa
los que por la calle andan,
me la han de tomar de ojo,
y no hay donde santiguarla
válgame Dios, ¡y qué sombra!
Mi mujer, la mesa saca
aquí, para que comamos,
porque aquí mi sombra se halla
y quiero comer con ella.

GRACIOSA:

¿Y si el resistero os daña del sol?

BENITO:

¿Ahora reparáis
en aquesto, mentecata?
¿No veis que los resisteros
a hombres como yo no matan?

GRACIOSA:

Será porque vuestros cascos
son cascos de calabaza.

Aparte.

Paciencia, Chinela amigo,
hasta salir con la trampa.

Vase.

SACRISTÁN:

Así habrá de ser por fuerza.

BENITO:

Cierto que es cosa bien rara

el ver que tenga en su sombra
un hombre su semejanza.

El bobo de mi compadre
que me dijo por mis barbas
que el sacristán me ofendía
y que mi honra manchaba
y es mi sombra, bueno está:
mi compadrito del alma
por la cola cogió el zorro,
y a mí me echaba la maula.

Hola, hola,
que también tiene cola.

Saca la Graciosa una mesa y la va aderezando.

GRACIOSA:

Aderezada
aquí tenéis ya la mesa
con una pollita asada
que tenía prevenida
para el dueño de mi alma.

Siéntanse los dos frente a frente.

GRACIOSA:

Aquí está el vino también.

BENITO:

¿Por qué no traéis la taza?

GRACIOSA:

Porque el demonio del gato
ahora acaba de quebrarla.

Con la bota beberéis.

*Comen y toma Benito la bota, y saca el
Sacristán la suya.*

BENITO:

Oh, pues si eso es así, vaya.

¡Ay, que también tiene bota!

¿No veis del modo que masca
mi sombra?

GRACIOSA:

Pues si os parece

¿qué mucho que así lo haga?

BENITO:

¡Y cómo que lo parece!

tan bien como yo despacha:

quiero beber ahora un trago.

Beben los dos.

BENITO:

¡Cómo mi sombra se tarda
en beber más que no yo!

mujer, ¿tú no lo reparas?

¿Por qué debe de ser eso?

GRACIOSA:

Tendrá estrecha la garganta
más que vos; porque no es
cuerpo sino sombra.

BENITO:

Vaya,

otro trago, pues parece
que el bocado se me para
al tragar: gor, gor, gor...

Vuelven a beber.

Ya con el gorgalo pasan
algo mejor los bocados,
vaya otro traguito, vaya.

Se oye al Compadre dando golpes.

COMPADRE:

Ha de casa, ¿hola Benito?

BENITO:

Aldonza, mira quién llama.

GRACIOSA:

La trampa ahora se descubre.

Aparte:

Vuestro compadre es.

Detiéndole a la cortina y dice:

COMPADRE:

¡Ah, ingrata!

GRACIOSA:

Compadre, calle que importa.

COMPADRE:

Callo pues Benito calla.

Entra en escena.

¿Con quién coméis?

BENITO:

Con mi sombra

que la tengo convidada.

Llega a alcanzar un bocado.

COMPADRE:

Harto alcanza quien alcanza

a ver tan caro su agravio,

y en ti he de vengar mi rabia.

Da palos al Sacristán (a la Sombra).

BENITO:

Hola, hola, que también

mi sombra se sobresalta.

Pues yo quedito me estoy

que esto no es humo de paja.

Entra en escena una mujer alborotada.

MUJER:

¡Benito, Aldonza! ¡qué pena!

¡Oídme, desdicha rara!

Todos cuantos sacristanes

hay en aquesta comarca,

por el sacristán preguntan

y vienen a vuestra casa

armados de punta en blanco.

Vase y entran en escena todos.

TODOS:

Entremos todos, ¡al arma!

SACRISTÁN:

¡Ay, desdichado de mí!

TODOS:

Morirán si no nos sacan
aquí al Sacristán Chinela.

COMPADRE:

Todo esto la sombra causa,
que es el Sacristán Chinela.

SACRISTÁN:

Es verdad, y no se engañan,
yo soy la sombra fingida.

BENITO:

Esto sólo me faltaba,
mueran todos a mis manos.

COMPADRE:

Benito, tocad al arma,
que yo estoy a vuestro lado.

BENITO:

Pues a ellos.

TODOS:

Cierra España.

Entran y salen y se remata con el matapecados.

Théophile Gautier
ONUPHRIUS O LAS
VEJACIONES FANTÁSTICAS DE
UN ADMIRADOR DE
HOFFMANN^[6]

Croyoit que nues feussent pailles d'arain, et que
vessies feussent lanternes.

Gargantúa, lib. I, cap. XI

¡Clin, clin, clin!

No hubo respuesta.

—¿No estará? —dijo la joven.

Tiró por segunda vez del cordón de la campanilla; no se oyó ningún ruido en el apartamento: no había nadie.

—¡Qué extraño!

Se mordió el labio, un rubor de desagrado le pasó de la mejilla a la frente; comenzó a bajar las escaleras una por una, muy despacio, como a disgusto, volviendo la cabeza para ver si se abría la puerta fatídica. Nada.

Al doblar la esquina de la calle, vio a lo lejos a Onuphrius, que caminaba por el lado del sol, con el

aspecto más despreocupado del mundo, deteniéndose a cada paso para ver cómo se peleaban los perros y los chiquillos jugaban al castro, leyendo las inscripciones de las paredes, deletreando los carteles, como el hombre que tiene una hora por delante y no siente la necesidad de apresurarse.

Cuando llegó junto a ella, el asombro le hizo abrir desmesuradamente los ojos: no contaba con encontrarla allí.

—¡Cómo! Eres tú... ¿ya? Pero ¿qué hora es?

—¡Ya! La palabra es muy galante. En cuanto a la hora, deberías saberla, y no me corresponde a mí decírtela —contestó en tono serio la muchacha, cogiéndole del brazo—; son las once y media.

—Imposible —repuso Onuphrius—. Acabo de pasar ante Saint-Paul y no eran más que las diez; no hace ni cinco minutos, pondría la mano en el fuego; apuesto cualquier cosa.

—No pongas la mano en ninguna parte y no apuestes, perderías.

Onuphrius no quiso dar su brazo a torcer; como la iglesia sólo estaba a cincuenta pasos, Jacintha, para convencerle, aceptó ir hasta allí con él. Onuphrius estaba triunfante. Llegaron ante el pórtico.

—Y ahora, ¿qué? —le dijo Jacintha.

Aunque hubieran puesto el sol o la luna en lugar de la esfera no se hubiera quedado más estupefacto.

Eran las once y media pasadas; sacó sus lentes, limpió los cristales con el pañuelo y se frotó los ojos para mirar mejor; la aguja más larga iba a reunirse con su hermanita en la X de las doce.

—¡Las doce del mediodía! —murmuró entre dientes—; seguro que algún diablillo se ha dedicado a correr las agujas. ¡Eran las diez cuando lo vi!

Jacintha era complaciente; no insistió, y emprendió con él el camino de su estudio, porque Onuphrius era pintor y, en ese momento, le estaba haciendo su retrato. Ella se sentó en la postura convenida. Onuphrius fue a buscar el lienzo, que estaba vuelto contra la pared, y lo puso en el caballete.

Sobre la boquita de Jacintha, una mano desconocida había dibujado un par de bigotes que hubieran enorgullecido a un tambor mayor. La ira de nuestro artista, al ver su boceto pintarrajeado, no es difícil de imaginar; hubiera desgarrado el lienzo de no ser por las exhortaciones de Jacintha. Borró, pues, como pudo, los distintivos viriles, no sin renegar más de una vez contra el gracioso que había hecho tan gran estropicio; pero, cuando quiso ponerse a pintar, los pinceles, aunque los había empapado en el óleo, estaban tan tiesos y erizados que no pudo utilizarlos. No tuvo más remedio que mandar a buscar otros: mientras esperaba que llegaran, se puso a hacer en la

paleta varios tonos que le faltaban.

Otra tribulación. Los tubos estaban duros como si contuvieran balas de plomo, y por mucho que los apretó, no pudo lograr que saliera el color; o bien estallaban de repente como petardos, o escupían a derecha e izquierda el ocre, la laca o el betún.

Si hubiera estado solo, creo que a pesar del primer mandamiento del Decálogo, habría invocado el nombre del Señor más de una vez. Se contuvo, llegaron los pinceles, y se puso manos a la obra; aproximadamente durante una hora todo fue bien.

La sangre empezaba a correr bajo la piel, los contornos se dibujaban, las formas se modelaban, la luz surgía de la sombra, la mitad del lienzo ya estaba viva.

Sobre todo los ojos eran admirables; el arco de las cejas estaba perfectamente perfilado, y se difuminaba delicadamente en las sienes en tonos azulados y aterciopelados; la sombra de las pestañas suavizaba maravillosamente la resplandeciente blancura de la córnea, la pupila tenía mirada propia, el iris y la niña no dejaban nada que desear; no faltaba sino ese pequeño diamante de luz, esa lentejuela de claridad que los pintores llaman punto visual.

Para insertarlo en su disco de azabache (Jacintha tenía los ojos negros), cogió el más fino, el más

bonito de sus pinceles, tres pelos de la cola de una marta cibelina.

Lo empapó en el blanco de plomo que, en la parte superior de la paleta, se elevaba, al lado de los ocres y los sienas, como la cresta de una montaña cubierta de nieve y rodeada de negras rocas.

El temblor de aquel punto brillante en la punta del pincel era como de una gotita de rocío en el extremo de una aguja; iba a ponerlo en la pupila, cuando un violento codazo le desvió la mano, con lo cual el punto blanco acabó en las cejas, y el borde de su manga emborronó la mejilla todavía fresca que acababa de terminar. Se volvió tan bruscamente ante esta nueva catástrofe, que su taburete rodó a diez pasos. No vio a nadie. Si alguien se hubiera encontrado allí por casualidad, sin duda le habría matado.

—¡Realmente es inconcebible! —dijo para sí muy alterado—; Jacintha, no sé qué me pasa, pero hoy ya no vamos a hacer nada.

Jacintha se levantó para salir.

Onuphrius quiso retenerla; le pasó el brazo alrededor de la cintura. El vestido de Jacintha era blanco; los dedos de Onuphrius, que no se le había ocurrido limpiarse, le hicieron un arco iris.

—¡Qué torpe eres! —dijo la joven—, ¡cómo me has puesto! Y mi tía, que no quiere que venga sola a

verte, ¿qué va a decir?

—Te cambias de vestido y no se dará cuenta de nada.

Y la besó. Jacintha no le rechazó.

—¿Qué vas a hacer mañana? —dijo ella después de un silencio.

—Nada, ¿y tú?

—Voy a cenar con mi tía a casa del anciano señor de ***, al que conoces, y seguramente pasaré allí la velada.

—Yo iré también —dijo Onuphrius—; puedes contar conmigo.

—No llegues más tarde de las seis; ya sabes que mi tía es muy miedosa, y si no encontramos en casa del señor *** a algún galante caballero que nos acompañe a casa, se irá antes de que anochezca.

—Bueno, a las cinco estaré allí. Hasta mañana, Jacintha, hasta mañana.

Y se asomó a la barandilla para contemplar a la esbelta muchacha que se iba. Los últimos pliegues de su vestido desaparecieron bajo los soportales, y él volvió a entrar.

Antes de ir más lejos, unas palabras sobre Onuphrius. Era un joven entre veinte y veintidós años, aunque a primera vista parecía tener más. Sin embargo, se descubría a través de sus rasgos pálidos y cansados algo infantil y poco decidido, ciertas

formas de transición de la adolescencia a la virilidad. La parte superior de la cabeza era grave y reflexiva como la frente de un anciano, mientras la boca estaba ligeramente ensombrecida en sus comisuras por una sombra azulada, y una sonrisa juvenil se perfilaba en sus labios de un rosa bastante vivo que contrastaba extrañamente con la palidez de las mejillas y del resto de su fisonomía.

Por tanto, Onuphrius no podía evitar tener un aspecto bastante singular, pero su extravagancia natural se veía aumentada aún más por su atuendo y su peinado. Sus cabellos, separados sobre la frente como el pelo de una mujer, descendían simétricamente por sus sienes hasta los hombros, sin rizo alguno, lisos y brillantes a la moda gótica, como puede verse en los ángeles de Giotto y de Cimabue. Una amplia túnica de color oscuro caía en pliegues lacios y rectos alrededor de su cuerpo ágil y delgado, de forma absolutamente dantesca. Hay que decir que todavía no había salido nunca con aquella vestimenta; pero le faltaba más el valor que las ganas; porque, no necesito decirlo, Onuphrius era Joven-Francia^[7] y romántico convencido.

En la calle, a la que no iba a menudo, para compensar la humillación que le producía el inmundo atavío burgués, sus movimientos eran bruscos, nerviosos; sus gestos también bruscos, como si

hubieran sido producidos por resortes de acero; sus andares inseguros, entrecortados por súbitos impulsos, zigzagueos, o interrumpidos de repente; cosa que, ante mucha gente, le hacía pasar por un loco o al menos por un original, lo que no se sabe qué es peor.

Onuphrius no lo ignoraba, y seguramente era eso lo que le hacía evitar lo que se llama el mundo y daba a su conversación un tono de humor y de causticidad que se parecía bastante a la venganza; entonces, cuando no tenía más remedio que salir de su retiro, por cualquier motivo, aportaba a la sociedad una torpeza sin timidez, una ausencia tan total de convencionalismos, un desdén tan perfecto hacia lo que todos admiraban, que al cabo de unos minutos, con tres o cuatro sílabas, había encontrado el modo de hacerse con una jauría de enemigos encarnizados.

No es que no fuera amable cuando quería, pero no quería con mucha frecuencia, y respondía a amigos que se lo reprochaban: ¿Para qué? Porque tenía amigos; no muchos, dos o tres a lo sumo, pero que le querían con todo el afecto que le negaban los demás, que le apreciaban como personas que tienen que reparar una injusticia. ¿Para qué? Los que son dignos de mí y me comprenden no se detienen ante esta dura coraza: saben que la perla está escondida

en una fea concha; los estúpidos que no lo saben se desaniman y se alejan. ¿Dónde está el mal? Para un loco, no estaba demasiado mal razonado.

Onuphrius, como ya he dicho, era pintor y, además, poeta; no había modo de que su mente se librara de ello, y lo que había contribuido enormemente a mantenerle en aquella exaltación febril, que no siempre Jacintha podía evitar, eran sus lecturas. Sólo leía leyendas maravillosas y antiguas novelas de caballerías, poesías místicas, tratados de cábala, baladas alemanas, libros de brujería y de demonografía; de este modo se hacía, en medio del mundo real que zumbaba a su alrededor, un mundo de éxtasis y de ensueño en el que le costaba muy poco entrar. Del detalle más corriente y más vulgar, por la costumbre que tenía de buscar el lado sobrenatural, sabía hacer algo fantástico e inesperado. Si le hubierais metido en una habitación cuadrada y encalada en todas sus paredes, y con cristales esmerilados en las ventanas, habría sido capaz de ver alguna extraña aparición tan bien como en un interior de Rembrandt inundado de sombras e iluminado de rojizas tonalidades, pues los ojos de su alma y de su cuerpo tenían la facultad de dislocar las líneas más rectas y de hacer complicadas las cosas más sencillas, algo parecido a los espejos cóncavos o a los prismas que deforman los objetos que les son

presentados, y los hacen parecer grotescos o terribles.

Así que Hoffmann y Jean-Paul le encontraron admirablemente dispuesto; ambos acabaron lo que los autores de las leyendas habían empezado. La imaginación de Onuphrius se enardeció y se alteró cada vez más, sus composiciones pintadas y escritas se resintieron de ello, la garra o la cola del diablo penetraba siempre por algún sitio, y en el lienzo, al lado de la cabeza delicada y pura de Jacintha, gesticulaba fatalmente alguna figura monstruosa, hija de su mente delirante.

Hacía dos años que había conocido a Jacintha, en una época de su vida en que era tan desdichado que no desearía semejante suplicio ni a mi peor enemigo; estaba en esa espantosa situación en que se encuentra todo hombre que ha descubierto algo y que no conoce a nadie que crea en él. Jacintha creyó en lo que decía, sin poner objeciones porque se trataba de él, y él la amó como Cristóbal Colón debió amar al primero que no se rió en sus narices cuando habló del nuevo mundo que había intuido. Jacintha le amaba como una madre ama a su hijo, y con su amor se mezclaba una profunda piedad; porque, exceptuándola a ella, ¿quién le hubiera amado como necesitaba?

¿Quién le hubiera consolado en sus desdichas imaginarias, absolutamente reales para él, que no

vivía sino de ensoñaciones? ¿Quién le hubiera tranquilizado, apoyado, animado? ¿Quién hubiera calmado aquella enfermiza exaltación que rozaba la locura en más de un punto, compartiéndola más que combatiéndola? Nadie, sin lugar a dudas.

Y luego decirle de qué modo verla, organizarle las citas, dar esos miles de primeros pasos que el mundo condena, besarle por su propio impulso, proporcionarle la ocasión cuando veía que él la buscaba. Una coqueta no lo hubiera hecho; pero ella sabía lo mucho que le costaba todo eso al pobre Onuphrius, y le evitaba sufrimiento.

Como estaba muy poco acostumbrado a vivir la vida real, no sabía cómo llevar su idea a la práctica, y hacía una montaña de un grano de arena.

Sus largas meditaciones, sus viajes por los mundos metafísicos no le habían dejado tiempo para ocuparse de éste. Su cabeza tenía treinta años, su cuerpo seis meses; había descuidado tan absolutamente encauzar su existencia que, si Jacintha y sus amigos no se hubieran preocupado de dirigirla, habría cometido enormes errores. En una palabra, habría que vivir para él, necesitaba un intendente para su cuerpo, como los grandes señores lo necesitan para sus tierras.

Además, y no me atrevo a confesarlo sino con un estremecimiento, pues en este siglo de incredulidad

ello podría hacer pasar a mi pobre amigo por un imbécil: tenía miedo. ¿De qué? Nadie lo podría adivinar; tenía miedo del diablo, de los aparecidos, de los espíritus y de otras mil pamplinas; por lo demás, podía burlarse de un hombre, y de dos, como los niños de un fantasma.

Por la noche no se hubiera mirado en un espejo ni por un imperio, por miedo a ver en él otra cosa que su propio rostro; no hubiera introducido la mano bajo su cama para coger las zapatillas o algún otro utensilio, porque temía que una mano fría y húmeda se adelantara a la suya y tirara de él hasta ponerle entre la cama y la pared; ni hubiera echado una ojeada a los rincones oscuros, temblando ante la idea de ver en ellos cabezas de viejas arrugadas, montadas en palos de escoba.

Cuando estaba solo en su gran taller, veía girar a su alrededor, en una ronda fantástica, al consejero Tusmann, al doctor Trabraccio, al digno Peregrinus Tyss, a Crespel con su violín y su hija Antonia, a la desconocida de la casa desierta y a toda la extraña familia del castillo de Bohemia; era un aquelarre completo, y no hubiera dudado en tener miedo de su propio gato como de otro Mürr.

Cuando Jacintha se hubo ido, se sentó delante del lienzo y se puso a reflexionar sobre lo que él llamaba los acontecimientos de la mañana. El reloj de Saint-

Paul, los bigotes, los pinceles endurecidos, los tubos de los colores duros como piedras y, sobre todo, el punto visual, todo se representó en su memoria con un aspecto fantástico y sobrenatural; se devanó los sesos para encontrar una explicación plausible; inmediatamente construyó un volumen en octavo con las suposiciones más extravagantes, las más inverosímiles que hayan cabido jamás en un cerebro enfermo. Después de haber buscado durante mucho rato a la única conclusión a que llegó fue que todo era completamente inexplicable... a menos que fuera el diablo en persona... Esta idea, de la que al principio se rió, arraigó en su mente, y pareciéndole menos ridícula a medida que se familiarizaba con ella, acabó por dejarle convencido.

En el fondo, ¿qué había de irracional en esa suposición? La existencia del diablo está demostrada por las más respetables autoridades, exactamente como la de Dios. Es incluso un artículo de fe, y Onuphrius, para no dudar, compulsó en los registros de su vasta memoria todos los pasajes de los autores profanos o sagrados en los que se trata de esta importante materia.

El diablo merodea alrededor del hombre; el propio Jesús no pudo librarse de sus acechanzas; la tentación de San Antonio es muy popular; Martín Lutero también fue atormentado por Satanás y, para

desembarazarse de él se vio obligado a tirarle su escribanía a la cabeza. Todavía puede verse la mancha de tinta en la pared de su celda.

Se acordó de todas las historias de obsesiones, desde el poseído de la Biblia hasta las religiosas de Loudun; todos los libros de brujería que había leído: Bodin, Delrio, Le Loyer, Bordelon, el *Mundo invisible* de Bekker, la *Infernalía*, los *Duendes* de Berbiguier de Terre-Neuve-du-Thym, el *Gran y el Pequeño Albert* y todo lo que le había parecido oscuro se volvió claro como la luz del día; era el diablo quien había adelantado las agujas del reloj, quien había puesto bigotes a su retrato, cambiado los pelos de sus pinceles por alambres de latón y llenado los tubos de pólvora fulminante. El codazo se explicaba naturalmente; pero ¿qué interés podía tener Belcebú en perseguirle? ¿Era para conseguir su alma? Ésa no es forma de hacerlo; por fin recordó que había pintado, no hacía mucho tiempo, un cuadro de San Dunstan agarrando al diablo por la nariz con unas tenazas candentes; no dudó de que por haberle representado de forma tan humillante el diablo le hacía ahora aquellas travesuras a él. Caía la tarde, largas sombras extrañas se recortaban en el suelo del taller. Según crecía esta idea en su cabeza, un escalofrío empezaba a recorrerle la espalda, y el terror se hubiera apoderado de él, si uno de sus

amigos, con su llegada, no hubiera ahuyentado sus visiones demoníacas. Salió con él, y como nadie en el mundo era más impresionable, y su amigo era alegre, muy pronto un enjambre de pensamientos divertidos había espantado sus lúgubres ensoñaciones. Olvidó totalmente lo que había ocurrido, o, si le volvía a la memoria, se reía para sus adentros. Al día siguiente volvió a ponerse manos a la obra. Trabajó tres o cuatro horas intensamente. Aunque Jacintha estuviera ausente, sus rasgos estaban tan profundamente grabados en su corazón que no necesitaba de ella para terminar su retrato. Estaba casi acabado, no le faltaban más que dos o tres toques que darle y poner la firma, cuando una pelusilla, que danzaba con sus hermanos los átomos en un espléndido rayo amarillo, por un capricho inexplicable, abandonó de repente su luminosa sala de baile, se dirigió contoneándose hacia el lienzo de Onuphrius, y fue a posarse en un realce que acababa de hacer.

Onuphrius dio la vuelta al pincel y, con el mango, la apartó lo más delicadamente posible. Sin embargo no pudo hacerlo tan hábilmente que no descubriese la superficie del lienzo y levantara un poco el color. Preparó una mezcla para reparar el estropicio: la mezcla era demasiado oscura, y desentonaba; sólo pudo restablecer la armonía rehaciendo toda la zona;

pero, al pintarla, perdió su perfil, y la nariz, a la Roxelana, se volvió aguileña, lo que cambió totalmente el carácter de la cabeza; ya no era Jacintha, se había transformado en una de sus amigas, que Onuphrius encontraba muy bonita.

La idea del Diablo volvió a la mente de Onuphrius ante aquella extraña metamorfosis; pero, al mirar más atentamente, vio que sólo era un juego de su imaginación, y como el día avanzaba, se levantó y salió para reunirse con su amante en casa del señor de ***. El caballo corría como el viento: pronto Onuphrius vio asomar al otro lado de la colina la casa del señor de ***, blanca entre los castaños. Como la carretera general daba un rodeo, se metió por un atajo, un camino tortuoso que conocía muy bien, donde de niño iba a coger moras y a cazar abejorros.

Había llegado aproximadamente a la mitad cuando se encontró detrás de una carreta de heno que los recodos del sendero le habían impedido ver. El camino era tan estrecho y la carreta tan ancha, que era imposible adelantarla: puso su caballo al paso, esperando que la senda se ensanchara un poco más adelante y le permitiera hacerlo. Su esperanza se vio frustrada; era como una pared que retrocedía imperceptiblemente. Quiso volver sobre sus pasos, pero otra carreta de heno le seguía por detrás y le

dejaba como aprisionado. Por un instante pensó escalar por los bordes del barranco, pero estaban cortados a pico y coronados por una vegetación muy espesa; había, pues, que resignarse. Pasaba el tiempo, los minutos le parecían eternidades, estaba furioso, le palpitaban las arterias y tenía la frente perlada de sudor.

Un reloj de voz cascada, el del pueblo vecino, dio las seis; cuando hubo acabado, el del castillo, en diferente tono, sonó a su vez; luego otro y otro más; todos los relojes de los alrededores, primero sucesivamente, después todos a la vez. Era un conjunto de campanas, un concierto de timbres aflautados, ruidosos, vocingleros, escandalosos, un carillón capaz de hacer estallar la cabeza de cualquiera. Las ideas de Onuphrius se confundieron, sintió vértigo. Los campanarios se inclinaban sobre el tortuoso camino para verle pasar, le señalaban con el dedo, le hacían burla y por burla le tendían sus relojes, cuyas agujas eran perpendiculares. Las campanas le sacaban la lengua y le ponían mala cara, sin dejar de tocar las seis campanadas malditas. Aquello duró mucho tiempo; ese día las seis sonaron hasta las siete.

Por fin, el carruaje desembocó en la llanura. Onuphrius hundió las espuelas en el vientre de su caballo: caía la tarde y era como si su cabalgadura

comprendiera lo importante que para él era llegar. Sus patas apenas tocaban la tierra y, de no haber sido por las chispas que surgían de cuando en cuando al chocar con alguna piedra, se hubiera dicho que volaba. Pronto una blanca espuma envolvió como una gualdrapa de plata su pecho de ébano: eran más de las siete cuando Onuphrius llegó. Jacintha se había ido. El señor de *** le colmó de atenciones, se puso a charlar de literatura con él, y acabó por proponerle una partida de damas.

Onuphrius no tuvo más remedio que aceptar, aunque toda clase de juegos, y aquel especialmente, le aburría mortalmente. Trajeron el tablero. El señor de *** eligió las negras y Onuphrius las blancas: empezó la partida, los jugadores estaban muy igualados; pasó algún tiempo antes de que la balanza se inclinara a un lado o a otro.

De repente miró al anciano gentilhombre; sus fichas avanzaban con increíble rapidez, sin que Onuphrius, a pesar de los esfuerzos que hacía, pudiera oponer obstáculo alguno. Preocupado como estaba por pensamientos diabólicos, aquello no le pareció natural; así que puso más atención, y acabó por descubrir, al lado del dedo del que se servía para mover sus fichas, otro dedo delgado, nudoso, terminado en uña de animal (que al principio había tomado por la sombra del suyo), que empujaba sus

damas por la línea blanca, mientras las de su adversario desfilaban en procesión por la línea negra. Palideció, los cabellos se le erizaron en la cabeza. Sin embargo volvió a poner las fichas en su sitio, y siguió jugando. Se persuadió de que no era sino una sombra y, para convencerse del todo, cambió la vela de lugar: la sombra pasó al otro lado, y se proyectó en sentido inverso; pero el dedo con la uña de animal permaneció firme en su puesto, moviendo las damas de Onuphrius, y empleando todos los medios para hacerle perder.

Además, no había lugar a dudas, el dedo llevaba un gran rubí. Onuphrius no llevaba sortija.

—¡Santo cielo! ¡Esto es demasiado! —exclamó dando un fuerte puñetazo en el tablero y levantándose bruscamente—; ¡viejo malvado! ¡viejo bribón!

El señor de que le conocía y que atribuyó aquella explosión de furia al despecho por haber perdido, se echó a reír a carcajadas y comenzó a ofrecerle un consuelo lleno de ironía. La ira y el terror se disputaban el alma de Onuphrius: cogió su sombrero y salió.

La noche era tan negra que se vio obligado a poner su caballo al paso. Apenas una estrella sacaba aquí y allá la nariz fuera de su manto de nubes; los árboles del camino parecían grandes espectros que alargaban los brazos; de vez en cuando un fuego fatuo

atravesaba el sendero, y el viento silbaba entre las ramas de modo singular. La hora avanzaba, y Onuphrius no acababa de llegar; sin embargo, los cascos de su caballo, al sonar sobre el empedrado, le confirmaban que no se había extraviado.

Una ráfaga disipó la bruma y la luna apareció; pero, en lugar de ser redonda, era ovalada. Onuphrius, al mirarla más atentamente, vio que llevaba una pañoleta de tafetán negro, y que se había puesto harina en las mejillas; sus rasgos se dibujaron más claramente, y reconoció, sin que hubiera lugar a dudas, la cara pálida y alargada de su íntimo amigo Jean-Gaspard Deburau, el gran bufón de los Funámbulos, que le miraba con una indefinible expresión de malicia y bondad.

El cielo también guiñaba sus ojos azules de pestañas de oro, como gesto de complicidad; y, como a la luz de las estrellas se podían distinguir los objetos, vislumbró a cuatro personajes de mal aspecto, con trajes mitad rojos y mitad negros, que sostenían algo blancuzco por sus cuatro puntas, como si fueran personas que cambiaran una alfombra de sitio; pasaron rápidamente a su lado, y arrojaron lo que llevaban a los pies de su caballo. A Onuphrius, a pesar de su encanto, no le costó mucho ver que se trataba del camino que ya había recorrido, y que el Diablo volvía a poner ante él para dificultar su

marcha. Picó espuelas; el caballo dio una coz y se negó a avanzar de otro modo que al paso; los cuatro demonios continuaron su maniobra.

Onuphrius vio que uno de ellos llevaba en el dedo un rubí semejante al del dedo que tanto le había asustado en el tablero de damas: la identidad del personaje ya no era dudosa. El terror de Onuphrius era tan grande que ya no olía, ni veía, ni oía; le castañeteaban los dientes como si tuviera fiebre, y una risa convulsa torcía su boca. Una vez, intentó rezar y hacer la señal de la cruz, pero no lo consiguió. Así transcurrió la noche.

Por fin, una raya azulada se dibujó en el horizonte: el caballo aspiró ruidosamente por los ollares el aire balsámico de la mañana, el gallo de la granja vecina dejó oír su voz aguda y cascada, los fantasmas desaparecieron, el caballo se puso él solo al galope y, al amanecer, Onuphrius se encontró ante la puerta de su estudio.

Agotado, se tumbó en un diván y no tardó en quedarse dormido: su sueño fue agitado; las pesadillas le dejaron completamente exhausto. Tuvo multitud de sueños incoherentes, monstruosos, que contribuyeron no poco a perturbar su razón ya bastante alterada. He aquí uno que le había impresionado, y que me contó muchas veces.

«Me encontraba en una habitación que no era la

mía ni la de ninguno de mis amigos, una habitación en la que jamás había estado, y que sin embargo conocía perfectamente: las contraventanas estaban cerradas y las cortinas echadas; en la mesa de noche una pálida lamparilla proyectaba su luz agonizante. Todos caminaban de puntillas, con el dedo en la boca; frascos y tazas abarrotaban la chimenea. Yo me hallaba en la cama como si hubiera estado enfermo, y sin embargo nunca me había encontrado mejor. Las personas que atravesaban el apartamento tenían un gesto triste y agitado que parecía desacostumbrado.

»Jacintha estaba a la cabecera de mi cama, había puesto su manita en mi frente, y se inclinaba hacia mí para escuchar si respiraba bien. De cuando en cuando una lágrima caía de sus pestañas a mis mejillas, y la secaba ligeramente con un beso.

»Sus lágrimas me partían el corazón, y hubiera querido consolarla; pero me resultaba imposible hacer el menor movimiento, o articular una sola sílaba: tenía la lengua clavada al paladar y mi cuerpo estaba como petrificado.

»Un señor vestido de negro entró, me tomó el pulso, y dijo en voz alta: “¡Se acabó!”. Entonces Jacintha se puso a sollozar, a retorcerse las manos, y a dar grandes muestras del más violento dolor: todos los que estaban en la habitación hicieron lo mismo. Fue tal el concierto de llantos y suspiros que se

hubiera ablandado hasta una roca.

»Experimenté un secreto placer al comprobar tan gran sentimiento de pesar. Me pusieron un espejo ante la boca; hice prodigiosos esfuerzos para empañarlo con mi aliento, para demostrar que no estaba muerto: no pude conseguirlo. Después de esta prueba me echaron la sábana por encima de la cabeza; estaba desesperado, veía que me creían difunto y que iban a enterrarme vivo. Todo el mundo salió: sólo quedó un sacerdote que masculó unas plegarias y que acabó por dormirse.

»El enterrador vino a tomarme medidas del ataúd y del sudario; otra vez intenté moverme y hablar, pero fue inútil, un poder invencible me paralizaba: no tuve más remedio que resignarme. Así permanecí mucho tiempo, víctima de las más dolorosas reflexiones. El enterrador volvió con mi último traje, el último de cualquier hombre, el ataúd y la mortaja: sólo tenían que vestirme con él.

»Me envolvió en la sábana, y se puso a coserme sin ningún cuidado, como quien tiene prisa por acabar: la punta de su aguja penetraba en mi piel, y me daba miles de pinchazos; mi situación era insoportable. Cuando hubo terminado, uno de sus compañeros me cogió por los pies, él por la cabeza, y me metieron en la caja; era un poco justa para mí, por lo que se vieron obligados a darme fuertes golpes

en las rodillas para poder poner la tapa.

»Al final lo consiguieron, y clavaron el primer clavo. Hacía un ruido horrible. El martillo rebotaba sobre las tablas, y me repercutía en la cabeza. Mientras duró la operación, no perdí totalmente la esperanza, pero cuando clavaron el último clavo me sentí desfallecer, se me encogió el corazón porque comprendí que ya no quedaba ningún lazo de conexión entre el mundo y yo: aquel último clavo me condenaba a la nada para siempre. Solamente entonces comprendí el horror de mi situación.

»Me sacaron de allí; el sordo rodar de las ruedas me confirmó que estaba en la carroza fúnebre; porque, aunque no pudiera manifestar mi existencia en modo alguno, no estaba privado de ninguno de mis sentidos. El coche se detuvo, sacaron el féretro. Estaba en la iglesia, oía perfectamente el gangoso canto de los sacerdotes, y veía brillar a través de las rendijas del ataúd la amarilla luz de los cirios. Al acabar la misa, fuimos al cementerio; cuando me bajaron a la fosa, hice acopio de todas mis fuerzas, y creo que conseguí lanzar un grito; pero el estruendo de la tierra que caía sobre el féretro lo cubrió completamente: me encontré en una oscuridad palpable y compacta, más negra que la noche. Por lo demás, no sufría, al menos corporalmente; en cuanto a mis sufrimientos morales, haría falta un volumen

para analizarlos. La idea de que iba a morir de hambre o de que me comerían los gusanos, sin poder evitarlo, acudió a mí al instante; después pensé en los acontecimientos de la víspera, en Jacintha, en mi cuadro que hubiera tenido tanto éxito en la Exposición, en mi drama, que iba a ser representado, en una excursión que había proyectado con mis amigos, en un traje que mi sastre debía llevarme ese día; ¿qué sé yo? en mil cosas de las que no debía preocuparme. Luego, volviendo a Jacintha, reflexioné sobre la forma en que se había conducido; repasé en mi memoria cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras; creí recordar que había algo de exagerado y de afectado en sus lágrimas que no debía haberme engañado: eso me hizo acordarme de varias cosas que había olvidado completamente; diversos detalles en los que no había reparado, considerados bajo una nueva luz, me parecieron de gran importancia; demostraciones que hubiera jurado sinceras se me antojaron turbias; me vino a la memoria que un joven, una especie de fatuo mitad corbata, mitad espuelas, antaño le había hecho la corte. Una noche gozábamos juntos, y Jacintha me llamó por el nombre de aquel joven en lugar de por el mío, clara señal de preocupación; por otra parte yo sabía que ella había hablado favorablemente de él en sociedad en varias ocasiones, y como de alguien que no la desagradaría.

»Aquella idea se apoderó de mí y la cabeza se me puso como un bombo; hice comparaciones, suposiciones, interpretaciones; como es fácil imaginar, no fueron favorables a Jacintha. Un sentimiento desconocido se deslizó en mi corazón, y me enseñó lo que era sufrir; me entraron unos celos horribles, y no dudé de que había sido Jacintha quien, de acuerdo con su amante, me había mandado enterrar vivo para desembarazarse de mí. Pensé que seguramente en ese mismo momento se estaba riendo a mandíbula batiente del éxito de su estratagema, y que Jacintha ofrecía a los besos del otro aquella boca que me había jurado tantas veces que no la habían tocado otros labios que los míos.

»Ante esa idea me entró tal furor que recuperé la facultad de moverme; me revolví tan violentamente que rompí de un golpe las costuras de mi sudario. Cuando tuve las piernas y los brazos libres, di fuertes codazos y rodillazos a la tapa del ataúd para hacerla saltar e ir a matar a mi amada infiel que seguramente estaba en brazos de su vil y miserable pretendiente. ¡Oh, burla sangrienta! ¡Yo, enterrado, quería dar la muerte! El enorme peso de la tierra que aplastaba las tablas hizo que mis esfuerzos fueran inútiles. Agotado, caí otra vez en mi primer letargo, mis articulaciones se osificaron: de nuevo me convertí en cadáver. Mi agitación mental se calmó y juzgué las

cosas con más serenidad: los recuerdos de todo lo que la joven había hecho por mí, sus desvelos, sus cuidados, que jamás habían cesado, hicieron que en seguida se desvanecieran mis ridículas sospechas.

»Como había agotado todos los asuntos que merecían ser meditados, y no sabiendo cómo matar el tiempo, me puse a hacer versos. En mi triste situación no podían ser muy alegres: los del nocturno Young y el sepulcral Harvey no son sino bufonadas comparados con aquéllos. En ellos describí las sensaciones de un hombre que conserva bajo tierra todas las pasiones que ha tenido en la superficie, y a aquel ensueño cadavérico lo titulé: *La vida en la muerte*. ¡Un bello título, a fe mía! y lo que me desesperaba era no poder recitárselos a nadie.

»Apenas había terminado la última estrofa, cuando oí que cavaban por encima de mi cabeza. Un rayo de esperanza iluminó mi noche. Los golpes de pico se acercaban rápidamente. La dicha que sentí no duró mucho; los golpes de pico cesaron. No, no se puede expresar con palabras humanas la espantosa angustia que sentí en ese momento; en comparación con ella la muerte real no es nada. Por fin volví a oír ruido: los enterradores, después de haber descansado, volvían a su tarea. Estaba en el cielo; sentía que mi liberación estaba próxima. La parte superior del ataúd saltó. Noté el aire frío de la noche.

Me hizo mucho bien, porque empezaba a ahogarme. Sin embargo mi inmovilidad continuaba; aunque vivo, tenía toda la apariencia de un muerto. Dos hombres me cogieron: al ver rotas las costuras de la mortaja, intercambiaron riéndose bromas groseras, me cargaron a su espalda y me llevaron. Mientras caminaban canturreaban a media voz coplillas obscenas. Entonces recordé la escena de los enterradores, en *Hamlet*, y me dije a mí mismo que Shakespeare era realmente un gran hombre.

»Después de haberme hecho pasar por callejuelas desiertas, entraron en una casa que reconocí porque era la de mi médico; era él quien había mandado que me desenterraran para saber de qué había muerto. Me pusieron sobre una mesa de mármol. El doctor entró con un maletín de instrumentos; los desplegó con complacencia sobre una cómoda. A la vista de los escalpelos, los bisturís, las lancetas, las sierras de acero relucientes y pulidas, experimenté un horrible terror, porque comprendí que me iban a diseccionar; mi alma, que hasta entonces no había abandonado mi cuerpo, ya no dudó en dejarme: al primer contacto con el escalpelo se liberó totalmente de los obstáculos que se le oponían. Prefería sufrir los sinsabores de una inteligencia desposeída de sus formas de manifestación física, a compartir con mi cuerpo tan espantosas torturas. Además, ya no había

esperanza de conservarlo, iba a ser despedazado, y no hubiera podido servir de gran cosa aunque el descuartizamiento no lo hubiera matado de verdad. Como no quería asistir a la destrucción de su querida envoltura, mi alma se apresuró a escapar.

»Rápidamente atravesó una hilera de habitaciones, y se encontró en la escalera. Como de costumbre, bajé los peldaños uno por uno; pero necesitaba contenerme, porque sentía una maravillosa ligereza. Por mucho que me aferraba al suelo, una fuerza invencible me atraía hacia arriba; era como si estuviera atado a un globo hinchado con gas: la tierra huía de mí, sólo la tocaba con la punta de los dedos de los pies; digo los dedos de los pies porque, aunque no fuera sino un puro espíritu, conservaba el sentimiento de los miembros que ya no tenía, algo parecido a quien le han amputado un miembro y siente el brazo o la pierna que le falta. Cansado de esforzarme por permanecer en una actitud normal y, por lo demás, pensando que mi alma inmaterial no debía trasladarse de un lugar a otro por los mismos procedimientos que mi andrajoso y miserable cuerpo, me dejé llevar por mi propio movimiento, y empecé a separarme del suelo aunque no me elevaba demasiado, y me mantuve en una zona intermedia. Pronto perdí el miedo, y volé unas veces alto y otras bajo, como si no hubiera hecho otra cosa en mi vida.

Comenzaba a amanecer: subí y subí, contemplando por las ventanas de las buhardillas cómo las modistillas se levantaban y se vestían, valiéndome de las chimeneas como tubos acústicos para oír lo que se decía en las casas. Debo decir que no vi nada que me pareciera bello y no escuché nada interesante. Ya acostumbrado a aquella forma de desplazarme, volé sin temor por el aire libre, sobre la bruma, y contemplé desde arriba aquella inmensa extensión de tejados que parecía un mar petrificado en el momento de una tempestad, aquel caos erizado de tubos, flechas, cúpulas, frontispicios, bañado de niebla y de humo, tan hermoso, tan pintoresco, que no lamenté haber perdido mi cuerpo. El Louvre se me apareció blanco y negro, con el río a sus pies y sus verdes jardines en el otro extremo. La multitud se dirigía allí; había exposición: entré. Las paredes resplandecían cubiertas de nuevas pinturas, engalanadas de marcos de oro ricamente esculpidos. Los burgueses iban, venían, se empujaban, se pisaban, abrían los ojos como alelados, se consultaban unos a otros como personas que todavía no han formado una opinión, y que no saben lo que deben pensar y decir. En la gran sala, en medio de los cuadros de nuestros jóvenes grandes maestros, Delacroix, Ingres, Decamps, vi mi cuadro: la muchedumbre se apretaba alrededor y lanzaba un

bramido de admiración; los que estaban detrás y no veían nada gritaban dos veces más fuerte: ¡Prodigioso! ¡Prodigioso! Mi cuadro me pareció a mí mismo mucho mejor que antes, y me invadió un profundo respeto por mi propia persona. Sin embargo, en todas aquellas fórmulas admirativas se mezclaba un nombre que no era el mío; vi que en todo aquello había alguna superchería. Examiné el lienzo con atención: en una de sus esquinas había un nombre escrito en pequeños caracteres rojos. Era el de uno de mis amigos que, al verme muerto, no había tenido escrúpulos en apropiarse de mi obra. ¡Oh! ¡Cómo añoré entonces mi pobre cuerpo! No podía ni hablar, ni escribir, no tenía ningún medio de reclamar mi gloria y desenmascarar al infame plagiario. Con el corazón afligido, me retiré tristemente para no asistir a un triunfo que me correspondía a mí. Quise ver a Jacintha. Fui a su casa y no la encontré; en vano la busqué en varias casas donde pensaba que podía estar. Aburrido de estar solo, aunque ya fuera tarde, me apeteció ir a un espectáculo. Entré en la Porte-Saint-Martin y pensé que en mi nuevo estado era muy agradable pasar por todas partes sin pagar. La obra estaba terminando, era el momento apoteósico. Dorval, con los ojos enrojecidos, hecha un mar de lágrimas, los labios azules, las sienes lívidas, desmelenada, medio desnuda, se retorció en el

proscenio a dos pasos de las candilejas. Bocage, funesto y silencioso, estaba de pie al fondo: todos los pañuelos habían hecho su aparición; los sollozos rompían los corsés; un torrente de aplausos entrecortaba cada estertor de la actriz. El patio de butacas, como un manto negro, se agitaba como un mar; los palcos se vencían sobre el anfiteatro, el anfiteatro sobre el entresuelo. Cayó el telón: creí que la sala se venía abajo: hubo aplausos, pataleos, aullidos; ahora bien, aquella obra teatral era mi obra: ¡imaginad! Mi éxito me convertía en un ser superior. El telón se levantó y dijeron a la multitud el nombre del autor.

»No era el mío sino el nombre del amigo que ya me había robado mi cuadro. Los aplausos aumentaron. Querían que el autor apareciera en el escenario: el monstruo estaba en un palco oscuro con Jacintha. Cuando proclamaron su nombre, ella se le echó al cuello, y le dio en la boca el beso más apasionado que jamás una mujer haya dado a un hombre. Muchas personas la vieron; ella ni siquiera se ruborizó: estaba tan embriagada, tan dichosa y tan orgullosa de su éxito que yo creo que se hubiera prostituido a él en ese palco y delante de todo el mundo. Varias voces gritaron: “¡Allí está! ¡allí está!”. El malvado hizo un gesto de modestia y saludó profundamente. La araña del techo se apagó y puso

fin a la escena. No intentaré describir lo que pasaba dentro de mí; los celos, el desprecio, la indignación se mezclaban en mi alma; era una tempestad tan furiosa que no tenía medios para echarla fuera: la muchedumbre se retiró y yo salí del teatro; vagué un rato por la calle, sin saber adónde ir. El paseo no me reconfortó nada. Soplaban un viento punzante: mi pobre alma, friolera como lo era mi cuerpo, tiritaba y moría de frío. Encontré una ventana abierta, entré, decidido a alojarme en aquella habitación hasta el día siguiente. La ventana se cerró detrás de mí: descubrí, sentado en un gran butacón tapizado de flores, a un personaje de lo más singular. Era un hombre alto, delgado, enjuto, con una ligera capa de polvo blanco en la cabeza, la cara arrugada como una vieja manzana, un enorme par de anteojos a caballo sobre una nariz prominente, que casi rozaba la barbilla. Una rayita transversal, semejante a la abertura de una hucha, hundida bajo una infinidad de pliegues y de pelos tiesos como las cerdas de un jabalí, simulaba más o menos lo que llamaremos una boca, a falta de otro término. Un antiguo traje negro, completamente raído, blanco en todas sus costuras, una chaqueta de tejido ligero, calzón corto, medias de mezclilla y zapatos con hebillas: tal era su atuendo. A mi llegada, el digno personaje se levantó y fue a coger de un armario dos cepillos hechos de un modo

especial: al principio no pude adivinar su utilidad; tomó uno en cada mano, y se puso a recorrer la habitación con sorprendente agilidad como si persiguiera a alguien, haciendo chocar los cepillos uno contra otro por el lado de los pelos; entonces comprendí que era el famoso Berbiguier de Terre-Neuve-du-Thym, que cazaba duendes; yo estaba muy preocupado por lo que iba a ocurrir: parecía que aquel heteróclito individuo tuviera la facultad de ver lo invisible, me pisaba los talones, y yo tenía que hacer todo el esfuerzo del mundo para escapar de él. Por fin, me acorraló en un rincón, blandió los dos fatídicos cepillos, millones de dardos me acribillaron el alma, cada cerda me hacía una agujero, el dolor era insoportable: olvidando que no tenía lengua, ni pecho, hice increíbles esfuerzos por gritar, y...»

Onuphrius estaba en ese punto de su sueño cuando entré en el estudio: efectivamente gritaba a voz en cuello; le sacudí, se frotó los ojos y me miró con gesto alhelado; por fin me reconoció, y me contó, sin saber muy bien si había estado dormido o despierto, la serie de tribulaciones que acabamos de leer. No eran, ¡ay! las últimas que debía pasar, reales o fantásticas. Desde aquella noche fatídica, permaneció en un estado de alucinación casi perpetuo que no le permitía distinguir los sueños de la

realidad. Mientras dormía, Jacintha había mandado a buscar el retrato; hubiera querido ir ella misma, pero su vestido manchado la había traicionado ante su tía, de cuya vigilancia no había podido escapar.

Onuphrius, absolutamente decepcionado por aquel contratiempo, se desplomó en una butaca y, con los codos en la mesa, se puso tristemente a reflexionar; su mirada flotaba ante él sin fijarse especialmente en nada: el azar hizo que cayera sobre un gran espejo de Venecia con marco de cristal, colocado al fondo del estudio; ningún rayo de luz iba a estrellarse contra él, ningún objeto se reflejaba lo bastante exactamente como para que se pudieran distinguir sus contornos: formaba un espacio vacío en la pared, una ventana abierta a la nada, donde el espíritu podía sumergirse en mundos imaginarios. Las pupilas de Onuphrius buscaron en aquel prisma profundo y sombrío, como para hacer que surgiera alguna aparición. Se inclinó, vio su imagen doble y pensó que era una ilusión óptica; pero al examinarlo más atentamente, descubrió que la segunda imagen no se le parecía en nada; creyó que alguien había entrado en el estudio sin que le hubiera oído: se volvió. Nadie. Sin embargo la sombra seguía proyectándose en el espejo; era un hombre pálido, que llevaba un enorme rubí en el dedo parecido al misterioso rubí que había jugado un papel tan

importante en las fantasmagorías de la noche anterior. Onuphrius empezó a sentirse mal. De repente la imagen salió del espejo, saltó a la habitación, fue derecha hacia él, le obligó a sentarse y, a pesar de su resistencia, le levantó la parte superior de la cabeza como si de la capa más alta de un pastel se tratara. Cuando hubo terminado la operación, metió el pedazo en el bolsillo, y se fue por donde había venido. Onuphrius, antes de perderle completamente de vista en las profundidades del espejo, seguía viendo a incommensurable distancia su rubí que brillaba como un cometa. Por otra parte, aquella especie de trepanación no le había hecho ningún daño. Solamente, al cabo de unos minutos, oyó un extraño zumbido sobre su cabeza; levantó los ojos y vio que eran sus ideas que, como ya no las retenía la bóveda del cráneo, escapaban en desorden como los pájaros cuando se les abre la jaula. Cada ideal de mujer que había soñado salió con su atuendo, su forma de hablar, su actitud (debemos decir como homenaje a Onuphrius que parecían hermanas gemelas de Jacintha): las heroínas de las novelas que había proyectado; cada una de las damas tenía su cortejo de amantes, unas con saya blasonada de la Edad Media, otras con sombrero y vestido de mil ochocientos treinta y dos. Los tipos que había creado grandiosos, grotescos o monstruosos, los bocetos de

los cuadros que iba a hacer, de cualquier nación y de cualquier época, sus ideas metafísicas en forma de pompas de jabón, las reminiscencias de sus lecturas, todo salió durante una hora por lo menos: el estudio estaba lleno. Las damas y los caballeros paseaban a lo largo y a lo ancho sin tropezarse en absoluto, charlando, riendo, discutiendo, como si estuvieran en su propia casa.

Onuphrius, estupefacto, como no sabía dónde meterse, no encontró nada mejor que hacer que marcharse; cuando pasó por el portal, el portero le entregó dos cartas; dos cartas de mujer, azules, perfumadas, la letra pequeña, el sobre alargado, el sello rosa.

La primera era de Jacintha y estaba concebida en estos términos:

«Señor, puede usted tener a la señorita de *** como amante si lo desea. En cuanto a mí, ya no quiero serlo y lo único que lamento es haberlo sido. Me hará usted un gran favor si no intenta volver a verme.»

Onuphrius se quedó anonadado; comprendió que era el maldito parecido del retrato la causa de todo; como no se sentía culpable, esperó que con el tiempo todo se aclararía a su favor. La segunda carta era la invitación a una fiesta.

«¡Bueno!», dijo, «iré, eso me distraerá un poco y

disipará todos estos negros nubarrones».

Llegó la hora; se vistió, dedicó mucho rato a su acicalamiento. Como todos los artistas (cuando no son desagradablemente desaliñados), Onuphrius era rebuscado en su atuendo, no precisamente porque fuese un *dandy*, sino porque intentaba dar a nuestra lamentable vestimenta un perfil pintoresco, un carácter menos prosaico. Tomó como modelo un apuesto Van Dick que tenía en su estudio, y realmente se parecía a él como dos gotas de agua. Era como si el retrato hubiera descendido del marco o como el reflejo de la pintura en un espejo.

Había mucha gente; para llegar hasta la dueña de la casa tuvo que pasar a través de una oleada de mujeres, y no lo pudo conseguir sin arrugar más de un encaje, aplastar más de una manga y ensuciar más de un zapato. Después de haber intercambiado las dos o tres banalidades de costumbre, dio media vuelta y se puso a buscar alguna cara amiga en aquel jaleo. Como no encontró a nadie conocido, se instaló en una butaquita en el vano de una ventana, desde donde, medio escondido por las cortinas, podía ver sin ser visto, porque desde la fantástica evaporación de sus ideas, no tenía muchas ganas de entablar ninguna clase de conversación. Se consideraba estúpido aunque no lo fuera y el contacto con el mundo le había devuelto a la realidad.

La fiesta era de lo más brillante. ¡Una vista magnífica! Todo resplandecía, brillaba, relucía; todo zumbaba, giraba, se arremolinaba. Gasas como alas de abejas, tules, crespones, blondas, de lamé, de pana, con visos, bien cortados, calados; telas de araña, aire hilado, niebla tejida; oro y plata, seda y terciopelo, lentejuelas, flores, plumas, diamantes y perlas; todos los joyeros vacíos, el lujo de los mundos al alcance de la mano. ¡Un bello cuadro, sin lugar a dudas! Los candelabros de cristal brillaban como estrellas; haces de luz, iris prismáticos se escapaban de las piedras preciosas; los hombros de las mujeres, lustrosos, satinados, humedecidos de un difuso sudor, parecían ágatas u ónices en el agua; los ojos pestañeaban, las gargantas desvariaban, las manos se estrechaban, las cabezas se inclinaban, los chales flotaban al viento. Era el momento culminante; la música ahogada por las voces, las voces por el roce de los pies sobre el entarimado y el frufú de los vestidos. Todo aquello poseía una armonía festiva, un murmullo de gozo para embriagar al más melancólico, para volver loco a quien no estuviera loco.

Pero Onuphrius no prestaba atención; pensaba en Jacintha.

De repente su mirada se iluminó, había visto algo extraordinario: un joven que acababa de entrar; podía

tener veinticinco años, frac negro, los pantalones del mismo color, un chaleco de terciopelo rojo de corte ajustado, guantes blancos, anteojos de oro, cabellos al cepillo, barba pelirroja a lo Saint-Mégrin. No había en ello nada extraño, muchos excéntricos llevaban el mismo traje; los rasgos eran perfectamente regulares, su perfil delicado y perfecto hubiera dado envidia a más de una damisela, pero había tanta ironía en su boca pálida y fina, cuyas comisuras huían perpetuamente bajo la sombra de sus rojizos bigotes, tanta perversidad en sus pupilas, que brillaban a través del cristal de los lentes como los ojos de un vampiro, que era imposible no distinguirlo entre mil.

Se quitó los guantes. Lord Byron o Bonaparte se hubieran sentido honrados de tener aquellas manos de dedos redondos y afilados, tan frágiles, tan blancas, tan transparentes, que parecían poder romperse al estrecharlas; llevaba una gruesa sortija en el índice, cuyo engaste era el fatídico rubí; brillaba con un resplandor tan vivo que obligaba a bajar los ojos.

Un escalofrío puso a Onuphrius los pelos de punta.

La luz de los candelabros se volvió macilenta y verdosa; los ojos de las mujeres y los diamantes se apagaron; el radiante rubí resplandecía solo en medio del sombrío salón como un sol en la bruma.

La embriaguez de la fiesta, la locura del baile estaban en su apogeo; nadie, excepto Onuphrius, prestó atención a aquella circunstancia; el singular personaje se deslizaba como una sombra entre los grupos, diciendo una palabra a éste, dando un apretón de manos a aquél, saludando a las mujeres con un gesto de irrisorio respeto y exagerada galantería que hacía que unas se ruborizaran y otras se mordieran los labios; era como si su mirada de lince penetrara en lo más profundo de su corazón; un satánico desdén se manifestaba en sus menores movimientos, un guiño imperceptible, una arruga en la frente, la ondulación de las cejas, la prominencia que conservaba siempre su labio inferior, incluso en su detestable media sonrisa, todo traicionaba en él, a pesar de la delicadeza de sus ademanes y de la humildad de sus palabras, orgullosos pensamientos que hubiera querido reprimir.

Onuphrius, que no le quitaba ojo, no sabía qué pensar; si no hubiera estado en tan numerosa compañía, habría tenido mucho miedo.

Incluso por un instante creyó reconocer al personaje que le había quitado la parte superior de la cabeza; pero pronto se convenció de que estaba en un error. Varias personas se acercaron y se entabló una conversación; su convicción de que ya no tenía ideas hizo que desaparecieran completamente; aunque se

consideraba inferior a sí mismo, estaba al nivel de los demás; le encontraron encantador y mucho más ingenioso que de costumbre. El torbellino se llevó a sus interlocutores y se quedó solo; sus ideas tomaron otro curso; olvidó el baile, el ruido y todo; estaba a cien leguas.

Un dedo se posó en su hombro y se estremeció como si se hubiera despertado sobresaltado. Vio ante él a la señora de ***, que desde hacía un cuarto de hora estaba de pie a su lado sin poder atraer su atención.

—¡Y bien, señor!, ¿en qué piensa? ¿En mí, quizá?

—En nada, se lo juro.

Se levantó; la señora de *** le cogió del brazo; dieron unos pasos. Después de un intercambio de palabras:

—Quiero pedirle un favor.

—Hable, ya sabe que no soy cruel, sobre todo con usted.

—Recite a estas damas la obra en verso que leyó el otro día; les he hablado de ella y se mueren de ganas de oírla.

Ante aquella propuesta, la frente de Onuphrius se ensombreció, y respondió con un *no* rotundo; la señora de *** insistió como las mujeres saben insistir. Onuphrius se resistió todo lo que pudo para justificar a sus propios ojos lo que consideraba una

debilidad, y acabó por ceder, aunque de bastante mala gana.

La señora de ***, triunfante, sujetándole por un dedo para que no pudiera zafarse, le llevó al centro del círculo, y le soltó la mano; la mano cayó como si estuviera muerta. Onuphrius, desconcertado, paseó a su alrededor una mirada sombría y estupefacta como un toro salvaje que el picador acaba de alcanzar en el ruedo. El *dandy* de barba roja estaba allí, retorciéndose los bigotes y contemplando a Onuphrius con gesto de satisfacción maldad. Para poner fin a aquella penosa situación, la señora de *** le hizo una seña para que empezara. Expuso el argumento de su obra, y dijo el título con una voz muy poco firme. El ruido cesó, los murmullos callaron, todos se dispusieron a escuchar, se hizo un gran silencio.

Onuphrius estaba de pie, con la mano en el respaldo de una butaca que le servía de tribuna. El *dandy* fue a situarse a su lado, tan cerca que le tocaba; cuando vio que Onuphrius iba a abrir la boca, sacó del bolsillo una espátula de plata y una red de gasa, cerrada en uno de sus extremos por una varilla de ébano; la espátula estaba cargada de una sustancia espumosa y rosácea, bastante semejante a la crema con que se rellenan los merengues, que Onuphrius reconoció inmediatamente como versos de Dorat, de

Boufflers, de Bemis y del caballero de Pezay, reducidos al estado de papilla o de gelatina. La red estaba vacía.

Onuphrius, temiendo que el *dandy* le jugara alguna mala pasada, cambió la butaca de sitio, y se sentó en ella; el hombre de los ojos verdes fue a colocarse justo detrás de él; como no podía retroceder más, Onuphrius empezó. Apenas la última sílaba del primer verso salió de sus labios, el *dandy*, extendiendo su red con maravillosa destreza, la cogió al vuelo, y la interceptó antes de que el sonido tuviera tiempo de llegar a los oídos de la asamblea; y luego, enarbolando la espátula, le metió en la boca una cucharada de su insípida mezcla. Onuphrius hubiera querido detenerse o huir; pero una cadena mágica le clavaba a la butaca. Tuvo que continuar y escupir aquella odiosa mezclanza de leyendas mitológicas y madrigales quintaesenciados. La maniobra se renovaba a cada verso; nadie, sin embargo, parecía advertir lo que ocurría.

Los nuevos pensamientos, las bellas rimas de Onuphrius, matizadas de mil colores románticos, se debatían y agitaban en la redecilla como peces en una red o mariposas bajo un pañuelo.

El pobre poeta estaba atormentado; gotas de sudor le empapaban las sienes. Cuando todo hubo acabado, el *dandy* cogió delicadamente las rimas y

los pensamientos de Onuphrius por las alas y los encerró en su cartera.

—Bien, muy bien —dijeron algunos poetas y artistas acercándose a Onuphrius—, un delicioso pastiche, un admirable pastel, del más puro Watteau, pura regencia, lunares postizos, polvos y afeites, ¿qué diablos has hecho para maquillar así tu poesía? Es de un admirable rococó; ¡bravo, bravo! ¡excelente! ¡una broma muy ingeniosa! Algunas damas le rodearon y añadieron: «¡Delicioso!», riendo burlescamente para demostrar que estaban por encima de semejantes bagatelas, aunque en el fondo de su corazón lo encontrasen encantador y hubieran adoptado perfectamente esa poesía para su consumo particular.

—¡Todos ustedes son unos tunantes! —exclamó Onuphrius con voz de trueno, volcando en la bandeja el vaso de agua azucarada que le ofrecían—. Es una artimaña, una completa mistificación; me han hecho venir aquí para ser el juguete del diablo, sí, de Satanás en persona —añadió, señalando con el dedo al *dandy* del chaleco escarlata.

Después de aquella explosión, se hundió el sombrero hasta los ojos y salió sin saludar.

—Realmente —dijo el joven ocultando bajo los faldones de su frac media vara de rabo velludo que se le acababa de escapar y que empezaba a estirarsele coleando—, ¡tomarme por el diablo, qué

invención tan graciosa! Decididamente, ese pobre Onuphrius está loco. ¿Me concederá el honor de bailar esta contradanza conmigo, señorita? —repuso un instante después, besando la mano de una angelical criatura de quince años, rubia y nacarada, mujer ideal de Lawrence.

—¡Oh, Dios mío, sí! —dijo la muchacha con su ingenua sonrisa, alzando sus grandes y sedosos párpados, que dejaban nadar hacia él sus bellos ojos color de cielo.

Ante la palabra de Dios, un gran chorro sulfuroso se escapó del rubí, la palidez del réprobo aumentó; la muchacha no vio nada; ¿y qué si lo hubiera visto? ¡le amaba!

Cuando Onuphrius llegó a la calle, echó a correr a toda velocidad; tenía fiebre, deliraba, recorrió al azar infinidad de callejuelas y de pasadizos. El cielo estaba tormentoso, las veletas rechinaban, los postigos golpeaban las paredes, las aldabas de las puertas retumbaban, las ventanas se apagaban sucesivamente; la circulación de los carruajes se perdía en la lejanía, algunos peatones retrasados caminaban pegados a las casas, las prostitutas arrastraban sus vestidos de gasa por el barro; los faroles, mecidos por el viento, proyectaban reflejos rojizos y macilentos sobre los charcos llenos de lluvia; a Onuphrius le zumbaban los oídos; los

rumores ahogados de la noche, el ronquido de una ciudad que duerme, el ladrido de un perro, el maullido de un gato, el sonido de la gota de agua al caer del tejado, el toque de los cuartos en el reloj gótico, el lamento del cierzo, todos los ruidos del silencio agitaban convulsivamente sus fibras, tan tensas que parecían a punto de romperse a causa de los acontecimientos de la velada. Cada farola era un ojo ensangrentado que le espiaba; creía ver cómo se movían en la sombra formas sin nombre, cómo pululaban bajo sus pies reptiles inmundos; oía carcajadas diabólicas, misteriosos susurros. Las casas danzaban a su alrededor; el pavimento se ondulaba, el cielo descendía como una cúpula cuyas columnas se hubieran roto; las nubes corrían, corrían, corrían, como si las llevara el diablo; una gran escarapela tricolor había reemplazado a la luna. Las calles y las callejuelas iban del brazo, chismorreando como viejas porteras; pasó por muchas así. Llegó a la casa de la señora de ***. Salían del baile, había una gran aglomeración en la puerta; la gente gritaba, llamaba a los carruajes. El joven de la red descendió; daba el brazo a una dama; la dama no era otra que Jacintha; el estribo del coche bajó y el *dandy* le ofreció la mano. Subieron; la furia de Onuphrius llegó al colmo. Decidido a aclarar el asunto, se cruzó de brazos y se plantó en medio de la

calle. El cochero restalló el látigo, una miríada de chispas saltó de las patas de los caballos. Partieron al galope; el cochero gritó: «¡Cuidado!», pero él no se inmutó: los caballos se habían lanzado con demasiada fuerza como para poder contenerlos. Jacintha lanzó un grito; Onuphrius creyó que estaba perdido; pero caballos, cochero, carruaje, no eran sino un vapor que su cuerpo dividió como el arco de un puente hecho de una masa de agua que se une después. Los pedazos del fantástico carruaje se reunieron a pocos pasos tras él, y el coche siguió avanzado como si nada hubiera ocurrido. Onuphrius, aterrado, lo siguió con los ojos: vio a Jacintha que, habiendo descorrido la cortinilla, le miraba con expresión triste y dulce, y el *dandy* de barba roja que reía como una hiena; una esquina de la calle le impidió ver más; inundado de sudor, jadeante, perdido de barro, pálido, agotado y con la impresión de haber envejecido diez años, Onuphrius consiguió llegar penosamente a su casa. Ya era de día como la víspera; al poner el pie en el umbral cayó desvanecido. No salió del desmayo hasta una hora después; siguió una fiebre terrible. Al saber a Onuphrius en peligro, Jacintha olvidó inmediatamente sus celos y su promesa de no volver a verle. Se instaló a la cabecera de su cama, y le prodigó los cuidados y las caricias más tiernos. Él no la

reconocía. Así pasaron ocho días. La fiebre disminuyó, su cuerpo se restableció, pero no su razón. Pensaba que el diablo le había robado el cuerpo, basándose en que no había sentido nada cuando el carruaje le había pasado por encima.

La historia de Peter Schlemihl, a quien el diablo había arrebatado la sombra; la de la noche de San Silvestre, en que un hombre pierde su reflejo, le vinieron a la memoria; se empeñaba en no ver su reflejo en los espejos ni su sombra en el suelo, cosa muy natural, ya que no era sino una sustancia impalpable por mucho que le golpearan y le pincharan para demostrarle lo contrario, estaba en tal estado de sonambulismo y catalepsia que ni siquiera sentía los besos de Jacintha.

La luz se había apagado en la lámpara; su desbordante imaginación, sobreexcitada por medios artificiales, se había derrochado inútilmente; a fuerza de ser espectador de su existencia, Onuphrius había olvidado la de los demás, y los lazos que le unían al mundo se habían ido rompiendo uno a uno.

Al salir del ámbito de lo real, se había lanzado a las profundidades nebulosas de la fantasía y de la metafísica; pero no había podido volver con la rama de olivo; no había encontrado la tierra adecuada donde establecerse y tampoco había sabido encontrar el camino de vuelta. No pudo, cuando le dio vértigo

estar tan arriba y tan lejos, volver a bajar como hubiera deseado, y reconciliarse con el mundo real. Hubiera sido capaz, sin esa tendencia funesta, de ser el poeta más grandioso; pero no fue sino el más singular de los locos. Por haber observado demasiado su vida, como con lupa, porque su fantasía casi siempre le atenazaba en los acontecimientos ordinarios, le ocurrió lo que les ocurre a las personas que ven, con la ayuda del microscopio, gusanos en los alimentos más sanos y serpientes en los licores más límpidos. Ya no se atreven a comer; la cosa más natural, exagerada por su imaginación, le parecía monstruosa.

El doctor Esquirol hizo, el año pasado, un cuadro estadístico de la locura.

| | Hombres | Mujeres |
|------------------------------|----------------|----------------|
| Locos por amor | 2 | 60 |
| Locos por fervor religioso | 6 | 20 |
| Locos por política | 48 | 3 |
| Locos por pérdida de fortuna | 27 | 24 |
| Por causa desconocida | 1 | |

Este último es nuestro pobre amigo.

¿Y Jacintha? Realmente, lloró quince días, estuvo triste otros quince y, al cabo de un mes, tuvo varios

amantes, cinco o seis, creo, para sustituir a Onuphrius. Un año después, le había olvidado totalmente, y ni siquiera se acordaba de su nombre. ¿No es cierto, lector, que este es un fin muy vulgar para una historia tan extraordinaria? Tómala o déjala; me cortaría el cuello antes que mentir en una sola sílaba.

Edgar Allan Poe
SOMBRA^[8]

Parábola

Sí, aunque marchó por el valle de la *Sombra*...
Salmo de David, XXIII

VOSOTROS los que leéis aún estáis entre los vivos; pero yo, el que escribe, habré entrado hace mucho en la región de las sombras. Pues en verdad ocurrirán muchas cosas, y se sabrán cosas secretas, y pasarán muchos siglos antes de que los hombres vean este escrito. Y, cuando lo hayan visto, habrá quienes no crean en él, y otros dudarán, mas unos pocos habrá que encuentren razones para meditar frente a los caracteres aquí grabados con un estilo de hierro.

El año había sido un año de terror y de sentimientos más intensos que el terror, para los cuales no hay nombre sobre la tierra. Pues habían ocurrido muchos prodigios y señales, y a lo lejos y en todas partes, sobre el mar y la tierra, se cernían las negras alas de la peste. Para aquellos versados en la ciencia de las estrellas, los cielos revelaban una

faz siniestra; y para mí, el griego Oinos, entre otros, era evidente que ya había llegado la alternación de aquel año 794, en el cual, a la entrada de Aries, el planeta Júpiter queda en conjunción con el anillo rojo del terrible Saturno. Si mucho no me equivoco, el especial espíritu del cielo no sólo se manifestaba en el globo físico de la tierra, sino en las almas, en la imaginación y en las meditaciones de la humanidad.

En una sombría ciudad llamada Ptolemáis, en un noble palacio, nos hallábamos una noche siete de nosotros frente a los frascos del rojo vino de Chíos. Y no había otra entrada a nuestra cámara que una alta puerta de bronce; y aquella puerta había sido fundida por el artesano Corinnos, y, por ser de raro mérito, se la aseguraba desde dentro. En el sombrío aposento, negras colgaduras alejaban de nuestra vista la luna, las cárdenas estrellas y las desiertas calles; pero el presagio y el recuerdo del Mal no podían ser excluidos. Estábamos rodeados por cosas que no logro explicar distintamente; cosas materiales y espirituales, la pesadez de la atmósfera, un sentimiento de sofocación, de ansiedad; y por, sobre todo, ese terrible estado de la existencia que alcanzan los seres nerviosos cuando los sentidos están agudamente vivos y despiertos, mientras las facultades yacen amodorradas. Un peso muerto nos agobiaba. Caía sobre los cuerpos, los muebles, los

vasos en que bebíamos; todo lo que nos rodeaba cedía a la depresión y se hundía; todo menos las llamas de las siete lámparas de hierro que iluminaban nuestra orgía. Alzándose en altas y esbeltas líneas de luz, continuaban ardiendo, pálidas e inmóviles; y en el espejo que su brillo engendraba en la redonda mesa de ébano a la cual nos sentábamos, cada uno veía la palidez de su propio rostro y el inquieto resplandor en las abatidas miradas de sus compañeros. Y, sin embargo, reíamos y nos alegrábamos a nuestro modo —lleno de histeria—, y cantábamos las canciones de Anacreonte —llenas de locura—, y bebíamos copiosamente, aunque el purpúreo vino nos recordaba la sangre. Porque en aquella cámara había otro de nosotros en la persona del joven Zoilo. Muerto y amortajado yacía tendido cuan largo era, genio y demonio de la escena. ¡Ay, no participaba de nuestro regocijo! Pero su rostro, convulsionado por la plaga, y sus ojos, donde la muerte sólo había apagado a medias el fuego de la pestilencia, parecían interesarse en nuestra alegría, como quizá los muertos se interesan en la alegría de los que van a morir. Mas aunque yo, Oinos, sentía que los ojos del muerto estaban fijos en mí, me obligaba a no percibir la amargura de su expresión, y mientras contemplaba fijamente las profundidades del espejo de ébano, cantaba en voz alta y sonora las

canciones del hijo de Teos.

Poco a poco, sin embargo, mis canciones fueron callando y sus ecos, perdiéndose entre las tenebrosas colgaduras de la cámara, se debilitaron hasta volverse inaudibles y se apagaron del todo. Y he aquí que de aquellas tenebrosas colgaduras, donde se perdían los sonidos de la canción, se desprendió una profunda e indefinida sombra, una sombra como la que la luna, cuando está baja, podría extraer del cuerpo de un hombre; pero ésta no era la sombra de un hombre o de un dios, ni de ninguna cosa familiar. Y, después de temblar un instante, entre las colgaduras del aposento, quedó, por fin, a plena vista sobre la superficie de la puerta de bronce. Mas la sombra era vaga e informe, indefinida, y no era la sombra de un hombre o de un dios, ni un dios de Grecia, ni un dios de Caldea, ni un dios egipcio. Y la sombra se detuvo en la entrada de bronce, bajo el arco del entablamento de la puerta, y sin moverse, sin decir una palabra, permaneció inmóvil. Y la puerta donde estaba la sombra, si recuerdo bien, se alzaba frente a los pies del joven Zoilo amortajado. Mas nosotros, los siete allí congregados, al ver cómo la sombra avanzaba desde las colgaduras, no nos atrevimos a contemplarla de lleno, sino que bajamos los ojos y miramos fijamente las profundidades del espejo de ébano. Y al final yo, Oinos, hablando en

voz muy baja, pregunté a la sombra cuál era su morada y su nombre. Y la sombra contestó: «Yo soy SOMBRA, y mi morada está al lado de las catacumbas de Ptolemáis, y cerca de las oscuras planicies de Clíseo, que bordean el impuro canal de Caronte.»

Y entonces los siete nos levantamos llenos de horror y permanecemos de pie temblando, estremecidos, pálidos; porque el tono de la voz de la sombra no era el tono de un solo ser, sino el de una multitud de seres, y, variando en sus cadencias de una sílaba a otra, penetraba oscuramente en nuestros oídos con los acentos familiares y harto recordados de mil y mil amigos muertos.

Gérard de Nerval

KARAGÖZ^[9]

ENTRE estos juguetes destaca por encima de todos la extraña marioneta llamada Karagöz, que los franceses ya conocen de nombre. Es increíble que este rostro indecente se deje sin escrúpulos en manos de la juventud. Sin embargo, es el regalo más frecuente que un padre o una madre hacen a sus hijos. Oriente tiene ideas distintas de las nuestras sobre la educación y la moral. Allí se tiende a desarrollar los sentidos igual que nosotros nos esforzamos por aplacarlos...

Yo había llegado a la plaza del Serasquier: una gran muchedumbre se apiñaba ante un teatro de sombras chinescas anunciado por un cartel con grandes letras que decían: «KARAGÖZ, ¡víctima de su castidad!».

Espantosa paradoja para quien conoce al personaje... El adjetivo y el sustantivo que acabo de traducir, sin duda, aullaban horrorizados de verse unidos a tal nombre. Sin embargo, entré a ver el espectáculo, desafiando las posibilidades de una burda decepción.

En la puerta de este *cheb-bazi* (juego de noche) estaban cuatro actores que interpretarían la segunda

obra, ya que después de Karagöz se prometía además *El marido de las dos viudas*, comedia-farsa de las que se llaman *taklid*.

Los actores, vestidos con chaquetas bordadas en oro, llevaban, bajo sus elegantes feces, largos cabellos trenzados como los de las mujeres. Con los párpados realzados de negro y las manos teñidas de rojo, lentejuelas sobre el rostro y motas sobre sus brazos desnudos, acogían al público amablemente y recibían el precio de las entradas dirigiendo sonrisas afables a los efendis que pagaban más que el simple vulgo. Un *irmelikalten* (moneda de oro de un franco y veinticinco céntimos) garantizaba al espectador una expresión de profunda gratitud y un sitio reservado en los primeros bancos. Por lo demás, nadie estaba obligado a pagar más que una simple cuota de diez paras. Hay que añadir que el precio de la entrada incluía una consumición uniforme de tabaco y café. Los *scherbets* (sorbetes) y los diversos refrescos se pagaban aparte.

En cuanto estuve sentado sobre una de las banquetas, un chico joven, elegantemente vestido, con los brazos descubiertos hasta los hombros y que, por la gracia pudorosa de sus rasgos, podría haber pasado por una jovencita, vino a preguntarme si quería un chibuquí o un narguile, y cuando hube elegido, me trajo además una taza de café.

La sala se llenaba poco a poco de gente de todo tipo; no se veía ni una sola mujer; pero muchos niños habían sido traídos por esclavos o servidores. Los más iban bien vestidos y, en esos días de fiesta, sus padres sin duda habían querido que gozaran del espectáculo pero no los acompañaban porque, en Turquía, el hombre no carga ni con la mujer ni con el niño: cada cual va por su lado y los varones, pasados los primeros años, ya no siguen a sus madres. Los esclavos a los que son confiados se consideran, por lo demás, parte de la familia. Dispensados de los trabajos desagradables, se limitan, como los más ancianos, al servicio doméstico, su destino es envidiado por los simples *rayas*^[10] y si son inteligentes consiguen casi siempre, tras algunos años de servicio, liberarse con una renta de que es costumbre dotarles en esos casos. Es vergonzoso pensar que la Europa cristiana haya sido más cruel que los turcos, forzando a sus esclavos de las colonias a desempeñar trabajos penosos.

Pero volvamos a la representación. Cuando la sala estuvo lo suficientemente llena, una orquesta, situada en una galería alta, dejó oír una especie de obertura. Mientras tanto, uno de los rincones de la sala se iluminó de forma inesperada. Una gasa transparente, enteramente blanca, ribeteada por adornos festoneados, señalaba el lugar en el que

debían aparecer las sombras chinescas. Las luces que al principio iluminaban la sala se habían apagado y un grito alegre sonó por todas partes cuando la orquesta dejó de tocar. A continuación se hizo un silencio y después oímos, detrás del lienzo, un ruido parecido al de unos pedazos de madera labrada agitados dentro de un saco por alguien. Eran las marionetas que, según la costumbre, se anunciaban con ese ruido, acogido con auténtico regocijo por los niños.

En seguida un espectador, que probablemente era un compinche suyo, se puso a gritar al actor encargado de hacer hablar a las marionetas:

—¿Qué nos va a poner hoy?

A lo que éste respondió:

—Está escrito encima de la puerta para los que saben leer.

—Pero he olvidado lo que me enseñó el *hodja*... (es el religioso encargado de instruir a los niños en las mezquitas).

—Bueno, pues esta noche se trata del ilustre Karagöz, víctima de su castidad.

—¿Cómo podrás justificar ese título?

—Contando con la inteligencia de las personas de gusto e implorando la ayuda de Ahmad el de los «ojos negros».

Ahmad es el nombre de pila, el nombre familiar

que los fieles dan a Mahoma. En cuanto al calificativo «ojos negros», hay que señalar que es la traducción misma del nombre de *Karagöz*...

—¡Hablas bien! —contestó el interlocutor—; ¡queda por saber si esto seguirá así!

—¡Tranquilízate! —respondió la voz que salía del teatro—; mis amigos y yo estamos hechos a prueba de críticas.

La orquesta comenzó de nuevo a tocar, y luego vimos aparecer, detrás de la gasa, un decorado que representaba una plaza de Constantinopla con una fuente y casas en primer plano. Después pasaron sucesivamente, un *cavas*^[11], un perro, un aguador y otros personajes mecánicos cuyos trajes tenían colores muy vivos y que no eran simples siluetas como las sombras chinescas que conocemos.

En seguida se vio salir a un turco de una casa, seguido de un esclavo que cargaba con una bolsa de viaje. Parecía preocupado y, como tomando de repente una resolución, fue a llamar a otra casa de la plaza, gritando:

—¡Karagöz! ¡Karagöz! Mi mejor amigo, ¿aún duermes?

Karagöz se asomó a la ventana y nada más verle, un grito de entusiasmo resonó en todo el auditorio; luego, después de haber pedido tiempo para vestirse, reapareció en seguida y abrazó a su amigo.

—Escucha —dice este último—, espero un gran favor de ti; un asunto importante me obliga a ir a Brousse. Sabes que soy el marido de una mujer extraordinariamente bella y te confieso que me cuesta dejarla sola dado que no tengo mucha confianza en mis gentes... Pues bien, amigo mío, esta noche se me ha ocurrido una idea: hacerte guardián de su virtud. Conozco tu delicadeza y el profundo cariño que me tienes y me siento feliz de poder darte esta prueba de mi estima.

—¡Desgraciado! —dice Karagöz—. ¡Menuda locura la tuya! ¡Antes mírame un poco!

—Bueno ¿y qué?

—¡Cómo! ¿No comprendes que tu mujer, al verme, no podrá resistir la necesidad de pertenecerme?

—No lo creo —dice el turco—, ella me quiere y si puedo temer que acabe siendo seducida por alguien, no creo que sea por ti, pobre amigo mío; en primer lugar, tu honor es una garantía y además... ¡Ah! ¡Por Alá! estás hecho de una forma tan peculiar que... en fin, cuento contigo.

El turco se aleja. «¡Ceguera de los hombres!», exclamó Karagöz. «¡Yo! ¡Peculiarmente hecho! Di más bien: ¡Demasiado bien hecho! ¡Demasiado guapo, seductor, demasiado peligroso!».

«En fin», dice en un monólogo, «mi amigo me ha

encargado la custodia de su mujer; hay que corresponder a esa confianza. Entremos en su casa como él lo ha querido y vayamos a instalarnos en su diván... ¡Oh desgracia! Pero su mujer, tan curiosa como todas, querrá verme... y en cuanto sus ojos se fijen en mí, quedará admirada y perderá toda moderación. ¡No! ¡no entremos... permanezcamos en la puerta de esta casa como un *spahi*^[12], de centinela. Una mujer es tan poca cosa... y un verdadero amigo es un bien tan escaso!».

Esta conclusión provocó verdaderas muestras de simpatía en el auditorio masculino del café; estaba incluida en una copla, ya que este tipo de obras están mezcladas con coplillas como muchas de las nuestras; los estribillos repiten a menudo la palabra *bakkaloum* que es el término favorito de los turcos y significa: «¡Qué importa!» o «Me da igual».

Por su parte, Karagöz, a través de la ligera gasa que fundía los tonos del decorado con los personajes, se dibujaba admirablemente con su ojo negro, sus cejas claramente trazadas y las expresiones más sobresalientes de su descaro. Su amor propio, respecto a la seducción, no parecía sorprender a los espectadores.

Después de su copla, pareció sumergirse en sus reflexiones. «¿Qué hacer?», se dijo, «sin duda, vigilar en la puerta, esperando el regreso de mi

amigo... ¡Pero esta mujer puede verme a escondidas a través de las *mucharabais* (celosías)! Además, puede ocurrírsele salir con sus esclavos para ir a los baños... Ningún marido, desgraciadamente, puede impedir a su mujer salir con ese pretexto... Entonces podrá admirarme con toda tranquilidad... ¡Oh imprudente amigo! ¿Por qué me has encargado esta vigilancia?

Aquí la obra gira hacia lo fantástico. Karagöz, para sustraerse a las miradas de la mujer de su amigo, se tumba boca abajo, diciendo: «Simularé ser un puente...». Habría que tener en cuenta su particular conformación para comprender esta excentricidad. Uno se puede imaginar a Polichinela arqueando el vientre y haciendo el puente con sus pies y sus brazos. Sólo que Karagöz no tiene joroba en la espalda. Pasan multitudes de gente, caballos, perros, una patrulla y por fin, un *arabas* tirado por bueyes y cargado de mujeres. El infortunado Karagöz se levanta a tiempo para no servir de puente a una maquinaria tan pesada.

Una escena más cómica vista que descrita sigue a esa otra en la que Karagöz, para ocultarse de las miradas de la mujer de su amigo, ha querido *parecer un puente*. Para poder explicarla, habría que remontarse al humor de las atelanas latinas. En realidad, el propio Karagöz no es otro que el

Polichinela de los oscos del que aún se ven tan magníficos ejemplares en el Museo de Nápoles. En esta escena, de una excentricidad que sería difícilmente soportable para nosotros, Karagöz se tumba de espaldas en el suelo y desea parecer una estaca. La muchedumbre pasa y todo el mundo dice: «¿Quién ha plantado allí esa estaca? Ayer no estaba. ¿Es de roble? ¿Es de pino?». Llegan unas lavanderas que vuelven de la fuente y tienden la ropa sobre Karagöz. Este comprueba, con placer, que su simulacro ha dado resultado. Un momento después se ve entrar a unos esclavos que llevan unos caballos al abrevadero; se encuentran con un amigo y éste les invita a entrar en una galera (especie de cabaret) para refrescarse; pero ¿dónde atar los caballos? «Mira, aquí hay una estaca» y atan los caballos a Karagöz.

Muy pronto, en el cabaret suenan cantos alegres, provocados por el agradable calor del vino de Tenedos. Los caballos, impacientes, se agitan y tiran por los cuatro costados de Karagöz, que pide socorro a los transeúntes y demuestra, con dolor, que es víctima de un error. Se le libera y se le pone en pie. En ese momento, la esposa de su amigo sale de la casa para ir a los baños. Karagöz no tiene tiempo de esconderse y la admiración de esta mujer se manifiesta con unos arrebatos que el auditorio se explica a las mil maravillas.

—¡Qué hombre más guapo! —exclama la dama —; nunca he visto nadie igual.

—Perdonadme, *hanoum* (señora) —dice Karagöz siempre virtuoso—, no soy un hombre al que se le pueda hablar... soy un vigilante nocturno, de los que golpean con su alabarda para avisar al público si se declara algún incendio en el barrio.

—¿Y cómo es que estás todavía aquí a esta hora del día?

—Soy un desgraciado pecador... aunque soy un buen musulmán; me he dejado arrastrar al cabaret por unos infieles. Y después, no sé cómo, me han dejadoborracho perdido en esta plaza: que Mahoma me perdone por haber infringido sus preceptos.

—Pobre hombre... debes estar enfermo... entra en la casa y podrás reposarte allí.

Y la dama intenta coger la mano de Karagöz en señal de hospitalidad.

—¡No me toquéis, *hanoum*! —exclama este último con terror...— ¡soy impuro!... De todas formas no podría entrar en una casa musulmana honrada... he sido mancillado por el contacto con un perro.

Para comprender esta invención heroica que realza la amenazada delicadeza de Karagöz, hay que saber que los turcos, aunque respetan la vida de los perros e incluso los alimentan mediante fundaciones

pías, consideran una impureza tocarlos o ser tocados por ellos.

—¿Cómo ocurrió eso? —dice la dama.

—El cielo me ha castigado con toda justicia; yo había comido mermeladas de uva durante mi horrenda orgía de esta noche; y cuando me he despertado aquí, sobre la vía pública, he notado con horror que un perro me lamía la cara... ésa es la verdad ¡Que Alá me perdone!

De todas las invenciones que multiplica Karagöz para rechazar las insinuaciones de la mujer de su amigo, ésta parece ser la de mayor éxito.

—¡Pobre hombre! —dice ella con compasión—; efectivamente, nadie podrá tocarte antes de que hayas hecho cinco abluciones de un cuarto de hora cada una, recitando versículos del Corán. Vete a la fuente y que te encuentre aquí cuando retorne de los baños.

«¡Qué atrevidas son las mujeres de Estambul!», exclama Karagöz, una vez solo. «Bajo ese *feredje*^[13] que esconde su rostro, son aún más audaces para insultar el pudor de la gente honrada. No, no me dejaré atrapar por esos artificios, por esa voz melosa, por ese ojo que arde en las aberturas de su máscara de gasa. ¿Por qué la policía no obliga también a esas desvergonzadas a cubrirse los ojos?».

Sería demasiado largo describir las demás desgracias de Karagöz. Lo cómico en la escena

siempre consiste en esta situación de custodia de una mujer confiada a un ser que parece la mayor antítesis de aquellos a los que los turcos habitualmente conceden su confianza. La dama sale de los baños y vuelve a encontrar en su puesto al infortunado guardián de su virtud, que ha sido retenido en el mismo lugar por varios contratiempos. Pero ella no ha podido evitar hablar a las demás mujeres que se encontraban en los baños con ella del desconocido tan guapo y tan apuesto con el que se ha encontrado en la calle. Con lo cual una multitud de bañistas se precipita tras los pasos de su amiga. Uno se figura la turbación de Karagöz, víctima de estas nuevas Ménades.

La mujer de su amigo se rasga las vestiduras, se mesa los cabellos y recurre a todos los medios a su alcance para combatir su rigor. Karagöz está a punto de sucumbir... cuando, de repente, pasa un coche que divide a la muchedumbre. Es una carroza acorde con el viejo gusto francés, de un embajador. Karagöz se agarra a esta última oportunidad, suplica al embajador franco que le tome bajo su protección y le permita subir al coche para poder escapar de las tentaciones que le asedian. El embajador baja; lleva un atuendo muy elegante, sombrero de tres picos colocado sobre una inmensa peluca, traje y chaleco bordados, un pantalón corto y espada al cinto;

declara a las damas que Karagöz está bajo su protección y que es su mejor amigo... (Este último lo abraza efusivamente y se apresura a meterse en el coche, que desaparece llevándose el sueño de las pobres bañistas.)

El marido vuelve y se congratula al saber que la castidad de Karagöz le ha preservado una mujer pura. Esta obra es el triunfo de la amistad.

Yo habría desarrollado menos este análisis si esta obra popular no representase algo de las costumbres del país. Por el traje del embajador se puede pensar que se remonta al siglo pasado y se interpreta tradicionalmente como nuestras arlequinadas. El Karagöz es el eterno actor de estas farsas en las que, sin embargo, no siempre tiene el papel principal. Tengo todas las razones para creer que las costumbres de Constantinopla han cambiado desde la reforma. Pero en las épocas que precedieron al advenimiento del sultán Mahmoud, es posible creer que el sexo débil protestara a su manera contra la opresión del sexo fuerte. Esto explicaría la facilidad de las mujeres para rendirse ante los atractivos de Karagöz.

En las obras modernas, este personaje pertenece casi siempre a la oposición. Es el burgués burlón o el hombre perteneciente al pueblo que con su sensatez critica las acciones de las autoridades secundarias.

En la época en la que, por primera vez, las ordenanzas de la policía disponían que no se pudiese salir sin linterna después de la caída del sol, Karagöz apareció con una linterna colgada de forma extraña, mofándose impunemente del poder, porque la orden no especificaba que la linterna tuviese que contener una vela. Detenido por los *cavas* y soltado dada la legalidad de sus argumentos, se le vio reaparecer con una linterna adornada con una vela que había olvidado encender... Esta gracia es igual a las que nuestras leyendas populares atribuyen a Jean de Calais, lo que demuestra que todos los pueblos son iguales. Karagöz tiene una manera de hablar franca; siempre ha desafiado al palo, al sable y al cordón policial.

Benito Pérez Galdós
LA SOMBRA

EL DOCTOR ANSELMO

I

CONVIENE principiar por el principio, es decir, por informar al lector de quién es este D. Anselmo; por contarle su vida, sus costumbres, y hablar de su carácter y figura, sin omitir la opinión de loco rematado de que gozaba entre todos los que le conocían. Ésta era general, unánime, profundamente arraigada, sin que bastaran a desmentirla los frecuentes rasgos de genio de aquel hombre incomparable, sus momentos de buen sentido y elocuencia, la afable cortesía con que se prestaba a relatar los más curiosos hechos de su vida, haciendo en sus narraciones uso discreto de su prodigiosa facultad imaginativa. Contaban de él que hacía grandes simplezas, que era su vida una serie de extravagancias sin cuento, y que se atareaba en raras e incomprensibles ocupaciones no intentadas de otro alguno, en fin, que era un ente a quien jamás se vio hacer cosa alguna a derechas, ni conforme a lo que todos hacemos en nuestra ordinaria vida.

Pocos lo trataban; apenas había un escaso número de personas que se llamaran sus amigos; desdeñábanle los más, y todos los que no conocían algún antecedente de su vida, ni sabían ver lo que de singular y extraordinario había en aquel espíritu, le miraban con desdén y hasta con repugnancia. Si había en esto justicia, no es cosa fácil de decir, así como no es empresa llana hacer una exacta calificación de aquel hombre, poniéndole entre los más grandes, o señalándole un lugar junto a los mayores mentecatos nacidos de madre. Él mismo nos revelará en el curso de esta narración una porción de cosas, que serán otros tantos datos útiles para juzgarle como merezca.

Vivía en el cuarto piso de un endiablado caserón de donde nunca salía, a no ser que asuntos urgentes le llamaran fuera de casa. Ésta era de tal condición, que en otro siglo menos preocupado, la fantasía popular hubiera puesto en ella todas las brujas de un aquelarre.

En la época presente no habla allí más bruja que una tal doña Mónica, ama de llaves, criada e intendente.

La habitación del doctor parecía laboratorio de esos que hemos visto en más de una novela, y que han servido para fondo de multitud de cuadros holandeses. Alumbrábala la misma lámpara melancólica con que en teatros y pinturas vemos

iluminada la faz cadavérica del doctor Fausto, del maestro Klaes, de los sopladores de la Edad Media, del buen marqués de Villena y de los fabricantes de venenos y drogas en las repúblicas italianas. Esto hacía parecer a nuestro héroe punto menos que nigromante o judío, pero no lo era ciertamente, aunque en su casa, originalísima como después veremos, se veían, colgados del techo, aquellos animales estrambóticos que parecen realizar un sueño de Teniers, revoloteando en confusa falange por todo el ámbito de la bóveda.

Aquí no había bóveda gótica, ni ventana con primorosas labores, ni el fondo obscuro, los misteriosos efectos de luz con que el artificio de la pintura nos presenta los escondrijos de esos químicos aburridos, que, envueltos en ilustres telarañas, se inclinan perpetuamente sobre un mamotreto lleno de garabatos. El gabinete del doctor Anselmo era una habitación vulgar, de estas en que todos vivimos, compuesta de cuatro mal niveladas paredes y un despedazado techo, en cuya superficie el yeso, cayéndose por la incuria del tiempo y el descuido de los habitantes, había dejado muchos y grandes agujeros. No había papel, ni más tapicería que la de las arañas, tendiendo de rincón a rincón sus complicadas urdimbres.

En el principal testero veíase un esqueleto que no

había perdido el buen humor del sepulcro, de tal modo se rasgaban en espantosa risa sus desdentadas mandíbulas, y aumentaba la singularidad de su aspecto el caldero que el doctor le había puesto en el cráneo, sin duda por no tener sitio mejor donde colocarlo. Al lado había un estante de madera con innumerables baratijas, entre las cuales no hacían el peor papel algunos vasos de inestimable mérito, y piezas del más tosco barro doméstico. Algún ave disecada y medio podrida daba realce con el brillante color de sus últimas plumas a este armatoste, junto al cual una culebra llena de paja se extendía dibujando sobre la pared las curvas de su cuerpo, en cuyas escamas quedaba un débil tornasol. No lejos de esto pendía una armadura tan roñosa como si desde el tiempo de Roldán (su dueño tal vez) no se hubiera limpiado. Algunas otras armas blancas y de fuego colgaban por allí en unión con gran sartén, cuyo mango tocaba los pies de un Santo Cristo, de esos que, con el cuerpo lívido, los miembros retorcidos, el rostro angustioso, negras las manos, llenos de sangre el sudario y la cruz, ha creado el arte español para terror de devotas y pasmo de sacristanes. El Cristo era amarillo, obscuro, lustroso, rígido como un animal disecado: no tenía formas la cara, desfigurada por el bermellón, y los pies se perdían entre los pliegues de un gran lazo, que sin

duda fue lugar de romería para todas las moscas del barrio, porque allí habían dejado indelebles muestras de en paso. Por otro lado asomaban unos caracoles, una estampa de no sabemos qué mártir, conchas de madreperla, dos pistolas y un rosario de cuentas marinas enredado en una rama de coral, ennegrecida por el polvo. Dos grandes espuelas de caballero y una silla de montar colgaban de otra escarpia junto a mugrientas ropas, por entre cuyos pliegues se veía el mango de una guitarra con finísimas incrustaciones de nácar y marfil.

Estaba abollada, y una sola cuerda, testigo mudo hoy de su anterior grandeza, podía dar a la actual generación un eco de las pasadas armonías. Unas botas de militar rodaban por el suelo junto a la guitarra, y en la parte de enfrente pendían casaca y chupa del último siglo, entrambas piezas llenas de agujeros y manchas. Un sombrero tricornio aparecía puesto sobre un botijo que hacía las veces de cabeza, y un deforme candil, en forma de tenebrario, manchaba con los restos de su aceite secular un reclinatorio de primorosas labores, pero tan estropeado que apenas tenía figura. En la pared cercana había un reloj parado desde hace cincuenta años, su máquina era el cuartel general de las arañas, y sus enormes pesas de plomo, caídas con estrépito hace veinticinco mil noches, habían roto un taburete,

un cántaro, un Niño Jesús, y yacían en el suelo inmóviles con la majestad de dos aerolitos.

No se libraba de cierta impresión de estupor el que entraba en aquella habitación, donde la escasa luz de la lámpara producía extrañísimos efectos; porque además de los cachivaches que hemos descrito, ocupaban la estancia sinnúmero de aparatos de complicadas y rarísimas formas. Alambiques que parecían culebras de vidrio proyectaban su espiral sobre enormes retortas, cuyo vientre calentaba un hornillo en perenne combustión. Reverberaba el disco de una máquina eléctrica, y todo el aparato nos amenazaba constantemente con sus ingratas manifestaciones. El sordo rumor de la llama del hogar, el chirrido del ascua, semejante a la vibración lejana de misterioso instrumento, el olor de los ácidos, la emanación de los gases, el asmático soplar del fuelle, que funcionaba con ansia y fátiga como un pulmón enfermo, todo esto producía en el espectador ansia y mareo imposibles de describir.

Cuando el que esto escribe tuvo el honor de penetrar en el estudio, gabinete o laboratorio del doctor Anselmo, su asombro fue grande, y no podrá menos de confesar que, mezclado al asombro, sintió cierto terror, sólo calmado por la idea de que aquel hombre era el más afable e inofensivo de los seres. Además, ¿quién ignoraba que D. Anselmo no era

nigromante ni profesaba ninguna de las endiabladas artes de la antigüedad? Apenas hubo quien tomara en serio sus trabajos, y más bien le tenían en la vecindad por loco o mentecato, que por hombre medianamente sabio, con asomos siquiera de sentido común. Él, sin embargo, se enfrascaba en aquella tarea incesante de que nunca se vio resultado alguno, y a juzgar por la gravedad con que soplabla sus hornillos y la atención ansiosa con que hacía circular los líquidos verdes y rojos al través del vidrio de los alambiques, grandes y trascendentales problemas traía entre manos.

La afición a la química era en él cosa nueva, no habiendo hasta hace poco parado las mientes en simples y combinaciones. Casi siempre había empleado en la lectura de toda clase de libros la mayor parte de su tiempo, siempre que algún indiscreto no iba a entretenerse con él oyéndole sus narraciones pintorescas, en que se admiraban la brillantez y vuelo de su grande inventiva. Su conversación versaba siempre sobre hechos de su propia vida, que él sacaba a colación en todo y por todo. Nunca se hacía rogar, y lo que contaba era por lo común tan peregrino, que muchos lo juzgaban todo pura invención de su fantasía. Al recordar su pasado miraba todas aquellas baratijas que allí tenía colgadas, y se reía con efusión de dulce tristeza, diciendo:

—Yo también he sido joven, he sido cortesano, artista, pintor, músico; he viajado mucho; he sido galanteador, me han perseguido, he tenido desafíos, conozco el mundo, he amado la vida y la he despreciado, he amado y aborrecido con mucha violencia.

En cierta ocasión, después de hablar de esta manera, aplicó su dedo amarillo, flaco y rígido a la única cuerda de la guitarra, que vibró con un sordo quejido, despidiendo en su oscilación todo el polvo que veinte años de quietud habían acumulado en ella. Y calló, permaneciendo largo rato pensativo y mirando con fijeza la circulación del líquido rojo a lo largo del intestino de vidrio, que trasegaba de un depósito a otro una esencia sutil.

En aquellos momentos de silencio, interrumpido solo por la tenue vibración de la cuerda, el rumor de la llama y ese sonido incomprensible y solemne de todo lugar misterioso, era cuando más terror producían en mí los singulares objetos de la vivienda del sabio. Parecíame que todo aquello tenía vida y movimiento; que la casaca se movía como si sus faldones cubrieran un cuerpo, cual si las mangas tuvieran dentro brazos. También creía ver el sombrero tricornio meneándose a un lado y a otro, como si el botijo que lo sustentaba tuviera sesos llenos de inteligencia y buen humor; creía ver las

botas espoleando al reclinatorio, y las conchas golpeándose unas a otras como si a manera de castañuelas estuvieran amarradas a los dedos de una mano andaluza. El esqueleto me parecía que bostezaba, y el caldero le caía hasta los ojos, inclinándose a un lado para darle expresión chusca; me parecía verle adelantar el pie izquierdo como quien rompe a bailar, y cuadrarse ambas manos a la cintura, que le cabía en dos dedos.

Se me figuraba asimismo que andaba el reloj con la precipitación y diligencia de una máquina que quiere recorrer en minutos los años que se ha estado mano sobre mano, es decir, rueda sobre rueda; sentía el tic tac de las piezas, y creía ver oscilar el péndulo dando bofetones a un lado y a otro a todos los pájaros disecados, los cuales se empeñaban en volar moviendo con trabajo las escasas plumas de sus alas podridas; y por último, en medio de esta barahúnda, me pareció que el Cristo estiraba los brazos y el cuello, desprecizándose con expresión de supremo fastidio.

II

Demos a conocer a la persona.

Parecerá que D. Anselmo es tipo poco común, de

estos que más se ven en el artificioso mundo de la novela y el teatro, que en la escena de la vida, donde estamos todos formando este gran grupo social, que hoy nos parece una vulgaridad insigne, y quizá lo es. D. Anselmo, al ser presentado en la singular escena que hemos descrito, en medio de tantos rarísimos trastos, con este aparato de Edad Media y sus ribetes de brujo o buscador de la piedra filosofal, parecerá un personaje enteramente ajeno a la actual sociedad, una creación ideológica, sin ningún sentido ni aplicación, más bien que retrato fiel de cualquier prójimo. Estas creencias se desvanecerán cuando se sepa que el doctor Anselmo era hombre de aspecto tan poco romántico, tan del día y de por acá, que nadie fijará en él la atención a no ser renombrado por sus nunca vistas manías y ridiculeces, y por su disparatada conversación.

Era un viejo mal conservado, flaco y como enfermizo, más bien pequeño que alto, con uno de esos rostros insignificantes que no se diferencian del del vecino, si una observación formal no se fija en él con particular interés. Sólo cuando hablaba se veían en su rostro los rasgos de una vivacidad nada común. Sus ojuelos pequeños y hundidos tenían entonces mucho brillo, y la boca dotada de la movilidad más grande que hemos conocido, empleaba un sistema de signos más variados y expresivos que la misma

palabra. Cojeaba de un pie, no sabemos por qué causa, y la mano izquierda no era del todo expedita; tenía muy bronca y aternerada la voz, y al andar marchaba tan derecho en su camino, tan fijo y abstraído, que iba dando tropezones, con todo el mudo. Parecía tener una tenaz idea clavada en la mente, idea que no le daba respiro, impidiéndole dirigir la atención a cualquier otro punto; y en su marcha se le veía agitarse, mudar de color, gesticular, alterando todos los músculos de su cara como el que sostiene una conversación acalorada con interlocutores invisibles. El hablar consigo mismo era en él más que hábito, una función en perenne ejercicio; su vida un monólogo sin fin.

El vestido no llamaba la atención aquí donde hay un museo de ridiculeces en perpetua exhibición por esas calles. Si fue su levita objeto de curiosidad, a causa de la exorbitante altura de la solapa, charolada por la grasa y el roce de quince años, no hallamos en ninguno de los cronistas que han tratado de este hombre extraordinario, datos que induzcan a creer que el público se fijara en la holgura de su chaleco, donde cabían cuatro doctores, ni en la nunca vista forma de su corbata, que a veces, por una particularidad frecuente en muchos sabios y en todos los que hablan solos, se le rodaba, poniéndose el lazo en el cogote.

Era en sus costumbres de una sencillez y una pureza ejemplares: comía poco, bebía menos, y dormía, en las pocas horas que le dejaba libres la fantasía, con bastante desasosiego, y sonando siempre tanto como cuando estaba despierto. La mayor parte del tiempo la dedicaba al estudio, del cual, al decir de muchos, no sacó jamás ningún provecho, sino que por el contrario, se lo enredara más la madeja de desatinos que en la cabeza tenía.

Vivía de cierta módica pensión que le daban no sabemos dónde, y de los cuartejos que había realizado vendiendo los últimos restos de su fortuna. Parecía, en resumen, uno de esos eremitas de la ciencia, que se aniquilan víctimas de su celo, y se espiritualizan, perdiendo poco a poco hasta la vulgar corteza de hombres corrientes, y haciéndose unos majaderos que sirven para pocas cosas útiles, y entre ellas para hacer reír a los desocupados. Su hábito, su temperamento, su personalidad era la narración. Cuando contaba algo, era él, era el doctor Anselmo en su genuina forma y exacta expresión. Sus narraciones eran por lo general parecidas a las sobrenaturales y fabulosas empresas de la caballería andante, si bien teniendo por principal fundamento sucesos de la vida actual, que él elevaba a lo maravilloso con el vuelo de su fantasía. Al contar estas cosas, siempre referentes a algún pasaje de su

vida, ponía en juego los más caprichosos recursos de la retórica y un copioso caudal de retazos eruditos que desembuchaba aquí y allí con gran desenfado. Su estilo no carecía de arte, siendo por lo general difuso, vivo y pintoresco.

Esto hará creer al lector que tenemos que habérmolas con algún literato desahuciado de la crítica, desheredado de los favores populares, uno de esos que entregan a la miseria y al hastío una vida incapaz de emplearse en el ejercicio del arte y en el pleno goce de la gloria. No: el doctor Anselmo no era literato, ni sabemos que de su pluma saliera nunca otra cosa que unas cuentas mal pergeñadas de las pérdidas de su casa, y algún memorial para hacer valer sus derechos a la pensión: era un hombre que tenía metida en la cabeza una idea insana. Tal vez conociendo algunos detalles de su vida, y prestando atención al incidente que él mismo nos va a referir, sepamos cómo llegó aquel entendimiento a tal grado de desbarajuste, y cómo se aposentaron en su cerebro tantas y tan locas imágenes, mezcladas de discretos juicios, tanta necedad unida a grandes concepciones, que parecen fruto del más sano y cultivado entendimiento.

Tuvo el tal una juventud muy borrascosa, y desde su primera edad se notó en él gran violencia de sentimientos, desbarajuste en la imaginación, mucha

veleidad en su conducta, y alternativas de marasmo y actividad que le dieron fama de hombre destartado y de poco seso. Cuentan que se pasaba semanas enteras retirado de las gentes, triste, aburrido como un santo, perdido en vanos éxtasis, de que no salía ni aun solicitado por sus amigos: otras veces era tal su animación y alegría, que rayaba en delirio, siendo difícil sustraerse a sus travesuras. Pero esto duraba poco, y a lo mejor le veían otra vez solitario y abstraído, hecho un santo de palo, de esos que miran al cielo y estiran un dedo como en expectación de alguna voz de arriba. De esta manera le encontró la muerte de su padre, el cual le dejó considerable fortuna y entre otras cosas una casa magnífica, donde el viejo, gran coleccionador de obras de arte, había reunido infinidad de primores del Renacimiento. Su familia era de las más nobles de Andalucía: llevaba el apellido de Afán de Ribera, siendo por la línea materna de la casta de los Silíceos, por lo cual se enorgullecía de ser pariente del arzobispo de este nombre.

Al describir el palacio que le dejó su padre, el doctor empleaba los más brillantes colores; daba a su relato tales visos de cosa fantástica, que no era posible creerlo, ni dejar de pensar que la imaginación del narrador era el principal arquitecto de tan hermosa vivienda.

Casóse mi hombre con una joven, de cuya hermosura hablaba siempre pomposamente. Lo que pasó en este matrimonio, nadie lo sabe; y si es verdad lo que de boca del mismo doctor vamos a oír, fuerza es confesar que el caso es raro y merece ser puesto entre las más curiosas aventuras que han ocurrido en el mundo. Cuentan personas autorizadas, que en los meses que estuvo casado, la enajenación, la extravagancia de nuestro personaje llegaron a su último extremo: se le veía entonces apartado de todo trato humano, buscando sitios solitarios, a veces dominado por cólera inextinguible, a veces sumergido en profunda melancolía, especie de somnolencia que le daba todo el aspecto de un hombre sin sentido. Pocas veces le vieron con su mujer, para quien no tenía ni aun las más ligeras amabilidades que el más adusto marido tiene con la suya. Renegaba de sus suegros, hacía mil tonterías, hasta el punto de que la maledicencia, afanosa por saber lo que allí pasaba, entró en su casa y no dejó a nadie con honra.

La verdad no se sabe: murió Elena, que así se llamaba su esposa, a los pocos meses de casada, y entonces empezó Anselmo a ser el absurdo personaje que ahora conocemos. No volvió a tener reposado y claro el juicio, siendo desde entonces el hombre de las cosas estrafalarias o inconexas, cada vez más

incomprensible, enfrascado en sus diálogos internos, y agitado siempre por la idea insana, que llegó poco a poco a formar parte de su naturaleza moral.

Perdió su fortuna, no sólo por abandono, sino porque suscitado un pleito insignificante por un pariente suyo, supo la curia aprovecharse tan bien, que en poco tiempo quedaron todos los litigantes en la miseria. Hubo quien dijo: «Es un gran filósofo; ved con qué resignación resiste los golpes de la suerte». Otros decían: «Es un loco; mirad con qué indiferencia olvida sus asuntos». Su estoicismo era objeto de burlas. Alguien quiso favorecerle, compadecido de su desgracia; pero parece que le encontraron orgulloso y poco dispuesto a admitir limosnas. También hubo jóvenes de candidez tan extremada, que le creyeron iniciador de un nuevo sistema filosófico que había de pasmar al orbe. Esto provenía de que después de su pobreza se había remontado a las alturas del bohardillón, donde encendió una lámpara y se puso a devorar libros noche tras noche sin darse reposo. Pero viendo todos la ninguna substancia de aquel trabajo incesante, encontrábanle cada vez más loco. Huyeron de él los que antes le tenían afecto o lástima, y sólo había un reducido número de personas que iban a oírle contar peregrinas aventuras, soñadas por él sin duda, pues no existía un ser cuyo papel en la sociedad hubiera

sido más pasivo.

El calificativo de doctor no provenía de ningún grado académico, como en la mayor parte de los sabios; fue más bien un apodo con que los amigos gustaban de satirizar sus hábitos de erudito. Los que iban a oírle contar sus historias no carecían de gusto, porque estas eran un tejido asombroso de hechos inverosímiles, pero de gran interés; hechos amenizados por pintorescas digresiones, y que tratados y escritos por pluma un poco diestra, tal vez serían leídos con placer. Referíanse por lo general a apariciones de alguna sombra que venía a pasearse por este mundo con el mayor desparpajo, y él la presentaba como representación simbólica de alguna idea; tenía afición por toda clase de símbolos, y en sus cuentos había siempre multitud de seres sobrenaturales que formaban como una mitología moderna.

En todo esto entraba por mucho la erudición adquirida en sus asiduas lecturas, que era en él como los archivos en que todo está revuelto, sin concierto ni orden. ¡Quién sabe, gran Dios! Tal vez si en aquella cabeza hubiera habido un catálogo, el doctor Anselmo sería uno de los más extraordinarios talentos conocidos.

III

El doctor continuaba mirando aquel diabólico aparato con ese abandono o negligencia que se pintan en el semblante cuando el pensamiento está muy lejos del sitio en que se fija la vista.

Creeríase que le importaba poco el resultado de tal experimento, y que no le había de dar placer ni disgusto la verdad científica, que con el líquido circulaba por el tubo.

—Pero ¿cómo se ha dedicado usted a la química? —le dije, seguro de que el sabio no daría contestación categórica.

—Para atar la loca —contestó—, para contenerla y obligarla a que no me martirice más. Yo necesito estar siempre ocupado en algo: la lectura me distrajo un poco; pero al fin llegué a cansarme de leer. Hace poco vi en ciertos libros cosas que me llamaron la atención y no comprendí. «Voy a ver lo que es eso, dije, yo necesito meterme en experimentos». Compré estos trebejos, y me puse a soplar y a observar. Una nomenclatura y un manual me han bastado para distraerme unos días. Pero aquí no hay nada más que un pasatiempo: cultivo la curiosidad aunque sin fruto positivo. Que nadie espere de esto ningún adelanto

científico. La verdad es que caliento mi máquina y descompongo esos aguachirles, no pienso en otras cosas, y así me va tal cual.

—¡La loca, siempre la loca! —le contesté—. La verdad es que la imaginación, a quien con mucha propiedad llama usted, de ese modo, si usted la sujetase un poco, lejos de atormentarle podría ser fuente fecundísima de creaciones, cuya importancia usted más que nadie puede conocer. ¿Por qué no se ha dedicado a las artes?

—¡Oh! Para el cultivo de las artes —dijo, volviendo la espalda al aparato—, se necesita una imaginación cuyo ardor y abundancia se contengan en los límites naturales; una imaginación que sea una facultad con sus atributos de tal, y no enfermedad como en mí, aberración, vicio orgánico. Esa preciosa facultad, aunque exuberante en algunos, no llega a dominar al individuo hasta el punto de imponerle una segunda vida; no es, como en mí, la mitad completa de la naturaleza. Yo no sé por qué vine al mundo con esta monstruosidad; yo no soy un hombre, o más bien dicho, soy como esos hombres repugnantes y deformes que andan por ahí mostrando miembros inverosímiles que escarnecen al Criador. Mi imaginación no es la potencia que crea, que da vida a seres intelectuales organizados y completos; es una potencia frenética en continuo ejercicio, que está

produciendo sin cesar visiones y más visiones. Su trabajo semeja al del tornillo sin fin. Lo que de ella sale es como el hilo que sale del vellón y se tuerce en girar infinito sin concluir nunca. Este hilo no se acaba, y mientras yo tenga vida, llevaré esa devanadera en la cabeza, máquina de dolor que da vueltas sin cesar.

—Es verdad —dijo maquinalmente, admirado de que en su locura hubiera podido expresar tan bien y de un modo tan pintoresco el deplorable estado de su cabeza.

—Yo soy esclavo de esto —continuó—. Desde niño vengo padeciendo los estragos de mi imaginación. Ella en cincuenta años me ha hecho vivir trescientos. Sí; las falsas sensaciones que yo, aunque apartado del mundo, he experimentado en mi vida, suman las vidas de seis hombres; he vivido demasiado, porque la fantasía ha puesto en mi tiempo millones de días.

—Vamos —dije para mí, mientras hacía con la cabeza una respetuosa señal de asentimiento—; ya te engolfaste en tus manías, y eres hombre perdido por esta noche.

—Soy muy desgraciado, el más desgraciado de los hombres —prosiguió el doctor—. Mis desdichas no tienen igual en el mundo, ni se parecen a nada de lo que leemos. Otros hombres son mortificados

dentro de su naturaleza, mientras yo me salgo en esto de la común ley de los dolores humanos; porque soy un ser doble: yo tengo otro dentro de mí, otro que me acompaña a todas partes y me está siempre contando mil cosas que me tienen estremecido y en estado de perenne fiebre moral. Y lo peor es que esta fiebre no me consume como las fiebres del cuerpo. Al contrario: esto me vivifica; yo siento que esta llama interior parece como que regenera mi naturaleza, poniéndola en disposición de ser mortificada cada día.

—Es particular —dije, no comprendiendo nada de aquello de llama interior, y el ser doble, y el tornillo sin fin.

—No encuentro mi semejante en ninguna parte —prosiguió—. Únicamente puedo llamar prójimos a los místicos españoles, que han vivido una vida ideal completa, paralela a su vida efectiva. Éstos tenían una obsesión, un otro yo metido en la cabeza. A veces he pensado en la existencia de un entozoario que ocupa la región de nuestro cerebro, que vivo aquí dentro, alimentándose con nuestra savia y pensando con nuestro pensamiento.

—¡Oh! explique usted eso un poco más —dije, satisfecho de ver entrar a D. Anselmo por el camino de una extravagancia que parecía ser muy divertida.

—No es más que una idea vaga... Si yo pudiera

exteriorizarme, expresar todo esto que hay en mí, de seguro se pasmarían muchos que hoy se ríen de mis cosas.

—¡Oh! Si usted escribiera sus memorias, D. Anselmo —dijo afectando mucha seriedad para que no desconfiase—, no habría en antiguos ni modernos quien le igualara.

—Es verdad —contestó D. Anselmo, cuyos ojos se animaron con repentino fulgor—. Nadie me igualaría. Mi vida ha sido universal compendio de toda la vida humana: ¿no es verdad?

—¡Ah! sin duda. ¿Quién puede dudar eso?

—Usted, que me ha oído contar algunos sucesos, lo comprenderá. ¿No es verdad que no hay nada más maravilloso que mi matrimonio? ¿Usted no recuerda aquel original suceso que le he contado, cuando me encontré en presencia del más extraño fenómeno que se ha ofrecido a la observación humana?

—No recuerdo de qué habla usted.

—Mi matrimonio, sí: yo se lo he contado a usted. Lo que entonces se habló fue un embuste. Nadie supo la verdad de tan singular acontecimiento.

—A mí no me ha contado usted maldita de Dios la cosa —le dije, recordando que, a pesar de su franqueza y locuacidad, no había hablado nunca, sino muy obscuramente, de aquel misterioso asunto.

—¿Que no se lo he contado? Juraría que se lo

referí punto por punto la otra noche.

—Aseguro a usted que no sé una palabra.

—¿No le conté a usted aquello de mi mujer, de aquel hombre... de aquel demonio...?

—Nada de eso sé.

—¿Yo no he hablado con usted de mi palacio?

—Del palacio sí, aunque ligeramente —dije recordando la fantástica pintura que de su casa hacía con frecuencia el doctor.

—¡Oh, estupendo, maravilloso! Mi padre tenía un grande amor a las artes. ¡Qué preciosidades, qué joyas!

—Sí, debía de ser magnífico —repetí para incitarlo a hablar y recrearme en el desborde siempre majestuoso de su verbosidad fecunda.

—Aún me parece que estoy allí —dijo con una especie de éxtasis—, y veo a mi mujer, andando lentamente y con majestad, como ella andaba; entrar allí, cerrar la puerta; me figuro que siento el ruido de sus vestidos al caer, el sonido de su grueso collar de ámbar al ser puesto en el platillo del guardajoyas.

—¡Oh! siga usted, siga.

—La media noche es fecunda en imaginaciones. Ella pasaba por delante de mí, dejando como un rastro de luz. Yo no dormía, porque estaba alerta, siempre con el oído atento a aquella voz abominable.

—¿A la voz de Elena?

—No, no —dijo con furor—; a la voz de... La sangre corrió de su herida...

—La señora estaba herida sin duda.

—No, él; lo cual no impedía que me mostrara su infame sonrisa y su mirada de demonio.

—Veo que ese es asunto complicado. ¿Anda en él alguna persona de quien yo no tenga noticia?

—Sí, usted le conoce, todos le conocen, anda por ahí. Yo le veo todos los días: hace pocas noches estuvo aquí.

—¿Quién?

—Ese... Pero voy a contárselo a usted formalmente —dijo como quien se decide, después de dudar mucho tiempo, a hacer una importante revelación—. Usted oiría hablar entonces de mi esposa, de mí; oiría mil necedades que distan mucho de la verdad. La verdad pura es lo que voy a contar ahora.

El doctor Anselmo empezó a hablar refiriendo su extraño suceso con prolijidad encantadora: no perdonaba recurso alguno de elocuencia; describía los sitios del modo más minucioso y tan al vivo, que seducía su lenguaje. Había, sin embargo, cierta vaguedad y confusión en el relato; y era preciso acostumbrarse a su peculiar estilo para encontrar el método misterioso que sin duda tenía. Al principio, como su fantasía estaba más suelta, divagaba de aquí

para allí, entremezclaba la relación con sentencias de su cosecha, con apreciaciones que tenían a veces pasmosa originalidad y a veces una candidez cercana a la estulticia. Inútil es decir que había mucho de novelesco en todo aquello, y que en las descripciones, sobre todo, dejaba correr muy descuidadamente la lengua. Risa causaba oírle describir su palacio, que a ser como él decía, no tendría igual en los más florecientes tiempos de las artes. Dejaba afluir la vena de su erudición en llegando a este punto, y ni la razón le contenía, ni el temor de parecer mentiroso le refrenaba. No sabemos si las mentiras que contó y que vamos a transcribir, pueden tener, arregladas y metodizadas, algún interés y visos de sentido común. Tal vez resulten menos locas de lo que a primera vista parece; tal vez aparezca un rayo de lógica en ellas, si se las considera como creación metafísica; tal vez, sin saberlo el mismo doctor, había hecho un regular apólogo sacado del más amargo trance de su vida; y él, sin sospecharlo siquiera, al agregar a su cuento mil mentiras y exageraciones, había producido una pequeña obra de arte, propia para distraer y aun enseñar.

Poco antes de haber empezado, entró doña Mónica, a quien atraía el calor del hornillo, único rescoldo que había en la casa en las noches de

invierno. Franqueza digna de los tiempos patriarcales reinaba entre los dos: ella tenía costumbre de arrimarse al aparato químico; y allí, si no hacia media, se quedaba dormida con una beatitud que el sabio no podía ver sin admiración. El escuálido gato, que parecía alimentado con cloruros y bromuros, dio algunos pasos por la habitación, como quien busca alguna cosa, probó varios sitios, se instaló primero en un libro, y después entre dos pilas de Volta, y al fin, no gustándole ninguna de estas cosas, vino a tenderse perezosamente entre los pies de la dueña.

El doctor Anselmo habló de esta manera:

IV

—Lo primero que voy a hacer es darle a usted una idea de cómo era mi palacio, aquel palacio que heredó de mi padre, el más entusiasta coleccionador de obras de arte que ha existido. Comprenderá usted, al conocer por mi relato aquella vivienda, que bien podía esperar la felicidad quien tales medios tuvo de satisfacerla: y al mismo tiempo le causará asombro que yo, joven, rico, dotado, aunque me esté mal el decirlo, de cualidades apreciables, fuera el más desgraciado ser de la tierra. Yo me casé muy a mi gusto, me casé satisfecho, lleno de entusiasmo,

enamorado como un mozalbete: mi mujer habitó conmigo aquella casa hasta que murió. Verá usted cuántas cosas pasaron en tan pocos meses. ¡Qué inquisición, qué tormentos, qué horrible tortura moral!

»Mi casa estaba construida muy misteriosamente; al exterior no aparentaba nada de notable, pues no era más que un caserón de estos que han quedado en Madrid del siglo pasado. Interiormente estaban todas sus maravillas: como los alcázares de los árabes, fue construida por un gran egoísmo o una extremada reserva. Mi padre realizó allí un sueño, expresó todo lo que sabía o todo lo que había soñado. No sé qué medios empleó para ello, ni qué artífices trabajaron en la obra: parecía más bien cosa forjada por fuerzas superiores, obra salida de las entrañas de la tierra al empuje de una voluntad diabólica. Examinada detenidamente, se veía allí como la historia y el proceso del arte en todos tiempos.

»Mi padre era grande admirador de la antigüedad, y había querido representarla allí: más que delirio de un poderoso, era su casa la realización de un sueño de artista, delirio simbolizado en la opulencia, verdadera estética del millón. El jaspe, las estatuas, los relieves, las líneas entrantes y salientes, las molduras y reflejos, la tersa superficie del mármol del piso, que proyectaba a la inversa la

construcción toda, la concavidad mitad sombría mitad luminosa de las bóvedas, la comunicación de las arquerías, el corte geométrico de las luces, la amplitud, la extensión, la altura, deslumbraban a todo el que por primera vez entraba en aquel recinto. A medida que se avanzaba, era más grandioso el espectáculo y se ofrecían a la contemplación espacios mayores y más bellos. Cada arquería abría paso a otro recinto, se entrecortaban las cornisas, engendrando en sus choques curvas más atrevidas; los arcos se transmitían sucesivamente la luz; y esa luz, corriendo de nave en nave para iluminar espacios cada vez mayores, parecía reproducir en escala creciente un sencillo plantel, como si obrara allí la potencia refractiva de enormes, y disimulados espejos.

—Bueno debía de ser eso —dije en un instante en que el doctor se detuvo para tomar aliento.

—No he hablado todavía más que del vestíbulo —afirmó—, lo demás...

—Pues si esto no es más que el vestíbulo, lo demás será cosa tan bella, que excederá a todo encarecimiento —observé sin poder contener mi asombro, al ver que las mentiras e hipérboles de mi amigo no tenían límite, y superaban a todo lo que en las cabezas más extraviadas y llenas de necedad estamos acostumbrados a ver.

—Internándose —continuó—, se veía que la arquitectura antigua dominaba allí, variando sus más hermosos estilos. El decorado era cada vez más bello, sin que la profusión perjudicara la pureza y armonía. Primero se reflejaba allí toda la graciosa sencillez de los antiguos templos de Atenas; las mismas formas adquirían después esbeltez y gallardía modificadas por la mano del arte jónico. Más adelante, la monótona tersura del mármol desaparecía entre los colores del jaspe, el dorado brillaba en los acantos del capitel corintio, en las denticulas y en las grecas. La figura humana principiaba a manifestarse en las claves del arco, en los relieves triangulares de las pechinas, en los monstruos híbridos que galopaban sobre el friso, en las cabezas de sátiro, en las máscaras grotescas, cuyas bocas, contraídas por la hilaridad anacreóntica, vomitaban flores y festones. Más allá, las hijas de la Caria soportaban el arquitrabe adornado con severidad; y ya la figura humana aparecía completa en el muro: los centauros a un lado, las amazonas a otro, sostenían sus luchas encarnizadas. Las ninfas agrupadas en el frontón coronaban de rosas la cabeza de la víctima propiciatoria; los atlantes sostenían encorvados el techo, mientras en los relieves se desarrollaban, magníficamente esculpidas, las fábulas todas de los

grandes desfaceadores de agravios de la Grecia, Hércules y Teseo. Las figuras eran mayores aquí, y las actitudes y formas tocaban el límite de perfección del ideal antiguo. Todas las figuras eran divinas, desde Prometeo a Deyanira; todos los monstruos eran hombres, desde Polifemo hasta Briareo... El cuadrúpedo mismo, modelado por tan hábil cincel, tenía una especie de humana expresión. Allí Pegaso, era un rey que trota y vuela, Cerbero un esclavo, que ladra por tres bocas.

—Pero diga usted, para que hubiera tantas cosas era preciso un espacio inmenso —le dije, picado ya de las enormes bolas que me quería hacer tragar el bueno de D. Anselmo, y deseoso de hacerle comprender, por si quería burlarse de mí, que no era tan crédulo para embucharme aquella máquina de desatinos.

La verdad era que ya estaba mareado con la pomposa descripción de columnas, jaspes, cariátides y otras mil baratijas engendradas en la mente de mi amigo. Yo sabía, por lo que oí referir a algunos viejos, que el tal palacio no tenía de particular más que algunos cuadrojos, algunos vasos y dos o tres estanterías vetustas que el padre de D. Anselmo había comprado en una almoneda. No podía menos de extrañar que a la riqueza artística del palacio diera tales proporciones el alucinado narrador.

Hícele algunos argumentos, extrañando que aquí, en Madrid, existiese tan copioso caudal de obras de arte; pero él no se dio por entendido y siguió en sus trece.

—En lo que parecía ser centro del edificio —añadió con cierta gravedad que no se podía ver sin ser tentado a risa—, y bajo elevadísima bóveda, veíanse innumerables obras de estatuaria. Había grupos representando los hechos más famosos de la fábula helénica, y figuras típicas de incomparable hermosura, significadas con los nombres de las divinidades que tienen atributos y representación más generales. Con los desastres de Ajax Oileo, y los horrores de Tántalo y Prometeo, formaba juego una serie de esculturas que expresaban las aventuras igualmente célebres del D. Juan del Olimpo. Las pobres víctimas de su intemperancia eran gallardísimas figuras, en quienes se podían ver los efectos de una misma pasión con rasgos distintos, según el distinto aspecto con que se les presentaba el burlador inmortal. Todas eran igualmente bellas, sin que Europa se pareciese en nada a Latona, ni Leda tuviera semejanza alguna con Sémele. Júpiter era siempre el mismo Dios de concupiscencia y descaro, ya cuando aparecía en toda su majestad olímpica, ya convertido en toro, o disfrazado con las plumas del palmípedo.

—¡Qué diablo de Júpiter! Ese señor no perdonó casada ni doncella —observé yo, a ver si por las burlas le obligaba a cortar el vuelo de su disparatada fantasía.

Ni por esas. D. Anselmo continuó:

—Esto que he descrito no es en realidad más que un museo, la parte visible de la casa. La parte interior, lo habitable, era más curioso aún.

«¡Más curioso aún!», dije para mi capote. «¡Más curioso aún! ¡Medrados estamos! ¿A dónde vamos a parar? Pues sí todavía falta palacio, este hombre me va a marear esta noche.»

—¡Lo que he descrito no es más que galerías!

—¡Nada más que galerías! ¡Qué horror! ¡Qué habrá en las salas y en las alcobas! —exclamé alarmado.

—La gran sala no se parecía en nada a aquellas magníficas construcciones donde imperaba la arquitectura. En sus paredes no había estilo: dominaba el detalle, y eran tan diversas las preciosidades allí acumuladas, que en vano intentaría describirlas y enumerarlas el más cachazudo clasificador.

«Buena me espera», pensé.

—Era un museo de artes de ornamentación, y aquí cada objeto era una maravilla, y la excelencia de cada uno disimulaba la abigarrada pero sorprendente

perspectiva del conjunto. Muebles soberbios del Renacimiento, fecundo en prodigios de ebanistería; cornucopias venecianas; relojes del tiempo de Luis XV, adornados con figuras mitológicas, relieves de finísimo estuco, representando cacerías y bailes campestres; candelabros, bustos, trípodes y medallones se hallaban aglomerados en la pared y junto a ella, dejando entrever apenas la rica tapicería flamenca, cuyos colores, siempre frescos, revelaban el cartón de Teniers o de Brueghel. No faltaban esas caprichosas papeleras, cuyos diminutos repartimientos ostentan pequeñas figuras de consumado gusto, mosaicos e incrustaciones con palos de diferentes colores, y al lado de estas piezas, veladores con planchas de porcelana, en las cuales un delicado pincel había representado infinidad de célebres cortesanas. No lejos de estas bellezas terribles, había vasos antiguos y modernos, ánforas doradas con la filigrana del cincel árabe, y jarros de la India y Oceanía, donde se enroscaban lagartos verdosos y alimañas de imaginación, toscamente labradas. Ídolos malabares de vientre hinchado, ombligo profundo y orejas descomunales se reían en un rincón con hilaridad de beodo o de simple; y más allá vistosos pájaros de América disecados, alternaban con conchas africanas, ramos de coral, un tríptico de la Edad Media, una cruz bizantina y

relicarios egipcios, que...

—Basta, basta —grité levantándome—, basta; que ya se me trastorna la cabeza. Esa diabólica confusión de cosas que usted tenía no es para contada.

Sin duda todos los calderos y cachivaches de su casa se le antojaban al doctor vasos egipcios y cruces bizantinas. Él no se dio por ofendido con mi brusca interrupción, y muy entusiasmado prosiguió:

—Buscar la simetría en este museo hubiera sido destruir su principal encanto, que era la heterogeneidad y el desorden. Después de los primores geométricos de las galerías; después de la simetría cruel del dórico y de la regularidad deslumbradora del corintio, aquella mezcolanza de objetos diversos...

«No es tan grande como la que tú tienes en la cabeza», dije para mí, envidiando la suerte del gato, que dormía tranquilamente sin verse obligado a admira las maravillas del Renacimiento.

—Aquella mezcolanza de objetos, en algunos de los cuales se observaban órdenes multiplicados, la aglomeración de piezas, muebles, vasos, adornos, con el sello de países distintos y artes diferentes, la amalgama de cosas bellas, curiosas o raras halagaba el entendimiento oprimido hasta entonces por la simetría, y daba libertad a la vista, antes subyugada

por la línea. Aquí los objetos reunidos con acertado desorden, las infinitas soluciones de continuidad, la ausencia completa de proporciones, producían inmenso agrado, y borrando todo punto de partida, evitaban al espectador la fatiga que produce el involuntario medir a que se entrega la vista en presencia de la arquitectura. Los interiores, cuando son bellos, son como los abismos: fascinan la vista, y el espectador no puede prescindir de arrojar mentalmente una plomada y trazar en el espacio multiplicadas líneas con que su imaginación trata de sondear el diámetro del arco, la altura del fuste, y el radio de bóveda. En este involuntario trabajo mental, producido por la armonía, la simetría, la proporción y la esbeltez, se fatiga la mente y flaquea entre el cansancio y el asombro. Cuando no hay estilo y sí detalles; cuando no hay punto de vista, ni clave, la mirada no se fatiga, se espacia, se balancea, se pierde; pero permanece serena, porque no trata de medir, ni de comparar; se entrega a la confusión del espectáculo, y extraviándose se salva.

Al decir esto calló para tomar aliento. Traguéme la lección de perspectiva como Dios me dio a entender: la lección me parecía el colmo de lo confuso y embrollado; pero no puedo menos de confesar que el doctor me infundía respeto, y no me atreví a decir cosa alguna que pudiera ofenderle. Así

es que, a pesar de mi aburrimiento, tuve que inclinar la cabeza. Después de descansar un momento, prosiguió.

—De este salón se pasaba a otros aposentos llenos de cuadros.

—Sí... ya comprendo: cuadros muy bonitos. Yo he visto muchos cuadros —indiqué para obligarle a apartar de mí la nueva tormenta que ya sentía venir encima.

—En una de estas habitaciones hallábase la clave del acontecimiento que voy a referir. Aún me parece que lo veo, y que está allí todavía, con su elocuente mirada, su sonrisa llena de perfidias y engaños.

—¿Quién estaba allí?

—Diré a usted; mi padre poseía una buena colección de cuadros un tanto licenciosos. Abundaban las desnudeces provocativas, casi deshonestas; había *jardines de amor*, bacanales, festines campestres y tocadores de Venus. El fundador de tal galería fue gran epicúreo, y gustaba de recrearse en aquellos mudos testigos y compañeros de sus orgías. Entre estas pinturas había una que sobresalía y cautivaba la atención más que las otras; representaba a Paris y Elena reposando en una fresca gruta de la isla de Cranae. Hermoso era el rostro de la mujer de Menelao; pero el del joven troyano era más hermoso aún: hábale dado tal

animación el pincel, que parecía que hablaba y que infundía a Elena sus péfidos pensamientos. Siempre creí ver algo de viviente aquella figura, que a veces por una ilusión inexplicable parecía moverse y reír. A todos impresionaba, y especialmente a mí. Recuerde usted bien esto, para que no lo sea difícil comprender la narración que va a seguir. Voy a contar la espantosa historia.

—¿Conque en ese cuadrito de Paris comienza la historia? Debe de ser bonita.

—Ahora verá usted: yo me casé. Mi mujer vivía allí conmigo. ¡Cuánto la amaba! Al principio asaltábame el sentimiento de que mi vida sería corta, y apenas podría disfrutar de tanta felicidad; pero al poco tiempo de casado me entraron melancolías, di en cavilar... Yo soy un cavilador sempiterno. Adoraba a mi esposa, y tenía celos hasta del aire que respiraba.

«Ya se empieza a embrollar el asunto», dije entre mí; «el casamiento, el cuadro de Paris, el amor caviloso que tenía usted a su esposa... Esto es más confuso que el salón de antigüedades».

Y en verdad, ya me pesaba haber provocado la enfadosa relación del doctor, en la cual no encontraba interés alguno. Digresiones, extravagancias: a esto se reducía todo. Me resigné, sin embargo, a escuchar.

—Hubo en los primeros días de mi matrimonio —continuó—, momentos de inefable felicidad: me creí elevado, espiritualizado, loco; sentía como una inflamación cerebral, e impulsos de correr, gritar, hablar a todo el mundo. Mas de pronto caía en el abismo de mis cavilaciones, sumergiéndome en mi propia tristeza. Nadie me hacía decir palabra. Tenía clavada en el pensamiento mi idea, mi tormento. ¿No sabe usted lo que era?

—¿Qué he de saber, por mis pecados?

—¡Oh! —exclamó cerrando los puños, inflamado el rostro y con un vivísimo fulgor en sus ojos—, era que yo pensaba... Un día entré tarde en mi casa, entré y vi...

El doctor se paró un momento, absorto, ocultando la cabeza entre las manos, y permaneció un rato en silencio.

Este silencio me permitió un momento de descanso, y miré en derredor mío, donde todo era tranquilidad. Un gruñido sordo turbaba el silencio de la habitación: era doña Mónica, que roncaba, la cabeza como enterrada en el pecho, libre de cuidados, feliz, dando rienda suelta a su espíritu, que volaba libremente quién sabe por dónde. Sus labios, sombreados por un bigotillo, se extendían formando hocico, y por allí y por su aplastada y carnosa nariz, convertida por la violencia de la respiración en

verdadero caño de órgano, salía la ruidosa sinfonía que turbaba el profundo silencio del laboratorio. El doctor, alzando de nuevo la cabeza, continuó:

—Mi boda fue repentina: no habían precedido más relaciones íntimas, furtivas, que enlazan las almas moralmente antes de ser atadas las personas por el nudo religioso y civil. Yo no había sido su novio; y aquello fue más bien cosa concertada por los padres, guiados por la conveniencia, que unión espontánea de dos amantes que se cansan de la vida platónica. Nos casamos no muchos días después de habernos conocido; y de aquí creo yo que provinieron todos mis males. Yo, no obstante, la amé mucho desde que resolví unirme a ella. Pero llegó el día, y no sé por qué, creí ver en su semblante más bien las señales de la resignación que las de la alegría, lo que me contristó sobremanera, y me hizo meditar; mas cuando vino a sospechar si habría hecho mal, ya estaba casado. Esto no impidió que tuviera momentos de felicidad como antes he dicho; pero pasaban rápidamente, dejándome después sumergido en mis meditaciones. ¿Sabe usted cual fue el tema de mi eterno cavilar? Pensaba de continuo en mi esposa, sospechando de su fidelidad para lo futuro; esta idea se clavó con tanta tenacidad en mi cerebro, que no me dejaba reposar. Me ocurrió que debía ser un tirano para ella, encerrarla, evitar todas las

ocasiones de que pudiera engañarme: a veces fijaba mis ojos en los suyos, y quería leerle el pensamiento. El asombro con que ella ve a estas cosas mías, precisamente al poco tiempo de casados, no es para referido: por último empezó a tenerme miedo; y a la verdad, yo lo infundía a cualquiera con mi siniestra austeridad y reconcentración. Pugnaba por echar de mí aquella idea; llamaba a la razón; pero esta parecía a veces más loca que la fantasía, y entre las dos me llevaban al último grado de tormento.

—¿Pero en qué se fundaba usted, hombre de Barrabás, para esa descabellada sospecha? —le pregunté, buscando un rayo de lógica en las cavilaciones del doctor Anselmo.

—En nada positivo por de pronto. Luego verá usted. Ella me tenía miedo: yo lo conocía. Pero esto es inexplicable, usted no puede comprenderlo.

Y en efecto, nada comprendía de semejante jerigonza, de aquellos hechos en que todo era confusión.

—Nada puede usted comprender por ahora, sino después, cuando le explique todo lo que me pasó. Un día estaba ella en esa habitación que he descrito últimamente; hallábase en pie junto al magnífico lienzo de Paris y Elena, de que hablé a usted. «¡Qué hermosa figura!», dijo señalando a Paris. «Sí», repliqué yo mirándola también. Y los dos

contemplamos un rato la belleza singular del incomparable mancebo. Después ella se marchó, y yo tras ella...

«Cada vez entiendo menos», dije para mis adentros.

—Esto que acabo de contar explicará un poco mi sorpresa, mi terror, cuando una noche entré en casa y vi...

—¿Pero qué? —pregunté, deseando saber lo que vio el doctor alucinado.

—Para que usted se haga cargo bien de esto, debo ponerle en antecedentes de muchas cosas que influyeron mucho en el nunca visto estado de mi espíritu. Aún recuerdo su alcoba, iluminada por misteriosa luz. Entro y veo allí sus ropas arrojadas en desorden, sus joyas... Presto atención y siento el ruido de su aliento: me acerco, tomo con trémula mano la cortina del lecho, la levanto, la veo... Me siento junto a la cama... sus labios se mueven, me parece que va a hablar... no dice nada, nada; pero a mí me parece que sus labios han articulado silenciosamente una palabra que no llega a mi oído... me acerco más... me parece que frunce las cejas y que después las dilata... fijo más la atención... me parece que se sonríe.

—Todo eso no explica nada —observó con cierto enojo al ver que de la boca del sabio no salían que

embrollos.

—Todo eso, amigo mío, sirve para explicar a usted cuál sería mi estupor, mi espanto, cuando vi...

—¿Qué vio usted, hombre? Sepamos —dije con impaciencia.

—Vi, vi...

El doctor no pudo continuar, porque un ruido instantáneo, horroroso, una detonación tremenda, resonó en la habitación, y claridad vivísima, rojiza, infernal, nos iluminó a todos. Lanzamos un grito de terror. Era que una de las retortas que se calentaban en el hornillo reventó con estrépito: el doctor, con su narración, había olvidado el experimento, y el líquido, dilatándose considerablemente, y no encontrando salida, se abrió espacio, inflamándose al contacto del fuego. Hubo un instante en que aquello parecía un infierno y todos unos demonios. Doña Mónica despertó despavorida gritando: «¡Fuego, fuego!» y se desmayó en seguida, cayendo como un saco, y aplastando con su cabeza la guitarra que muy cerca de ella estaba. El gato, que recibió en su cuerpo una gran cantidad del líquido hirviente, saltó de donde estaba lanzando chillidos de desesperación: el pobre mayaba, corría con el pelo inflamado, los ojos como llamas, quemados los bigotes; corría por toda la pieza con velocidad vertiginosa; subió, bajó, encaramose al Cristo, saltándolo de los pies a la

cabeza, de un brazo a otro brazo, cayó sobre un caracol, resbaló por las botas de montar, enredose en las ramas de coral, brincó sobre el esqueleto, cuyos huesos sonaron rasguñados frenéticamente; cayó de nuevo al suelo, se abalanzó sobre un ave disecada, cuyas plumas volaron por primera vez después de un siglo de quietud; se estiró, se dobló, se retorció el infeliz, porque sus carnes rechinaban como si estuviera puesto en parrillas; corría, corría sin cesar, huyendo de sí mismo y de sus propios dolores, y por último fue a caer, hinchado, dolorido, convulso, sediento, erizado, rabioso, en medio de la sala, donde pateó, mayó, clavó las uñas, azotó el suelo con el rabo, y dio mil vueltas en su lenta y horrorosa agonía.

LA OBSESIÓN

I

POR fin sofocamos el fuego con gran trabajo, impidiendo que se propagara la llama y nos consumiera a todos. La única víctima fue el infeliz animal, que, habiendo recibido en su piel el líquido hirviente, ardió como una mecha y pereció, según dijimos, con dolores espantosos. Igual suerte cupo a

una buena parte del delantal de doña Mónica, donde abrió la llama un boquete, después de haberle quemado a la señora los dedos al tratar de apagarlo. El sabio no tuvo más serio percance que la total pérdida de un mechón de cabellos, que con inveterada tenacidad, más rebelde a la acción del tiempo que a la de la pomada, se adelantaba sobre su sien derecha. Por fin se apagó el incendio, y habiéndose marchado la vieja hecha un veneno a causa del percance, que atribuía a las *brujerías del amo*, y dolorida por el triste fin del micho, a quien apreciaba de corazón, el doctor continuó de esta manera:

—Yo no sé en qué fundaba mis sospechas: yo sé que las tenía. Entraron en mí como entran las ideas innatas; mejor dicho, estaban en mí, según creo, desde el nacer, ¡qué sé yo! desde el principio, desde más allá. Yo no sé qué espíritu diabólico es el que viene a decirnos ciertas cosas al oído cuando estamos entregados a la meditación; yo no sé quién forja esos raciocinios que entran en nuestro cerebro ya hechos, firmes, exactos, con su lógica infernal y su evidencia terrible. Un día entraba yo —escuche usted bien—, entraba yo en mi casa, dominado por estos pensamientos: cuando me acerqué a la habitación de Elena, creí sentir una voz de hombre que hablaba muy quedo allí dentro; la voz calló de pronto... Advertían

mi llegada... Después me pareció sentir pasos precipitados, como quien huye, procurando hacer el menor ruido posible. No puedo dar idea del repentino furor que se apoderó de mí; me cegué, corrí, me abalancé a la puerta, la empujé fuertemente, la abrí de un golpe con tanto estrépito, que las paredes se estremecieron con esa convulsión intensa de los edificios cuando los combates, la tempestad, o tiembla la tierra en que están cimentados.

—Terribles fuerzas tiene usted —dije irónicamente, reparando cuán poca semejanza había entre mi desdichado amigo y el tipo que de Sansón nos hemos figurado.

—Sí, la puerta se abrió, y Elena se presentó ante mí despavorida, trémula, con tan marcadas señales de espanto, que me detuve sobrecogido yo a mi vez. Mi primera mirada escudriñó la habitación en un segundo. No había allí ningún hombre; la ventana no estaba abierta; la puerta interior cerrada también; era imposible que en el instante que medió entre el ruido de la voz y mi entrada, pudieran ser echadas las llaves y cerrojos, no habiendo tiempo material tampoco de que una persona saliese por la puerta o saltara por la ventana. Registré todo; no vi nada. Pero yo había oído aquella voz, estaba seguro de ello, y no era fácil que me convencieran de lo contrario ni la evidencia de no encontrar allí hombre alguno, ni las

ardientes protestas de Elena, que en su dolor halló palabras bastante fuertes para increparme y me llamó visionario y loco. Jurome que estaba sola; que al entrar yo de aquella manera creyó morir de miedo, y que no podía explicarse mi conducta sino por una completa alteración de mis facultades intelectuales.

—¡Qué extrañas ideas! —dije yo considerando cuál debía de ser el terror de aquella infeliz al ver entrar repentinamente a su marido, furioso y extraviado, asegurando que había oído la voz de un hombre dentro de la habitación.

—Extrañas, sí —contestó el doctor—; pero cada vez más vivas y más claras. Yo no podía desechar mi idea; la impresión que en mi oído había hecho la voz era tal, que aún me dura, y entonces, sólo dudando de mi existencia, sólo creyendo que no era persona real, podía tomar aquello por ilusión. No lo era ciertamente, y mucho más me confirmé en ello cuando a la noche siguiente...

—¡Pobre mujer! ¡Qué noche! Sin duda volvió usted hacer la noche siguiente otras atrocidades por el estilo.

—Sí —continuó—, a la noche siguiente presencié un fenómeno que ya me quitó la esperanza de ver claro en aquel asunto. Lo que me pasó, amigo, excede ya los límites de lo natural, y aún hoy es para mí la confusión de las confusiones. Entré en mi casa, y

vagué largo rato solo y abstraído por aquellos salones, donde todo me causaba pesadumbre y hastío: pasé por aquella sala que eh descrito, donde se hallaba el cuadro de Paris y Elena, y me helé de asombro al ver... Es el fenómeno más estupendo que puede concebirse. La figura de Paris no estaba en el lienzo. Creí equivocarme, me acerqué, toqué la tela, encendí muchas luces, miré, remiré... La figura de Paris ¡ay! había desaparecido; estaba sola Elena, y la expresión de su cara había cambiado por completo, siendo triste y desconsolada la que antes aparecía satisfecha y feliz. ¿Qué infernal pintura era aquella, en que una figura se evaporaba, se borraba, se iba como si tuviera cuerpo y vida? No podía yo dejar de contemplar el maldito cuadro, y decía: «¿Pero dónde está este diablo de hombre?».

—Sí: ¿dónde estaba ese diablo de hombre? — pregunté a mi vez, sorprendido de que la alucinación del doctor llegara a tal extremo—. ¿Dónde estaba ese diablo de hombre?

—¿Dónde estaba? Atraído por una fuerza irresistible, por mis pensamientos, por mis celos, corrí al cuarto de mi esposa. Al acercarme sentí la misma voz que la noche anterior, los mismos pasos. No puedo describir mi furor. «Era cierto lo de anoche» pensé, y me arrojé hacia la puerta. «¡Oh! ¡han cerrado! —exclamé, y golpeándola fuertemente,

mejor dicho, arrojando sobre ella todo el peso de mi cuerpo, la abrí rompiéndola. Al entrar vi que la ventana que da al jardín estaba abierta, y que una sombra, un bulto, un hombre saltaba por ella. Esto fue tan rápido, que apenas lo vi; no vi más que su cabeza en el momento de desaparecer, sus manos en el instante de desasirse del antepecho. Corrí, me asomé y no vi nada; la noche era obscurísima. Sólo creí sentir el golpe de un cuerpo que cae. Elena me miraba atónita, con un pavor indescriptible; perdió el sentido, y esta vez no pudo decirme que era visionario y loco, porque le faltó el habla y cayó a mis pies como una muerta. Mi afán era perseguir a aquel hombre hasta encontrarle, hasta matarlo. Bajé precipitadamente al jardín, y le recorrí con ansiedad imposible de describir: las tapias eran muy altas, y por diestro y ágil que fuera un hombre, no podía saltarlas en el breve espacio de tiempo que yo tardé en bajar. Registré todo: en el jardín no había nadie; pero este se comunicaba con un patio solitario de elevadísimas paredes; fui allá y, apenas había dado algunos pasos, cuando vi una sombra que se deslizaba cautelosamente por entre los montones de piedras que allí había para construir uno de los pabellones del palacio. Me puse en acecho a ver si efectivamente era un hombre o una imagen de esas que crean, confabulándose, la noche y la imaginación.

Era un hombre; lo vi andar agachándose para no ser descubierto, y no sé por qué, me parecía que, a pesar de la obscuridad de la noche, distinguía en su rostro las facciones de aquella figura pintada, cuya desaparición del cuadro me daba tanta inquietud y confusión. La sombra, el hombre o lo que fuera, se acercó muy despacio y siempre recatándose, a un pozo sin brocal que allí había, de esos que abren los albañiles durante una construcción para tener el agua más a mano. Con asombro mío, se introdujo en el pozo lentamente; vi su cuerpo bajar poco a poco y desaparecer: después no vi más que el busto, después la cabeza tan sólo, por fin una mano que permaneció agarrada al borde. Estuvo un rato indeciso y mirando atentamente aquello. Un momento después sacó con lentitud y cautela la cabeza, como para ver si yo le observaba, y en seguida la escondió repentinamente. La mano desapareció al fin.

»Acerquéme entonces, y vino a mi imaginación una venganza terrible. Como si mi cuerpo obedeciera todo a mi desenfadada pasión, sentí duplicarse mis fuerzas y adquirí un vigor extraordinario; cogí la piedra más grande que podía levantar, la alcé con ambas manos a la altura de mi cabeza, me puse de un salto en la orilla del pozo y la arrojé dentro, impeliéndola vigorosa, porque me parecía que su propio peso no bastaba. Cogí después otra mayor, y

con la misma furia la arrojé también; no deteniéndome hasta asir la tercera, porque el furor me redoblaba las fuerzas. En diez minutos arrojé dentro más de cincuenta piedras. Esto no me parecía bastante; empuñé una pala que allí cerca había, y eché tierra por espacio de media hora. Volví a arrojar piedras, y dos horas después de un trabajo incesante, el pozo había desaparecido y el piso quedó perfectamente nivelado. Aún me pareció poco, y me senté sobre mi obra exaltado, trémulo de fatiga, permaneciendo allí toda la noche como centinela de mi victoria, convertido en cenotafio de aquella tumba para velarla y cubrirla. A veces parecíame que un Titán levantaba desde abajo todas las piedras y toda la tierra que yo arrojé. Hubiera querido ser estatua y ser de plomo para pesar sobre mi víctima eternamente. La aurora vino a dar alguna luz a mi entendimiento. “¿Qué he hecho, Dios mío?”, dije retirándome y buscando en los recursos ordinarios de la lógica la solución de aquel enigma; “¿era realmente un hombre o no?”.

—Es preciso confesar, amigo —dije sin poderme contener—, que si era hombre, fue usted un bárbaro, y si era sombra fue usted un necio.

—No se me juzgue sin conocer el resto —continuó—. Cuando subí, mi primera diligencia fue mirar de nuevo el cuadro de Paris. La figura del

hombre estaba en su sitio. Pero no pude contener un estremecimiento de terror y un frío glacial cuando el rostro pintado del troyano se volvió hacia mí, me miró, y se rió el maldito, con expresión tal de burla, que se me erizaron los cabellos.

—Eso sí que es particular —dije yo—, y excede en rareza a todo lo anterior.

—¿No es verdad, amigo, que esto parece un cuento inverosímil?

—¡Ya lo creo! ¡Y tan inverosímil!

—Aquel día —prosiguió—, la consternación reinaba en el cuarto de mi mujer. Rodeábanla sus padres y algunos parientes officiosos, de esos que acuden a todos los trances, aun cuando no sean llamados. Lloraba ella, y el iracundo conde de Torbellino, su padre, aseguraba que había casado a su hija con el más fiero de los monstruos imaginables. Su madre, que era una vieja coqueta, procuraba consolarla, diciendo que no hiciese caso de mis extravagancias, y tomara con calma aquellos arrebatos de frenesí que tanto la mortificaban. Cuando quedamos solos, Elena, arrojada a mis plantas, protestó de su inocencia, añadiendo que todo era una pura aprensión mía; que allí no había entrado hombre alguno; que por el balcón no había bajado nadie; que la puerta estaba abierta; en fin, tantas y tales cosas, que yo aferrado siempre a mi idea, y

seguro de la realidad de lo que había visto, fluctuando en las más atroces dudas, porque su voz tenía el acento de profunda entereza, creí volverme loco, y a ello me conducía sin remedio aquella fatal y nunca vista situación.

—Pero hombre de Dios —le dije—, ¿no había algún medio de adquirir una completa certidumbre?

—Ninguno, porque todo de volvía en mi daño, porque cada día me llevaba a un nuevo suplicio, siendo tales los sucesos anormales, que no me daban tiempo de reposar, buscando serenidad y luz. Los acontecimientos que he referido a usted no son más que la preparación o el prólogo de los que ahora le voy a contar, que es cosa sin igual en la vida, pues no tengo noticia de que a ningún ser humano le haya acaecido tan extraordinaria y profundísima desventura. En algunos momentos hallábame satisfecho de mí mismo, porque creía haber puesto, con mi decisiva acción de la noche, término a aquel incidente funesto. Dábalo todo por concluido; y cuando tal pensaba, ni la idea de haber cometido un gran crimen bastaba a calmar el gozo que por tal consideración sentía. Pero... oiga usted esto, que es el colmo de lo maravilloso. Paseábame en mi cuarto, entregado a mis normales meditaciones, cuando dieron unos golpecitos en la puerta: me admiró que alguien entrara sin ser anunciado, y dije: «Adelante».

Figúrese usted, amigo, cuál sería mi estupor cuando vi entrar en mi aposento... ¿a quién cree usted? al mismo Paris, la misma figura del cuadro, pero animado, vivo; un hombre, en fin, un semidiós con levita, sombrero, guantes y bastón; un bello ideal convertido en caballero del día, como otros muchos que van por ahí. Era su rostro malicioso y agraciado, irónica su sonrisa, la mirada penetrante y viva, el mismo Paris, la misma persona del lienzo, hecha un ser real, un hombre del siglo XIX. Juzgad de mi turbación; creí soñar; retrocedí espantado, quise llamar, ocurrióseme huir; pero él, descubriéndose respetuosamente y haciéndome algunas cortesías, acabó de convencerme de que tenía ante la vista a un caballero real y positivo, a quien por de pronto debía tratar como tal, correspondiendo a su mucha urbanidad y finura.

II

—Sabe usted, amigo D. Anselmo, que eso ya pasa de maravilloso —le dije—. ¿Pero es posible que la imaginación, por ardiente que sea, tenga fuerza bastante para dar cuerpo a una idea de este modo?

—Yo no sé, amigo mío —contestó—; yo no sé lo que era aquello: no sé sino que yo le veía, como le

estoy viendo a usted ahora. Era hermoso; de una belleza no común, un conjunto de todas las perfecciones físicas, tal como yo no lo había visto nunca, a no ser en las obras del arte antiguo. Vestía con elegancia correcta y seria, como todos los que tienen el verdadero sentido y la exacta noción del vestir bien: era, en fin, perfecto en su rostro, en su cuerpo, en su traje, en sus modales, en todo.

—¡Cosa más particular! —exclamé—; ¿pero usted no le tocó, no trató de cerciorarse si era sueño, aparición, uno de esos singulares e incomprensibles fenómenos ópticos, que, cuando hay fantasía preparada para recibirlos, produce la reflexión de la luz?

—Yo no sé lo que aquello era: lo que sí puedo asegurar es que tenía cuerpo real, como el de usted, como el mío, y una voz cuyo timbre no era parecido a otro alguno.

—Pues qué, ¿también habló? —dije asombrado—. Yo creí que se iba a marchar después de saludar a usted como hacen todas las apariciones.

—¡Marcharse! nada de eso. Verá usted. Al principio no sabía yo qué hacer; no sabía si llamar o huir, temiendo que de aquella visita no resultara cosa buena; pero por último me esforcé en tener serenidad, y después de balbucir algunas palabras, lo señalé un asiento. Resolvíme a hablar claro, y dije:

»—¿Puedo saber...?

»—¿A qué vengo? —contestó—. Sí, señor; vengo a hacerle a usted un señalado favor.

»—Un favor...? Tenga usted la bondad de explicarse, porque no estoy al cabo... No tengo el gusto de conocerlo.

»—Sí, me conoce usted y no hace mucho —dijo con maligna sonrisa—; anoche sin ir más lejos...

»—¡Anoche!

»—Sí, anoche. ¿No se acuerda usted de aquel furor con que arrojaba piedras en un pozo, consiguiendo llenarlo al fin?

»Estas palabras y su sonrisa me helaron la sangre en las venas. Él no parecía preocuparse de mi turbación, y continuó:

»—Precisamente venía a hablar con usted y decirle que son inútiles todas esas armas que ha tratado de emplear contra mí. Ha de saber usted, caballero, que yo soy inmortal.

»No puedo pintar a usted la turbación que en mí produjo esta palabra: ¡Inmortal! “Pero este hombre es el demonio” —me dije yo para mí, y no podía hablar palabra, porque se me había hecho un nudo en la garganta.

»—Sí señor, inmortal —repitió con desenfado.

»—¿Y quién es usted? —pregunté haciendo un esfuerzo.

»—Yo soy Paris.

»—¡Paris! yo creí que eso era cosa de mitología o historia heroica.

»—Así es efectivamente; pero ahora no hagamos una disertación sobre mi nombre y origen; yo tengo prisa, y no puedo detenerme aquí mucho tiempo. El objeto de mi visita es decir a usted que se cansa en vano persiguiéndome: a mí no se me mata con puñales ni pistolas, ni enterrándome vivo. Resígnese usted ¡oh D. Anselmo! Todo es inútil: no hay más remedio que bajar la cabeza y callar. Alguien allá arriba ha dispuesto las cosas de este modo.

»—Caballero —dije en el colmo de la ansiedad, y procurando dominar tan singular situación—, advierto a usted que no puedo tolerar burlas de esta clase. Tenga usted la bondad de salir.

»—Poco a poco, señor mío; usted tiene mal genio; usted es insoportable; así a inspirado tanto horror a la pobre Elena.

»—¿Cómo se atreve usted a nombrarla?

»—¿Por qué no? ¡si ella me ama! —exclamó sonriendo.

»—¡Monstruo! —grité levantándome con furia y amenazándole—, calla, o si no aquí mismo...

—¡Cuidado! —dije a mi vez haciéndome un poco atrás, al ver que D. Anselmo, contando aquel pasaje, se levantó dirigiéndose a mí con los puños cerrados,

como si yo fuera la infernal aparición que tanto le había atormentado.

—Recordando aquello —prosiguió más Sereno el doctor—, me exaspero de tal modo, que no me puedo contener. Cuando yo le amenacé, él se quedó tan frío como si tal cosa. Se sonrió y me miró con esa compasión desdeñosa y un tanto burlona que inspiran los hechos y palabras de locos. Su serenidad me desesperaba más, su sonrisa me mataba: no sé qué hubiera dado por poder estrangularle. Después, como si mi cólera tuviera tanto valor como las rabieta de un niño, Paris continuó:

»—Ella me ama; nos amamos, nos presentimos, nos acercamos por ley fatal, usted me pregunta quién soy: voy a ver si puedo hacérselo comprender. Yo soy lo que usted teme, lo que usted piensa. Esta idea fija que tiene usted en el entendimiento soy yo. Pero existo desde el principio del mundo. Mi edad es la del género humano, y he recorrido todos los países del mundo donde los hombres han instituido una sociedad, una familia, una tribu. En algunas partes me han llamado *Demonio de la felicidad conyugal*, pero yo he despreciado siempre este apodo y otros parecidos, y me he resuelto a no llevar nombre fijo; así es que me llamo Paris, Egisto, Norris, Paolo, Buckingham, Beltrán de la Cueva, etc., según la tierra que piso y las personas con quienes trato.

»En cuanto a mi influencia en los altos destinos de la humanidad, diré que he encendido guerras atroces, dando ocasión a los mayores desastres públicos y domésticos. En todas las religiones hay un decretito contra mí, sobre todo en al vuestra, que me consagra entero el último de los mandamientos. Los moralistas se han atrevido a desafiarme, y los filósofos han tenido el mal gusto de publicar unos libelos impertinentes contra mi humilde persona, permitiéndose algunos hasta la tentativa de emplear medios para extirparme de raíz, ¡imbéciles! como si yo fuera un callo o un absceso. Han pretendido acabar conmigo; como si yo pudiera perecer, como si la inmortalidad estuviera sujeta a la acción de los agentes mortíferos de que disponen. Así es que por decoro y amor propio me veo en la precisión de continuar desempeñando mi papel de plaga con toda la diligencia y recursos de que mi doble naturaleza es capaz. Aquí me ve usted siempre activo, siempre eficaz: los grandes centros de población son mi residencia preferida, porque ha de saber usted que los campos, las aldeas, los villorrios me son antipáticos, y sólo de tiempo en tiempo me tomo la molestia de visitarlos por pura curiosidad. En las capitales es donde me gusta vivir. ¡Oh! siempre he amado estos sitios, dónde la comodidad, la refinada cultura y la elegante holgazanería me ofrecen sus

invencibles armas y eficacísimos medios. La esplendidez y la voluptuosidad me gustan: soy tan sibarita como mi antigua amiga Semíramis, a quien di la inmortalidad. Crea usted, amigo, que Babilonia valía más que estas poblaciones de que están ustedes tan envanecidos; sí valía más. Y en cuanto a vestidos, prefiero los ligeros cendales de los antiguos tiempos, y me molesta el tener que doblegarme a las exigencias del pudor moderno, ente maligno a quien no he podido sobornar sino a medias, en punto a trajes. Por lo demás, no me va mal; los moralistas me vituperan, y los filosofastros me tratan como si fuera un mal sofista; pero me importa poco. Los que no son suficientemente tontos, ni han perdido todo el seso necesario para ser filósofos, me aplauden, me miman, me señalan cuando me ven; las mujeres son mis más sinceras amigas, aunque algunas me tratan con cierta desconfianza, producida más bien por las calumnias de los sabios que por mi propio carácter: otras se muestran un tanto benignas conmigo, y algunas me hablan de sus maridos en un estilo que me hace reír. Ésa es mi literatura.

»Por otra parte, yo no soy ambicioso; soy de los que dicen: *tengo lo que me basta*, y detesto la anarquía conyugal, procurando aplacarla siempre, en unión con algunos moralistas modernos, que saben el modo de no provocar esa anarquía, cultivando mi

amistad, siempre desinteresada. No me gusta el escándalo, y siempre pongo en práctica los más silenciosos medios para llegar a un fin más silencioso aún: ya ha abandonado el medio antiguo y desacreditado de los escalamientos, de las sorpresas, de los sobornos, por distinguirme, de cierta falsificación mía que anda por el mundo, un tal *D. Juan*, que es un usurpador insolente, y además una plaga poco temible. Con que, amigo, no asustarse, y concluyamos pronto. Sepa, que está escrito, como diría un musulmán. Soy como la muerte; suena la hora y vengo. Evitarme es tan imposible como evitar a mi cofrade.

»Cuando oí esta relación, resolví hacer un esfuerzo a ver si podía descifrar el espantoso enigma. Afectando una serenidad que no tenía, y tomando el asunto con la calma decorosa que me pareció conveniente, me levanté y dije:

»—Caballero: sepa usted que estoy dispuesto a no tolerar sus inconveniencias. Sepa usted que tengo la edad suficiente para no creer en brujerías, ni la paciencia que se necesita para sufrir las locuras de usted.

»—Este hombre no me quiere entender: ¿sabe usted que Elena es mía? —dijo después de reír con estrépito, con la expresión de desahogo que da la resolución de no alterarse por nada.

»—No pronuncie usted más ese nombre —grité sin poder contener mi cólera.

»—Pero si precisamente vengo por ella... —dijo Paris con una acentuación maligna que me erizó el cabello.

»—¡Infame! ¿Qué dices? ¡Por ella! —exclamé arrebatado.

»—Sí, por ella: anoche quedamos de acuerdo, y...

»—¿Anoche? ¡Ay, yo estoy loco! Demonio, hombre infernal, o lo que seas; explícame este obscuro enigma; yo no puedo vivir así; yo quiero saber qué es esto... Pero Elena es inocente: ella me ha jurado que no te ha visto jamás.

»—Sí me ha visto.

»—¿Cuándo?

»—Siempre, a todas horas. Pero usted no entiende estas cosas; voy a explicárselo claramente.

III

Descansó mi D. Anselmo un rato, porque la relación anterior, con sus diálogos entrecortados, le había fatigado mucho. Cuando reposó un momento, procurando calmar la agitación que le devoraba, siguió el relato del modo siguiente:

—La sombra, el demonio, el semidiós, la pintura o lo que fuera, me miró un rato con aquella sonrisa maliciosa que tan bien ejecutara el artista en el cuadro donde anteriormente estaba, y después me dijo:

»—Ella me ha visto, sí, me ve en todas partes. Cuando pronunció aquel sí copulativo, que tan envanecido tiene a su esposo, me vio en el altar, en las luces, en el blanco ropaje de su vestido, en los negros paños del frac de usted. Desde entonces me encuentra en todas partes; en todos los reflejos halla la luz de mis miradas, en todos los ecos oye mi voz, en su propia sombra ve la mía... Abre su libro de oraciones, y las letras se mueven para formar mi nombre; habla con Dios, y sin querer me habla; cree escuchar el ruido del aire, el sonido profundo y perenne de la naturaleza, y escucha mis palabras; está despierta, y me espera; está sola y me recuerda, duerme y me invoca. Su imaginación vuela agitada en busca mía sin reposar nunca. Yo vivo en su conciencia, donde estoy tejiendo sin cesar una tela sin fin; vivo en su entendimiento, donde he encendido una llama que alimento sin tregua. Sus sentimientos; sus ideas, todo eso soy yo; con que a ver si tengo motivos para decir que me ha visto.

»—¡Espíritu infernal! —grité aturdido y como fascinado—, yo no comprendo una palabra de esa

jerigonza. ¿No dices que vienes por ella?

»—Sí.

»—¡Infame! Sal al punto de mi casa —exclamé, procurando sacudir mi aturdimiento.

»—No me iré sin ella.

»—¡Maldito! ¿Pues no dices que pasó la época de los raptos?

»—Me explicaré: lo que yo quiero llevarme no es la persona de Elena; lo que yo quiero llevarme es tu mujer.

»—Sofista, embrollón: ¿y qué diferencia encuentras entre mi mujer y la persona de Elena?

»—Mucha, Sr. D. Anselmo amigo —contestó.

»Hízome una relación sutil y laberíntica que acabó de llevar mi pobre cabeza al último grado de turbación. No menos de confesar que su voz me fascinaba, y que me parecía distinta de todas las voces que estamos acostumbrados a oír. Y si dijera que en medio del espanto, del trastorno que yo sentía, causábanme sus lucubraciones cierto asombro parecido al agrado, no mentiría ciertamente.

—Confieso, Sr. D. Anselmo —dije—, que nunca he oído narrar cosa alguna que se parezca a ese singular caso de usted. La aparición que se presenta de ese modo, en lenguaje, la familiaridad con que habla, todo me parece tan absurdo, que a no ser usted el que lo cuenta, lo juzgaría pura invención, obra de

escritorzuelos y demás gente enemiga de la verdad.

—Pues es tan cierto que lo vi y lo hablé y me dijo lo que he referido, como es cierto que usted y yo existimos y estamos aquí charlando.

—En verdad, es cosa inaudita —apunté yo—, que la imaginación, sin ninguna influencia externa, pueda dar vida y cuerpo a seres como ese diablo de Paris que a usted se le presentó tan a deshora. Es indudable que ese caballero no era otra cosa que la personificación de una idea, de aquella idea constante, tenaz, que usted desde tiempo atrás, y principalmente desde su boda, tenía encajada en el cerebro. Lo que no puedo explicarme es cómo adquirió existencia material y corpórea esa idea: ni sé a qué clase de generaciones espontáneas se debió ese fenómeno sin precedente en la historia de las alucinaciones. Pero siga contando a ver en qué para eso.

—Lo que él me dijo se ha quedado grabado en mi memoria de un modo indeleble —continuó el doctor dando un suspiro—. Nada tengo tan presente como lo que me contestó cuando le pregunté qué diferencia había para él entre la persona de Elena y mi mujer. Habló de este modo:

»—Yo no quiero la persona de tu mujer. La esposa, amigo mío, la esposa es lo que busco; quiero cargar con la mitad de su lecho de usted y

enseñárselo a todo el mundo. No quiero romper por eso la institución: yo respeto el sacramento... Tres poderes establecen el matrimonio: el civil, el eclesiástico y otro que no está en manos del vicario ni del cura y sí en manos de eso que llamáis vulgo, sociedad, gente, canalla, vecinos, amigos, mundo, en fin. Ya sabe usted que el mundo rompe ciertos lazos que parecen inquebrantables. Pues bien: yo quiero llevarme de aquí lo que el mundo necesita para quebrantar esos lazos; quiero llevarme la abdicación de la personalidad del marido, el consentimiento de su flaqueza. Así daré alimento al vulgo, a la gente que vive de esto. Todos me preguntarán por ti y por ella; mas mi sola presencia es respuesta definitiva, porque yo soy por mí mismo la negación del lazo que os une. Quiero llevar fuera el amor que ella me profesa; hacer público lo que hoy está sólo en su imaginación, un mal pensamiento, lo que hoy está sólo en tu cabeza, una sospecha. Quiero hacer de tus dudas, de tus celos, de tus decepciones, de tus tonterías, de tus deseos, de tus locas ilusiones, un gran libro que pasará de mano en mano y será leído y releído con afán. Quiero sacar de aquí los dolores que padeces, la repugnancia y el horror que le inspiras. Quédate con su persona: yo no la apetezco. Lo que llevaré y sacaré a pública plaza, es: las miradas que me dirige, las citas que me da, los

favores que me concede, los desaires que te hace, las reticencias que deja escapar hablando de ti, el epíteto de bueno que te propinará de vez en cuando. Lo que me llevaré es la opinión de su doncella, de tu lacayo, prontos a contar por dinero una historia, me llevaré la clave de tus distracciones oportunas, de mis entradas a tiempo. Quédate con tu esposa: yo no haré más que pasearme ante ella y ante todos, recibir la exhalación de sus ojos en presencia de centenares de personas, difundir por mi cuerpo su perfume favorito, recorrer las calles de modo que en cualquier parte parezca que salgo de aquí, y en la obscuridad de la noche proyectar mi sombra sobre las tapias de tu jardín. Eso es lo que yo quiero.

»Cuando escuche esto, amigo mío, mi furor fue tan grande, que hice algún movimiento para pegarle: y lo habría conseguido, si una fuerza secreta, una especie de terror como respetuoso no me contuviera.

—Veo que ese Paris, que se presentó cortésmente en su casa, acabó por tratarlo con familiaridad irreverente —le dije—. He notado que al fin le tuteaba a usted.

—Sí; aquel maldito, a poco de estar hablando conmigo, se dejó de composturas; tomaba en el sillón posiciones cómodas; me tuteaba; a veces se paseaba por el cuarto con las manos en los bolsillos, y por último, sacó un cigarro y se puso a fumar con toda

franqueza.

—Pero hombre —le dije—, ¿por qué no probó usted a ver si con una buena paliza se disipaba la sombra?

—Vea usted lo que hice. Mi situación era tan terrible, que resolví tomar una determinación enérgica. «Es preciso acabar de una vez» pensé; y plantándome delante de él, le dije:

»—Caballero, esto es una superchería y usted un farsante que ha venido aquí a burlarse de mí. ¿Piensa usted que creo en esas tonterías que ha contado de su doble naturaleza, de que es inmortal, etc.? Yo no soy ningún loco para creer eso. Voy a romperle a usted la crisma hoy mismo, ¿lo entiende usted bien?

»—¿Quieres batirte conmigo? —dijo con familiaridad burlesca—. Bueno; nos batiremos, te mataré que es lo mismo.

»—¡Oh! Me batiré con una legión como tú —grité en el colmo de la rabia—; te mataré, te degollaré con más deleite que si venciera a un tigre, a un boa.

»—Pues lo dicho dicho.

»—Te mataré —continué con redoblada furia—, aunque te protejan todas las potencias infernales. No sé manejar ningún arma; pero Dios vendrá en mi ayuda. Dices que has venido a quitarme mi honor. Pues yo prevaleceré contra ti, malvado de todos los tiempos, genio protervo de todos los países. En vano

tratas de desarmarme con tu ironía sangrienta, de infundirme espanto con la relación de lo que eres y de lo que puedes. Si eres un hombre, te mataré; yo estoy seguro de ello. Si eres un espíritu, te aniquilaré también, porque Dios vendrá en mi ayuda; hará de mí su instrumento para extirpar tamaña monstruosidad y aberración.

»—Bien —replicó Paris, arrojando la colilla del cigarro—, nos batiremos esta noche.

»—¿Cómo esta noche? Hoy mismo, ahora mismo.

»El odio me había hecho elocuente. En cuanto a mi determinación de batirme con aquel ente sobrenatural se explica por la situación de mi espíritu. La muerte no me daba espanto; antes al contrario, me parecía un consuelo. Si me mataba, concluían todas mis penas; si él era un hombre, yo podía tener la suerte de acabar con él. Si era un espíritu... en fin, ¿a qué razonar en aquel momento? Mi determinación estaba tomada, y por razón ni ninguna hubiera desistido de ella.

—Pero hombre —le dije—, ¿no era temeridad dar ese paso, arriesgarse a morir?

—Yo no sé lo que era. Yo quería concluir —repuso el doctor—, y no veía otra manera de despejar la incógnita.

—¿Y se batieron ustedes?

—Sí: yo no quería padrinos; quería que aquel

duelo fuese solitario como mi pena. Nada me importaba morir. Resuelto a no prolongar mi agonía, nos dirigimos aquella misma tarde a un sitio cercano a la capital.

—Pero hombre, ¡sin testigos!

—Llevamos dos pistolas; ambos fuimos en mi coche, y su buen humor era tal durante el camino, que me aseguró más en la inminencia segura de mi muerte. Para mí aquello era en realidad un suicidio que yo realizaba en forma inusitada y nueva.

—¿Y cuál fue el resultado? Tengo curiosidad por saber cómo se portó usted delante de un adversario tan temible.

—¡Oh! amigo —dijo el doctor—, el resultado es lo más singular de la aventura; y en ningún modo puede usted sospecharlo. Yo le aseguro que es enteramente distinto de lo que usted se ha figurado.

IV

Confieso que la narración del doctor Anselmo me iba interesando un poco, por pura curiosidad se entiende, pues no podía ver en ella realidad ni verosimilitud.

Había, sin embargo, una pequeña dosis de sentido en el fondo de todos aquellos desatinos, porque la

figura de Paris, ente de imaginación, a quien había dado aparente existencia la gran fantasía de mi amigo, podía pasar muy bien como la personificación de uno de los vicios capitales de la sociedad. Si el doctor inventó aquello, fuerza es confesar que no carecía de algún intrínquilis su invención: si, por el contrario, creía real lo que contaba, indudablemente era uno de los mayores iluminados que han visto los tiempos. Deseoso de saber en qué había parado aquel duelo extraordinario, le incité a seguir; él no se hizo de rogar.

—Paris y yo nos dirigimos en mi coche al sitio que habíamos elegido. Por el camino hablamos poco, aunque él procuraba entablar conversación incitándome con dichos ingeniosos y agudezas que no quiero recordar. Yo no pensaba más que en la muerte, que creía cercana, inspirándome más regocijo que pena. Mi serenidad no era la serenidad del valor, sino la de la resignación: en aquel momento el mundo, mis riquezas, mi esposa, me daban hastío y repugnancia. Veía cerca el término de tantos dolores, y aquel hombre, aquel monstruo diabólico en forma de ser humano, más que enemigo me parecía una salvación.

»Cuando llegamos al sitio del duelo, la tarde caía, y el Occidente se iluminaba con colores y reflejos. Era fresco y húmedo el aire, y tan apacible

que apenas se movían las hojas de los árboles, amarillas y débiles ya por los fríos del otoño. Sin necesidad de ser agitadas, se cían por su propio peso, muertas y lívidas antes de abandonar el árbol. Me acuerdo de esa tarde como si hubiera sido ayer. Paró el coche, bajamos, y anduvimos un buen trecho solos.

—¡Ay, amigo D. Anselmo! —dije yo—, reconozcamos que los procedimientos de ese duelo son de una inverosimilitud incomprensible. ¡Ir a matarse sin testigos, llevar usted al contrario en su mismo coche...! eso no pasará en ninguna parte, y estoy seguro de que es el primer ejemplo que se ve en las sociedades modernas.

—¡Inverosimilitud! —exclamó D. Anselmo—; ¿quién habla de eso tratándose de un caso que está fuera de los límites de lo humano? No busque usted aquí la regularidad: si esto fuera como lo que pasa ordinariamente, no lo contaría.

Esta razón no dejaba de tener fuerza, y callé.

—Cuando elegimos el sitio, Paris me dijo:

»—¿A ver las pistolas?

»—Son buenas —repliqué yo entregándoselas.

»—Lo mismo me da —contestó sin examinarlas—: para mí todas las armas son buenas. Cárgalas delante de mí, y después echaremos suertes a ver cuál tira primero.

»—Ya están cargadas.

»—A ver de qué modo echamos suertes —dijo Paris paseándose por el campo con el mismo desenfado y franqueza con que se había paseado en mi habitación.

»—Con un pañuelo —dije yo—. Hagamos un nudo en una de las puntas, y el que...

»—Me parece que eres un poco fullero —indicó Paris, riendo con todo el aplomo del que sabe que va a matar a su contrario.

»—Arrojaremos una moneda al suelo —añadí yo con impaciencia, porque aquellos preparativos para llegar a un fin para mí incuestionable me molestaban.

»—Bien: pues si sale cara tiro yo.

»—Si sale cruz, me toca a mí.

»—Vamos: echa la moneda de una vez.

»Arrojé la moneda, cayó al suelo, y ambos nos inclinamos para poder distinguir la señal. Salió cruz: a mí me tocaba tirar primero. Nos colocamos a diez pasos. Yo apunté, o por lo menos levanté el brazo, procurando dirigir el cañón de la pistola hacia el pecho de mi enemigo. Él se reía al ver como el cañón del arma describía curvas en el aire, y allí me soltó unas cuantas agudezas que me desconcertaron más, obligándome a bajar la mano, pues habiéndose enfriado los dedos con el aire de la tarde, ni aun tenía fuerzas para disipar el tiro. Pero pronto apunté de

nuevo para no irme al otro mundo sin desempeñar mal o bien el papel que mi honor me había impuesto en aquel lance. Apunté sin procurar dirigir la bala, y cerré los ojos; el tiro salió, y Paris cayó en el suelo sin dar un grito, porque la bala le había atravesado de parte a parte el pecho.

»—¡Demonio! —exclamé al ver el inesperado fin del lance—. ¿Con que muerto?

»La contemplación de un milagro», continuó el doctor, «no me hubiera causado tanto asombro como aquella victoria adquirida sobre tan terrible adversario. Matar a semejante hombre, vencer a aquel genio maligno, era más de lo que podía esperar quien nunca manejó un arma, ni aprendido a luchar con antagonistas del otro mundo. Había vencido al mayor enemigo de la paz conyugal. Si era hombre, había librado al mundo de un malvado; si era la personificación de un vicio, una plaga humana, una calamidad social encarnada en arrogante cuerpo, había yo quitado a la sociedad la mitad de sus escándalos. Yo creí que alguna divinidad celeste había venido en mi ayuda. ¡Oh! mi honor —pensé—, mi honor, este sentimiento puro, acrisolado, ha sido para mí la divinidad protectora que ha dirigido mi brazo; ha infundido un soplo de vida en esta bala, para que volara consciente o irritada hacia aquel pecho y partiera aquel corazón, centro de perfidia y

engaños. ¡Dios mío! si el duelo es un crimen; si lo que acabo de hacer es un asesinato, perdona esta falta, precursora de bienes sin cuento. Tú que has permitido la presencia de este monstruo; tú que eres dueño y regulador sabio de los beneficios y los castigos; tú que das la lluvia benéfica, el rocío, el sol, el maná, y permites la peste, el hambre y el incendio, perdonarás, perdonarás la inmólación de este que creaste para nuestro castigo, imponiéndonos el trabajo de vencerle.

»Examiné atentamente el cuerpo de Paris, y vi que de su herida brotaba un torrente de sangre; pero estaba vivo aún: respiraba, movía lentamente los ojos, y me miraba con una expresión que no podía yo definir bien.

»Su mirada no era de tristeza ni de dolor. El singular estado de mi cabeza no hacía ver en sus labios una sonrisa burlona. Pero a pesar de esto su rostro estaba lívido y su cuerpo desmayado y flojo. ¿Creeréis que al verlo así me dio lástima, y hubo un momento en que se aplacó mi odio? Somos hombres al fin. Además, al tocarle, al cerciorarme por mis propios sentidos de que era cuerpo humano, desapareció de mi pensamiento la creencia de que fuese una sombra, un ente de razón; en aquel momento no pensé sino que era un joven que, habiendo adivinado mis sentimientos, quiso darme una broma o

burlarse de mí, haciéndose pasar ante mis ojos como un ser sobrenatural. En resumen, al ver aquel hombre herido por mí, que se desangraba en un campo solitario, sin auxilio de nadie, sin alivio corporal ni espiritual que suavizara un poco su muerte ya segura, me dio tanta lástima que resolví meterle en el coche y llevarle a mi casa para darle el auxilio que necesitaba.

—¿Pero no comprendió usted —le dije—, que se exponía a que le descubrieran?

—Habríale abandonado, si hubiese estado muerto; pero vivía, respiraba. ¿Cómo dejarle allí? Eso no cabía en mis sentimientos: además, mi odio se había disipado ante la victoria. No cejé en mi resolución, le metí en el coche con ayuda de mis criados y... a casa.

—¿Pero no podía usted depositarle en otra parte?

...

—No; en mi casa no le descubrirían, porque yo había de tomar todas las precauciones imaginables. Abandonado o entregado a alguien, sí sería descubierto inmediatamente. Así pensaba yo, camino de mi casa. Llegamos ya muy entrada la noche. Nadie nos vio entrar, le subimos con mucho cuidado, y le pusimos en un lecho. Cuando quedé solo con él, le examiné con mucha atención: aún vivía. Mucha sorpresa me causó el que, lejos de estar más

extenuado, más débil, más cercano a la muerte, por ser la herida profundísima, parecía más animado, y clavaba la vista serena y observadora en los objetos que adornaban la habitación. Cuando me sintió cerca, fijó en mí los ojos con una tenacidad que me hizo temblar. Parecía sondearme hasta el fondo del alma. Aquellos no eran los ojos de un moribundo. Después que me miró largo rato sin pestañear, su mano, fría como el mármol, tocó mi mano, comunicándome una corriente glacial, que circuló por todo mi cuerpo, haciéndome estremecer con una impresión para mí desconocida; sus labios se movieron como para articular un quejido, y una voz, que parecía salir, no de su boca, sino de una profundidad invisible, una voz de inmensa resonancia y gravedad dijo estas palabras, que no puedo recordar sin espanto: «Majadero, yo soy inmortal».

V

—Aún me parece que le estoy mirando y que le estoy oyendo —continuó el doctor un poco abstraído.

Después se puso a mirar atentamente el techo, como si allí arriba hubiera alguna cosa escrita. Abandonado a la meditación, los ojos se le iban al cielo, tomando todo él aquella actitud de santo que lo

era peculiar. Después prosiguió la historia como sigue:

—No sé qué pensé entonces. Me ocurrió encerrarle allí, y esperar días, semanas y meses a ver si herido, solo, sin comer ni beber podía existir aquel ser maldito. Entre tanto, salía la sangre de su herida, sin que por eso se postrara más su cuerpo: por el contrario, animábase más cada vez, aumentando mi desesperación. Diga usted si el caso no era para volverse loco. ¡Estar constantemente perseguido por aquel demonio, que tampoco había podido matarme, y que concluía por instalarse en mi casa, junto a mí, siempre a mi vista, como mi conciencia, como mi pensamiento, como mi miedo! Mi rabia no tuvo límites cuando le vi incorporarse en el lecho, y exclamar:

»—Ya ves de qué modo has conseguido que no salga de tu casa. ¿Te atreverás a arrojar de ella a un hombre que has herido, a un hombre que se desangra y se muere? Si me echas de aquí no es posible que te libres de la nota de asesino. Se descubrirá que has intentado matar a un hombre, vendrá la justicia, habrá escándalo... Dirán que el bueno de D. Anselmo encontró a un galán en el cuarto de su esposa y le pegó un tiro. Ya ves ¡qué escándalo! Si quieres que me marche, me marcharé; pero bien te dije que al salir de esta casa me llevaría tu honor. Necio, en

vano quieres prevalecer contra mí, contra lo inmortal, contra lo omnipotente, contra lo divino. Yo soy superior a los hombres; yo soy parte de ese mal que desde el principio pesa sobre vuestra existencia, y del cual no os podéis librar, porque una ley suprema le pone sobre vosotros y en vosotros como una faz de la vida. Aquí estoy, en tu casa; eso es lo que yo quería. Ella sabe que estoy aquí; muchos de fuera lo saben también. Pero esto es ahora un secreto guardado por muchos. Si quieres que haya escándalo, si quieres que mil voces hablen de mí, si quieres que esto se publique por calles y plazas, échame de aquí; yo me voy gustoso, pero ya sabes todo lo que me llevo.

»—Pero ¿qué fuerzas se han de emplear contra ti? —exclamé en el colmo de la turbación—. Sean morales o materiales, algunas fuerzas habrá que te venzan, demonio incomprensible, más fatal que cuantos se emplean en tentar a los hombres, llevándoles por los caminos de todos los vicios.

»—Contra mí no hay nada que prevalezca —contestó recobrando poco a poco su habitual buen humor y ligereza—. Ningún arma me puede herir; no tomes en serio lo que ha pasado: no creas que me has vencido, pobre loco: lo que has visto no ha sido más que un incidente preparado con objeto de atraparte mejor. Esta cama ya es mía; ya he penetrado en ella y

no me puedes arrojar: todo el mundo sabe que Paris ha entrado en tu casa, y tú, aunque emplees todas tus facultades, todo tu dinero, cuanto existe y cuanto vale en la tierra, no podrás convencer a nadie de lo contrario...

»—¡Oh! yo no sé lo que haré —grité desesperado—; yo voy a pegar fuego a esta casa, para que perezcamos todos.

»—¡Fuego! —dijo él, riendo diabólicamente e incorporándose en el lecho—: ¡fuego! si ese es mi elemento, si vivo en él: fuego es mi sangre, mi aliento, mi mirada, mi palabra; quemo, devoro, aniquilo. No opongas a mi poder esos elementos venales que a un signo mío obedecen sumisos. Yo digo al aire: “agita sus cabellos, lleva a su oído ecos que la sumerjan en esas meditaciones vagas, de cuya confusión sale luminoso, inexorable el primer mal pensamiento”, y el aire me obedece. Yo digo al agua: “ve y acaricia con irritante frialdad o calor suave su cuerpo que en las ondas del baño se abandona indolente; difunde en ese cuerpo la languidez, y altera la serenidad de su cabeza, produciendo el mareo voluptuoso que engaña la conciencia y hace accesible la fortaleza del recato”, y el agua me obedece. Yo digo al fuego “corre por sus venas, enardece su corazón, y haz brotar en su pensamiento esa chispa incendiaria que es la abdicación postrera de la

voluntad”, y el fuego me obedece. Yo digo a la luz: “refleja en el esposo las hermosas líneas de su rostro, y lleva de su espejo a sus ojos la imagen del cuello, del labio, de la cabellera, del talle, para que aumente su amor propio, baluarte formidable que me defiende”, y la luz me obedece. Aún más: yo soy ese aire murmurador, esa agua voluptuosa, ese fuego que inflama, esa luz que adula. Ciego: me estás viendo, crees que estoy aquí. No: yo estoy allá, junto a ella: yo no la abandono nunca, porque soy su idea, su mal pensamiento, su mal deseo: yo no me separo de ella jamás. En vano tratas de perseguir ese mal pensamiento, ese anhelo, cuando por un singular fenómeno se te presenta en forma humana. Torpe, ¿no comprendes que yo no puedo ser enterrado bajo un montón de piedras? ¿No vea que es imposible matarme de un tiro como se mata a un pájaro, a un ladrón?

»—Calla por piedad, monstruo —exclamé angustiado—. ¿Qué delito he cometido para tan gran tormento? Porque esto es castigo, sí, de algún crimen ignorado. Yo que soy la probidad, el pundonor, la lealtad, la sobriedad, ¿por qué he merecido esta tortura, que produce un trastorno en todas mis facultades y acabará por volverme loco?

»—Tú tienes la culpa —dijo Paris con serenidad, sin dar ya señales de postración, y como si un médico

sobrenatural hubiera sanado por encanto su herida—; tú tienes la culpa, tú que me has llamado, que me has traído, que me evocaste con la fuerza de tu entendimiento y de tu fantasía.

»—Pues yo, con esa misma fuerza, te conjuro para que me dejes en paz. Yo no puedo vivir así, diablo, espíritu, pensamiento, o lo que seas. Vete: yo te arrojo de mi cabeza: yo te expulso de mí ya que no has querido darme la muerte, vete, porque esto es mil veces peor que morir.

»—¡Irme! no puede ser —contestó mi enemigo, encendiendo un cigarrillo de papel—. Ni yo, aunque quisiera, tengo poder para abandonarte. Mientras tú tengas ideas y sensaciones, yo estaré aquí. Renuncia a todo eso y me iré: resígnate a ser, en vez de hombre inteligente y sensible, una máquina automática, sin ninguna vida espiritual; resígnate a ser un bulto vivo, y entonces me marchó.

»—Me resignaré. Yo quiero morir o no pensar, yo quiero ser una bestia, y no sentir en mi cabeza esto que llevo desde el nacer para tormento mío.

»—No lo tomes así, tan a pechos —repuso—; estas cosas deben considerarse con calma: sé filósofo; ten esa grandiosa serenidad que ha hecho célebres a muchos maridos, y no quieras sobreponer un falso pundonor a ciertas leyes sociales que nadie puede contrariar.

»—No me trastornes más; yo quiero morir; quiero ser sacrificado a este pensamiento que me ha devorado, consumiéndome todo.

»Decía yo esto con la mayor sinceridad; deseaba morir o vivir sin conciencia ni entendimiento; si esto era vivir sin conciencia ni entendimiento; si esto era vivir, había en mí como un delirio, una exaltación tal, que nunca después he vuelto a experimentar cosa parecida. Fijaba mi vista en aquel hombre, le tocaba, le veía, tenía todos los fundamentos necesarios para creer en su existencia, y aún me parecía todo un sueño.

»¿A usted no le ha pasado que al sufrir los tormentos de una pesadilla, se muestra íntimamente incrédulo ante tantos dolores, y dice “esto es sueño”, como si una chispa de razón velara cuando todas las facultades se nublan, menos la fantasía, que lo domina todo a sus anchas? Pues lo mismo yo, en aquel delirio angustioso, decía para mí a veces: “esto es un sueño”. Pero la realidad me desmentía: hallábame en mi casa; me reconocía, despierto, como ahora me reconozco vivo. Iba y venía, presa de una horrible ansiedad, y todo lo que me rodeaba era real, las personas las mismas, idénticos los objetos. Salía de mi cuarto a ver si la impresión de cosas externas me daba alguna luz; pero nada lograba. Por fin determiné ausentarme de allí: cerré el cuarto,

dejando dentro al herido, y fui a la habitación de Elena. Cuando entré, mi mujer se sobrecogió de espanto, tembló, y después me dijo algunas palabras mal articuladas, porque el terror le embargaba la voz. No sé qué íntimo convencimiento me obligó a mirar todo, a registrar todos agitado, convulso, demente. La infeliz gemía: creo que la maltraté. Después, andando de un lado para otro, registraba con afán, y era tal mi trastorno, que hasta debajo de las sillas, dentro de los vasos de su tocador y entre las hojas de los libros quería encontrar lo que buscaba. Allí no había nada; yo nada vi; pero tenía la convicción profunda de que allí estaba: en el aire, en la sombra, en el perfume, en el eco de nuestras voces, en todo me parecía sentir la presencia de aquel maldecido. “¿Dónde está? —grité —... ¡aquí hay alguno!”. “—¿Quién?” —dijo desesperada. “—¡Ése —contesté yo—, ese monstruo, ese espíritu, ese hombre! Yo sé que está aquí, yo le siento, yo le oigo. Sí, Elena, está aquí: tú le tienes. Le veo en tus ojos, le oigo en tu voz, está aquí”.

»Y en efecto, la sombra de todos los objetos me parecía su sombra, el eco de nuestras voces parecíame su voz, y en los vagos accidentes de la luz, del sonido, del tacto, me parecía encontrar algo de la persona, del aliento de aquel genio execrable. Elena lloraba con tanto desconsuelo, que me fue imposible recriminarla. Únicamente le decía: “Sí, aquí está,

aquí está”. Por fin, salí de allí, porque me trastornaba más cada vez, y volví a mi cuarto, donde le había dejado cerrado con llave. Al entrar di un grito: el herido no estaba allí. Mi espanto fue tal, que no pude dar un pago, y me dejé caer en un sillón. Las fuerzas me faltaban ya por efecto de las continuas y dolorosas impresiones de aquel día; me desvanecí, me desmayé, y a no haberse entregado espontáneamente mi naturaleza al reposo, no sé qué hubiera sido de mí. Quedé inactivo, y como muerto durante largas horas. En el momento de recobrar el tino, amanecía. Sentí ruido en la puerta, miré, y era Paris, que entraba de bata, pantuflas, y con el cabello en desorden, como quien se levanta de la cama. Pasó delante de mí mirándome con la diabólica sonrisa que era en él constante. Yo le miré también largo rato, y el estupor, cierto marasmo moral que yo sentía, impidiéronme dirigirle la palabra en mucho tiempo.

Cuando esto decía el doctor, hallábase también poseído de aquel marasmo moral que refería. Tenía turbios los ojos, lenta la voz, difícil el aliento; estaba fatigado, y sin duda el recuerdo de los sucesos referidos le producía muy fuerte emoción. Por eso, y considerando lo que padecía el infeliz al traer a la memoria su insana idea, no me atreví a hacerle las

mil observaciones que sobre el caso se me ocurrían; reflexiones que hubieran entibiado mucho el entusiasmo y fe con que refería tales locuras.

ALEJANDRO

I

Aquella noche no pudo continuar el doctor su curiosa narración que, a fuerza de extravagante, me había inspirado algún interés. Yo deseaba saber cuál sería la hazaña final del travieso héroe de la antigüedad, que se propuso quitar el juicio a mi pobre amigo, si es que alguno tenía. Bien se echaba de ver que aquello había de concluir pronto de cualquier modo, pues no era posible que semejante invención o lo que fuese se prolongara por más tiempo lo que la ley del arte exige, y además, según lo último que refirió mi amigo, se comprendía que el desenlace no podía estar lejos. Pero aquella noche, como he dicho, no le fue posible satisfacer mi deseo: hubiéralo hecho él, a pesar de su cansancio y de lo impresionado que estaba con el recuerdo de sus desventuras; mas no le insté a que siguiera, quedando de acuerdo para celebrar nueva sesión la noche siguiente, como lo hicimos. Reanudando el

interrumpido hilo de su discurso, el sabio continuó así:

—¿En qué quedamos? porque de anoche acá me he trascordado; y siempre que recuerdo aquello hay un desquiciamiento en mis facultades, de ordinario no muy sanas.

—Quedamos en un incidente interesantísimo. Usted se había desvanecido, se había dormido, abandonándose a un profundísimo sueño, que yo tengo para mí fue obra de algún sortilegio de aquel ente infernal, y al despertar, ya casi de día, vio aparecer a Paris de bata y pantuflas, como si se levantara de la cama.

—Así es en efecto —dijo—, y yo, según indiqué a usted, en mi estupor, no pude decirle palabra en mucho tiempo; le miraba sintiendo en mí algo de ese mareo que precede a un letargo profundo: le miraba pasearse por el cuarto con las manos en los bolsillos de la bata, sacar un cigarro, encender un fósforo, raspándolo en la caja, y después fumar tan tranquilo.

—¿Y no hablaron ustedes?

—Sí hablamos. Lo particular es que aquella bata era la mía, y le caía tan bien que ni pintada, como si se la hubieran hecho a su medida.

—Está visto que ese farsante quería apropiarse todo lo que era de usted —observé; y me arrepentí al poco rato de haber hecho tal observación.

—Sí —dijo tristemente—. Por fin, viendo que nada podía hacer contra aquel miserable; viendo que no le podía vencer, que no le podía matar, que no le podía arrojar de mi casa, resolví entregarme al dolor, rendirme, incapaz ya de resistir más tiempo. No injurié a Paris, no le maldije, no intenté maltratarle, porque nada valía contra él. Di tregua a la ira, trocándola por una resignación serena, que fue en mí entonces un gran alivio.

»—Yo me voy —le dije—, puesto que nada puedo contra ti. Demonio invulnerable, yo te abandono todo, mi casa, mis riquezas, mi posición, mi esposa: todo queda en tus manos, incluso mi honor, que no he podido librar de ti. Hablo de mi honor en la opinión de las gentes, que mi honor en mi conciencia, eso va siempre conmigo, y no me lo puedes quitar con tus malas artes. Prefiero andar errante lejos de aquí, en país desconocido, despreciado de todos, a soportar este suplicio en que vivo, privado de los más inocentes goces del hogar. Quiero huir; quédate aquí en posesión de todo: me confieso vencido.

»—¡Necio! —contestó mirándome—. ¿A dónde has de ir que yo no pueda seguirte? Recuerda lo que te dije anoche. Si al marcharte te dejas aquí el entendimiento y la fantasía, lo que hay en ti de divino, lo que te distingue de la bestia, puedes marcharte

tranquilo; no te molestará; pero si no, no cantes victoria, que yo iré contigo en ésta o en otra forma; pues cuando me encariño con una persona, no la abandono fácilmente.

»—Pero si ahí te dejo todo —repliqué—, ¿qué más quieres? Ya no temo la deshonra, no temo el escándalo, no temo nada. Puedes gozarte en tu obra; no me importa que hablen de mí, que me señalen, que me injurien con los más denigrantes apodos. ¿Qué más quieres de mí?

»—Sosiégate, ¡oh Anselmo! —exclamó Paris—. ¿A dónde vas solo, errante por esos mundos, perseguido siempre por mí, aunque en distinta forma? Ten calma; reflexiona, medita la gravedad de tu determinación. ¿No ves que eso es cobardía indigna de un hombre de corazón? Acepta el martirio, y resístelo hasta el fin, como cumple a quien blasona de temple de espíritu, y de esa entereza que enaltece a los hombres más que el valor frenético y temerario. Aquí es donde debes estar siempre en presencia de tu dolor, siempre en tu puesto, soportando una tras otra las angustias de esta crisis que no es nueva en el mundo y que ya ha trastornado a muchos. Aquí, amigo, aquí. No dirás que no soy concienzudo, que no razono con la madurez que distingue a las personas graves de los mozalbetes casquivanos y presumidos.

»—¡Oh, esto ya es demasiado! —dije—; ¿no he

de salir de aquí, no he de abandonar esta casa? ¿También me has de perseguir lejos de estos sitios? Eso no puede ser; y si así fuera, yo me embruteceré, no pensaré, como has dicho, seré un animal de los más torpes y groseros. Si esto es ser hombre, maldigo mi condición, y me río de esa pomposa palabrería con que la enaltecen algunos, diciendo que somos los reyes de lo creado. ¡Qué imbecilidad!

»—Sí; ¡eso es ser hombre! —afirmó él—, y eso es ser rey de la creación. Yo he vivido desde el principio del mundo, y he presenciado multitud de sucesos terribles, individuales y sociales. Sé lo que son esos dolores, cuya importancia es tal en la esfera de la vida, que algunos han traspasado los límites de lo personal para conmover al mundo, como sucedió en la guerra de Troya, cuyos pormenores recuerdo como si hubieran pasado ayer. Por lo que ha visto desde entonces, comprendo que se engaña el que crea poder eximirse de ese gaje de angustias con que pagáis el orgullo de ser la flor y nata de lo creado; comprendo la inmensa verdad que encierra el dicho de Goethe: “el que no está preparado a la desesperación, no está preparado a la vida”. Ánimo: no eres tú el primero de los que se aniquilan, quemándose en la llama de la vida, como se quema la mariposa en la luz: tú no eres el primero, eres un ejemplar de esa rica colección de mártires que han

hecho del vivir una bella y sorprendente epopeya.

—¿Sabe usted que no dejaba de explicarse con juicio? —dije, observando que Paris disertaba sobre la vida con una seriedad que, aunque no exenta de extravagancia, le hacía sin embargo mucho honor.

—Aquel endiablado se había puesto a filosofar, dejando su cínica desenvoltura para hacer reflexiones en un tono que me parecía más burlesco que sus chanzas del día anterior.

—¿Y después, qué hizo? —pregunté, esperando que el aparecido se quitaba al fin la bata y las pantuflas de mi amigo para vestirse y arreglarse.

—Verá usted —agregó el doctor—. Yo no permitía que nadie entrara allí; pero entró, cuando yo estaba descuidado, un criado a anunciarme a mi suegro el conde del Torbellino, y no manifestó haber visto la sombra. El criado, al parecer, creyó que yo estaba solo. Iba yo a salir con objeto de recibir a mi suegro, cuando éste, que no se andaba en ceremonias, entró. Yo temblé pensando que pudiera ver a Paris; pero no. Paris estaba junto a mí, y el conde no le vio. Para él, lo mismo que para el criado, hallábame solo en la habitación. ¡Cosa más particular! Varias veces el aparecido pasó entre él y yo, sin ser visto más que de mí. Yo sólo sentía sus pasos, yo sólo recibía el rayo de su mirada, de una viveza imposible de pintar. Mas a poco de estar allí el conde de Torbellino,

Paris desapareció: yo miraba a diestra y siniestra por ver si se ocultaba en algún rincón; pero nada, había desaparecido. No vi más que mi bata y mis pantuflas arrojadas sobre una silla.

»Mi diálogo con mi ilustre suegro fue importantísimo, y es de grande utilidad el referirlo para mejor inteligencia de esta sin igual historia. Pero antes voy a dar a usted algunas noticias de tan respetable personaje.

II

—El conde del Torbellino —continuó don Anselmo—, era un hombre tempestuoso, y no porque tuviera carácter irascible, violento y amigo de pendencias, sino porque su espíritu, esencialmente tranquilo, se manifestaba al exterior de la manera más resonante y ampulosa. Cuando decía alguna tontería, cosa frecuente en él, su voz, bronca por naturaleza, se ahuecaba hasta lo más bajo del diapason: cuando quería convencer a alguien de que era hombre importante y de que los negocios le traían loco, en palabra llegaba al último grado de la vana grandilocuencia; si no decía nada su respiración semejaba a un vendaval lejano. Locuaz y retumbante, parecía el símbolo de la tormenta, la explosión hecha

hombre. Sus oyentes eran muchos: complacíanse sus tertulios en escuchar el estrépito de su voz descomunal; pero en tocando a reír, la turba de interlocutores se dispersaba más que de prisa, porque la carcajada del buen señor trastornaba y aturdía.

»La caja sonora que tan atroces ruidos producía, era proporcionada al sonido mismo. Corpulento, pesado, cavernoso, monumental, el señor conde era una pieza estimable que podía honrar a cualquier cantera. A semejante mastodonte no faltaban dignidad ni donaire, antes al contrario, su crasitud cuadrilonga le daba cierto aspecto cesáreo y dictatorial.

»Su rostro era más bien hermoso que feo, adornado lateralmente de espesas patillas blanquinegras: la nariz tenía algo de la voluta corintia: la boca grande, de labios carnosos y retorcidos, se asemejaba a las bocas de esas máscaras griegas que vomitan festones y emblemas. Dos grandes contracciones sostenían en los extremos de esta boca una hilaridad presuntuosa, tan constante en él y tan grabada en su rostro, que podía decirse que en él la sonrisa era una facción. Sus lentes eran algo más, eran un órgano: la frente, en que algunos pelos aplastados por el sombrero y pegados por el sudor, dibujaban una especie de leyenda jeroglífica, era pequeña, deprimida y roja; pero de un rojo intenso y como transparente, cual si los sesos de

aquel buen señor fuesen de bermellón o cinabrio. Su cuerpo era un prodigio de solidez arquitectónica; cada extremidad un portento de equilibrio, y sus hombros, su abdomen y su espalda otras tantas obras maestras de estereotomía muscular; sus pies dos ladrillos. A pesar de tanta solidez, este monolito se movía con bastante soltura; y cuando hablaba, los brazos daban vueltas como dos aspas de molino, amenazando descabezar al que tenía la desdicha de escucharle.

»En cuanto a entendimiento, el conde pasaba por ignorante entre muchos y por sapientísimo entre algunos; mas no era ni una cosa ni otra. Sin ser ilustrado, sabía lo bastante para hablar de todo, no disparatando siempre. En algunas cuestiones, sin embargo, era fuerte, sobre todo en Política y en Hacienda. Ocupábase mucho de la alza y baja de los fondos públicos, y negociaba con el crédito del Estado, tomando parte con los primeros capitalistas en las más arriesgadas operaciones mercantiles, lo cual fortalecía sus conocimientos en Hacienda. La suya le inspiraba serios temores, sobre todo en la época a que me refiero, y el mal humor que le ocasionaban sus desbarajustados asuntos se hubiera trocado en hipocondría si mi casamiento con su hija no echara un buen puntal a su fortuna.

»Distingúiale también su notable prurito de

agradar a las gentes. Su amabilidad, aunque tonante y explosiva, le había captado la voluntad de muchas personas. De esta amabilidad nadie tenía mejores pruebas que yo: siempre fui objeto de su predilección, y nunca más que en la ocasión de que hablo pude conocerlo. El conde me probó el gran interés que yo le inspiraba, en aquel diálogo que voy a referir a usted con la puntualidad que mi memoria me permite.

»—Mi querido yerno —dijo él—, yo siento tener que hablarte de este asunto, pero es necesario. Elena no puede vivir así. No te enfades: nadie mejor que yo conoce tus buenas prendas; nadie ha tratado de disculparte más que yo; pero han llegado las cosas a un extremo... tu carácter...

»—Yo no entiendo ni una palabra de lo que usted me quiere decir —le contesté, presumiendo que algo grave encerraban aquellas indicaciones.

»—Todos en la casa dicen que estás loco —añadió el conde—. Esta opinión, el único que la ha combatido he sido yo, que desde antes de que entraras en mi familia conocía tu carácter. Yo sé que no es locura: estos arrebatos que hoy te dan son antiguos en ti, si bien los agrava actualmente una monomanía, uno de esos estados pasajeros del alma que nos ponen a veces en tal disposición, que no parecemos tener pizca de sentido.

»—Pues usted me explicará eso mejor, si quiere que le entienda —dije yo, que ya tenía demasiadas confusiones en la cabeza para comprender de una vez la nueva serie de enredos que mi suegro me traía.

»—Elena se queja con razón —contestó—; la infeliz ha enflaquecido de tal modo estos días, que parece un cadáver. Todos procuramos consolarla. ¡Cuidado que eres extravagante! La atormentas del modo más cruel; la asustas con tus atrocidades sin cuento. Pero ¿en quién has visto cosa semejante? Según ella refiere, algunas noches entras despavorido en su cuarto, diciendo que has oído allí la voz de un hombre; otras veces la maltratas, la injurias, asegurando que has visto a alguien saltar por su ventana al jardín. Cuando más descuidada y tranquila se halla, entras furioso, profiriendo gritos y amenazas y preguntando dónde está él; tu aspecto infunde miedo; tus palabras son las de un loco; tu ademán es descompuesto. Di si hay mujer que tenga la fortaleza y el temple suficientes para ver en calma estas cosas, y considera también si no hay en tu conducta bastantes motivos para atraerte, no digo yo la antipatía, sino el horror de tu esposa.

»—Sí —repliqué yo—, lo confieso; pero usted no sabe que para obrar así tengo mis razones.

»—¡Razones! No seas tonto. ¿Qué razones puedes tú tener para obrar de esa manera? Si tuvieres la

calma, la filosofía que se necesita para poder vivir en estos tiempos que alcanzamos, no te sucedería eso. Es que tú te apuras de nada: eres muy puntilloso; tomas muy a pecho todas las cosas, y, en resumen... no sabes vivir.

»—Suplico a usted, mi querido suegro, que me explique eso, pues quizás me dé alguna luz en la situación en que me hallo.

»—Quiero decir que te cuidas demasiado de la opinión de las gentes, cosa que se debe despreciar las más de las veces, sobre todo cuando, como en la ocasión presente, no se funda en nada positivo, sino en esas presunciones vulgares, hijas de una gran decadencia moral.

»—Pero ¿qué dice la opinión de las gentes? —pregunté yo—. ¿Alguien se ha atrevido a hablar de mi casa, de mi familia...?

»—Te diré —contestó él enfáticamente—: no debes apurarte por esto, que además de no tener importancia, es cosa que se ve con demasiada frecuencia para inspirarnos recelo. No hay que hacer caso de la opinión de esa gente holgazana que vive de la cháchara y el escándalo, atisbando siempre en lo más íntimo de las familias... No te apures por eso. Sólo con el desprecio se corresponde a la vileza de esas infames gentes que nada perdonen, ni aun lo más santo y respetable.

»—Pero ¿qué dicen de mí?

»—Mira, nosotros no debemos hablar de esas cosas —contestó—, pues hasta nombrarlas me parece indecoroso. Dejémoslo, y se acabó... Trata de serenarte...

»—No; yo quiero saberlo, y pronto —contesté muy agitado.

»—¡Vaya! —exclamó el conde de Torbellino, poniéndose los lentes, que en el calor de su elocuencia se le habían caído—; ¿quieres que te cuente lo que tú sabes mejor que yo, lo que ha sido causa de las extravagancias que has hecho estos días?

»—No: yo no sé nada; quiero saber todo eso que usted me ha indicado para confundirme más.

»—Pues con indignación te informaré, querido Anselmo, de que ha habido personas tan insolentes que han puesto en duda... ha habido quien ha osado difamar a la misma virtud... a mi hija Elena. Te aseguro que si conociera yo al infame que...

»—¿Pero quién, en dónde, qué persona ha dicho eso? —vociferé yo, aterrado ante la horrible confirmación de lo que en mi cabeza pasaba.

»—¿Quién lo va a averiguar? Y lo único en que se fundan es en que frecuenta tu casa ese joven, ese joven... ese que viene aquí desde hace algunos días... eso Alejandro *no sé cuántos*.

»—No sé de quién habla usted —dije

estupefacto.

»—Sí: ese... Precisamente ayer le vi entrar aquí; varias veces le he visto entrar» —añadió dándome a continuación las señas de aquel ente infernal, hombre, demonio o aparición que tanto me había atormentado con el nombre de Paris—. La cosa es que como el chico tiene fama de ser uno de los más grandes perturbadores del hogar doméstico que han existido, desde que se le ha visto entrar aquí...

»—¿Y quién ha traído aquí a ese sujeto?

»—Yo no sé: tú lo sabrás. Lo cierto es que entra mucho en tu casa, y de seguro Elena le tratará como un amigo, sin sospechar la infeliz que, aunque inocente, está labrando su desdoro admitiéndole aquí. Pero al mismo tiempo, no admitirle sería justificar la perfidia de los maldicientes y en cierto modo ajustarse a su sistema. Lo mejor es despreciar todo eso, querido Anselmo. Ya ves cómo sé cuál es la causa de tus locuras, y yo no puedo menos de reírme al considerar cuánto has atormentado a la pobre Elena por una causa tan frívola. Serénate, hombre, ten calma, como antes te he dicho. Si porque cuatro desalmados hablan de ti, vas a hacer tales atrocidades, asemejándote a los mayores locos que han existido, ¿qué harías si tuvieras una verdadera causa?

»Así habló el conde de Torbellino; y sus

palabras, lejos de darme luz en aquel asunto, me embrollaron más y más la cabeza. Antes había dudado si la figura de Paris era real o meramente una creación de mi entendimiento, producida por fenómenos no comprendidos: esta duda me daba grande tormento. Ahora, según las palabras de mi suegro, Paris era un ser real, conocido de todos. Entonces, ¿cómo fue herido gravemente por mí, restableciéndose después por encanto sin que quedaran en su cuerpo señales de postración? ¿Cómo aparecía y desaparecía sin saber de qué modo? Esto aumentaba mi confusión de tal manera que cuando se fue mi suegro me sumergí en intrincadas y laberínticas meditaciones, a ver si vislumbraba un rayo de luz en tanto lobregueces. ¡Dios mío! Aún no era bastante. Para colmo de desdicha, entró mi suegra, que empleando muy distintas razones que su esposo, dialogó conmigo un buen espacio de tiempo.

»Mi suegra era una vieja coqueta, en quien los años no habían amortiguado el deseo de agradar, case de su carácter. Habiendo sido hermosísima, en su rostro no quedaban ya más que lástimas, y únicamente los ojos conservaban en su brillo y expresión algo de aquella belleza que se había despedido para no volver más. Este desastroso afeamiento era en parte remediado con los complicados afeites que se hacía, y las mil cosas que

inventaba para disimular los estragos de su persona. En cuanto a costumbres, las suyas no se distinguían sino por un continuo callejear, que no le dio muy buena opinión, aunque nunca se dijo claramente que no fuese honrada. Gustábale divertirse más que a muchas que no pasan de los veinte; y en este punto jamás determinaron en ella los años ningún progreso visible; pues vieja y todo no perdonaba baile, ni comedia, ni paseo, ni reunión, ni ceremonia donde gente joven y bulliciosa. Parecía que se le reverdecían con esto los años, refrescándosele el cuerpo con el continuo zarandeo.

»Esta dama ilustre, que profesaba en materias de opinión teorías muy peregrinas, fue la que me habló del modo siguiente:

»—Eres, Anselmo, un salvaje, una fiera, un tigre. Pensar que mi hija pueda vivir mucho tiempo en compañía de una persona como tú, es locura. Verdaderamente sería risible, si no fuera tan triste lo que está pasando. ¡Vamos, que aquellos sustos que le das, presentándote de noche en su habitación como un loco, y al parecer, ofuscado el entendimiento por alguna mala idea...! En verdad no sé cómo vive la infeliz... Está enferma, y temo que sea de cuidado su mal, porque francamente, ¿qué persona impresionable y delicada resiste a las pruebas a que la sujetas? Es preciso que te decidas a adoptar otra conducta: mi

hija no puede vivir así. A ver, ¿qué es lo que te obliga a proceder como procedes...? Quiero saberlo. ¡Y pensar que es Elena un modelo de amabilidad, de discreción, de prudencia!

»Verdaderamente, Anselmo, ya veo que no puede haber mayor tormento para una joven que vivir contigo. En tu compañía ninguna puede encontrar esa agradable confianza que es fundamento del amor; no eres amable, ni mucho menos: por el contrario, a pesar de tus buenas prendas, te haces repulsivo por los arrebatos de tu carácter, por esa misantropía que te consume. En ti no hallará mi hija ninguna clase de ternura, ni aun esas pequeñas fórmulas cariñosas que, insignificantes en apariencia, son de una importancia inmensa para nosotras; créelo. Además parece que te has propuesto hacerte aborrecer de ella: pasas los días abstraído, solo, encerrado en eso maldito cuarto, donde a veces se te siento hablar como si estuvieras en conversación con las ánimas del Purgatorio.

»—¿Se me siente? —dije yo oyendo con terror aquella descripción de mi vida.

»—Sí, eso dicen los criados —continuó riendo—, te han oído hablando solo. ¿Es esto tener razón, es esto ser hombre? Después sales y vas dando feroces gritos al cuarto de Elena, que trémula y sobrecogida, te ve registrar la habitación como si persiguieras a alguna sombra. La pobrecilla ha

llegado a tenerte tanto miedo, que tiembla sólo de oír tu voz. Yo no sé en qué va a parar esto. ¡Qué va a parar esto! ¡Qué singular manera tienes de hacerte querer de tu esposa! Ni la acompañas, ni la mimas, ni procuras distraerla; ella está acostumbrada al trato de las gentes, a los goces de la sociedad... ¡y verse aquí sola, encerrada...! Únicamente yo me intereso por ella; he logrado reunir aquí algunos amigos y amigas, que nos hacen tertulia, entreteniéndonos un poco. Pero yo no sé qué tiene esta casa: es triste como su dueño; todos huyen de ella. En los últimos días casi nadie ha venido, y nos hubiéramos visto muy aburridas, a no habernos acompañado Alejandro X...

»—Señora, ¿a ver? ¿Quién es ese caballero...? ¡Tengo curiosidad...! —dije vivamente.

»—Vaya, también has perdido la memoria —contestó mi suegra con jovialidad—. ¡Cómo está esa cabeza! ¿Con que tampoco conoces a Alejandro? Precisamente salía de aquí cuando yo entraba... Si viene todos los días...

»—Señora, yo no sé de quién habla usted.

»—Pero este hombre está loco; ya desconoce a sus principales amigos, a Alejandro X, que tanto frecuenta su casa; la persona más amable que he tratado en mi vida, amigo tuyo, como lo es de todo el mundo; porque ese hombre, yo no sé... es de los que conocen a todo bicho viviente... Claro, es tan

amable, tan listo, de una travesura jovial, discreta y elegante.

»—¿Y dice usted que yo le conozco?

»—Pero estás loco. ¿No les has de conocer? Si habéis salido juntos de paseo mil veces, si habéis comido y almorzado juntos, qué sé yo... Alejandro, hombre de Dios —añadió alzando la voz como si hablara con un sordo—. Indudablemente has perdido el juicio.

»—¿Y dice usted que las acompaña? —pregunté en el colmo del estupor.

»—Si no fuera por él, mi hija y yo nos aburriríamos. Él nos acompaña, y es tan amable... Nos divierte mucho contándonos historias íntimas. ¡Ah! ¡No sabes cuánto nos cautiva su conversación, sobre todo a Elena, que gusta de oír narrar aventuras! Ese hombre ha viajado mucho, y aunque joven, conoce el mundo como si hubiera vivido siglos.

»—¿Y dice usted que yo le conozco? —pregunté con ansiedad.

»—¡Válgame Dios qué hombre! Es lo mismo que si preguntaras si me conoce a mí. Tú no estás bueno. Anselmo, por Dios, esa cabeza...

—Estas y otras razones cambiamos mi suegra y yo en aquel diálogo memorable. Ella se fue, porque le avisaron que Elena estaba con un síncope, y al poco rato, cuando aún no había yo tenido tiempo de aclarar un poco las ideas que lo indicado por mi suegra me sugería, entró un amigo mío muy querido, el cual me habló también cosas que no debo pasar en silencio, para mejor inteligencia de este raro suceso.

»—Venía a saber de tu mujer —dijo—; oí decir que estaba mala.

»—Sí —contesté—, no está buena. Desde hace días tiene no sé qué. ¿Por quién lo supiste?

»—No recuerdo dónde lo oí decir.

»—Yo sé que hablan de mí por ahí —indiqué, porque había conocido que mi amigo quería contarme algo, y que esperaba que rodase la conversación sobre aquel punto.

»—¿Que hablan de ti? No sé —dijo vacilando—: Bien; no te lo negaré: al contrario, obligado por nuestra amistad te hablo de este asunto, y si te digo que no he venido a otra cosa, no miento de seguro.

»—Vamos a ver.

»—Por supuesto que debes despreciar ciertas cosas, mejor dicho, no despreciarlas del todo; conviene hacerse cargo de ellas, meditarlas y resolver después maduramente lo que se debe hacer.

Esto no es nuevo. Todo el que vive aquí en cierta posición, como tú, está expuesto a las hablillas. Hay que resignarse y no enfurecerse, porque si alguna cosa hay que deba tomarse con calma, es esa.

»—¡Con calma! —repuse yo perdiéndola completamente—, ¡con calma he de mirar mi deshonra! Yo buscaré al infame autor de esa calumnia.

»—Luego, ya estás tú enterado.

»—Sí —dije—; no sé, lo he presumido, lo he adivinado.

»—Pues sí, amigo —repuso él—, no te precipites. Las reputaciones más sólidas no se libran de esos ataques.

»—Te juro —dije—, que yo he de matar a quien ha difamado mi casa, ya sea uno, ya sean muchos, esa vileza no ha de quedar sin castigo.

»—Mal hecho; eso no se hace así. Conviene tratar con la Fama en buena amistad para que no nos maltrate; conviene capitular con los murmuradores y hacer ciertas concesiones para que no acaben de deshonrarnos. Para alejar a esa víbora maligna no se ha de luchar con ella; es preciso adularla con los dulces sonidos de un instrumento músico. El vulgo viperino es invencible cuerpo a cuerpo, y débil cuando al defensa ciega se sustituye la maña astuta.

»—Yo no puedo adular a esos infames. Mi honra

esta sobre ellos.

»—Todo eso es muy santo y muy bueno; pero se dice una cosa... bien... En estos tiempos es más temible el dicho que el hecho. Ya comprendes la fuerza que tiene un “dicen”. Si quieres seguir mis consejos, márchate de aquí por algún tiempo. Cuando vuelvas, todo está olvidado. Es la mejor manera de que te libres de ese hombre, cuya presencia continua en tu casa tanto te daña. Es lo mejor; así se acaba sin escándalo, porque el escándalo, amigo, graba los hechos en la mente del público, y hechos estereotipados de este modo no se borran fácilmente.

»—¿Pero qué hombre es ese? —pregunté.

»—¡Qué hombre! —dijo con estupor, admirado de que yo no lo conociera—. Alejandro X. Estoy seguro de que sus visititas aquí han sido inocentes; pero le ven entrar, y como tiene tan mala fama...

»—¿De veras? —dije para obligarle a explicarse mejor.

»—Sí —contestó—, es de estos que hacen gala de sus costumbres licenciosas. Buena figura, gracia, cierta depravación. No tiene más oficio que hacer el amor, ni más aspiración que ser objeto de las necias alabanzas de la multitud, siempre gozosa por cada honra que se pierde y cada nombre que se mancha.

»—¿Y dices que debo salir de aquí?

»—Sí: es urgente. Déjate de medios violentos.

Matar, desafiar; todo eso aumenta el escándalo y las habladurías...

»—No: yo quiero matar a ese hombre —grité con furia, olvidando en aquel momento que Paris era inmortal.

»—¡Matar! ¿Y a quién? ¿a ése? ¿Y estás seguro de que al matarle castigas a un delincuente? Tú ya das por supuesto que ha habido delito, y no es esa la cuestión. Se trata sólo de ciertas voces que debemos suponer no tienen fundamento alguno. Ahora di si esas voces se acallan matando gente.

»—Pues yo no puedo salir de aquí —dijo recordando la amenaza de Paris de seguirme a todas partes—, él irá tras nosotros.

»—¿Cómo puede ir contigo? —dijo mi amigo—. Y si va, en tu mano está evitar que te siga mucho tiempo. Aquí, no es fácil que sin escándalo puedas echarle de tu casa, mientras que viajando ya es más posible librarte de él por cualquier medio.

»Poco más hablamos; pero lo que he referido fue lo bastante para confundirme más de lo que estaba. El principal tema de mi cavilación consistía en esto que repetía sin cesar: “Luego Paris es un ser real; ese que llaman Alejandro no es una sombra, no es una aparición, sino un hombre que entra en mi casa y es conocido de todo el mundo. Alejandro y Paris son dos personas distintas; el que yo he visto es

representación o remedo del primero”. Cansado ya de aquel suplicio, resolví salir para buscar en la confianza y en el consejo de personas afectas a mí un alivio a tan terrible pena. Pensé dirigirme a varios amigos de lealtad probada, y además muy conocedores de las cosas de la vida, esperando sacar de ellos alguna luz para alumbrar tan pavoroso enigma.

»Salí. Según después me han contado, andaba yo por la calle con la vista extraviada, el andar inseguro y torpe, puestos el sombrero y los vestidos de muy singular manera. Hacía reír a las gentes; y aun los acostumbrados a ver en mí un hombre no parecido a los demás, se paraban a mi paso, señalándome como una curiosidad. Aunque había hecho propósito de consultar con determinadas personas, yo no encaminaba derechamente mis pasos a lugar alguno. Iba de aquí para allí, a la ventura, ciegamente. Figuraos cuál sería mi sorpresa cuando, al atravesar no sé qué calle, tropecé... iba a caer, y una mano asió vigorosamente mi brazo. Me volví y era Paris que me sostenía. No sé lo que sentí en aquel momento. En otra situación de espíritu le hubiera dado de golpes en presencia de todo el mundo; pero ya la maldecida figura no me inspiraba sino temor: en su presencia mi alma se sobrecogía, mi palabra enmudecía, flaqueaban mis fuerzas. Desde que se ponía a mi

lado, mi espíritu se subordinaba al dominio de aquel ser infernal, doblegándose tristemente como si sintiera su inferioridad. Desde aquel momento yo no me pertenecía, estaba en sus manos, en su poder. Él me tomó el brazo, y anduvimos largo trecho por las calles más concurridas sin hablar una palabra. Mirábamos la gente: muchos conocidos míos encontramos al paso, y yo observaba que al pasar cuchicheaban señalándonos. Sin saber cómo, y sin que mi voluntad obrara para nada en ello, el diabólico Paris me arrebató hacia el Prado, que por ser el día de los más hermosos de otoño, estaba concurridísimo. Los grupos se apartaban para dejarnos pasar, y muchos se sonreían con disimulo fijando la vista en los dos. En aquel instante Paris era visible para todos; ya no era aquella sombra, sólo percibida por mí, que en mi habitación surgía de la tela de un cuadro; era un sujeto real, y todos le veían, le saludaban, nos saludaban, observando con malignidad, mas no con sorpresa, que anduviéramos juntos.

»Así atravesamos el Prado; seguimos hacia Recoletos sin que yo pudiera detenerme. Arrastrábame de tal modo que a veces parecía que una fuerza extraña movía mis pies. La gente era en mayor número cada vez, y la malignidad la misma en todos los semblantes conocidos. Parábanse algunas

personas y nos miraban un buen rato: otras parecíame que se reían; y en tanto nosotros siempre andando, andando. Yo estaba rojo de vergüenza; el rostro me quemaba como si tuviera en él carbones encendidos, y en el fondo de mi corazón latía un odio terrible, una pena profunda, una sombría angustia que no podía estallar, porque aquel demonio me lo tenía oprimido. Dentro del pecho sentía yo como una mano de fuego que me apretaba con fuerza, conteniendo en su puño ardiente cuanto en mí había de vida y sentimiento... Andábamos siempre sin descanso: gruesas gotas de sudor corrían de mi frente, y sentía una gran fatiga, aunque puramente moral, pues mi cuerpo no estaba cansado, y marchaba movido por una fuerza en mí desconocida. Atravesamos toda la Castellana, donde había más gente aún, mayor número de conocidos y más insistencia en mirarnos, sonriendo son malicia que rayaba en insolente. Caminábamos siempre, recorriendo el paseo de un extremo a otro, varias veces, hasta que la tarde iba cayendo, la gente se retiraba, y mi alma se cubrió de luto; nubláronse mis ojos, no vi más que sombras, y glacial frío corrió por todo mi cuerpo. No pude menos de detenerme: estábamos en el extremo del paseo: a nuestra espalda se oía el ruido de los coches alejándose y las pisadas de algún paseante rezagado. Entonces parece como que recobré el uso de la palabra, y sentí dentro de mí

una especie de libertad, algo como descanso, como si la acción infernal de aquel ser abominable dejara de obrar sobre mí. No sé por qué atrajo mis miradas la extraordinaria brillantez de la luz crepuscular que por Occidente teñía el cielo de vivísima púrpura. Miré aquello con cierto deleite, no experimentado por mí desde algún tiempo; y cuando volví los ojos hacia mi lado, Paris ya no estaba allí, se había desvanecido como el humo. Por una ilusión fácil de explicar, volviendo a mirar hacia el Ocaso, me pareció ver dibujada con ráfagas de luz rojiza y cárdenas nubes, su faz aborrecida. Hallábame solo, enteramente solo; había recobrado el dominio de mí mismo; pero entonces el cansancio moral que antes experimenté se extendió a mi cuerpo, y caí sobre un banco aturdido y exánime.

IV

—Pues si he de hablar a usted francamente, amigo D. Anselmo —dije—, esa aventura, lejos de aclararse a medida que se acerca el desenlace, se embrolla y obscurece más. Al principio, cuando la figura de Paris se apareció a usted en su cuarto, el caso podía pasar por una creación de la fantasía de usted, un extravío de su entendimiento. Aunque

rarísimos, suele haber casos en que una imaginación enferma produce esos fenómenos que no tienen realidad externa, sino únicamente dentro del individuo que los produce. La figura desaparecida del lienzo, la voz que usted creyó escuchar en el cuarto de Elena, la sombra que vio ocultarse en el pozo, todo eso puede explicarse por una obsesión que, aunque rara, no es imposible. Pero después resulta que hay un ente real, un tal Alejandro, persona visible para todos, y que frecuenta la casa de usted; persona exactamente igual a la sombra entrometida, y que parece destinada a turbar la paz de los matrimonios, no con medios fantásticos, sino reales, según se desprende del diálogo de usted con su suegra y con su amigo. ¿En qué quedamos? ¿Qué relación existe entre Paris y Alejandro? Por una coincidencia que no creo casual, estos dos nombres son los que lleva el robador de Elena en la fábula heroica.

»Ahora bien; usted dice que no conocía a ese Alejandro. Si usted le hubiera conocido, si antes de todas las apariciones, usted hubiera tenido celos de él, se comprende que su imaginación, dominada por tal idea, llegara a ese periodo patológico que origina tan grandes extravíos. Peor aquí lo primero ha sido la obsesión, y después ha venido la realidad a confirmarla. ¿No sería más lógico que precediera la

realidad, y que después, a consecuencia de un estado real de su ánimo, aparecieran las visiones que tanto le atormentaron?

—Precisamente lo que usted dice fue lo que yo pensé cuando, serenado algún tanto, quise explicarme lo que me pasaba, de regreso a mi casa. He de advertir que, desde muy antes de ocurrir lo que he referido, mi cabeza se hallaba en un estado deplorable. Además de perder la memoria casi por completo, había tal extravío en mis juicios, que no acertaba a pensar con acierto ni a decir cosa alguna derechamente. Todo esto lo he observado después, y he venido a descubrirlo, cuando sondeando cuidadosamente lo pasado, he podido descubrir algo de lo que existía en mi cabeza en aquel periodo. Transcurrido algún tiempo, pude, a fuerza de recapacitar, a fuerza de atar cabos, restablecer los hechos, aunque no con la claridad que requerían. Por último, pude recordar que efectivamente yo había conocido a aquel Alejandro de que hablaban mis suegros, mi amigo, y por fin, Madrid entero.

—Pues entonces todo está explicado —dije yo—. Preocupose usted con aquel hombre, tuvo celos, pensó en eso noche y día, y ese pensamiento fue dominándole hasta el punto de ocupar todo su espíritu: la continua fijeza del pensamiento en una idea dio gran vuelo a su fantasía, debilitáronse sus

fuerzas corporales con el predominio absoluto del espíritu, y de aquí ese estado morboso que lo mortificó tanto. Eso, aunque raro, pasa todos los días. Los místicos que han hablado de sus visiones con tanta fe, creyendo que han conversado con Jesús y la Virgen, son prueba de ese estado patológico que da preponderancia inmensa a la imaginación sobre todas las facultades.

»Ahora bien, D. Anselmo, piénselo usted bien y procure hacer memoria: ¿antes de la aparición de Paris no ocurrió algún hecho que pudiera ser la primera causa determinante de esa serie de fenómenos que tanto le trastornaron a usted? La verdad es que aquel trastorno fue consecuencia de una perturbación anterior. Es preciso que usted diga lo que pasó antes de que viera desaparecer del lienzo la figura pintada.

—Antes de contar a usted el fin de la aventura —respondió el doctor Anselmo—, referiré lo que me dijo un cierto amigo antiguo de mi familia, un viejo de quien yo, pasada mi niñez, me había olvidado un poco. Según él, mi padre había sufrido iguales tormentos, siendo de notar entre ellos uno en que estuvo a punto de perder la vida, porque las obsesiones le quitaron hasta el hábito y las ganas de comer, sumergiéndole en hondas melancolías. Díjome que mi padre fue perseguido también por una sombra,

si bien aquella no era un perturbador del matrimonio, sino un acreedor fantástico que venía a pedirle gruesas sumas, hablándole de un litigio que no terminaba nunca. Mi padre tenía desde antes de eso un horror extraordinario a los pleitos; era su manía, su tema, su locura.

—Veo que es mal de familia —añadí—. Cuando se tiene propensión natural a la vida de fantasía, no seguir la carrera de santo es errar la vocación. Para el arte no es fecunda ni útil esa facultad desenfrenada, esa furia rebelde que no se sujeta a las leyes de la razón, ni se temple con la influencia del buen sentido. Sólo sirve para producir los delirios y alucinaciones del misticismo: hace del hombre un ser fuera de sí, que no está nunca en sí mismo, sino en otro mundo que él puebla a su antojo de seres, dándoles vida incongruente e ilógica, como la suya, poniéndoles en acción, atribuyéndoles hechos raros, disparatados, absurdos, como los suyos.

—Pues otro amigo mío —continuó el doctor—, un sabio ilustre a quien yo conocía también desde muy atrás, me dijo que esto no era más que una enfermedad, y me habló de dislocación encefálica, de cierta disposición que tomaban los ejes de las celulillas del cerebro, polarizadas de un modo especial: me dijo también que los arseniatos obraban con eficacia en tal estado patológico, que los nervios

ópticos sufrían una alteración sensible, y que producían las imágenes por un procedimiento a la inversa del ordinario, partiendo la primera sensación del cerebro, y verificándose después la impresión externa.

—Yo no entiendo de medicina —dije—, pero que se trata aquí de un estado morboso, no puede dudarse. Yo he leído en el prólogo de un libro de Neuropatía, que cayó al azar en mis manos, consideraciones muy razonables sobre los efectos de las ideas fijas en nuestro organismo. Aquel autor disertaba sobre las aprensiones de los enfermos, de un modo raro, pero a mi ver no destituido de fundamento. Decía que la atención, fija constantemente en una parte del cuerpo, producía en ella la alteración del tejido; y de este modo explicaba las célebres llagas de San Francisco, las cuales no eran otra cosa, según él, que una lesión producida por la convergencia de todas las facultades, de todas las fuerzas del espíritu hacia el punto en que aparecieron. Si estos efectos tan palpables producen las ideas fijas en la economía animal, si tienen poder bastante para alterar los tejidos, para trastornar lo que les es menos afine, la materia, ¿qué no harán en la vida espiritual, donde todas las facultades están en perpetuo y estrechísimo enlace? Yo me explico la obsesión de usted, y sus diálogos ser incomprensible;

me explico el duelo, que fue el último grado de la alucinación. Todo lo comprendo menos la falta de antecedentes reales, de hechos que favorecieran esa predisposición de usted, determinando la serie de fenómenos psicológicos que ha referido.

—Hechos, sí; yo creo que los hubo —contestó—. Lo último de que conservaba memoria es haber oído hablar a mi mujer de aquel joven. Yo pienso que también le vi y le hablé. Pero no recuerdo más. Después, lo que mi memoria conserva de un modo indeleble, es la noche en que oí la voz en su cuarto; la desaparición de la figura del cuadro, en fin, todo lo que he referido.

—¿Y no reparó usted si volvió Paris a su sitio?

—Seguiré contando. Cuando volví a mi casa, conocí desde que entré que algo pasaba en ella. Iban y venían los criados con agitación: oí la voz de mi suegra, penetrante y aguda; y alternando con ella la del conde de Torbellino, bronca y sonora.

»Al punto me enteraron de que mi esposa estaba gravemente enferma, y así lo demostró la presencia de dos afamados médicos y la consternación de cuantos la rodeaban. Su malestar se había agravado repentinamente, determinándose una congestión cerebral, cuyas consecuencias, al decir de los médicos, no serían nada lisonjeras. Yacía en su lecho con muestras de una profunda alteración, inquieta y

delirante a veces, exánime y como muerta otras. Su madre no cesaba de hablar, lamentando aquella desventura en el tono más destemplado y chillón. “¿Cuál otra puede ser la causa de este funesto ataque, sino las extravagancias de Anselmo, que la lleva al sepulcro con las mortificaciones incesantes a que la tiene sujeta? Es imposible que una naturaleza delicada resista a esa lenta inquisición”. Y después lloraba con sinceras lágrimas, porque a pesar de ser una vieja desenvuelta y coqueta, no carecía de sentimientos maternales. Elena se ponía cada vez peor. Los auxilios de la ciencia parecían ineficaces, y por fin, después de verla padecer horriblemente por mucho espacio de tiempo, todos comprendimos que se moría sin remedio, a no ser que un milagro la salvara.

—¿Y Paris? —pregunté, porque me parecía extraño que el endiablado burlador no se presentase en aquel cuadro final, donde le correspondía uno de los principales papeles.

—¿Paris? Ya verá usted. Aquel demonio no debía tardar en presentarse para decir la última palabra. El espectáculo de la agonía de Elena me daba tanta pesadumbre, que no pude permanecer mucho tiempo en su cuarto. Érame imposible fijar los ojos en ella sin estremecerme, sintiendo un gran dolor unido a cierto remordimiento intensísimo que mi corazón no

podía dominar. Al ver cómo espiraba tan hermosa, en la flor de la edad, en lo más risueño de la vida, pensaba si yo, como dijo mi suegra entre sollozos, era el único autor de tan triste fin, que ella seguramente no merecía. Yo consideraba que la muerte está sobre todos y nos elige, sin atender a las razones que contra ella podamos tener; pero aún así, yo creía que, no estando unida a mí, Elena no hubiera muerto tan pronto. No pudiendo resistir aquel espectáculo, como he dicho, me retiré a mi cuarto traspasado de dolor; allí estaba Paris, sentado, fumando y golpeándose con el bastón en la suela de la bota, con ademán distraído y algo descortés, impropio de la situación en que se hallaba mi casa. Cuando entró, se volvió hacia mí y me dijo:

»—Me voy: al fin lo has conseguido; pero ¡a qué precio! ¡Para librarte de mí has tenido que matarla!

»—¡Yo! —repuse sin poder contener mi ira—. ¡Yo...! ¡Dices que yo la he matado!

»—Sí, tú, que las has traído al estado en que se halla con tus violencias, con tus acometidas, con esos bruscos allanamientos de morada que has hecho en su cuarto, con el horror que le inspiraste, con la turbación moral que has producido en ella. Yo he leído, no sé dónde, que estos sacudimientos, causados por fuertes impresiones y sorpresas, si se repiten con alguna frecuencia, alteran de tal modo las

funciones del cuerpo, lo desquician y desequilibran de tal modo, que al fin el estado normal no puede restablecerse y la muerte es segura.

»—No he sido yo, demonio aborrecido — exclamé—, no he sido yo quien la ha matado, has sido tú, tú que has traído el desorden a esta casa, que me has vuelto loco. Tu misión es luto y vergüenza: tú me has deshonrado, me has perdido, me has lastimado en lo que para mí había de más caro; has pisoteado mi corazón; has hecho escarnio de mis sentimientos; me has hecho aborrecible lo que más amaba en el mundo; y de aquello que era para mí de más valor que la misma vida, mi honor, tú has hecho una burla, un epigrama, una gacetilla puesta en boca de los ociosos y de los libertinos.

»—Ése es mi destino —dijo sin alterarse por los improperios que le dirigí; y en verdad yo estaba furioso y elocuente.

»Sin saber por qué, iba desapareciendo el terror que aquel demonio me causaba... Después le dije:

»—Tú eres la más grande aberración de la sociedad; eres una de esas monstruosidades que acompañan al hombre como un duro castigo de no sé qué delito, que perennemente y sin conciencia de ello estamos cometiendo.

»—¡Necio! —exclamó—, tú me has llamado. Tú me has dado la vida: yo soy tu obra. Te haré recordar,

aunque la comparación sea desigual, la fábula antigua del nacimiento de Minerva. Pues bien, yo he salido de tu cerebro como salió aquella buena señora del cerebro de Júpiter: yo soy tu idea hecha hombre. Mas no creas por eso que no tengo existencia real: yo ando por ahí como tú, me conoce todo el mundo, soy un Fulano de Tal, como cualquiera. Para el mundo hay un Alejandro, persona muy conocida y nombrada; para ti hay este Paris que te atormenta, esta sombra que te persigue, esta idea que te tortura. ¡Adiós! ya nada tengo que hacer aquí; tu esposa se muere. ¡Abur!

»En aquel momento sentí gritos agudísimos en el interior de la casa. Elena había muerto, Paris desapareció, yo me sentí libre, respiré. Parecíame que no había respirado en tres días; de tal modo se complacía mi pecho en aquella expansión descansada y reparadora. Al mismo tiempo, una pena profunda me llenaba el alma, al considerar la existencia que había de menos en mi casa, aquel espíritu que se había ido, huyendo de mí. En aquel momento de supremo dolor me pareció que la vi pasar como ráfaga, como nube ligera, no tan tenue ni tan rápida que me impidiera ver sus facciones alteradas por ese misterioso sello que pone la muerte a las caras más hermosas. Aquello pasó por delante de mis ojos, dejándolos deslumbrados un momento.

—¿Y Alejandro? —pregunté en el mismo tono y

con la misma intención con que antes había preguntado: ¿Y Paris?

—Aquel Alejandro fue inmediatamente a casa cuando supo la muerte de Elena, y según oí decir, estaba el pobre muy consternado y algo lloroso. Fue al entierro, presencié la inhumación, y hasta me dijeron que había llevado luto algunos días.

—Ese caballero —dije yo—, era verdadera expresión material de aquel Paris odioso que le martirizó a usted. Ése es el verdadero Paris.

—Sí —afirmó él—; le he visto muchas veces después, aunque jamás he querido saludarle. Siempre que lo encuentro me estremezco. Hoy es un viejo verde, lleno de lamparones y algo cojo. En resumen: los celos que me inspiró ese hombre tomaron en mi cabeza aquella forma de visión que he referido a usted. La cosa es rara: bien dije a usted que mi fantasía era una potencia frenética y salvaje, una enfermedad más bien que una facultad.

—El orden lógico del cuento —dije—, es el siguiente: usted conoció que ese joven galanteaba a su esposa; usted pensó mucho en aquello, se reconcentró, se aisló: la idea fija le fue dominando, y por último se volvió loco, porque otro nombre no merece tan horrendo delirio.

—Así es —contestó el doctor—, sólo que yo, para dar a mi aventura más verdad, la cuento como

me pasó, es decir, al revés. En mi cabeza se verificó una desorganización completa, así es que cuando ocurrió la primera de mis alucinaciones, yo no recordaba los antecedentes de aquella dolorosa enfermedad moral.

—¿Y Elena...? —dije con intención de hacer una pregunta atrevida; pero me contuve por temor de herir la delicadeza del doctor.

—Ya sé lo que usted me quiere preguntar —contestó—: usted quiere saber lo que creo acerca de su conducta: si fue infiel o no. Sobre este punto arrojo un velo: no me lo haga usted levantar. Nada sé ni he querido averiguarlo: prefiero la duda.

Después de decir esto, el doctor calló, sumergiéndose en sus ordinarias cavilaciones. Yo no quise hacerle más preguntas, y, después de saludarle, me retiré; porque, a pesar del interés que él quería imprimir a su narración, yo tenía un sueño que no podía vencer sin dificultad. Al bajar la escalera me acordé de que no le había preguntado una cosa importante y que merecía ser aclarado, esto es, si la figura de Paris había vuelto a presentarse en el lienzo, como parecía natural. Pensé subir a que me sacara de dudas satisfaciendo mi curiosidad; pero no había andado dos escalones cuando me ocurrió que el caso no merecía la pena, porque a mí no me importa mucho saberlo, ni al lector tampoco.

Oscar Wilde

EL PESCADOR Y SU ALMA^[14]

AL anochecer, el joven pescador se hacía a la mar, y lanzaba al agua sus redes.

Nada pescaba, o muy poco a lo sumo, cuando el viento soplaba desde las costas; y es que era un viento áspero y alinegro, y se erguían olas encrespadas hasta alcanzarlo. Pero cuanto el viento soplaba hacia la tierra, venían los peces desde las profundidades y nadaban hasta las mallas de sus redes, y el pescador los llevaba al mercado y los vendía.

Al anochecer, se hacía a la mar; y una noche, tan cargada estaba la red que apenas podía subirla a la barca. Y se echó a reír y dijo para sí: «De seguro que he apresado todos los peces que existen, o que he atrapado un monstruo sombrío que maravillará a los hombres, o algo pavoroso que habrá de desear la gran Reina». Y desplegando toda su fuerza, tiró de las toscas cuerdas hasta que se marcaron en sus brazos largas venas, cual líneas de esmalte azul que rodearan un búcaro de bronce. Tiró de aquellas cuerdas delgadas, y el círculo de láminas de corcho se fue aproximando más y más, hasta que al fin la red se elevó hasta la superficie de las aguas.

Pero ni un pez había, ni monstruos, ni nada que despertara el pavor; tan sólo una sirenita, profundamente dormida.

Su cabellera era un bañado vellocino de oro, y cada cabello un hilo de oro finísimo en cáliz de cristal. Su cuerpo tenía la blancura del marfil, y su cola era de plata y perlas. De plata y perlas era su cola, que las algas verdes del mar en ella se ensortijaban: y sus oídos eran como caracolas y como el coral sus labios. Las olas frías se precipitaban sobre sus fríos senos, y le brillaba la sal en los párpados.

Tan hermosa era que cuando la vio el joven pescador se llenó de asombro, y extendió la mano y arrastró hacia sí la red, e inclinándose sobre un costado de la barca la tomó en sus brazos. Y al tocarla, la sirenita emitió un chillido como el de una gaviota asustada, y despertó; le miró despavorida con ojos de amatista malva y forcejeó con él por si podía huir.

Pero el pescador la sujetó con fuerza contra sí, e impidióla escapar.

Y cuando la sirena comprendió que en modo alguno podría escabullirse del pescador, se echó a llorar y le dijo:

—Os ruego que me dejéis ir, pues soy la única hija de un rey, y mi padre es ya anciano y está solo.

Mas él contestó:

—No te dejaré ir a menos que prometas que cuando te llame vendrás y cantarás para mí; pues los peces se deleitan escuchando a las gentes del mar, y así se colmarán mis redes.

—¿De verdad me dejaréis ir si así os lo prometo? —exclamó la sirena.

—Verdad es que te dejaré ir —dijo el joven pescador.

Y así fue como prometió lo que deseaba el pescador, y para ello prestó el juramento de la gente del mar. Y él aflojó su abrazo, y la sirena se sumergió en las aguas, temblando de un miedo desconocido.

Al anoecer, el joven pescador se hacía a la mar; y llamaba a la sirena y ella salía de las aguas y le cantaba. Una y otra vez nadaban en derredor suyo los delfines, y las alborotadas gaviotas revoloteaban por encima de su cabeza.

Y era la suya una canción de maravillas. Y es que hablaba de las gentes del mar que conducen a sus rebaños de cueva en cueva, y que llevan a las crías en los hombros; de los tritones de luengas barbas verdes y de las velludas bestias, que hacen sonar combadas valvas cuando llega el Rey; del palacio del Rey que es todo de ámbar, con techos de esmeralda transparente y suelos de lustrosas perlas; de los jardines del mar, donde grandes abanicos de

coral con filigranas se agitan sin parar, y los peces se arrojan como aves de plata, y las anémonas se adhieren a las rocas y brotan pececillos de las estrías amarillas de la arena. Y era el cantar de las grandes ballenas que descienden de los mares septentrionales y de los afilados carámbanos prendidos a sus aletas; de las sirenas que narran prodigios tales que los mercaderes han de obstruirse los oídos con cera para no oírlas y no saltar al agua y perecer ahogados; de las galeras de altos mástiles que naufragaron, de los marineros helados suspendidos del aparejo, y de las caballas que entran y salen por las portillas; de los pequeños percebes que son grandes viajeros y que se aferran a las quillas de los buques y dan vueltas y vueltas por el mundo; y de las jibias que habitan las faldas de los acantilados y que estiran sus largas extremidades negras y pueden hacer que llegue la noche a su antojo. La sirena cantaba sobre el nautilo que tiene su propio barco esculpido de un ópalo y gobernado por una vela de seda; los felices tritones que tañen el arpa y hechizan al gran Kraken hasta que queda dormido; los niños que capturan a las escurridizas marsopas y se montan riéndose en su dorso; las sirenas que yacen en la blanca espuma y que tienden sus brazos a los marineros; y los leones marinos de encorvados colmillos y los caballitos de mar con sus melenas flotantes.

Y al cantar, llegaban los atunes desde las profundidades para escucharla y el joven pescador lanzaba las redes a su alrededor y los atrapaba, y a otros los sometía con su arpón. Y cuando su embarcación estaba bien cargada, la sirena volvía a sumergirse en el mar, sonriéndole.

Pero nunca se le acercó tanto que pudiera él tocarla. Cuántas veces el pescador la llamaba y rogaba; ella se negaba empero. Y cuando resolvió asirla, la sirena se zambulló en el agua como lo harían las focas, y él no volvió a verla en todo el día. Y cada día la voz de la sirena se tornaba más dulce a sus oídos. Tan dulce era su voz que el pescador se olvidó de sus redes y de su oficio, y no se ocupaba ya de su nave. De aletas bermejas y ojos de oro soberano, los atunes pasaban por su lado en bancos, pero el pescador no se preocupaba ya de ellos. Su arpón descansaba a su lado sin usar, y sus cestos de mimbre trenzado estaban vacíos. Con los labios entreabiertos y los ojos enturbiados por la admiración, permanecía sentado y ocioso en su barca, y escuchaba; escuchaba hasta que las neblinas del mar lo envolvían y la luna errante teñía de plata sus miembros morenos.

Y una noche la llamó y le dijo: «Sirenita, sirenita, te amo. Tómame por esposo, pues te amo».

Mas la sirena negó con la cabeza. «Tienes un

alma humana», le respondió. «Sólo si destierras tu alma puedo yo amarte.»

Y el joven pescador se dijo a sí mismo: «¿De qué me sirve el alma? No puedo verla; no puedo tocarla; no la conozco. De seguro que la desterraré de mi lado, y entonces me sobrevendrá la dicha».

Y de sus labios escapó un grito de alegría, y de pie en la barca de colores le tendió los brazos a la sirena.

—Desterraré mi alma —exclamó— y tú serás mi esposa, y yo tu esposo, y en las profundidades del mar juntos viviremos; y todo aquello que me has cantado me mostrarás, y haré todo lo que desees, y no se separarán nuestras vidas.

Y la sirenita se rió complacida y escondió su rostro entre las manos.

—¿Pero cómo habré de desterrar mi alma? —preguntó el joven pescador—. Dime cómo puedo hacerlo y, ea, así se hará.

—Lo ignoro, ¡ay! —respondió la sirena—. Las gentes del mar no tienen alma —y descendió a las profundidades, mirándole con melancolía.

Al día siguiente, temprano de mañana, antes de que el sol llegara a ocupar la extensión de la mano de un hombre sobre la colina, el joven pescador acudió a la morada del sacerdote y llamó a la puerta golpeándola tres veces.

El clérigo miró por el portillo y, cuando vio quién era, abrió la aldaba y le dijo: «Pasad».

Y el joven pescador entró y se arrodilló en los juncos fragantes del suelo y sollozó ante el sacerdote, que leía las Sagradas Escrituras, y le manifestó: «Padre, amo a una que pertenece a las gentes del mar, y mi alma impídeme poseer aquello que deseo. Decidme cómo puedo desterrar mi alma, pues con certeza que no tengo necesidad de ella. ¿De qué me sirve el alma? No puedo verla; no puedo tocarla; no la conozco».

Y el sacerdote se golpeó el pecho y le respondió:

—Ay de ti, ay de ti, que has perdido la razón o has ingerido venenosa hierba, que el alma es la parte más noble del hombre, y por Dios nos fue dada para que noblemente la usáramos. Nada hay máspreciado que el alma humana, ni hay nada sobre la tierra que se la compare. Vale todo el oro del mundo y es de más precio que los rubíes de los reyes. Por ende, hijo mío, no pienses más en este asunto, pues es pecado que no puede perdonarse. Y en cuanto a las gentes del mar, están perdidas, al igual que están perdidos quienes tratan con ellos. Son como las bestias del páramo que no distinguen el bien del mal, y por ellos el Señor no dio su vida.

Cuando el pescador escuchó las acerbas palabras del sacerdote se le llenaron los ojos de lágrimas, y se

puso en pie y le dijo: «Padre, los faunos viven en el bosque y se muestran felices, y con sus arpas de oro rojizo se sientan en las rocas los tritones. Dejadme que sea igual a ellos, os lo ruego, pues sus días son como los días de las flores. Y en cuanto a mi alma, ¿en qué me beneficia si se interpone entre la que es objeto de mi amor y yo?».

—Vil es el amor del cuerpo —gritó el sacerdote, fruncido el entrecejo— y vil y maligno es todo lo pagano que Dios permite que vague por su mundo. ¡Desventurados sean los faunos de los bosques, y desventurados los cantores del mar! De noche les he escuchado, y era su propósito apartarme de las cuentas de mi rosario. Lllaman a la ventana y en carcajadas prorrumpen, y en el oído me relatan en voz baja sus peligrosos deleites. Me tienden tentaciones, y cuando rezo me hacen muecas con la boca. Están perdidos, te digo. Para ellos no existe ni el cielo ni el infierno, y en ninguno de los dos habrán de alabar el nombre de Dios.

—Padre —exclamó el joven pescador—, no sabéis lo que decís. Con mis redes atrapé a la hija de un rey, más hermosa que la estrella matutina y que el albor de la luna. Por su cuerpo daría yo mi alma, y por su amor al cielo renunciaría. Contestadme a lo que os pregunto y dejadme ir en paz.

—Vete, vete —dijo el sacerdote— que tu amada

está perdida, y tú te has perdido con ella —y no le dio bendición alguna, sino que le hizo salir de la casa.

Y el joven pescador marchó hacia la plaza del mercado, y caminaba despacio, con la cabeza inclinada, como quien está de luto. Cuando los mercaderes vieron que se acercaba, empezaron a murmurar entre sí, y uno de ellos se adelantó para saludarle, y se dirigió a él por su nombre y le dijo: «¿Qué vendes?».

—Os vendo mi alma —respondió—. Os ruego que me la compréis, porque me hastía. ¿De qué me sirve el alma? No puedo verla; no puedo tocarla; no la conozco.

Pero los mercaderes se mofaron de él y le dijeron:

—¿De qué nos sirve a nosotros el alma de un hombre? No vale ni media moneda de plata. Védenos en cambio el cuerpo para hacerte esclavo, y te ataviaremos de púrpura marina y te colocaremos un anillo en el dedo, y serás el favorito de la gran Reina. Pero no menciones el alma, porque para nosotros no tiene valor alguno del que podamos servirnos.

Y el joven pescador se dijo a sí mismo: «¡Cuán extraño es todo! El sacerdote me dice que el alma vale todo el oro del mundo, y para los mercaderes no

vale ni media moneda de plata». Y salió del mercado y bajó hasta la orilla del mar y allí comenzó a reflexionar sobre lo que habría de hacer.

Y llegado el mediodía recordó a uno de los pescadores que conocía, el cual gustaba de recolectar hinojo marino y le había hablado de una cierta bruja, joven ella, que habitaba una cueva en la punta de la bahía y que practicaba con gran arte sus sortilegios. Y el pescador emprendió el camino y echó a correr, tan ansioso estaba por deshacerse de su alma; y al correr por la playa de arena se levantó tras él una nube de polvo. La joven bruja supo que llegaba el pescador porque se le produjo una comezón en la mano, señal de su codicia, y comenzó a reírse y se soltó la melena pelirroja. Sus cabellos encarnados caían en mechones en tomo suyo, y salió al umbral de la cueva, sujetando un ramillete de cicuta silvestre en flor.

—¿Qué te hace falta, eh? ¿Qué te hace falta? — exclamó la bruja al ascender el pescador por la pendiente y postrarse delante de ella—. ¿Peces para tus redes, cuando son estigios los vientos? Tengo una flauta y cuando la hago sonar, vienen navegando los mújoles hasta la ensenada. Pero hay que pagar un precio, lindo muchacho, hay que pagar un precio. ¿Qué te hace falta, eh? ¿Qué te hace falta? ¿Una tormenta para que naufraguen los buques y sean

arrastrados hasta las playas los cofres de ricos tesoros? Poseo más tormentas que el viento, pues mayor fuerza que los vientos tiene aquel de quien soy sierva, y con un cedazo y un balde de agua puedo enviar las galeras hasta el fondo marino. Pero has de pagarme el precio, lindo muchacho, has de pagarme el precio. ¿Qué te hace falta, eh? ¿Qué te hace falta? Sé de una flor del valle, una flor que nadie conoce. Tiene pétalos purpúreos y una estrella en su corazón, y sus jugos son blancos como la leche. Si tocas con esta flor los severos labios de la Reina, te seguirá por el mundo; abandonaría ella el lecho del Rey, y por todo el mundo te seguiría. Y tiene un precio, lindo muchacho, tiene un precio. ¿Qué te hace falta, eh? ¿Qué te hace falta? Con un sapo triturado en el mortero hago un caldo que remuevo con la mano de un muerto. Si rocías con él a tu enemigo mientras duerme, se convertirá en víbora negra y le matará su propia madre. Con un timón puedo extraer la luna de los cielos, y en un cristal puedo mostrarte la muerte. ¿Qué te hace falta, eh? ¿Qué te hace falta? Dime qué desees y habré de dártelo; y me pagarás el precio, lindo muchacho, me pagarás el precio.

—Lo que deseo no es sino algo exiguo —contestó el joven pescador—, y aún así, el sacerdote me mostró su ira y me ha empujado hasta aquí. No es sino algo exiguo, y los mercaderes de mí se han

burlado y me lo niegan. Es por ello por lo que vengo a ti, aunque te digan diabólica los hombres, cualquiera que sea el precio que tenga yo que pagar.

—¿Qué es lo que deseas, pues? —dijo la bruja, acercándosele.

—Desterrar mi alma —respondió el joven pescador.

La bruja se puso pálida y se estremeció, y en su manto azul escondió el rostro. «Lindo muchacho, lindo muchacho», musitó, «qué espantoso deseo el tuyo».

El pescador agitó sus rizos castaños y se rió. «Nada es para mí el alma», contestó. «No puedo verla; no puedo tocarla; no la conozco.»

—¿Qué habrás de darme si te digo lo que hacer? —le preguntó la bruja, bajando su hermosa mirada hacia él.

—Cinco monedas de oro —le dijo el pescador— y mis redes, y la casa de zarzos en la que vivo, y la barca de colores en la que me hago a la mar. Sólo quiero que me digas cómo deshacerme de mi alma, y te daré todo aquello que poseo.

La bruja se rió de él con burla, y le golpeó con el ramillete de cicuta. «Puedo transformar en oro las hojas del otoño», fue su respuesta, «y si así lo deseo, puedo tejer plata con los tenues rayos de la luna. Aquél de quien soy sierva es más rico que todos los

reyes de este mundo, y de ellos posee sus dominios».

—¿Qué te daré, pues —le gritó a la bruja, si tu precio no es ni el oro ni la plata?

La bruja le acarició los cabellos con su fina mano blanca. «Habrás de bailar conmigo, lindo muchacho», le susurró, y volvió a sonreírle mientras hablaba.

—¿Nada más? —exclamó asombrado el pescador.

—Nada más —le contestó ella, sonriéndole de nuevo.

—Entonces —dijo el pescador— al ocase bailaremos juntos en algún lugar secreto. Y después me dirás aquello que anhelo saber.

Ella movió de un lado a otro la cabeza. «Con la luna llena, con la luna llena», susurró. Y luego miró en torno suyo y escuchó. Un pájaro azul salió ululando de su nido y sobrevoló en círculos las dunas; tres aves moteadas hicieron crujir las ásperas hierbas grisáceas y gorjeaban entre sí. No había más sonido que el de una ola que se apuraba por los pulidos guijarros de la orilla. Y ella le tendió la mano y le atrajo hacia sí y colocó sus labios secos junto a su oído.

—Esta noche deberás venir a la cima de la montaña —le musitó—. Es domingo, y allí estará él.

El joven pescador se sobrecogió y la miró, y ella

le mostraba sus dientes blancos y se reía. ¿Quién es ese de quien hablas? —preguntó el pescador.

—Nada importa —respondió la bruja—. Acude allí esta noche, y espera bajo las ramas del hojaranzo hasta que yo venga. Si hacia ti corre un perro negro, aséstale un golpe con una vara de sauce, y se alejará. Si un cárabo te habla, no le respondas. Cuando llegue la luna llena estaré contigo, y juntos bailaremos sobre la hierba.

—Pero júrame que me dirás cómo puedo desterrar mi alma —le dijo el joven pescador.

La bruja salió a la luz del sol, y el viento ondeaba sus cabellos rojos. «Por la pezuña de la cabra, lo juro», fue su respuesta.

—Eres la mejor entre las brujas —exclamó el joven pescador— y de seguro que bailaré contigo esta noche en la cima de la montaña. Cierto es que habría preferido que me pidieses plata u oro; pero si tal es tu precio, lo tendrás, pues no es sino un precio minúsculo —y quitóse el sombrero e inclinó la cabeza, y regresó corriendo a la ciudad, preso de una enorme alegría.

Y la bruja observó cómo el pescador recorría el camino de vuelta, y cuando ya no lo veía, entró en su cueva. Y sacó un espejo de una caja de madera de cedro labrada, lo colocó en un marco, y delante del mismo hizo arder verbena sobre carbones

encendidos. Y miró fijamente a través de las espirales de humo. Transcurridos unos instantes cerró los puños, iracunda. «Debería ser mío», dijo entre dientes «pues soy tan hermosa como ella».

Y aquella noche, cuando había salido ya la luna, el joven pescador ascendió hasta la cima de la montaña y se colocó bajo las ramas del hojaranzo. A sus pies yacía el mar, como un escudo de metal bruñido, y las sombras de los barcos pesqueros se agitaban en la pequeña bahía. Un gran cárabo de ojos amarillos como el azufre se dirigió a él por su nombre, pero el pescador no contestó. Un perro negro corrió hacia él y gruñó; el pescador le golpeó con una vara de sauce y el perro marchó gimoteando.

A medianoche llegaron las brujas por los aires, volando como murciélagos.

—¡Hum! —gritaron, al llegar a tierra— ¡aquí hay alguien a quien no conocemos! —y husmearon por doquier y cuchichearon entre sí, y gesticularon. La última en llegar fue la bruja joven, con sus cabellos rojos que se ondulaban con el viento. Llevaba un vestido de tisú dorado en el que bordados había ojos de pavo real, y en su cabeza lucía una cofia de terciopelo verde.

—¿Dónde está, dónde está? —chillaron las brujas al verla, pero ella se echó a reír y corrió hasta el hojaranzo, y tomando al pescador de la mano le

llevó hasta donde brillaba la luz de la luna, y comenzó a bailar.

Juntos dieron vueltas y más vueltas, y la joven bruja saltaba tan alto que el pescador podía ver las suelas escarlata de sus chinelas. De pronto, del otro lado de los danzantes, resonó el galopar de un caballo; pero no se veía caballo alguno, y el pescador tuvo miedo.

—Más deprisa —gritó la bruja, y le rodeó el cuello con los brazos; el pescador percibía su cálido aliento sobre el rostro—. ¡Más deprisa, más deprisa! —gritaba la bruja, y la tierra parecía girar bajo los pies del pescador; y éste sentía una gran turbulencia en la cabeza, y cayó presa de un gran espanto, como si algo maligno le observara. Y al fin se apercibió de que, bajo la sombra de una roca, había una figura que antes no estaba allí.

Era un hombre vestido con un traje de terciopelo negro, de corte español. Su rostro era extrañamente pálido, y sus labios como una flor roja llena de orgullo. Parecía abatido, y se inclinaba hacia atrás y jugaba, mostrando indiferencia, con el mango de su daga. En el césped, junto a él, había un sombrero con una pluma, y un par de guantes de montar rematados con encaje de oro y orlados con aljófares que componían un curioso emblema. De sus hombros pendía una capa corta, forrada de cebellinas, y sus

manos blancas y delicadas estaban adornadas con anillos. Sobre sus ojos le caían pesados párpados.

El joven pescador le observó como quien ha caído en un hechizo. Y por fin sus miradas se encontraron, y dondequiera que bailara el pescador, le parecía que posados en él estaban los ojos de aquel hombre. Escuchó la carcajada de la bruja, la tomó de la cintura, y la hizo girar furiosamente una y otra vez.

De pronto aulló un perro en el bosque, y cesó la danza, y subieron todos de dos en dos hasta donde estaba aquel hombre, y se arrodillaron y le besaron las manos. Y al hacerlo, una ligera sonrisa le enterneció la soberbia de sus labios, como el ala de un ave que roza el agua y hace que se ría. Pero había desdén en aquella sonrisa, y el hombre siguió mirando al joven pescador.

—¡Venid y adoraremos! —susurró la bruja, y emprendió el ascenso; y le sobrevino al pescador un gran deseo de hacer lo que ella le suplicaba y la siguió. Pero cuando ya estaba muy cerca, y sin saber por qué así procedía, hizo sobre su pecho la señal de la cruz, y pronunció el sagrado nombre.

Al hacerlo, las brujas prorrumpieron en griterío de gavilanes y emprendieron el vuelo, y la faz pálida de quien le había estado observando se retorció con un espasmo de dolor. Aquel hombre llegóse hasta un

pequeño monte y emitió un silbido; subió de un salto a una silla de montar, se dio la vuelta y miró al joven pescador con tristeza.

Y la bruja de los cabellos rojos intentó también huir por el aire, pero el pescador la prendió de las muñecas y la sujetó con fuerza.

—Suéltame —exclamó— y deja que me vaya. Pues has nombrado lo innombrable, y has hecho la señal que no puede mirarse.

—No será así —contestó el pescador—, no te dejaré ir hasta que me hayas dicho el secreto.

—¿Qué secreto? —dijo la bruja, luchando con él como si fuera un gato montés, y mordiéndose sus labios salpicados de espuma.

—Bien sabes de qué hablo —fue la respuesta del pescador.

Sus ojos del verde de la hierba se oscurecieron de lágrimas y le dijo: «¡Pídeme lo que quieras, salvo eso!».

Él se echó a reír, y la sujetó con aún mayor fuerza.

Y cuando la bruja diose cuenta de que no podía escaparse, le dijo en voz baja: «Bien cierto es que soy tan hermosa como las hijas de la mar, y tan gentil como los habitantes de las aguas azuladas», y le acarició y acercó su rostro al de él.

Pero él la hizo retroceder, amenazador, y le dijo:

—Si no cumples la promesa que me hiciste, te daré muerte por bruja falsa.

Ella volvióse del gris de la flor del árbol de Judas y se estremeció. «Que así sea», refunfuñó. «Es tu alma y no la mía. Haz con ella lo que quieras». Y de su ceñidor sacó un puñal con un mango forrado con la piel de una víbora verde, y se lo entregó.

—¿De qué me servirá? —le preguntó perplejo el pescador.

Ella permaneció en silencio durante unos instantes, y en su rostro se reflejó el pánico. Luego echó hacia atrás el cabello que le caía sobre la frente y le dijo, sonriendo de manera extraña: «Lo que los hombres denominan la sombra del cuerpo no es del cuerpo la sombra, sino que es el cuerpo del alma. Habrás de ir a la orilla del mar y, de espaldas a la luna, recortarás alrededor de tus pies la sombra, que es el cuerpo de tu alma; y le pedirás al alma que te abandone, y así lo hará».

El joven pescador se echó a temblar. «¿Es verdad lo que dices?», musitó.

—Es verdad, y quisiera no habértelo dicho — profirió la bruja, y se abrazó con fuerza a sus piernas, sollozando.

La separó de sí y la dejó en la tupida hierba; y llegándose hasta el borde de la montaña colocó el puñal en su cinto y comenzó a descender por la

ladera.

Y el alma que se hallaba en su fuero interno le llamó y le dijo: «¡Aguarda! He vivido tantos años dentro de ti, y he sido tu sierva. No me destierres ahora de tu lado, pues ¿qué mal te he hecho?».

El joven pescador se echó a reír. «No me has hecho ningún mal, pero no tengo necesidad de ti», respondió. «Grande es el mundo, y hay también un Cielo y un Infierno, y entre ambos se encuentra ese oscuro crepúsculo. Vete donde quieras; pero no me atribules, pues mi amor me reclama.»

Y lastimosamente le hizo súplicas su alma; mas el pescador no prestaba atención, sino que fue saltando de risco en risco, con pie tan firme como una cabra montés. Y por fin llegó a ras del suelo y a la gualda orilla del mar.

De miembros de bronce, robusto, como estatua forjada por griegos, allí estaba el pescador en la arena, de espaldas a la luna; y con la espuma llegaron los brazos blancos que le llamaban, y con la espuma se alzaron formas difusas que le rindieron homenaje. Ante él se tendía su sombra, que era el cuerpo de su alma, y detrás de él pendía la luna en el aire melifluo.

Y su alma le dijo: «Si es cierto que has de expulsarme de tu lado, no me proscribas sin un corazón. Es cruel el mundo, así que dame tu corazón para que me acompañe».

Agitó la cabeza el pescador y esbozó una sonrisa:

—¿Cómo habría entonces yo de amar a mi amada, si te entrego a ti mi corazón? —expresó.

—No seas sino misericordioso —le dijo el alma—. Dame tu corazón, pues muy cruel es el mundo, y siento miedo.

—Mi corazón le pertenece a mi amada —contestó—, así que no te demores y marcha ya.

—¿Acaso no puedo yo también amar? —preguntó su alma.

—Marcha ya, pues no tengo necesidad de ti —gritó el joven pescador, y sacó el puñal con el mango de piel de víbora verde, y recortó la sombra alrededor de sus pies, y ésta se elevó hasta encontrarse con él frente a frente; y miró al pescador y era semejante a él.

El pescador retrocedió despacio e introdujo el puñal en su cinto, y le vino un sentimiento de temor.

—Marcha ya —musitó—, que no deseo ver más tu semblante.

—No será así, porque debemos vernos de nuevo —dijo el alma. Su voz era grave y resonaba como instrumento de viento, y al hablar sus labios apenas se movían.

—¿Cómo haremos para vernos nuevamente? —gritó el joven pescador—. ¿Me seguirás hasta las profundidades del mar?

—Una vez al año volveré a este lugar y te llamaré —dijo el alma—. Tal vez tengas entonces necesidad de mí.

—¿Por qué habré de necesitarte? —exclamó el joven pescador—. Pero si lo deseas, así será —y se zambulló en el agua, y los tritones hicieron sonar sus cuernos, y la sirenita ascendió para con él reunirse, y le abrazó y le besó en la boca.

Y el alma quedó en la playa solitaria, y les observaba; y cuando se hubieron sumergido en el mar, marchó sollozando por las marismas.

Y transcurrido un año, llegó el alma hasta la orilla del mar y llamó al joven pescador, y él salió de las profundidades y dijo: «¿Por qué me llamas?».

Y el alma respondió: «Acércate, para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas magníficas».

Y así fue que el pescador se acercó y, recostado en el bajío, apoyó la cabeza en su mano y escuchó.

Y el alma le dijo: «Cuando te dejé, giré el rostro hacia el este y emprendí el viaje. Del este procede todo aquello que es sabio. Viajé por espacio de seis días; y en la mañana del séptimo llegué a un cerro que está en el país de los tártaros. Me senté bajo la sombra de un tamarisco para guarecerme del sol; la tierra estaba seca, y el calor la quemaba. Había gente que iba y venía por la planicie como moscas que trepan por un disco de cobre brillante.

»Al mediodía se elevó una nube de polvo rojo en el llano horizonte de la tierra, y al verlo los tártaros, encordaron los arcos de colores, y se montaron aprisa en sus pequeños caballos y marcharon al galope hasta allí. Las mujeres huyeron gritando hasta los carros, y se escondieron tras las cortinas de fieltro.

»Al ocaso, regresaron los tártaros, pero faltaban cinco de ellos, y entre los que regresaron había no pocos heridos. Enjaezaron los caballos a los carros y fuéronse a toda prisa. De una cueva salieron tres chacales, que les persiguieron; sucedió entonces que olfatearon el aire, y marcharon trotando en dirección opuesta.

»Cuando ascendió la luna, vi una hoguera encendida sobre la planicie y hacia allí me encaminé. Alrededor de la hoguera había un grupo de mercaderes que estaban sentados en alfombras. Detrás de ellos estaban atados a los postes sus camellos. Los negros que eran sus esclavos armaban sobre la arena tiendas de piel curtida, y levantaban un alto muro de chumberas.

»Al acercarme a ellos, el jefe de los mercaderes se puso en pie y blandió su espada y preguntóme quién era yo.

»Contestóle que en mi país era yo príncipe y que había huido de los tártaros, los cuales pretendían

convertirme en esclavo suyo. Me sonrió aquel mercader y me mostró cinco testas clavadas en los extremos de cañas de bambú.

»Entonces me preguntó quién era el profeta de Dios y yo le contesté que era Mohamed.

»Al oír el nombre del falso profeta, se inclinó, y tomándome de la mano me colocó a su lado.

»Iniciamos nuestro viaje al amanecer. Yo iba montado en un camello de pelo rojizo junto al jefe de los mercaderes y delante de nosotros, un mensajero provisto de una lanza. A ambos lados nos flanqueaban hombres de guerra, y detrás de nosotros venían las mulas cargadas de mercancías. En la caravana había cuarenta camellos, y las mulas eran dos veces esa cantidad.

»Fuimos del país de los tártaros al país de los que maldicen de la luna. Vimos a los grifos que en las rocas blancas custodian su oro, y a los dragones de piel escamada que duermen en sus cuevas. Al atravesar las montañas contuvimos la respiración para que no se desmoronara sobre nosotros la nieve; y cada hombre tapóse los ojos con un velo de gasa. Al atravesar los valles, los pigmeos nos arrojaron flechas desde las oquedades de los árboles, y de noche escuchamos el batir de los tambores de los hombres salvajes. Al llegar a la Torre de los Simios les ofrecimos a éstos fruta y no nos hicieron ningún

daño. En la Torre de las Serpientes, les dimos a las sierpes leche templada en cuencos de bronce, y nos dejaron pasar. Durante nuestro viaje llegamos tres veces a las orillas del Oxus; lo cruzamos en balsas de madera con vejigas de cuero inflado. Los caballos del río se enfurecieron con nosotros e intentaron darnos muerte, y los camellos al verlos temblaron de miedo.

»Los reyes de cada ciudad nos exigían el pago de impuestos, si bien no nos permitían cruzar las puertas de sus ciudades. Nos arrojaban pan desde lo alto de los muros, pequeñas tortas de maíz cocidas con miel y pastas de harina finísima rellenas de dátiles. Por cada cien cestos, les entregábamos un abalorio de ámbar.

»Cuando los habitantes de las aldeas nos veían llegar, vertían veneno en los pozos y subían a los montes. Combatimos contra los magadas, los cuales nacen ya ancianos, y se rejuvenecen cada día, para morir de niños; contra los laktroi, quienes manifiestan ser hijos de los tigres y se pintan de rojo y amarillo; contra los aurantes que entierran a sus muertos en las copas de los árboles y habitan oscuras cuevas a fin de que el Sol, su dios, no acabe con ellos; contra los krinmianos que adoran a un cocodrilo, al que entregan aretes de vidrio verde y alimentan con manteca y carne fresca de aves; contra

los agazonbas, de rostro canino; y contra los sibanes, que tienen equinos pies y corren con mayor celeridad que los caballos mismos. Un tercio de los integrantes de nuestra compañía murió en combate, y otro tercio a consecuencia de la escasez. El resto me reprobaba, pues se decía que yo había traído la mala fortuna. Entonces de debajo de una piedra extraje una sierpe cornada e hice que me punzara; y cuando todos vieron que no me causaba desazón alguna, se atemorizaron.

»Al cuarto mes, alcanzamos la ciudad de Illel. Era de noche, y al llegar hasta la arboleda situada junto a las murallas de la ciudad, el calor era sofocante pues la luna estaba en Escorpio. De los árboles arrancamos granadas maduras, y las partimos y bebimos los dulces jugos. Después nos tendimos en las alfombras y esperamos la llegada de la aurora.

»Al amanecer nos levantamos y llamamos a las puertas de la ciudad. Estaba forjada de bronce rojo y cincelada con imágenes de dragones marinos y dragones alados. Los guardianes nos vieron desde las almenas y nos preguntaron quiénes éramos. El intérprete de la caravana replicó que procedíamos de la isla de Siria y traíamos gran número de mercancías. Tomaron a algunos como rehenes; nos dijeron que abrirían las puertas al mediodía y nos rogaron que esperáramos hasta esa hora.

»Cuando llegó el mediodía, abrieron las puertas; y cuando entramos, las gentes salieron de sus casas en multitud para vernos, y un pregonero fue por toda la ciudad proclamando nuestra llegada a voces sirviéndose de una caracola. Nos detuvimos en la plaza del mercado y los esclavos negros desataron los fardos de telas estampadas y abrieron los cofres esculpidos de sicomoro.

»Y cuando hubieron finalizado esta tarea, los mercaderes exhibieron sus exóticos objetos: el lino encerado de Egipto y el lino de colores del país de los etíopes; las esponjas violáceas de Tiro y los tapices azules de Sidón; los cálices de ámbar frío, las delicadas vasijas de cristal y las ingeniosas vasijas de arcilla horneada. Un grupo de mujeres nos observaba desde el tejado de una casa, y una de ellas llevaba una máscara de cuero dorado.

»Y el primer día vinieron los sacerdotes y con nosotros regatearon; y el segundo día vinieron los nobles; y el tercer día los artesanos y los esclavos. Y tal es su costumbre con todos los mercaderes mientras éstos permanezcan en la ciudad.

»Y esperamos a que llegara la luna llena; y cuando ya estaba en cuarto menguante, yo me hastiaba; y vagué por las calles de la ciudad y arribé a los jardines de su dios. Los sacerdotes engalanados de amarillo se desplazaban en silencio entre los

árboles cubiertos de follaje; sobre un suelo de mármol negro se levantaba una casa de un rojo de rosa, la cual era la morada del dios. De lacre empolvado eran las puertas y había en ellas un altorrelieve de oro bruñido con figuras de toros y pavos reales. Las tejas eran de porcelana verde como el mar, y los aleros salientes tenían guirnaldas de cascabeles; al pasar volando las tórtolas, sus alas los rozaban y los hacían tintinear.

»Delante del templo había un estanque de agua cristalina enlosado de ónice con vetas. Me tendí junto al estanque, y con mis dedos pálidos toqué las hierbas de anchas hojas. Uno de los sacerdotes vino hasta donde estaba yo y se detuvo detrás de mí. Puestas llevaba sandalias que eran una de piel suave de serpiente, y la otra de pluma de ave. En su cabeza tenía una mitra de fieltro negro adornada con medialunas de plata; en su traje había bordadas siete mariposas amarillas, y su cabello crespo estaba teñido con antimonio.

»Tras un instante, me dirigió la palabra y me preguntó cuál era mi deseo; yo le dije que era mi deseo ver al dios.

»—El dios está en una cacería —dijo el sacerdote, mirándome extrañamente con sus pequeños ojos rasgados.

»—Dime en qué bosque y cabalgaré a su lado —

le repliqué.

»Peinó los suaves pliegues de su túnica con sus largas uñas afiladas y masculló: “El dios duerme”.

»—Dime en qué diván y le velaré —respondí.

»—El dios celebra una fiesta —profirió el sacerdote.

»—Si es dulce el vino, lo beberé con él; y si es agrio, asimismo lo beberé.

»El sacerdote inclinó la cabeza asombrado y, tomándome de la mano, hizo que me pusiera en pie y me condujo hasta el templo.

»Y en la primera cámara vi a un ídolo sentado en un trono de jaspe ribeteado de grandes perlas orientales. Era una escultura de ébano y tenía la altura de un hombre. En su frente había un rubí, y aceite espeso le goteaba del pelo y le caía a los muslos. Enrojecía sus pies la sangre de un cabritillo recién inmolado; en su cintura se ceñía un cinto de cobre con siete berilos engastados.

»—Y le dije al sacerdote: “¿Es éste el dios?”. Y él me respondió: “Éste es el dios”.

»—Muéstrame al dios —exclamé— que de lo contrario acabarán tus días —y le toqué la mano, y su mano pudrióse.

»Y el sacerdote me suplicó: “Sanad, señor, a vuestro siervo, y yo habré de mostraros al dios”.

»Así, exhalé mi aliento sobre su mano, y volvióse

intacta; y tembló el sacerdote y me condujo a la segunda cámara donde vi a un ídolo de pie sobre un loto de jade del que pendían enormes esmeraldas. Era una escultura de marfil y tenía dos veces la altura de un hombre. En su frente había un crisólito oriental, y habían rociado su pecho con mirra y canela. En una mano sostenía un cetro curvo de jade, y en la otra una bola de cristal. En los pies llevaba puestos coturnos de latón, y rodeaba su grueso cuello un círculo de espejuelos.

»Y le dije al sacerdote: “¿Es éste el dios?”. Y él respondió: “Éste es el dios”.

»—Muéstrame al dios —exclamé— que de lo contrario acabarán tus días —y le toqué los ojos y volvióse ciego.

»Y el sacerdote me suplicó: “Sanad, señor, a vuestro siervo, y yo habré de mostraros al dios”.

»Así, exhalé mi aliento sobre sus ojos, y la vista le fue devuelta, y tembló de nuevo, y me condujo a una tercera cámara, y ¡ay! que allí no había ídolo alguno, ni imagen de ninguna clase, sino tan sólo un espejo redondo de metal, colocado sobre un altar de piedra.

»Y le dije al sacerdote: “¿Dónde está el dios?”.

»Y él me replicó: “No hay dios, sino este espejo que veis, pues es el Espejo de la Sabiduría. En él se reflejan todas las cosas del cielo y de la tierra, salvo

la faz de quien mira en el espejo; y su faz no se refleja para que, quien en el espejo mire, pueda ser sabio. Hay muchos otros espejos, mas son los espejos de la opinión. Tan sólo éste es el Espejo de la Sabiduría, y quien posee este espejo, sábelo todo, y para él nada hay oculto; y quienes no lo poseen, carecen de la sabiduría. Es, por ende, el dios, y como tal lo veneramos”, y miré en el espejo, y era como el sacerdote me había dicho.

»E hice algo inexplicable, si bien lo que hice nada importa, y es que en un valle que está a un día de viaje de este lugar he escondido el Espejo de la Sabiduría. No permitas sino que me adentre nuevamente en tu fuero y que sea tu siervo, y serás más sabio que todos los hombres que son sabios y será tuya la sabiduría.»

Pero el joven pescador se echó a reír y proclamó:

—Es preferible el amor a la sabiduría, y la sirenita me ama.

—No digas eso, pues nada hay mejor que la sabiduría —dijo el alma.

—Preferible es el amor —contestó el joven pescador y se sumergió en las profundidades, y el alma marchó sollozando por las marismas.

Y cuando hubo transcurrido el segundo año, regresó el alma a la orilla del mar, y llamó al joven pescador, el cual ascendió de las profundidades y

dijo:

—¿Por qué me llamas?

Y el alma contestó: «Acércate para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas magníficas».

Y así fue que el pescador se acercó y, recostado en el bajío, apoyó la cabeza en su mano y escuchó.

Y el alma le dijo: «Cuando partí de tu lado, giré el rostro hacia el sur y emprendí el viaje. Del sur procede todo lo hermoso. Viajé durante seis días por los caminos que conducen a la ciudad de Ashter. Seguí los caminos de polvo rojizo por donde acostumbran a pasar los peregrinos, y en la mañana del séptimo día levanté los ojos y ¡ah! que allí estaba la ciudad a mis pies, pues se encuentra en un valle.

»En esta ciudad hay nueve puertas, y delante de cada una de ellas se yergue un caballo de bronce que relincha cuando descienden de las montañas los beduinos. Las murallas están revestidas de cobre, y las torres de vigía tienen techos de latón. Hay en cada torre un arquero que sostiene un arco, y al amanecer con una flecha golpea un gong, y al ocaso hace sonar un cuerno de asta.

»Intenté entrar, pero los guardianes me detuvieron y preguntáronme quién era. Les respondí que era un derviche y que me dirigía a La Meca, donde existía un velo verde en el que los ángeles habían bordado el Corán con letras de plata. Se llenaron de asombro los

guardianes y me imploraron que entrara.

»El interior es como un bazar. Tendrías que haber venido conmigo. De un lado a otro de las estrechas callejuelas cuelgan alegres farolillos de papel que se agitan como grandes mariposas; cuando sopla el viento sobre los tejados, suben y bajan como pompas de colores. Los mercaderes se sientan delante de sus puestos sobre alfombras de seda: tienen barbas negras y tiesas, y sus turbantes están cubiertos de lentejuelas de oro; y por sus dedos calculadores se deslizan largos collares de ámbar y de huesos labrados de melocotón. Algunos de ellos venden gálbano y nardo, y exóticos perfumes de las islas del océano índico, y el aceite espeso de las rosas rojas, y mirra y diminutos clavos aromáticos. Cuando alguien se detiene delante de un puesto, el mercader arroja polvos de incienso para dulcificar el aire. Vi a un sirio que sujetaba una vara semejante a un junco, y de la cual salían hilos grisáceos de humo, y al quemarse, el aroma que producía era semejante al de los almendros rosados durante la primavera. Otros mercaderes venden pulseras de plata repujada con turquesas de azul lechoso, y ajorcas de hilo de latón para los tobillos, orladas de diminutas perlas; y garras de tigre engastadas en oro, y aretes de esmeralda perforada y anillos esculpidos de jade. De las casas de té llegaban los arpegios de la guitarra, y

los fumadores de opio, con el semblante blanquecino y sonriente, observaban a los transeúntes.

»Cierto es que tendrías que haber venido conmigo. Los vendedores de vinos se abren paso codeando entre la muchedumbre, cargados de grandes odres negros tras al hombro. La mayoría vende vino de Schiraz, que es tan dulce como la miel; lo sirven en pequeñas tazas de metal y lo cubren de pétalos de rosas. En el mercado se hallan los vendedores de toda clase de frutas: higos maduros de carne amoratada, melones con la fragancia del almizcle y amarillos como topacios, cidras y manzanas rosadas y racimos de uvas verdes, naranjas redondas de oro rojizo y limones ovalados de oro verdoso. En una ocasión vi pasar un elefante; su trompa estaba pintada de bermellón y cúrcuma, y sobre las orejas tenía una malla de cordón de seda carmesí. Se detuvo frente a uno de los puestos y empezó a comer naranjas, y el mercader de ese puesto no hacía sino reírse. No puedes imaginarte cuán extraña es esta gente; cuando están contentos, acuden a los pajareros y les compran un ave enjaulada, y la ponen en libertad para que sea aún mayor su alegría; y cuando están apesadumbrados, se azotan con espinas para que no amaine su pena.

»Una noche vi a unos esclavos negros que llevaban un pesado palanquín por el bazar; estaba

hecho de bambú dorado, y los postes eran de laca de color bermejo, adornada de pavos reales de cobre. De las ventanas colgaban finas cortinas de muselina bordada con alas de escarabajo y minúsculos aljófares, y al pasar delante de mí el palanquín, una circasiana de lívidas facciones se asomó y me sonrió. Yo la seguí; y los esclavos negros aceleraron el paso y arrugaron el semblante. Pero no me importaba, ya que me incitaba la curiosidad.

»Se detuvieron finalmente delante de una casa blanca y cuadrada, en la que no había ventana alguna, sino únicamente una puerta pequeña como la puerta de un mausoleo. Colocaron el palanquín en el suelo, y llamaron tres veces a la puerta con un martillo de cobre. Un armenio vestido con un caftán de cuero verde se asomó por la mirilla y cuando los vio abrió la puerta y extendió sobre el suelo una alfombra; y la mujer salió. Al entrar en la casa, se dio la vuelta y volvió a sonreírme. Jamás vi yo a nadie de tanto palor.

»Al salir la luna, regresé al mismo lugar y busqué la casa; pero ya no estaba allí. Y entonces comprendí quién era esa mujer y por qué me había sonreído.

»Tendrías que haber estado conmigo. Al celebrarse la festividad del novilunio, el joven emperador salió de su palacio y fue a rezar a la mezquita. Su cabello y su barba habían sido teñidos

con hojas de rosal, y sus mejillas estaban empolvadas de oro. Las palmas de las manos y las plantas de los pies habíanse coloreado con azafrán.

»Al amanecer, salió de su palacio ataviado de plata, y regresó al crepúsculo ataviado de oro. Las gentes se arrojaban al suelo y escondían el rostro, pero yo no procedí así. Permanecí junto al puesto del vendedor de dátiles, y esperé. Cuando el emperador me vio, irguió sus cejas pintadas y se detuvo; pero yo me mantuve quieto y no le hice reverencia alguna. Las gentes se asombraron de mi osadía y me aconsejaron que huyera de la ciudad; no les presté atención, sino que fui a sentarme con los que vendían dioses extranjeros, y a los que se abomina por motivo de su oficio. Cuando les expliqué lo que había hecho, cada uno de ellos me hizo entrega de un dios y me rogaron que les dejara.

»Aquella noche, tendido sobre un almadrake en la casa de té que se encuentra en la Calle de las Granadas, llegaron los guardias del emperador y me llevaron al palacio. Al entrar cerraron las puertas a mis espaldas con una cadena. En el interior había un gran patio con una arcada a su alrededor; los muros eran de alabastro blanco, salpicado aquí y allá de azulejos celestes y verdes; y de mármol verde eran los pilares, y el suelo de un mármol del color de la flor del melocotonero. Nunca había visto yo nada

semejante.

»Al atravesar el patio, dos mujeres con velos me maldijeron desde un balcón. Los guardias se apresuraron, y los pies de las lanzas resonaban en los suelos pulidos. Abrieron una puerta de marfil esculpido, y me vi en un jardín regado de siete terrazas, donde se cultivaban tulipanes e ipomeas, y también áloes con brotes de plata. Como delgada vara de cristal, pendía una fuente en el aire del atardecer. Los cipreses parecían antorchas apagadas, y desde uno de ellos cantaba un ruiseñor.

»Al otro extremo del jardín se levantaba un pequeño pabellón, y al acercarnos salieron a nuestro encuentro dos eunucos. Sus gruesos cuerpos cimbrecaban al caminar, y me escrutaron con curiosidad con sus ojos de párpados amarillos. Uno de ellos hizo un aparte con el capitán de la guardia, mientras el otro masticaba pastillas aromáticas que extraía con afectado gesto de una caja ovalada de esmalte lila.

»Tras unos instantes, el capitán de la guardia ordenó a sus soldados que se fueran; y éstos regresaron al palacio, seguidos por los eunucos que avanzaban despacio y arrancaban los dulces frutos de las moreras al pasar bajo sus ramas. El de más edad se dio la vuelta y me lanzó una maléfica sonrisa.

»Entonces el capitán me hizo avanzar hasta la

entrada del pabellón. Caminé sin temblar; descorrí el pesado cortinaje y entré.

»El joven emperador yacía en un diván de pieles teñidas de león, y un gerifalte estaba posado en su muñeca. Tras él se erguía un nubio con turbante de cobre amarillo, descubierto el pecho y con pesados aretes que le colgaban de sus orejas hendidas. En una mesa situada junto al diván había una enorme cimitarra de acero.

»Cuando el emperador me vio, mostróme su enojo y me dijo: “¿Cómo te llamas? ¿Acaso no sabes que soy el emperador de esta ciudad?”. Mas yo no le respondí.

»Con el dedo señaló la cimitarra, y el nubio la asió; y abalanzándose sobre mí, me asestó un golpe con gran violencia. El filo me atravesó como un rayo, pero no me hizo daño alguno. Cayó el otro al suelo cuan largo era; y al incorporarse, sus dientes castañeteaban de miedo y se escondió detrás del diván.

»De un salto, el emperador se puso en pie y tomando una lanza del pedestal de armas, me la arrojó; yo la detuve al vuelo y partí la caña en dos. Me disparó una flecha y levanté las manos y paré su trayectoria. Entonces extrajo una daga de un cinto de cuero blanco, y apuñaló al nubio en el cuello, para que el esclavo no pudiera relatar a nadie el deshonor.

Y aquel hombre retorcióse como una serpiente pisoteada, y brotó espuma roja de su boca.

»Tan pronto como hubo muerto, el emperador se volvió hacia mí y, tras enjugarse el sudor brillante de la frente con un pañuelo de seda ornada y de color púrpura, me dijo: “¿Eres un profeta, pues no puedo causarte ningún daño, o eres hijo de profeta, que en nada puedo dañarte? Te ruego que abandones mi ciudad esta noche, ya que mientras permanezcas en ella no puedo yo ser señor de mis dominios”.

»Y le respondí: “Por la mitad de vuestro tesoro, marcharé. Entregadme la mitad de lo que poseéis, y me iré”.

»Me tomó de la mano y me llevó al jardín. Cuando me vio el capitán de la guardia, quedó asombrado; y al verme los eunucos, les temblaron las rodillas y cayeron al suelo despavoridos.

»Hay una cámara en el palacio que tiene ocho muros de porfirio rojo y un techo de láminas de cobre, del que cuelgan lámparas. El emperador tocó uno de los muros y éste se abrió, y entramos en un pasadizo que estaba iluminado con numerosas antorchas. En los nichos excavados a cada lado había vasijas de vino llenas a rebosar de monedas de plata. Cuando llegamos al centro del pasadizo, el emperador dijo aquella palabra que no puede ser pronunciada, y una puerta de granito se abrió de par

en par con un resorte secreto, y hubo de ocultar la vista con las manos para que aquella imagen no le deslumbrara.

»Imaginarte no puedes la magnificencia de aquel lugar. Había enormes careyes llenos de perlas y grandes adularías huecas cargadas de rubíes. El oro se almacenaba en cofres de piel de elefante, y el oro en polvo en botellas de cuero. Los ópalos y los zafiros se guardaban los primeros en copas de cristal y los segundos en copas de jade. Las redondas esmeraldas verdes estaban dispuestas en orden sobre finos platos de marfil, y en un rincón había bolsas de seda, unas con turquesas y otras con berilos. Los cuernos de marfil estaban colmados de amatistas moradas, y los cuernos de cobre con calcedonias y cornalinas anaranjadas. De los pilares de cedro colgaban cuentas de ojo de gato, y en los escudos planos y ovalados había carbunclos, tanto del color del vino como del color de la hierba. Y todo esto que te cuento no es sino un diezmo de lo que allí había.

»Y cuando el emperador se hubo descubierto el rostro, me dijo: “He aquí la morada de mis tesoros, y la mitad de lo que hay es tuyo, como te había prometido. Y te concederé tres camellos y tres camelleros; y estarán a tus órdenes y llevarán la parte que te corresponde del tesoro a cualquier lugar del mundo donde quieras ir. Y todo esto tendrá lugar esta

noche, pues no quiero que el Sol, que es mi progenitor, sea testigo de que en mi ciudad hay un hombre al que no puedo dar muerte”.

»Pero yo le repliqué: “El oro que aquí hay es tuyo, como también son tuyas la plata y las piedras preciosas y los valiosos objetos. En cuanto a mí, no tengo necesidad de estas cosas ni tampoco me llevaré nada que sea tuyo, salvo ese pequeño anillo que llevas puesto”.

»Y el emperador mostró su desaprobación: “No es sino un anillo de plomo”, exclamó, “y no tiene ningún valor. Por tanto, llévate la mitad del tesoro y vete de mi ciudad”.

»“No será así”, respondí “pues no me llevaré nada sino ese anillo de plomo, pues sé lo que hay inscrito en él y para qué propósito”.

»Y se estremeció el emperador; y me imploró y me dijo: “Llévate todo el tesoro y vete de mi ciudad. La mitad mía será también tuya”.

»E hice algo inexplicable, si bien lo que hice nada importa, pues en una cueva que está a un día de camino de este lugar he escondido el Anillo de las Riquezas. Está a un día de camino de este lugar, y aguarda tu llegada. Aquel que posea este anillo será más rico que todos los reyes del mundo. Por esta razón, ven y tómallo, y todas las riquezas del mundo serán tuyas.»

—Pero el joven pescador se echó a reír y proclamó:

—Es preferible el amor a las riquezas, y la sirenita me ama.

—No digas eso, pues nada hay mejor que la riqueza —dijo el alma.

—Preferible es el amor —respondió el joven pescador, y se sumergió en las profundidades, y el alma marchó sollozando por las marismas.

Y una vez que hubo transcurrido el tercer año, regresó el alma a la orilla del mar, y llamó al joven pescador, el cual ascendió de las profundidades y dijo:

—¿Por qué me llamas?

Y el alma contestó: «Acércate para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas magníficas».

Y así fue que el pescador se acercó y, recostado en el bajío, apoyó la cabeza en su mano y escuchó.

Y el alma le dijo: «En una ciudad que conozco hay una posada junto a un río. Allí me senté a la mesa con marineros que bebían de dos vinos de diferente color, y comían pan de cebada y pescado salado que se servía con hojas de laurel en vinagre. Y trabamos conversación y divertímonos; y se nos acercó un anciano que portaba una alfombra de cuero y un laúd que tenía dos cuernos de ámbar. Y cuando hubo tendido la alfombra sobre el suelo, rasgó las

cuerdas de su laúd con una púa, y una muchacha con un velo sobre el rostro comenzó a bailar delante de nosotros. Tenía los pies descalzos, que se movían por la alfombra como dos palomas blancas; jamás he visto nada tan prodigioso. Y la ciudad en la que baila la muchacha no está sino a un día de viaje de este lugar».

Y cuando el joven pescador escuchó las palabras de su alma, recordó que la sirenita no tenía pies y no podía bailar. Y le sobrevino un gran deseo, y se dijo a sí mismo: «No está sino a un día de aquí; y puedo luego regresar con mi amada», y se echó a reír, se puso en pie en el bajío y caminó hasta la orilla.

Y cuando llegó a la orilla ya seca, volvió a reírse y le tendió los brazos a su alma. Y ésta dio un grito de alegría y corrió a su encuentro; y entró en su interior, y el joven pescador vio que ante sí se extendía sobre la arena la sombra del cuerpo que es el cuerpo del alma.

Y el alma le dijo: «No nos demoremos, y vayamos en seguida, pues los dioses del mar son celosos, y poseen monstruos que cumplen sus mandatos».

Así pues, se apresuraron y viajaron toda la noche bajo la luna, y al día siguiente viajaron bajo el sol, y al atardecer llegaron a una ciudad.

Y el joven pescador le dijo a su alma: «¿Es ésta

la ciudad en la que baila aquella de la que me has hablado?».

Y su alma replicóle: «No es esta ciudad, sino otra. Entremos en ésta, de cualquier modo».

Y entraron y atravesaron las calles, y al pasar por la Calle de los Joyeros, el joven pescador vio una hermosa copa de plata en un puesto. Y su alma le dijo: «Arrebata esa copa y escóndela».

Así fue que el pescador arrebató la copa y la escondió en el pliegue de su túnica, y salieron precipitadamente de la ciudad.

Y después de que hubieron recorrido una legua de distancia, el joven pescador arrugó el semblante y arrojó la copa de plata y le dijo a su alma: «¿Por qué me dijiste que robara esta copa y la escondiera, pues es un acto de maldad?».

Y su alma le contestó: «Ten paz, ten paz».

Y al anoecer del segundo día, llegaron a una ciudad, y el joven pescador le dijo a su alma: «¿Es ésta la ciudad en la que baila aquella de la que me has hablado?».

Y su alma replicóle: «No es esta ciudad, sino otra. Entremos en ella, de cualquier modo».

Así pues, entraron y atravesaron las calles, y al pasar por la Calle de los Vendedores de Sandalias, el joven pescador vio a un niño que estaba junto a un jarro de agua. Y su alma le dijo: «Golpea al niño». Y

así fue que el pescador golpeó al niño hasta que éste se echó a llorar, y entonces ambos salieron precipitadamente de la ciudad.

Y después de que hubieron recorrido una legua de distancia, el joven pescador se llenó de ira, y le dijo a su alma: «¿Por qué me dijiste que golpeará a ese niño, pues era un acto de maldad?».

Y su alma le contestó: «Ten paz, ten paz».

Y al anochecer del tercer día, llegaron a una ciudad, y el joven pescador le dijo a su alma: «¿Es ésta la ciudad en la que baila aquella de la que me has hablado?».

Y su alma replicóle: «Es posible que sea esta ciudad, así que entremos».

Y entraron y atravesaron las calles, pero el joven pescador no podía encontrar ni el río ni la posada que estaba en su ribera. Y las gentes de la ciudad le miraron con extrañeza, y se azaró y le dijo a su alma:

—Vayámonos ya, pues no está aquí la que baila con los pies descalzos.

Pero su alma contestó: «Mejor será que nos quedemos, pues ya es muy de noche y habrá salteadores por el camino».

Y le hizo sentarse en el mercado y descansar; y transcurrido un tiempo pasó por allí un mercader encapuchado que llevaba una capa de paño de Tartaria, y portaba un farol de cuerno perforado en el

extremo de un junco nudoso. Y el mercader le dijo: «¿Por qué te sientas en la plaza del mercado, si los puestos están cerrados y atados los fardos?».

Y el joven pescador le contestó: «No encuentro posada alguna en esta ciudad, ni hay nadie de mi parentesco que pueda ampararme».

—¿Acaso no hay un parentesco entre todos los hombres? —le preguntó el mercader—. ¿Y no nos hizo un solo Dios? Por esta razón, ven conmigo, pues tengo en mi casa una cámara para los huéspedes.

Y el joven pescador se levantó y siguió al mercader hasta su estancia. Y cuando hubo atravesado un jardín de granados y entrado en la casa, el mercader le trajo agua de rosas en una vasija de cobre para que se lavara las manos, y melones maduros para calmar su sed, y ante él dispuso un tazón de arroz y un pedazo de cabritillo asado.

Y cuando el pescador hubo terminado, el mercader le condujo hasta la cámara para huéspedes, y le deseó que durmiera bien y descansara. Y el joven pescador le dio las gracias y le besó el anillo de su mano; se tiró sobre las alfombras de pelo de cabra teñido, y tras cubrirse con una capa de lana negra, se quedó dormido.

Y tres horas antes del amanecer, y cuando era todavía de noche, el alma le despertó y le dijo: «Levántate y llégate hasta el aposento del mercader, a

la cámara donde duerme, y dale muerte y hazte con su oro, pues lo necesitamos».

Y el joven pescador se levantó, y con sigilo llegó hasta la cámara del mercader; y allí vio que sobre los pies de éste yacía un alfanje, y en una bandeja a su lado había nueve bolsas de oro. Y el pescador extendió la mano y tocó el sable, pero al hacerlo se sobresaltó el mercader y despertó; y levantándose, asió el sable y le profirió al pescador: «¿Con el mal pagas el bien que se te hace, y con el derramamiento de sangre retribuyes la gentileza que he mostrado hacia ti?».

Y el alma le dijo al pescador: «Golpéale», y el pescador le golpeó y quedó exangüe el mercader; y el pescador se hizo con las nueve bolsas de oro y huyó con precipitación por el jardín de granados, y se encaminó en dirección a la estrella que es la estrella matutina.

Y cuando hubieron recorrido una legua, el joven pescador se golpeó el pecho y le dijo a su alma: «¿Por qué me pediste que asesinara al mercader y me hiciera con su oro? No eres sino un alma malvada».

Pero su alma le contestó: «Ten paz, ten paz».

—No será así —dijo el pescador—, no podré estar en paz porque aborrezco todo aquello que me has hecho hacer. También a ti te aborrezco, y te ruego me digas por qué conmigo te has conducido así.

Y su alma le contestó: «Cuando me desterraste de tu lado y me enviaste al mundo, no me diste un corazón, y así fue que aprendí a hacer estas cosas y a gustar de ellas».

—¿Pero qué dices? —musitó el joven pescador.

—Sabes de qué hablo —respondió su alma—, bien lo sabes. ¿Te has olvidado, acaso, de que no me diste un corazón? No lo creo. Y no te aflijas tú, ni me aflijas a mí; estate en paz contigo mismo, pues no habrá dolor alguno del que no puedas deshacerte, ni tampoco ningún placer que no hayas de recibir.

Y al escuchar estas palabras, el joven pescador se sobresaltó y le dijo a su alma: «Te digo que no es así, y no eres tú sino maldad; has hecho que me olvide de mi amada, y me has tendido tentaciones, y me has hecho emprender las rutas del pecado».

Y su alma le contestó: «No te olvides de que cuando me desterraste del mundo, no me diste un corazón. Vayamos a otra ciudad a recrearnos, pues tenemos nueve bolsas de oro».

Pero el joven pescador arrojó las bolsas de oro al suelo y las pisoteó.

Y dijo: «No, que no tendré nada que ver contigo, ni viajaré contigo a ninguna parte; y al igual que te desterré de mi lado antes, lo volveré a hacer ahora, pues nada bueno me has proporcionado», y de espaldas a la luna, con el puñal que tenía el mango de

piel de víbora verde, se dispuso a recortar de sus pies la sombra del cuerpo que es el cuerpo del alma.

Pero su alma no le abandonó ni cumplió su mandato, sino que le dijo: «De nada sirve ya el hechizo que pronunció la bruja; pues no habré de abandonarte, ni podrás tampoco tú desterrarme de tu lado. Tan sólo una vez en la vida puede un hombre desterrar al alma; y aquél que la recibe en su seno una vez más, habrá de conservarla consigo para siempre; y tal es su recompensa y también su castigo».

Y el joven pescador palideció, y apretó los puños y exclamó: «Era una bruja falsa, que nada de esto me dijo».

—No es cierto —contestó su alma—, pues era fiel a aquel a quien rinde culto, y cuya sierva será por siempre jamás.

Y cuando el joven pescador comprendió que no podría deshacerse de su alma, y que era alma malvada y que moraría siempre en su seno, se arrojó al suelo y lloró de amargura.

Y cuando se hizo de día, el joven pescador se levantó y le dijo a su alma: «Ataré mis manos para que no pueda yo cumplir tus designios y sellaré mis labios para no pronunciar tus palabras; y al lugar donde mora mi amada regresaré. Al mar regresaré, a la pequeña ensenada donde ella acostumbra a cantar;

y la llamaré, y le contaré el mal que he cometido, y el mal que tú me has deparado».

Y su alma le tentó y le dijo: «¿Quién es tu amada para que tengas que volver a su lado? Hay en el mundo muchas que son más hermosas que ella. Las bailarinas de Sámari, que bailan cual si fueran toda clase de aves y bestias, y se pintan los pies de alheña, y en sus manos llevan pequeños cascabeles de cobre. Al bailar se ríen, y su risa es tan cristalina como la del agua. Ven conmigo y te las mostraré».

«Pues ¿por qué tienes tanto desasosiego con lo pecaminoso? ¿No es para el comensal todo aquello cuyo sabor es placentero? ¿Hay, acaso, veneno en los dulces néctares? No te inquietes y ven conmigo a otra ciudad. Hay una pequeña ciudad, muy cerca de aquí, en la que se halla un jardín de tulíperos. Y en tan bello jardín residen pavos reales blancos y otros con el pecho azulado. Cuando despliegan sus colas al sol, éstas parecen discos de marfil y discos de oro. Y la que les alimenta baila para darles placer a las aves; y hay veces que baila sobre sus manos y otras con los pies. Sus ojos están pintados de estibio y las aletas de su nariz tienen la forma de las alas de una golondrina, y en una de ellas hay un anillo del que pende una flor esculpida de una perla. Se ríe al bailar y los anillos de plata que tiene en los tobillos tintinean como cascabeles plateados. Así pues, no te

inquietes más, y ven a esta ciudad conmigo.»»

Pero el joven pescador no contestó nada a su alma, sino que cerró sus labios con el sello del silencio y con un prieto cordel ató sus manos; y regresó al lugar de donde había venido, hasta la minúscula ensenada donde su amor solía cantar. Y cuando su alma le tentaba, el pescador nada respondía; ni tampoco ejecutaba los actos de maldad a que le incitaba el alma, tan grande era la fuerza del amor que tenía dentro de sí.

Y cuando hubo llegado a la orilla del mar, se desató las manos y retiró el sello del silencio de sus labios, y llamó a la sirenita. Pero ella no acudió a su llamada, pese a que el pescador la llamó y la suplicó el día entero.

Y su alma se burló de él y le dijo: «Ciertamente que es escasa la dicha de tu amor. Eres como el que, en época de escasez, vierte agua en una vasija agrietada. Lo que tienes, lo regalas, y nada se te da a cambio. Sería mejor que conmigo vinieras, pues sé dónde está el Valle de los Placeres y cuántas cosas allí se encuentran».

Pero el joven pescador nada respondió a su alma, sino que en una hendidura de la roca se construyó una casa de zarzos y allí moró por espacio de un año. Y cada mañana, llamaba a la sirena, y al mediodía la llamaba y de noche también pronunciaba su nombre.

Pero ella nunca salió de las aguas para verle, ni en ningún lugar del mar podía él encontrarla; y así la buscó en las cuevas y en el agua verdosa, en las lagunas que dejan tras de sí las mareas y en los pozos del fondo de las profundidades.

Y su alma le tentaba con maldades y le susurraba al oído cosas terribles. Pero nada triunfó sobre él, tan grande era la fuerza del amor que tenía dentro de sí.

Y una vez que hubo transcurrido un año, el alma de su interior reflexionó: «He tentado a mi señor con maldades, y su amor es más fuerte que yo. Ahora le tentaré con el bien, y tal vez venga conmigo».

Así que se dirigió al pescador y le dijo: «Te he hablado de los placeres del mundo y no has hecho caso de lo que te he hablado. Permíteme que te hable ahora de la aflicción del mundo, y quizá me escuches. Verdad es que la aflicción es ama del mundo, y no hay nadie que de sus redes pueda escaparse. Unos carecen de vestiduras, otros de pan; hay viudas sentadas sobre la púrpura, y otras sobre harapos. Por los pantanos los leprosos van y vienen, y son crueles unos con otros; los mendigos van y vienen por los caminos y sus carteras están vacías. Por las calles de las ciudades camina el Hambre, y la Peste se sienta a sus puertas. Ven, vayamos a remediar estos males, para que ya no existan. ¿Por qué te demoras llamando a tu amada? ¿No ves que no acude a tu llamamiento?

¿Y qué es el amor, para que lo valores tanto?».

Pero el joven pescador nada contestó a su alma, tan grande era la fuerza de su amor. Y cada mañana, llamaba a la sirena, y al mediodía la llamaba y de noche también pronunciaba su nombre. Pero ella nunca salió de las aguas para verle, ni en ningún lugar del mar podía él encontrarla, si bien la buscó en los ríos del mar, y en los valles bajo las olas, en el mar que las noches hacen de púrpura, y en el mar que la aurora vuelve gris.

Y una vez transcurrido el segundo año, el alma le dijo una noche al pescador, mientras éste estaba sentado solo en su casa de zarzos: «¡Ay, que te he tentado con el mal, y que con las cosas del bien te he tentado, y tu amor es más fuerte que yo! Por ello, ya no te tentaré más, sino que te ruego que me dejes entrar en tu corazón para que podamos ser uno solo como antes lo éramos».

—Sin duda puedes entrar —dijo el pescador—, pues aquellos días en que vagaste por el mundo desprovista de un corazón, mucho debiste sufrir.

—¡Ay de mí! —expresó su alma—. Tu corazón está rodeado de tanto amor, que no hay lugar alguno por donde pueda yo entrar.

—¡Cuánto quisiera socorrerte! —dijo el joven pescador.

Y al decir esto, llegó del mar un gran lamento de

duelo; era el llanto que se escucha cuando muere una de las gentes del mar. Y el joven pescador se puso en pie y salió de su casa de zarzos y llegóse hasta la orilla. Y hasta allí llegaron las olas presurosas, y sostenían algo que era más blanco que la plata. Como la espuma blanca era, y ondeaba cual una flor en el oleaje. Y rompientes lo tomaron de las olas, y de aquéllas la espuma, y lo recibió la orilla; y hasta los pies del pescador llegó el cuerpo de la sirenita: a sus pies yacía la sirena muerta.

Sollozando como quien se queja de dolor, se arrojó junto al cuerpo; y besó el rojo frío de la boca, y acarició el ámbar bañado del cabello. Se precipitó junto a la sirena, llorando como quien tiembla de alegría, y con sus brazos pardos la sujetó contra su pecho. Fríos estaban sus labios, y aun así los besó; la miel de sus cabellos era sal, y la saboreó con aciago alborozo. Besó los párpados cerrados, y la brava espuma que había en sus cálices menos sal tenía que sus lágrimas.

Y en presencia de la muerte, confesóse. En las caracolas de sus oídos vertió el amargo vino de su relato; y abrazó a la sirena y palpó el fino junco de su cuello. Aciago, aciago era su alborozo, y había en su dolor un júbilo inexplicable.

Se fue acercando la marea negra, y la espuma albina gimió como hacen los leprosos. Con blancas

garras de espuma, el mar buscó a tientas por la orilla. Y del palacio del rey del mar llegó nuevamente el lamento del duelo, y en la mar lejana los grandes tritones hicieron sonar sus cuernos roncamente.

—Huye, huye —le dijo su alma—, que si se acerca más el mar y te demoras, te dará muerte. Huye, que siento miedo, pues he visto que tu corazón me está vedado a causa de la magnitud de tu amor; huye hasta un lugar seguro. ¿No querrás acaso enviarme a otro mundo desprovista de un corazón?

Pero el joven pescador no escuchó a su alma, sino que invocó a la sirenita y dijo: «Es preferible el amor a la sabiduría, y tiene más valor que las riquezas, y es más hermoso que los pies de las hijas de los hombres. El fuego no puede destruirlo ni el agua aplacarlo. Te llamé de madrugada, y no acudiste a mi llamamiento; la luna escuchó tu nombre, mas no contestabas. Te abandoné por el mal, y marché para perdición mía. Pero en mí moró siempre el amor que te tuve, y fue siempre fuerte; y no hubo nada que lograra triunfar sobre él, pese a que he visto el mal y he visto el bien. Y ahora que has muerto, de seguro que habré de morir también yo contigo».

Y el alma le rogó que marchara, pero él se negó, tan grande era su amor. Y el mar se acercaba y quería cubrirle con sus olas; y cuando el pescador supo que el final ya llegaba, besó con frenesí los labios fríos

de la sirena, y partióse el corazón en su interior. Y al partirse su corazón, pues estaba henchido de amor, así su alma halló una entrada y penetró, y ambos fueron uno, como habían sido antes; y el mar cubrió al pescador con sus olas.

Y de mañana, el sacerdote acudió a bendecir el mar, que turbulento había estado. Y con él fueron los monjes y los músicos; los portadores de cirios y los incensadores; y muchos otros.

Y cuando el sacerdote llegó a la orilla, vio al joven pescador que había perecido ahogado sobre la espuma, y que sujetaba con los brazos el cuerpo de la sirena. Y retrocedió con amargura, e hizo la señal de la cruz, y dijo en voz alta: «No bendeciré el mar, ni nada de lo que hay en él. Desventuradas sean las gentes del mar, y todos los que con ellas tratan. Y en cuanto a aquel que por su amor renegó de Dios y que aquí yace con su amada por castigo divino, llevad su cuerpo y el de ella, y enterradlos en el extremo de la Pradera de los Abatanadores; y no coloquéis ninguna efigie sobre ellos, ni ninguna indicación, para que nadie sepa el lugar donde reposan. Desventurados fueron en vida, y también lo serán en la muerte».

Y todos hicieron lo que se les había dicho, y en el extremo de la Pradera de los Abatanadores, donde no crecen hierbas fragantes, excavaron una fosa profunda y en su interior depositaron a los muertos.

Y cuando hubo transcurrido el tercer año, y un día que era sagrado, el sacerdote fue hasta la capilla para mostrar a las gentes las heridas del Señor, y hablarles de la ira de Dios.

Y cuando húbose ataviado con sus hábitos, entró y se postró delante del altar; y vio que éste estaba cubierto de extrañas flores que él nunca antes había visto. La imagen de las flores despertaba su asombro, pues tenían una desconocida belleza; y esta belleza le turbaba, y eran de un dulce aroma. Y se sintió dichoso, y no comprendía la razón.

Y abrió el tabernáculo, e incensó la custodia que había en su interior y mostró la sagrada hostia a las gentes, y la ocultó detrás del velo de los velos; y entonces empezó a hablar a los congregados, y era su deseo predicar sobre la ira de Dios. Pero le turbaba la belleza de aquellas flores blancas, y eran de un dulce aroma; y a sus labios llegó otra palabra y no habló de la ira de Dios, sino de un Dios cuyo nombre es Amor. Y por qué hubo de hablar así, lo desconocía.

Y cuando hubo terminado, la gente sollozaba; y el sacerdote volvió a la sacristía, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y vinieron los diáconos y empezaron a desvestirle, y le quitaron el alba y la faja, el manípulo y la estola. Y el sacerdote sentíase como alguien en un sueño.

Y cuando le hubieron desvestido, les miró y les dijo: «¿Qué flores son las del altar, y de dónde proceden?».

Y le contestaron: «No sabemos qué flores son, pero proceden del extremo de la Colina de los Abatanadores», y el sacerdote se estremeció; y regresó a su casa y oró.

Y por la mañana, aún de madrugada, salió el sacerdote con los monjes y los músicos; con los portadores de cirios y los incensadores; y con muchos otros. Y llegó hasta la orilla del mar y bendijo el mar y todos los seres salvajes que hay en él. También a los faunos bendijo; a todos los seres minúsculos que bailan en los bosques; a los seres de ojos luminosos que miran a través del follaje. Bendijo a todos los seres del mundo de Dios, y las gentes se llenaron de asombro y de gozo. Pero en el extremo de la Colina de los Abatanadores no volvieron a crecer flores jamás, y la pradera siguió siendo tan yerma como antes. Ni tampoco vinieron las gentes del mar hasta la ensenada como acostumbraban, que a otra extensión de mar acudieron.

Hugo von Hofmannsthal
LA MUJER SIN SOMBRA^[15]

Ópera en tres actos

Personajes

EL EMPERADOR.

LA EMPERATRIZ.

LA NODRIZA.

ESPÍRITU MENSAJERO.

La aparición de un joven.

BARAK EL TINTORERO.

SU MUJER.

EL TUERTO. (Hermano del tintoreto)

EL MANCO. (Hermano del tintoreto)

EL JOROBADO. (Hermano del tintoreto)

La voz de un halcón. Servidores imperiales. Niños
extraños.

Espíritus sirvientes. La voz de los centinelas.

Voces de espíritus.

PRIMER ACTO

En una azotea sobre los jardines imperiales. A

un lado, la entrada a las estancias, iluminada de forma mortecina.

LA NODRIZA, *agazapada en la oscuridad:*

Luz sobre el lago, un resplandor que se mueve rápido como un pájaro. La cima de la noche iluminada desde arriba, una mano de fuego que intenta apresarme. ¿Eres tú, señor? Observa, yo vigilo al lado de tu criatura, por la noche, llena de preocupación y dolor.

EL MENSAJERO *sale de las tinieblas, nimbado con una luz azul:*

No es el soberano, no es Keikobad, pero sí su mensajero; once de ellos, cada uno diferente, te han visitado en cada luna menguante, la duodécima luna ha descendido y el duodécimo mensajero está ante ti.

LA NODRIZA, *angustiada:*

A ti no te he visto nunca.

EL MENSAJERO, *severamente:*

¡Basta! He venido y te pregunto: ¿Tiene ella una sombra? ¡Si es así, lástima de ti y de todos nosotros!

LA NODRIZA, *triumfante, pero con voz moderada:*

¡Ninguna! ¡En el nombre del Todopoderoso!
¡Ninguna, ninguna! La luz atraviesa su cuerpo como si fuera de cristal.

EL MENSAJERO, *hosco:*

¡Rodeada de soledad para cuidar a la criatura, bañada la isla por negras aguas, siete montes de luna

situados alrededor del lago, y tú, perra, te dejaste robar el tesoro!

LA NODRIZA:

Desde el seno de su madre sentía ella un impulso poderoso que la empujaba hacia los hombres. ¡Lástima que el padre le diera a la criatura el poder de transformarse! ¿Podía yo seguir a un pájaro en el aire? ¿Debía yo detener a la gacela con la mano?

EL MENSAJERO:

¡Déjamela ver!

LA NODRIZA, *en bajo*:

No está sola, él está con ella. No hay doce lunas de la noche en las que él no la haya deseado. Es cazador y amante nada más. Con las primeras luces del alba se aleja de ella y cuando caen las estrellas está, de nuevo, de vuelta. Las noches de él son los días de ella y los días de él son las noches de ella.

EL MENSAJERO, *muy decidido*:

Durante doce lunas fue suya, ahora él la tendrá solamente durante tres breves noches; cuando éstas hayan transcurrido, ella regresará a los brazos del padre.

LA NODRIZA, *con controlado júbilo*:

¡Y yo con ella! ¡Oh bienaventurado día! Y, sin embargo, ¿qué será de él?

EL MENSAJERO:

¡Se convertirá en piedra!

LA NODRIZA:

¡Que se convertirá en piedra! En esto reconozco a Keikobad y lo reverencio.

EL MENSAJERO, *desapareciendo*:

¡Cuidala! ¡Tres días! ¡Reflexiona!

EL EMPERADOR, *entrando por la puerta de la estancia*:

¡Nodriza! ¿Velas?

LA NODRIZA:

Velo y estoy echada, semejante a una perra, en tu umbral.

EL EMPERADOR *sale, joven, hermoso, vestido con un arnés de caza; alborea suavemente*:

Quédate y vela hasta que ella te llame. La señora duerme, voy de caza. Hoy llegaré hasta los montes de luna y mandaré a mis perros sobre el agua negra, allí donde encontré a mi dueña, y ella tenía el cuerpo de una gacela y no poseía sombra alguna y me inflamó el corazón. ¡Dios quisiera que yo encontrara nuevamente hoy a mi halcón rojo, que, en aquel momento, apresó a mi bien amada, puesto que cuando ella huyó de mí, semejante al viento, y se burló de mí, y mi caballo estuvo a punto de desplomarse, entonces él, volando, se acercó a la blanca gacela, entre las nubes, y con su aleteo cerró sus dulces ojos! Entonces ella se derrumbó y yo me dirigí a ella con el dardo desenvainado. En ese momento y, entre

miedos, surgió una mujer, despojándose del cuerpo animal. ¡Ay si lo encontrara de nuevo! ¡Cómo honraría al halcón rojo! Porque pequé contra él en la embriaguez de las primeras horas, pues cuando ella se convirtió en mi mujer, me llené de ira contra el halcón, que había osado posarse en su frente y cerrar sus dulces ojos. Y en la ira, lancé la daga contra el pájaro, rozándolo y haciendo que su sangre goteara.

LA NODRIZA, *con impaciencia*:

Señor, si organizáis una cacería tal, fácilmente estaréis ausente durante la noche.

EL EMPERADOR:

Es posible que no regrese a casa en tres días. Cuídame a la señora y dile que si cazo es por ella y nada más que por ella y lo que cazo con perro y halcón y lo que consigo con la flecha y la espada es algo que la sustituye. Pues para mi alma, mis ojos, mis manos y mi corazón, es ella la presa de las presas sin fin.

Desaparece rápidamente. La aurora se hace más intensa y se oye el trinar de los pájaros.

LA NODRIZA, a unos criados que se habían ido agrupando alrededor del emperador:

¡Fuera de aquí! Oigo a la señora, su mirada no debe alcanzaros.

Los criados, de un lado a otro, silenciosos.

LA EMPERATRIZ, *saliendo de la estancia*:

¿Se ha ido mi amado? ¿Por qué me despiertas tan temprano? Déjame que siga acostada. Quizá sueño que me encuentro de nuevo en el cuerpo ligero de un pájaro o de una joven gacela blanca. ¡Ay, ay, que yo no pueda transfigurarme nunca más! ¡Ay que tuviera que perder mi talismán en la embriaguez de la primera hora! Y yo sería con gusto la pieza huidiza que sus halcones golpean. ¡Mira, allí arriba! ¡Mira! Allí se ha escapado uno de sus halcones. ¡Mira! ¡Ay, mira hacia allí, el halcón rojo que antes me abatió con su aleteo! ¡Desde luego es él! ¡Oh, día de la felicidad para mi amado y para mí! ¡Nuestro halcón, nuestro amigo! ¡Bienvenido seas, hermoso pájaro y valiente cazador! Nos ha perdonado, regresa de nuevo con nosotros. ¡Oh, mira hacia allí, cómo aletea erguido! Allí en la rama, cómo me mira, de sus alas gotea sangre, de sus ojos manan lágrimas. ¡Halcón! ¡Halcón! ¿Por qué lloras?

LA VOZ DEL HALCÓN, *quejumbrosa*:

¿Cómo no voy a llorar? ¿Cómo no voy a llorar? La mujer no posee sombra alguna, el emperador tiene que convertirse en piedra.

LA EMPERATRIZ:

En el talismán, que yo perdí en la embriaguez de la primera hora, estaba cincelada una maldición, leída en tiempos, ¡ay, olvidada! Ahora reaparece.

LA VOZ DEL HALCÓN:

La mujer no posee sombra alguna; el emperador tiene que convertirse en piedra. ¿Cómo no voy a llorar?

LA NODRIZA, *repitiendo con voz ronca*:

¡La mujer no posee sombra alguna!

LA EMPERATRIZ:

¡El emperador tiene que convertirse en piedra!

Empezando a llorar:

Nodriza, por lo que más quieras, ¿dónde encuentro yo una sombra?

LA NODRIZA, *con voz ronca*:

Ha tenido el atrevimiento de convertirte en una como él y se le puso un plazo para que lo llevara a cabo. Los nudos de tu corazón no los ha desatado y no llevas a un no nacido en tu seno. ¡No posees sombra alguna, por todo ello, él debe pagar un precio!

LA EMPERATRIZ:

¡Ay de mí, padre mío! Tu mano se apoya pesada en tu hija. ¡Sin embargo, más fuerte que otras soy yo sin duda!

Nodriza, por lo que más quieras, tú conoces los caminos, conoces las artes, nada te es desconocido y nada te es demasiado difícil. ¡Lógrame una sombra! ¡Ayuda a tu niña!

Y cae de rodillas ante ella.

LA NODRIZA, *con severidad*:

¡Se ha pronunciado una sentencia y se ha hecho un contrato! Se ha apelado a nombres poderosos y de ti depende que te sometas.

Cortándose ante la fuerza de su mirada.

Quizá yo pudiera lograr la sombra, sin embargo para que se te adhiera, tú misma tendrías que recogerla. ¿Y sabes dónde?

LA EMPERATRIZ:

¡Sea donde sea, muéstrame el camino y recórrelo conmigo!

LA NODRIZA, *en voz baja y espeluznada:*

¡Donde habitan los seres humanos! ¿No te horroriza? La respiración de los hombres es para nosotros un aire mortal. ¡Esta casa, con torres que miran a las estrellas, agua que corre impulsada hacia arriba, aspirando a la limpieza de los reinos celestiales! Su limpieza nos huele a nosotros a hierro oxidado y a sangre coagulada y a cadáveres viejos. ¡Y desde aquí ahora mucho más abajo! ¡Mezclarte con ellos, vivir con ellos, intercambiando conversaciones, respiración con respiración, observando sus deseos, doblegándote a su maldad, inclinándote ante sus tonterías, sirviéndoles! ¿No te espanta?

LA EMPERATRIZ, *muy decidida y con empaque:*

¡Quiero la sombra!

Con brío:

¡Amanece! ¡Llévame junto a ellos! ¡Así lo quiero!

Pálida luz matutina.

LA NODRIZA:

Amanece un día, un día humano. ¿Lo percibes? Tienes miedo ya. Ése es su sol, hacia él proyectan sus sombras. ¡Un viento traicionero se desliza por delante de sus casas, sopla en sus cabellos y se los arranca!

Poco a poco llega la aurora.

Llena de ironía y desprecio:

¡El día ha llegado, un día humano, una turbamulta salvaje, ansiosa, sin sentido, aspiraciones perpetuas sin goce!

Fiera y llena de odio:

Múltiples caras sin gestos. Ojos que miran sin mirar, monstruos que se quedan boquiabiertos, anfibios y arañas. ¡Para nosotros es tan divertido observar cómo son ellos!

Yo sabría comprenderlos sin duda, instalarme, hacerles pillerías en su propia casa, eso es mi elemento. Sus almas son almas de ladrones. Así vendo yo uno a otro. Soy una bribona entre bribones. ¡Me llaman abuelita e incluso madre! ¡Tengo muchos hijos e hijas adoptivos que se acurrucan junto a mí como monstruos! ¡Espera, debes ver todavía algo!

LA EMPERATRIZ, *sin hacer caso de la nodriza:*

¡Horror!, ¿quién me agarra de forma tan tremenda? ¿Qué destino me empuja hacia abajo?

LA NODRIZA *muy pegada a ella:*

¿Tiemblos? ¿No te arrepientes de tus deseos? ¿Preferirías que nos quedáramos? ¿Dejarías que se perdiera la sombra?

LA EMPERATRIZ:

Naturalmente que tengo miedo, pero en mí hay una fuerza que me ordena hacer todo aquello que me da miedo, y no hay ocupación alguna, aparte de ésta, que me parezca más digna de ser llevada a cabo. ¡Descendamos!

El amanecer reluce en todo su esplendor.

LA NODRIZA:

¡Descendamos! Has elegido sensatamente a la guía. Hijita, amada, espera, espera. Yo sé revolotear alrededor de sus tejados, por la campana de las chimeneas, sé cuál es el camino, y los senderos entrelazados de sus corazones, los recodos y estrechamientos me los conozco bien.

Se sumergen en el abismo del mundo de los hombres. La orquesta acompaña su vuelo terreno.

El telón del foro cae rápido.

Metamorfosis

En casa del tintorero. Una pobre estancia. El taller y la vivienda en una sola. Detrás, a la izquierda, las camas; a la derecha, la única puerta de entrada y salida. Delante, los fogones, todo orientalmente precario. Paños teñidos, colgados en las barras de un lado a otro, para secarse; tinas, cubos, cubas, marmitas colgando de cadenas, grandes vasijas, barras de remover, morteros trituradores, molinos de mano, ramilletes de flores secas y hierbas colgados; los mismos escalonados en los muros; goterones de colores en charcos sobre el suelo de arcilla, manchas azul oscuro y amarillo oscuro por doquier.

Cuando se levanta el telón, el tuerto está encima del manco, estrangulándolo. El joven, el jorobado, intenta separar al tuerto. La mujer del tintorero avanza desde detrás, busca una vasija para mojar con agua a los que se pelean:

EL TUERTO golpea al que está debajo de él:

¡Ladrón! ¡Cógelo! ¡Tú, devorador insaciable!

EL MANCO, debajo, resollando:

¡Quitádmelo de encima!

EL JOROBADO:

¡Socorro! ¡Hermano! ¡Se están estrangulando!

LA MUJER los moja:

¡Sinvergüenzas! ¡Que tengáis una suerte perra!

Los tres hermanos, respondiendo a la actuación

de la mujer, bufándose y bufándole, acucillados en la tierra, contra la mujer.

EL TUERTO:

¿Quieres insultarnos, tú, advenediza? ¿Tú, hija de pordioseros? Pero ¿quién te crees que eres? Nosotros fuimos cinco hermanos, y sin embargo, para cada pobre que llegaba había escudillas y la grasa humeaba en ellas.

EL JOROBADO:

Pero ¿cómo te atreves a levantarnos la mano, preciosa, o es que quieres contradecir, aposta, a mi hermano?

EL MANCO:

¡Déjala, hermano, que es una mujer!

Barak, el tintorero, entra en ese momento por la puerta.

LA MUJER:

¡Que se vayan! ¡Échalos lejos de aquí! ¡O no seguiré aquí por mucho más tiempo!

BARAK, *sereno*:

¡Marchaos! Hay suficiente para acarrear diez cestas llenas, ¿por qué estáis holgazaneando aquí?

Los tres hermanos salen. Barak coloca pieles teñidas una sobre otra en un gran montón.

LA MUJER:

O se van, y para siempre, o me voy yo. Entonces sabré lo que soy para ti.

BARAK, *siguiendo con su trabajo:*

Aquí tienen la escudilla con la que calman su hambre. ¿Dónde van a albergarse si no es en la casa de su padre?

La mujer calla, malévola.

BARAK, *como antes, sin levantar los ojos:*

Fueron niños, tenían ojos relucientes, brazos rectos, una espalda lisa. Los he visto crecer en la casa del padre.

LA MUJER, *burlándose de él:*

Había escudillas para trece niños, humeando de grasa y si llegaba un pordiosero, había sitio para todos.

Se tapa los oídos.

BARAK *coge una cuerda para atar un paquete, hace una pausa y la mira:*

Si es necesario, consigo con estas dos manos comida para trece.

Se ha levantado y está muy cerca de ella.

Dame hijos que se acurruquen a mi lado, alrededor de las escudillas, por la noche, y ninguno se me ha de levantar con hambre. Y yo alabaré su apetito y daré gracias de corazón por que se me haya encargado saciar su hambre.

Se acerca y la toca levemente.

¿Cuándo me darás hijos para poder hacerlo?

La mujer se ha vuelto y cuando la toca, le

rechaza.

BARAK, *de buena fe, agradable:*

¡Eh, tú! Es tu marido el que está ante ti. ¿Es que no me está permitido tocarte?

LA MUJER, *sin mirarlo:*

Mi marido está ante mí. Desde luego es mi marido. Lo sé sin duda alguna, lo sé, y lo que ello significa. He sido pagada y comprada para saberlo y retenida en la casa y albergada y mantenida para saberlo. ¡Pero desde hoy no quiero saber ya más! ¡Maldigo la palabra y lo que ella significa!

BARAK:

¡Ea! ¿No han dicho las buenas comadres hermosos conjuros sobre tu cuerpo y no he comido siete veces lo que ellas han bendecido? Y si eres rara y más distinta de lo normal, yo alabo la rareza y me inclino hasta el suelo ante la metamorfosis. ¡Ay qué dicha sobre mí y qué esperanza y alegría en el corazón!

Se arrodilla para seguir trabajando.

LA MUJER:

Las mujeres de ojos lacrimosos, que pronuncian conjuros, no tienen nada que hacer con mi cuerpo y lo que tú hayas comido en la noche no tiene poder alguno sobre mi alma.

En voz baja:

Hace ya tres años y medio que soy tu mujer y tú

no has conseguido fruto alguno de mí y no me has hecho madre. Los deseos de serlo los he tenido que apartar de mi corazón. Por eso ahora debes apartar de ti aquellos deseos que te gusten.

BARAK, *con serenidad no forzada y con piedad de corazón:*

De una boca joven salen palabras duras y obstinados discursos, pero están bendecidos por la bendición de la revocabilidad. No te guardo rencor alguno y mi corazón está animoso y aguardo con impaciencia y espero a los alabados que han de llegar.

Barak ha atado el gran fardo, lo coloca sobre el hogar y desde allí lo carga, inclinándose y pasando el final de la cuerda sobre su espalda; y, ya cargado, se endereza.

LA MUJER, *adusta:*

A esta casa no viene nadie, antes bien saldrán y se sacudirán el polvo de las suelas.

Casi sin voz:

Mejor, por tanto, que suceda hoy antes que mañana.

BARAK *asiente con la cabeza, sin oír sus últimas palabras; mientras que, yendo difícilmente con el gran peso hacia la puerta, dice para sí:*

Si yo llevo esta mercancía al mercado, me ahorraré el asno que me la tenga que llevar.

Se va. La mujer, sola, se ha sentado sobre un hato o un paquete, que está situado ante ella. Un flotar, un oscurecerse, un brillo en el aire. La nodriza, cuyas ropas tienen remiendos blancos y negros, y la emperatriz, vestida como una doncella, aparecen allí sin haber entrado por la puerta.

LA MUJER se pone bruscamente de pie:

¿Qué queréis? ¿De dónde venís?

LA NODRIZA se acerca humildemente para besarle los pies:

¡Oh, belleza sin igual! ¡Fuego reluciente! Oh, oh, hija mía, ¿ante quién nos encontramos? ¿Quién es esta princesa, dónde está su séquito? ¿Cómo ha llegado ella sola a este antro?

Se levanta, temerosa, de su situación de postración.

¿Me permites la pregunta, mi señora? ¿Era acaso uno de tus sirvientes o mensajeros ese alto con un saco en la espalda, un hombre rechoncho, ya no joven, con una gran boca y la frente estrecha?

LA MUJER:

Tú, parpadeante, a la que yo no he visto en mi vida y no sé de dónde has salido, a ti te veo venir de lejos; tú sabes muy bien que ése es el tintorero, mi marido, y que yo vivo en esta casa.

LA NODRIZA salta sobre sus pies como llena de un inconmensurable asombro:

¡Oh, hija mía, observa y asómbrate! ¿Es posible que ésta sea la mujer del tintorero? Acércate, hija mía, te está permitido, observa estas pestañas y mejillas, observa este cuerpo con la delgadez de la joven palmera y exclama: ¡ay, dolor!

LA EMPERATRIZ:

Quiero besar la sombra que proyecta.

LA NODRIZA:

¡Ay, dolor! Y esto tiene que darle hijos y tiene que consumirse aquí. ¡Ay del destino ciego y de la perfidia de la suerte!

LA MUJER, *temerosa, retrocede ante ella*:

¡Ay, que tú hayas venido para burlarte de mí! ¿De qué hablas y por qué me miras tan fijamente y quieres hacer de mí una loca ante Dios y ante los hombres?

Llora.

LA NODRIZA, *con un asombro fingido mientras que arrastra a la emperatriz*:

¡Ay, hija mía, larguémonos! Ésta nos aparta de sí y no acepta nuestros servicios. Conoce el secreto y se quiere burlar de nosotros. ¡Larguémonos!

LA MUJER *se levanta, súbitamente*:

¡Qué secreto, tú, indecible! Por mi alma y la tuya, ¿qué secreto?

LA NODRIZA *se agacha profundamente*:

El secreto de la compra y el secreto del precio por el que tú vendes todo.

LA MUJER:

¡Por mi alma y por el Juicio Final, no sé nada de compra, ni tampoco sé nada de precio!

LA NODRIZA:

Oh mi señora, ¿me vas a decir que no venderías ni siquiera por un encanto imperecedero y un poder ilimitado sobre los hombres, tu sombra, esa nada negra, que va detrás de ti por el suelo, esa cosa sin nombre?

LA MUJER, *dándose la vuelta, hacia su sombra*:

¡La sombra torcida de una mujer como yo! ¿Quién daría por ella ni el precio más indigno?

LA NODRIZA:

¡Todo, tú, bendita, todo lo pagan compradores ansiosos, tú, señora, cuando un innombrable como tú renuncia a su sombra y la cede!

¡Ay! ¡Esclavos y esclavas, tantos como pudieras desear y brocados y vestimentas de seda, de los cuales tú podrías, cambiándolos, hacer alarde cada hora! ¡Y las acémilas y el deseo nocturno de tus amantes y la magnificencia de la juventud por tiempo ilimitado, todo es tuyo, señora, si entregas tu sombra!

Se lanza hacia el aire reluciente y alcanza a la mujer una valiosa diadema de perlas y piedras preciosas.

LA MUJER:

¡Esto en mi cabello! ¡Tú, amor, tú! ¡Sin embargo

yo, pobre mujer, no tengo espejo alguno! ¡Allí sobre la artesa me arreglo yo el cabello!

LA NODRIZA:

Si me permites, yo te adornaré.

Le coloca la mano sobre los ojos y rápidamente, tanto ella como la mujer han desaparecido. En lugar del cuarto del tintorero aparece un magnífico pabellón, cuyo interior podemos ver: es la sala de estar de una princesa. El suelo está cubierto con una alfombra de los colores más bellos, y también hay allí esclavas con vestimentas de todos los colores. Se levantan del suelo, escuchan de rodillas, retrocediendo y gritando como si fueran las voces entrelazadas de un carillón.

SIRVIENTAS:

¡Ay, señora, dulce señora, ah!

Por una pequeña puerta de detrás, a la izquierda, entra en la estancia la mujer conducida por la nodriza. Está casi desnuda, cubierta por un abrigo y viene del baño; lleva la diadema de perlas sujeta al pelo. Pasa con la nodriza, entre las esclavas arrodilladas, y se dirige hacia un gran espejo oval de metal, que está delante, a la derecha. Allí se sienta y se contempla con asombro.

LA VOZ DE LA EMPERATRIZ:

¿No quieres dar, por esta imagen en el espejo, tu hueca sombra?

VOZ DE JOVEN:

¡Daría, sin duda, por esta imagen en el espejo, el alma y mi vida!

SIRVIENTAS:

¡Ay, dolor! ¡Demasiado pronto! ¡Señora! ¡Ay, señora!

La casa del tintorero está de nuevo allí. La nodriza, como antes, la emperatriz a un lado; la tintorera con su ropa pobretona —la joya ha desaparecido— se aferra tambaleándose a la nodriza. La nodriza y la emperatriz intercambian una mirada.

LA MUJER, *muy excitada*:

Y aunque tuviera ahora mismo la voluntad para hacerlo, ¿cómo cedería y daría mi sombra que está en la tierra? ¡No, dilo pues rápidamente, no, rápido, rápido, pues, rápido, tú, inteligente, bondadosa! ¡Dilo ahora, rápidamente!

La nodriza se cambia de ropa y llama a la hija para que sea testigo al mismo tiempo.

La mujer casi no puede dominar la impaciencia.

LA NODRIZA:

¿Te ha costado lágrimas de sangre el no haberle parido ningún hijo al esparrancado? ¿Y tu corazón ansia, de día y de noche, que muchos pequeños tintoreros vengan a este mundo gracias a ti? ¿Debe convertirse tu cuerpo en un camino militar y tu

delgadez en un sendero trillado? ¿Tienen que mustiarse tus senos y perder rápidamente su esplendor?

LA MUJER, *en voz baja*:

Mi alma está harta de maternidad antes de haberla probado. ¡Vivo aquí en la casa, pero el hombre no habrá de acercárase! Así lo he hablado y prometido en mi interior.

LA NODRIZA:

Apartar la maternidad para siempre de tu cuerpo. ¡Sacrificar con los gestos del desprecio a los molestos que no han nacido! ¡Así está dicho y prometido! ¡Tú, extraña, tú! ¡Tú, antorcha levantada! ¡Oh, tú, soberana, alabada entre las mujeres, ahora tendrás que verlo y vivirlo: serán llamados poderosos nombres y se cerrará un trato y se decretará un destierro!

Tres días te serviremos en la casa, ésta y yo, así está decidido. ¡Cuando éstos hayan transcurrido, como pago al servicio, de boca en boca, de mano en mano, con mano consciente y obsequiosa boca, nos entregas la sombra y entras en el comienzo de los gozos! Y las esclavas y los esclavos y los surtidores y los jardines y las cúpulas llenas de toneladas de oro.

LA MUJER *la interrumpe, bruscamente*:

¡Silenciosa y callada, oigo a mi marido que

regresa!

Ceñuda:

Ahora exigirá su cena que no está preparada y su lecho (*casi sin voz*), que yo no quiero concederle.

LA NODRIZA, *arrebataada:*

No estás sola, tienes sirvientas, a ésta y a mí; mañana al mediodía estaremos a tu servicio, como parientes pobres tendrás que recibirnos; solamente, después de la medianoche, mientras tú descansas, nos dejas salir por un corto plazo de tiempo. ¡Eso no tiene que saberlo nadie! ¡Ahora, rápido! ¿qué es lo que hace falta?

Un golpe de viento penetra de pronto por la habitación, que ha bañado de luz medio oscura a la progresivamente incipiente puesta de sol.

LA NODRIZA *mandando:*

¡Pececillos cinco de la cubeta del pescador, nadad en el aceite y tú, sartén, cógelos! ¡Fuego avídate! ¡Aquí, lecho del tintorero Barak! ¡Y fuera con los huéspedes, vengan de donde vengan!

La nodriza, ordenando, ha palmeado sin ruido. Los pececillos vuelan hada dentro, brillando, y aterrizan en la sartén; el fuego, detrás del fogón, se enciende; la mitad del lecho matrimonial se ha dividido y en primer lugar aparece un estrecho lecho para una sola persona; mientras tanto, al fondo, el lecho de la mujer aparece tapado por una

cortina y, mientras esto sucede, la nodriza y la emperatriz han desapareado, sin hacer ruido, por el aire. El brillo del fuego oscila en la habitación que refleja ya el anochecer. La mujer está sola y mira, fijamente, llena de asombro. De pronto resuenan en el aire, como si fueran los pececillos en la sartén, temerosamente:

CINCO VOCES DE NIÑO:

¡Madre, madre, déjanos ir a casa! ¡La puerta está cerrada, no sabemos dónde estamos, estamos a oscuras y llenos de temor! ¡Madre, ay, dolor!

LA MUJER, *muerta de miedo por lo incomprensible, mirando a su alrededor desconcertada:*

¿Qué es ese horroroso gemido que sale del fuego?

LAS VOCES DE LOS NIÑOS, *cada vez más insistentes:*

¡Estamos a oscuras y llenos de temor! ¡Madre, madre, déjanos entrar! ¡O llama al buen padre para que nos abra la puerta!

LA MUJER, *aterrorizada:*

Si encontrara agua para acallar el fuego.

La llama bajo el fogón se hace ostensiblemente más débil.

LAS VOCES INFANTILES, *con voz apagada:*

¡Madre, ay! ¡Tu duro corazón!

La mujer se desploma ante un hato y se limpia

de la frente el sudor que le produce el miedo.

BARAK *aparece en la puerta, con una cesta bien cargada, hablando para sí, tranquilo:*

Si yo mismo llevo la mercancía al mercado, me ahorro así el burro que me la lleva.

La mujer se levanta con dificultad, se acerca a su lecho, levanta la cortina y no dice nada.

BARAK *se adelanta:*

Un rico olor de pescados y aceite. ¿Cómo, no vienes a comer?

LA MUJER, *desde atrás:*

Aquí está tu comida, yo me voy a acostar. Allí está ahora tu lecho.

BARAK *se da cuenta y, moderadamente indignado:*

¿Mi cama aquí? ¿Quién ha hecho esto?

LA MUJER, *desde su puesto:*

Desde mañana dormirán aquí dos tías, a las cuales les prepararé el lecho a mis pies, como mis sirvientas. Así se ha pactado y así será.

Corre la cortina.

BARAK, *entre tanto, resignado, saca un trozo de pan de sus ropas, y lo come sentándose en la tierra:*

Me dijeron que sus charlas y su comportamiento serían raros en los primeros tiempos, pero yo los soporto mal y la comida no me gusta.

LAS VOCES DE LOS VIGILANTES, *en la calle:*

Vosotros, matrimonios en las casas de esta

ciudad, amaos el uno al otro más que a vuestra vida y sabed: ¡No por vuestra vida se os ha confiado la semilla de la vida, sino solamente por vuestro amor!

BARAK, *volviéndose*:

¿Oyes a los centinelas, criatura, y su llamada?

Ninguna respuesta.

LAS VOCES DE LOS VIGILANTES:

Vosotros, matrimonios, que amándoos, os acunáis en brazos, vosotros sois el puente tendido sobre el abismo, sobre el que los muertos regresan de nuevo a la vida. ¡Bendita sea vuestra obra de amor!

BARAK *escucha de nuevo, vuelto hacia atrás, en vano; suspira profundamente y se tiende a dormir*:

¡Así sea, pues!

El telón cae.

SEGUNDO ACTO

La casa del tintorero. Los hermanos miran hacia la puerta; cargado, el tintorero se descarga; la emperatriz, como sirvienta, le ayuda.

LA NODRIZA *corre hacia la puerta y se inclina hasta el suelo ante el tintorero*:

¡Ven pronto a casa, mi señor, pues mi señora se consume de nostalgia cuando no estás!

Barak va.

LA NODRIZA *corre hacia la mujer, en voz baja:*

El aire es puro y valioso el tiempo, ¿cómo debo llamar al que tiene que entrar ahora?

La mujer se ha sentado y ha desatado el pañuelo que rodeaba su cabeza; su cabello está trenzado de perlas. La emperatriz está arrodillada ante ella y le sostiene el espejo.

LA NODRIZA:

¡Oh tú, señora mía, desde hoy, respóndeme! ¿Cuáles son tus costumbres? ¿Debe marcharse ésta? ¿O le llamo? ¿Con una llamada nostálgica? ¿O con una alegre?

LA MUJER, *agresiva:*

¿A quién se refiere la pregunta?

LA NODRIZA, *en voz baja:*

¡A aquel que reina en tu corazón y para el que te adornas!

LA MUJER, *tranquila:*

En un corazón vacío no vive nadie y me he engalanado para el espejo.

LA NODRIZA, *con socarronería:*

¡Oír es comprender, oh, tú, mi señora! Así hablo yo en vez del devorado por la nostalgia, el que ha intuido el flotar de tus cabellos sueltos, en sueños, pero que no los ha visto nunca —la rodilla liberada de miedos y temores: permite que yo lo llame al umbral de la nostalgia y de la benevolencia.

LA MUJER *se levanta*:

No conozco a ningún otro hombre aparte de aquel que ha salido de esta casa.

LA NODRIZA *pegada a ella*:

¡Oh, tú, niña de mis sueños! Al último que has encontrado, deseado en secreto, al que tú has visto no obstante con los ojos cerrados y al que, voluntariamente, has pertenecido en tus pensamientos. ¡Apiádate de él!

LA MUJER, *sonrojándose y confusa*:

¿Quién eres y por quién me tomas, pues?

LA NODRIZA, *triumfante*:

Te traeremos a aquel al que tú, ahora mismo, tiernamente sonrojada, envías tu pensamiento.

LA MUJER:

¡Me haces reír!

¡Si te digo que apenas sé la callejuela donde lo encontré, ni siquiera el barrio de la ciudad y todavía menos su nombre!

LA NODRIZA:

¡Ahora cierra los ojos y llámalo, que venga a ti!
¡Cuando los abras, estará ante ti!

LA MUJER, abandonándose a sus pensamientos:

Solamente sé que yo atravesaba el puente entre muchas personas, cuando alguien vino a mi encuentro, casi un muchacho, que no me prestó atención.

LA NODRIZA *coge, a escondidas, un manajo de paja del suelo:*

¡Tú, escoba, préstame tu aspecto, y tú, caldero, la voz!

LA EMPERATRIZ, *dirigiéndose a la nodriza:*

¡Horror! ¿Tiene esto que suceder ante mis ojos?

LA NODRIZA, *en voz baja:*

En buen trato y para tu bien.

Se desliza hacia la mujer escondiendo el manajo de paja detrás de la espalda.

¡Cerrados tus ojos y abierto tu corazón, tú, hermosa, tú!

Lanza el manajo de paja sobre la mujer. Se enciende y después la luz está cambiada.

LA EMPERATRIZ, *para sí, murmurando, mientras que la mujer piensa en voz alta:*

¿Es que son así los hombres, tan venal es su corazón?

LA NODRIZA:

¡Es tan divertido observarlos a ellos como a los sapos y a las culebras!

LA MUJER, *con los ojos cerrados, prosiguiendo en forma de monólogo:*

Aquel que no me prestó atención con mirada altanera y en el que yo pensaba, a ratos, secretamente, en sueños.

LA NODRIZA, *decidida:*

¡Ya es hora, aquí, mi señor!

Aplaude con las manos. Allí aparece un joven, como sin alma. Dos pequeños seres, que desaparecen inmediatamente, lo apoyan.

LA MUJER, *con los ojos abiertos*:

¡Él y el mismo, y sin embargo, no!

LA NODRIZA, muy cerca del joven, que poco a poco se va reanimando:

¡Por ella estás aquí tú, tú, el muy deseado!

Se dirige hacia la mujer:

¿Qué significa para ti cada hora que has pasado sin conocerlo?

LA MUJER:

Quiero irme y esconderme.

El joven está con la cabeza agachada. La mujer, involuntariamente, levanta la mano hacia él.

LA NODRIZA, *entre ambos*:

¡Sé rápido, mi señor! ¡Y tú prudente, señora!
¡Indeciblemente pasajera es tal felicidad!

VOCES QUE PROVIENEN DEL AIRE:

¡Sé rápido, mi señor! ¡Y tú prudente, señora!
¡Indeciblemente pasajera es tal felicidad!

La nodriza corre hacia la emperatriz y la empuja hacia atrás.

LA EMPERATRIZ *se suelta bruscamente y escucha lo que pasa fuera*:

¡Ay! ¡Desesperación! Que tengan que encontrarse

el ladrón y aquel al que le pertenece la casa; aquél con corazón y aquél sin corazón.

LA NODRIZA *corre hacia adelante:*

¡Separaos! A ella le está concedido oír lo que está lejos.

Y anuncia:

¡El tintorero regresa a casa!

Lanza su abrigo sobre el joven, la habitación se oscurece precipitadamente y cuando de nuevo vuelve a iluminarse, el mancebo ha desaparecido. A los pies de la nodriza está el manojito de paja, que ella recoge y esconde en una hornacina.

La puerta se abre, Barak entra, llevando un enorme caldero de cobre en los brazos, le preceden el tuerto, que toca la gaita, el jorobado con una corona y tirando de un enorme tonel de vino, el manco con una fuente todavía más pequeña; tras ellos, pretenden entrar niños mendigos.

BARAK, *orgulloso y dirigiéndose a la mujer:*

¿Qué dices, tú, princesa, ante esta comida, tú, delicada?

La mujer le da la espalda.

Los hermanos se han colocado a la derecha, en fila:

¡Oh, día de la felicidad, tarde de la piedad! ¡Esto sí que ha sido una compra! ¡Carnicero, corta la ternera y el cordero! ¡Y aquí el gallo! ¡Tú, asador,

fuera con el espetón! ¡Aquí tú, panadero, con lo amasado y tú, sospechoso, aquí con el vino! ¡Cuando compramos, lo hacemos bien, de verdad! ¡Oh, día de la felicidad, tarde de la piedad!

LOS NIÑOS MENDIGOS, *irrumpiendo en la habitación:*

¡Oh, día de la felicidad, oh, tarde de la piedad!

LA MUJER, *sin mirar a Barak:*

¡Verdaderamente está dispuesto que se pisotee lo tierno y venza lo pesado y que a aquel que quiera pan se le dé una piedra! ¡Y hacia quien prueba la fuente de los sueños se dirigen los animales y le disparan desde la mesa del feliz y él no tiene sitio alguno donde poder refugiarse más que en sus lágrimas! ¡Esto es lo que yo digo, feliz Barak!

Las lágrimas la inundan, se sienta a un lado escondiendo la cara entre las manos.

BARAK *ha colocado su escudilla en el suelo; después de un momento de resignación:*

¡Comed, hermanos y sentíos a gusto! Su lengua es afilada y su carácter caprichoso, pero no es mala, lo que dice está bendecido con la bendición de la revocabilidad, por la limpieza de su corazón y por su juventud.

Los hermanos están echados en el suelo y se han inclinado sobre las escudillas, los niños mendigos alrededor de ellos. Barak mete a los niños buenos

bocados en la boca. En la puerta se agrupan vecinos, ancianas, inválidos, más niños e incluso perros.

BARAK *llama a la doncella:*

¡Ven aquí, tú, silenciosa tía, esto es para ti! Y acércate a la mujer para ver si quiere probar los pasteles o los dulces con canela.

La emperatriz se prepara para ir hacia la mujer.

LA MUJER *se enfurece:*

¡Mis pantuflas en tu cara, tú, mosca muerta!
¡Amargura quiero yo tener en la boca y no azucararla!
¡Para qué necesito yo especias cuando me reconcome la aflicción a causa de la cruel alevosía y del deplorable destino!

LOS HERMANOS, *en la comida, revueltos:*

¿Quién hace caso a una mujer y a los gritos de una mujer? ¡Pero indulgente, paciente has sido tú desde siempre! ¡Y magnánimo desde el seno materno! ¡Y caritativo! ¡Y generoso! ¡Eso eres tú! ¡Oh, nuestro padre!

Se inclinan, medio borrachos, besan el suelo ante Barak.

BARAK, *al mismo tiempo con ella y con ellos, piadoso, con solemnidad no buscada:*

Aquí hay cosas buenas, ¡sentíos cómodos, hermanos míos, y alegraos de estar con vida! ¡Se os permite y vosotros sois para mí lo que serían los

hijos!

LOS NIÑOS, *que han entrado de fuera, extraños se inclinan ante Barak:*

¡Oh, tú, tintorero de tintoreros y padre de todos nosotros!

El telón de foro cae.

La halconera imperial, solitaria en el bosque. La luz de la luna entre los árboles. El emperador se acerca cabalgando, se baja silencioso del caballo, se aproxima sin hacer mido y permanece escondido tras un árbol, desde el que puede ver la entrada y el fuego de la pequeña casa. La puerta está cerrada.

EL EMPERADOR:

¡Halcón, halcón, tú el hallado de nuevo! ¿A dónde me llevas, sabio pájaro? La halconera, sola en el bosque, tiene que ser mi vivienda por tres días, nadie a mi alrededor a excepción de la nodriza, alejado de los hombres, escondido del mundo.

Así me lo escribió mi mujer —ella se lo dio al mensajero, su diadema envolvía la carta artísticamente—. Ahora me conduces entre ríos y valles hacia este camino. Tú, extraño. ¿Me tengo que esconder aquí en las sombras como su eterno cazador? ¿Me has traído para esto? ¿Duerme? ¡A mí me parece que la casa está vacía! Halcón, mi halcón, ¿qué significa esto? ¿Dónde está tu señora en las horas nocturnas? Halcón, me parece que no me has

conducido aquí a la hora apropiada. Escucha.

¡Silencio, mi halcón, y oye conmigo! Algo viene andando, algo viene flotando. ¿Es esta la presa que me ofreces?

Silencio.

La nodriza, y tras ella la emperatriz, vienen flotando entre los árboles y se paran entre ellos; con unos pocos pasos silenciosos alcanzan el umbral, la nodriza abre, se deslizan en la casa que se ilumina.

EL EMPERADOR:

¡Ay, dolor, halcón, ay, dolor! ¿De dónde viene? ¡Dolor, dolor! ¡Hálito humano se desprende de ella! ¡Aliento humano la sigue! ¡Dolor, que me pueda mentir, dolor que deba morir!

Saca una flecha del carcaj:

¡Flecha, mi flecha, tienes que matar a aquélla que fue mi gacela blanca! ¡Dolor, que en el momento en que la rozaste se convirtió en mujer! Tú no eres aquella a la que le está permitido matarla.

Introduce de nuevo la flecha en el carcaj y saca la espada a medias de la vaina.

¡Espada, espada mía, tienes que atacarla! ¡Dolor, tú has desabrochado su cinturón!, ¡tú no eres aquella a la que le está permitido matarla!

Mete la espada de nuevo en la vaina:

¡Y mis manos desnudas! ¡Dolor! ¡Mis manos no

pueden! ¡Dolor, oh, dolor! ¡Avanza caballo mío, y tú, halcón, delante! ¡Y llévame lejos de este lugar, a donde te diga tu pérfido corazón, llévame al yermo abismo rocoso, donde no oiga mis quejas ni hombre ni animal alguno!

El telón de foro cae.

La vivienda del tintorero —Barak trabaja—. La mujer y la nodriza intercambian miradas intranquilas.

LA MUJER, *a media voz, para ella:*

Hay algunos que tienen siempre tiempo y aunque haya pasado el mercado llegarán siempre a tiempo.

BARAK *vuelve la cabeza hacia ella:*

Ya me voy. Hace calor. He trabajado duramente desde esta mañana y no he adelantado mucho. Dame de beber, mujer.

LA MUJER, *sin volverse:*

Aquí hay sirvientas.

La nodriza escancia y a escondidas echa en la bebida una pócima:

BARAK, *sin mirar:*

¿No me lo das?

La nodriza le da a la emperatriz el recipiente.

La mujer, con el brazo estirado, le manda llevárselo al señor. La emperatriz se lo acerca.

BARAK *bebe:*

Tengo sueño. Hace calor.

LA MUJER, *muerta de impaciencia, canta burlona para sí:*

¡Di: me voy —y permanece sentado!

¡Di: hago y lo dejo!

Yo soy, sin duda, el señor en la casa. ¡Alto! ¡y así serán míos la casa y el hogar, la cama y la mujer!

BARAK *sin ira:*

Tengo mucho sueño. Tengo que acostarme aquí, mujer. Por la tarde —luego— llevaré la mercancía al mercado.

Se duerme sobre un saco de hierbas.

LA MUJER *cantando de forma burlona y salvaje:*

¡Y ahorras el asno que te lo transporta, y ahorras el asno que te lo transporta!

LA NODRIZA *corre junto a ella; en voz baja:*

¡Señora, contén los gritos y las burlas, le he echado un bebedizo!

LA MUJER:

¿Quién te ha ordenado hacerlo?

Llena de temor:

¡Barak! ¡Barak!

Se acerca y mira al que duerme.

LA NODRIZA *la aparta:*

Dormirá hasta mañana. Está bien. Muchas horas gozosas, señora, están ante ti.

LA MUJER:

¿Quién te ha enseñado a saber qué horas son

gozosas para mí? ¿Si quiero yo salir? ¿Tú estás detrás? ¡No quiero estar en tus manos y que tú espíes toda mi intimidad, tú, serpiente manchada de blanco y negro!

LA NODRIZA:

¿Quieres buscar en la lejanía a aquel que espera por ti y por tu señal? Permite: lo pongo ante tus pies y di que le está permitido acercarse.

LA MUJER, *mordaz y cáustica*:

Si yo lo expresara así y hablara contigo no sería una charla cualquiera. Naturalmente que puede acercarse aquel en el que yo pienso; pero precisamente delante de ti no puede acercarse nada y por eso él tampoco.

Progresivamente va cambiado de tono.

De él puede acercarse lo que tú no percibirás nunca, lo que nunca de tu mano se acercará a mí.

Soñadora, nostálgica.

Allí, donde la playa nunca fue pisada, allí pisará uno, al cual no se le resistirá ningún muro ni cerrojo.

LA NODRIZA, *rápida*:

¡Lo llamo!

Un oscurecerse, un rayo. La nodriza conduce de la mano a la aparición del joven.

LA MUJER:

¡Culebra! ¡Qué tengo que ver yo contigo y con lo que traes!

El joven en voz alta y fantasmal:

¿Quién me obliga a esto? ¡Que yo tenga que estar, bruscamente, ante mi señora! ¡El poder es mucho y la violencia muy brusca!

Se arrodilla y se tapa.

LA MUJER *con dureza fingida, sin dignarse mirar al joven:*

¿Quién hace saber a una vieja bruja lo que ella no debe saber?

Con un desprecio estudiado mientras que le lanza al joven una mirada coqueta:

¡Mis vestidos! Yo tenía la intención de salir al aire libre y navegar, con la fresca, por el río.

Como si quisiera marcharse.

LA NODRIZA, *dirigiéndose hacia ella y rodeándole los pies. Vehemente y exaltada:*

Una dulce intranquilidad dolorosa te incita. No estás dispuesta a nada más que a estar dispuesta para lo dulce. ¡Ahora y aquí!

Soplando, al mismo tiempo, el fuego, no sin una grandeza celestinescamente demoníaca:

¡Quien ha participado del placer no teme a la muerte, pues ha catado la eternidad, pero de la misma manera que ha llegado hasta ella, de la misma manera se le olvida!

EL JOVEN:

Si yo estoy lejos de ti, es tu proximidad la que me

deshace, si estoy ante ti, tú eres inalcanzable y tu lejanía es la que me mata.

Se cae hacia atrás como desmayándose.

LA MUJER, *como si estuviera inconsciente:*

¡He soñado que volaba hacia ti, con besos inacabables, como una paloma que alimenta a su cría, y mi sueño te ha matado!

Se inclina sobre él, quiere separar dulcemente las manos de su cara; la mirada de él la encuentra, su mano tiembla para aprisionar la suya; ella retrocede con un grito. La nodriza quiere arrastrar a la emperatriz hacia fuera de la puerta.

LA MUJER *transformada de pronto:*

¡Ay dolor! ¿A dónde? ¡Traidoras! ¡Hacia aquí! ¡Si los muertos están vivos, entonces los que duermen están, desde luego, muertos! ¡Despierta, marido mío! ¡Hay un hombre en la casa! ¡Y quiero! ¡Despierta! ¡Ven hacia mí!

Se dirige a Barak, lo sacude, lo rocía de agua; la emperatriz está a su lado y la ayuda.

LA NODRIZA *echa el abrigo sobre el joven:*

¡Dios nos proteja de una joven loca! ¡Consuélate! Rápido cambiará el viento y te llamaremos de nuevo.

BARAK *se despierta del sopor y se endereza:*

¿Cómo he dormido tan profundamente? ¿Quién me ha sacudido?

LA MUJER:

¡No tienes que dormir de día, tienes que cuidar tu casa de ladrones y rateros y atenderme a mí! ¡Si me vuelve a pasar lo mismo delante de ti, no permanezco aquí ni un instante más! ¿Me entiendes?

BARAK *se levanta y mira de forma salvaje a su alrededor:*

¡Hay ladrones aquí? ¡El martillo, aquí! ¡Hermanos, aquí! ¡Venid con vuestro hermano!

LA MUJER *le quita el martillo de la mano:*

¡Deja tus gritos y tu burdo comportamiento! ¡Casi me golpeas en el intento, no hablas sensatamente, hablas de forma extraña! ¡Tienes esa manía, o te importa muy poco asustarme de forma tan ruda y brusca!

LA NODRIZA, *aparte:*

¡Cómo lo trata, lo ensilla, lo embrida; ella, la majestuosa!

BARAK, *lentamente:*

¡Tuviste miedo por mí, tú, bondadosa, ya estoy de nuevo contigo!

LA MUJER, *burlona:*

¡Otra vez conmigo! ¡Esto es en verdad el colmo! ¡Él está otra vez conmigo, ay, qué alegría tan grande! ¡Otra vez conmigo!

BARAK *recoge sus herramientas:*

Me pasa algo que no conozco y sobre mí hay un poder en la oscuridad.

Mira fijamente delante de él:

Mi mejor mortero me ha saltado, ¿será que ya no conozco mi oficio?

LA MUJER *le mira fijamente:*

Un oficio desde luego que no conoces, como no lo conoces desde el principio, si no, no hablarías así de ti y de ese mortero. Te sucedió lo que precisamente te ha sucedido ahora, tu corazón debería deshacerse de ternura y tendrías que tener miedo de levantar la mano y de dar un paso a causa de lo precioso que pudieras destrozar.

Casi con asco:

Pero un mulo se dirige al abismo y no le llama la atención ni la profundidad ni el misterio.

BARAK *a la doncella, que está a su lado y que le ayuda a levantar sus herramientas del suelo:*

Yo escucho y no sé de qué habla y he derramado la cola cuando me he caído y tengo miedo por mi oficio y por no poder alimentar a aquellos que están confiados a mis manos.

LA MUJER:

No te preocupes por mi alimentación y si me ves coger mis vestidos

Lo hace, ambas doncellas la ayudan
para viajar acaso por el río o para caminar, quizá, por los jardines o para hacer lo que me diga mi capricho —puede ser que una tarde no regrese a

casa, junto a ti. Pues no es precisamente hoy la primera vez que escuchas mi voz y no la comprendes en tu cerebro, y está lejos de ti aquello que crees cerca, y te figuras que lo tienes en casa como un pájaro prisionero, que es tuyo por pocas monedas, comprado en el mercado, aquella que, sin embargo, está en otro sitio y tiene su casa en otro lugar.

Se prepara para salir y hace señas a la nodriza para que la acompañe, a la emperatriz para que permanezca allí.

Barak mira consternado y triste. La mujer y la nodriza salen por la puerta. La emperatriz, a los pies de Barak, intenta reunir sus herramientas dispersas.

BARAK se da cuenta ahora de que no está solo:

¿Quién está ahí?

LA EMPERATRIZ le mira:

Yo, mi señor, tu sirvienta.

El telón de foro cae.

El dormitorio de la emperatriz en la halconera. La emperatriz está en la cama y duerme intranquila. La nodriza, envuelta en su abrigo, dormita a los pies de la cama.

LA EMPERATRIZ saliendo del sueño, sin abrir los ojos:

Mira, nodriza, mira los ojos del hombre, cómo se mortifica.

Como en un sueño, ceremoniosa:

¡Ante tales miradas hay querubines en su rostro!

Después de un silencio, despertándose sobresaltada, con los brazos extendidos:

¡A ti, Barak, a ti me debo!

Se tumba y parece dormirse con más profundidad. La pared de la estancia desaparece, y se la ve en una gran cueva, que a través de una grieta desemboca al aire libre. Lámparas mortecinas, aquí y allí, alumbran sepulturas antiquísimas, esculpidas, en mate, en el basalto. A la derecha se ve una puerta de bronce que conduce al interior de la montaña. El grito del halcón es perceptible. En ese momento aparece el emperador como si siguiera al halcón, tanteando con las manos hacia delante, a través de la grieta en la cueva.

La emperatriz se mueve en sueños y se queja en voz baja.

El emperador toma una de las lámparas de la tumba, que en su mano se enciende; él descubre la puerta de hierro. Un murmullo penetra a través de ella como si fuera agua que cayera.

VOCES DESDE EL INTERIOR DE LA CUEVA; tentadoras, amenazantes.

Tentadoras:

¡Hacia el agua de la vida!

Amenazantes:

¡Al umbral de la muerte!

Tentadoras:

¡Aproxímate! ¡Atrévete!

Amenazantes:

¡Corre! ¡Siente miedo!

El emperador se dirige a la puerta. El halcón revolotea a su alrededor, profiriendo gritos quejumbrosos y de advertencia. El emperador llama a la puerta, que se abre y le deja entrar, cerrándose luego de nuevo.

LA VOZ DEL HALCÓN:

¡La mujer no posee sombra alguna, el emperador debe convertirse en piedra!

La cueva desaparece, las lámparas en el dormitorio alumbran con más intensidad.

LA EMPERATRIZ sale, con un grito, del sueño:

¡Ay, dolor, mi marido! ¿Qué camino? ¿A dónde?
¡Por mi culpa! La puerta se cerró como si fuera una tumba; quiere salir y no puede. El pie se le paraliza, el cuerpo se le pone rígido, la voz se ahoga. ¡Sus ojos solamente piden auxilio! ¡Ay, qué tristeza!
¿Nodriza, puedes dormir? Aquí y allí todo es culpa mía; para él no soy auxilio alguno, para el otro soy perdición. ¡Barak, ay, dolor! ¡Todo lo que toco lo mato! ¡Ay de mí, con gusto me convertiría yo misma en piedra!

Cae el telón de foro.

La casa del tintorero. En la estancia se hace de noche, poco a poco se hace cada vez más oscura.

BARAK *sentado en el suelo:*

Oscurece, en pleno día no veo para trabajar.

Los tres hermanos entran por la puerta con la cabeza inclinada.

También fuera está oscuro.

LOS TRES HERMANOS:

¡Hay algo y no sabemos lo que es, oh, hermano mío! ¡El sol se pone en pleno día y el río se para y no quiere fluir, oh, mi hermano! ¡Algo nos sucede y no sabemos lo que es!

Rompen en un largo llanto.

LA NODRIZA, *con la emperatriz a un lado:*

Hay fuerzas sobrenaturales en juego, oh, mi señora, y algo nos amenaza, pero nosotros apelaremos a nombres poderosos y tú sabrás dónde has puesto tus sentidos.

LA EMPERATRIZ, *hablando para sí:*

¡Ay dolor! ¡De qué está lleno el mundo de los hijos de Adán! ¡Ay, dolor, que yo entré aquí para aumentar su aflicción y para reducir sus alegrías! ¡Alabado sea el que me permita encontrar un hombre entre los hombres, pues él me mostrará lo que es un ser humano y gracias a él permaneceré entre los hombres y respiraré su aliento y soportaré sus cargas!

BARAK *hablando para sí:*

Mis manos están como si estuvieran atadas y mi corazón como si tuviera una piedra encima y sobre mi alma un trozo de la noche eterna. Alabado sea aquel que no conoce las tinieblas y cuyos ojos no se cierran nunca. ¡Uno entre todos!

LA MUJER, *hablando para sí, en el suelo, a un lado:*

¡Cómo aguanto esta casa, donde está oscuro en pleno día y los perros aúllan de miedo y nadie les muestra la salida y no pongo fin a esto!

Una pausa.

LA MUJER *se ha levantado bruscamente, enviando una mirada maligna a Barak. Luego va de un lado al otro sin mirarle:*

Hay algunos que permanecen siempre impasibles; suceda lo que suceda, nadie verá alterarse su rostro. Día a día van como el ganado, del establo al comedero, y del comedero al establo y no saben lo que ha sucedido y cómo estaba pensado.

Un deslumbrante rayo, los hermanos chillan. La mujer da una patada furiosa en el suelo.

LA MUJER *sigue:*

Por ello deben ser despreciados y reírse del que pertenece a ellos. Y que le ha sido dado a uno de ellos en la mano. Pero yo no estoy en tu mano, ¿me oyes Barak? Y cuando tú habías salido y llevado tú

mismo la mercancía al mercado, entonces recibí a mi amigo, un extraño entre los extraños, y cuando te desperté de tu sueño, venía yo de ser abrazada por él.

Rayo, los hermanos gritan.

¿Me oyes, Barak? ¡Haz callar a éstos para que tú me entiendas! ¡No quiero que seas un hazmerreír entre los tuyos, tú debes saber! Todo esto lo hice en casa, durante tres días: pero la alegría se me amargó, pues tuve que pensar en ti, cuando yo hubiera querido olvidarte y tu cara se aparecía donde no tenía nada que buscar. ¡Pero ahora ya sé cómo puedo escaparme y arrancarte de mí, ahora conozco el camino!

Barak se levanta precipitadamente, los hermanos se tambalean a su lado.

LA MUJER, *sin miedo*:

He apartado de mi cuerpo a los hijos, que no han nacido, y mi vientre no te será fértil a ti ni a ningún otro, sino que yo me he entregado a los vientos y al aire nocturno y aquí estoy en casa y también en cualquier sitio, y para mostrar esto, he negociado con mi sombra y los compradores están dispuestos y el precio de la compra es magnífico y sin igual.

BARAK, *excitadísimo*:

¡La mujer está loca, encended un fuego para que yo vea su cara!

El fuego se enciende.

LOS HERMANOS:

No posee ninguna sombra; ¡es como ella dice! La ha vendido y ha apartado a los no nacidos de su cuerpo. ¡La sombra se ha desprendido de ella y está sin ella, la maldita!

LA NODRIZA *a la emperatriz*:

¡Levántate y ve hacia allí, coge la sombra, pégala a ti, ella lo ha dicho conscientemente y así está hecho! ¡Y ni el juicio de las estrellas invalida este trato!

BARAK, *estallando violentamente*:

¿Tiene tal mente de prostituta y pone una cara tan dulce y no se arrepiente? Aquí, hermanos traedme un saco y llenémoslo de piedras para que yo ahogue a esta mujer en el río con mis propias manos.

Se lanza hacia la mujer.

LOS HERMANOS *se cuelgan de Barak*:

¡Hermano nuestro, nada de sangre en tus manos! Levántate y échala de casa. Y tenga ella un destino de perra en el arroyo y las tumbas.

BARAK *quiere lanzarse sobre la mujer, diciendo al mismo tiempo*:

¡Mis ojos están ciegos de ira, ayudadme hermanos! ¡Traed un saco con piedras dentro para que la ahogue con mis manos!

LOS HERMANOS, *colgándose de Barak*:

¡Nada de sangre en tus manos, hermano mío!
¡Mantente limpio, tú, padre nuestro!

BARAK, *al mismo tiempo*:

¡Si no me ayudáis os pisaré! ¡Se lo he impuesto a mi alma y quiero llevarlo a cabo con mis manos!

Cuando él, pronunciando el juramento, levanta la mano hacia arriba, se precipita a su mano una espada reluciente desde el aire.

Los hermanos unidos no tienen casi fuerza para detenerlo.

LA NODRIZA, *hacia atrás con la emperatriz, sus ojos fijos e inmóviles con gozo satánico en la cortina; al mismo tiempo con Barak y los hermanos*:

¡Aquel que grita por sangre y no tiene espada, a ése le armamos la mano nosotros! ¡Y si fluye rápida la sangre oscura, nosotros tenemos la sombra y para nosotros es suficiente!

LA EMPERATRIZ *soltándose de ella y volviendo la mirada hacia arriba; para sí pero también, al mismo tiempo, con los otros*:

No quiero la sombra, en ella hay sangre, no la tocaré. ¡Estiro las manos al aire para no mancharme con sangre humana! Llamo a nombres de estrellas contra mí para salvar a ésta, pase lo que haya de pasar.

LA MUJER, *espantada, en silencio, por el efecto de su discurso maligno, ha huido hacia enfrente a la izquierda; poco a poco sufre una transformación: pálida como un muerto, pero iluminada con una*

expresión que no ha tenido nunca, se enfrenta a Barak y al golpe de la espada mortal; a la vez que dice, a veces dominante:

Barak, no lo he hecho. Todavía no lo he hecho. ¡Óyeme Barak! ¡La boca me fue traidora antes de que el alma hubiera realizado el hecho! ¡Tengo que morir ante ti, tengo que morir por algo que no ha sucedido, oh, tú al que yo no había visto nunca antes, poderoso Barak, juez severo, marido digno! ¡Barak, mátame, rápido!

Barak levanta la espada que brilla en su mano y de la que salen rayos que alumbran titilantes la estancia oscura, ya que el fuego se ha apagado.

LOS HERMANOS se cuelgan de él con poca fuerza, al mismo tiempo que dicen:

¡Te atarán con cadenas y te pegarán con el filo de la espada! ¡Apiádate de nosotros, tú, padre nuestro!

Barak, preparado para el golpe, la espada reluciente se apaga de súbito y parece que se le suelta de la mano; un sordo estruendo hace temblar la bóveda, la tierra se abre y por el muro lateral que ha estallado entra el río. Mientras que los hermanos, para salvar su vida, huyen por la puerta, se ve a Barak y a la mujer, inconsciente, que yace ante él; ambos, se desploman. La nodriza ha subido a la emperatriz, con ella, a un sitio elevado en el muro de la bóveda y la tapa con su abrigo. Se oye

desde la oscuridad, que cubre todo, su voz.

LA NODRIZA:

¡Hay en juego fuerzas sobrenaturales! ¡Aquí hacia mí!

El telón cae rápidamente.

TERCER ACTO

Criptas subterráneas, divididas por un grueso muro en dos cámaras. En la de la derecha se ve a Barak, sentado sobre la dura piedra, meditando de forma melancólica; a la izquierda, a la mujer, llorando, con el pelo suelto. No saben nada el uno del otro, ni se oyen tampoco. La mujer se estremece.

En la orquesta suenan las voces de los niños no nacidos, como en el primer acto.

LA MUJER:

¡Callad ya, voces; yo no lo he hecho!

¡Barak, esposo mío, oh, si pudieras oírme y me creyeras antes de mi muerte!

¡A ti quería yo abandonarte, oh, tú, al que yo no había visto antes! Quería olvidarte y pensaba huir; tu rostro, tu rostro se aparecía ante mí. Oh, si me oyeras y me creyeras. A ti quería yo olvidar, y entonces tenía que pensar en ti. Y allí por donde iba, caminos secretos, tu rostro... se aparecía ante mí y me

buscaba antes de que mi alma hubiera realizado el hecho. Un hombre desconocido, yo lo atraje, estuvo cerca de mí, pero no del todo. A ti fue al que yo desperté, ¿no lo sabes?

BARAK *para sí*:

A mí se me confió para que yo la protegiese, la llevase con estas manos y la honrase y cuidase a causa de su joven corazón.

LA MUJER, *en parte con él*:

¡Servicial, cariñosa para inclinarme hacia ti, para verte, para respirar, para vivir, para darte hijos, bienes!

BARAK:

Confiada a mí y se tambalea hacia el suelo, muerta de miedo por mi mano. ¡Ay de mí! Que yo la vuelva a ver y le diga: no temas.

Luego un silencio.

UNA VOZ *de arriba, por la parte de Barak*:

¡Levántate, ve hacia arriba, hombre, el camino está libre!

Al mismo tiempo cae con la voz un rayo de luz en el calabozo de Barak. Los tramos de una escalera de caracol, que están esculpidos en la roca, se hacen visibles.

Barak se levanta y comienza a subir.

LA MUJER:

¡Barak, mi esposo! ¡Juez severo, digno esposo!

¡Si blandieras también tu espada sobre mí, en su fulgor y muriendo, ojalá todavía te pudiera ver!

Un rayo de luz cae desde arriba en su calabozo, el brillo en la cámara vacía de Barak se ha apagado.

LA MISMA VOZ, a la izquierda:

Mujer, sube, pues el camino está libre.

La tintorera se apresura a subir.

La cripta se hunde. Aparecen nubes que, dividiéndose, descubren una terraza rocosa, igual a aquella que se ha hecho visible durante el sueño de la emperatriz. Escaleras de piedras conducen desde el agua hacia arriba a una gran entrada a la manera de un templo en el interior de la montaña. Un agua oscura, encajada en el abismo rocoso, fluye de frente.

La puerta que da a la entrada está cubierta. En el tramo superior, el mensajero, expectante. Espíritus servidores a la derecha y a la izquierda.

Una canoa viene por el agua sin conductor. La emperatriz yace allí dentro, adormilada; la nodriza, arrodillada a su lado, la mantiene abrazada, se mueve mirando hacia su alrededor para ver adónde se dirige la canoa.

El mensajero ha esperado a que la canoa se acerque. La canoa se para.

ESPÍRITUS SERVIDORES:

¡Llegan!

EL MENSAJERO:

¡Fuera!

Entra en el interior, los espíritus al mismo tiempo, la puerta de hierro se cierra tras ellos.

La emperatriz se despierta.

La nodriza intenta detenerla; con el brazo libre intenta, en vano, apartar la canoa de la orilla.

El paraje se ilumina.

La emperatriz se levanta, mira a su alrededor y quiere ir a tierra.

LA NODRIZA *la empuja hacia abajo, violenta, excitada:*

¡Lejos de aquí! ¡Ayúdame a desatar la canoa de la roca!

En voz baja.

¡Fuerzas sobrenaturales juegan con nosotros! Fiada el lugar más terrible, de forma voluntaria, aspira a dirigirse lo hecho de madera malvada. ¡Si yo no fuera precavida, qué sería de ti!

LA EMPERATRIZ:

La canoa quiere quedarse. ¿No lo ves, pues? ¡La escalera, mira!

LA NODRIZA *renuncia a separar la canoa de la orilla, empujándola con impaciencia febril:*

¡Bueno, deja la canoa! ¡Ahora, lejos de aquí! Yo conozco el camino, siete montes de luna hay aquí,

éste es el más alto: ¡Una zona perversa! ¡Remángate el traje y rápidos los pies: te llevaré abajo, encontraré la salida!

LA EMPERATRIZ *se ha subido a la escalera:*

¡Aquí hay una puerta!

Meditando, buscando.

¡Anteriormente he visto yo esta puerta una vez!

Sonido de trompetas como viniendo del interior de la montaña.

LA EMPERATRIZ:

¿No oyes el tono? Te invita al juicio.

En voz baja, algo angustiada:

¿Mi padre, acaso? ¿Keikobad? ¿Digo? Hace tiempo que no lo veo, pero sé que le gusta reinar como Salomón y resolver lo que está oscuro. Alta es su silla e insondable su pensamiento.

Pura y animosa.

Sin embargo soy su hija y no tengo miedo.

La nodriza, amedrentada, mira hacia un lado para ver si encuentra una salida.

La trompeta suena de nuevo, más fuerte.

LA EMPERATRIZ, *con las manos elevadas, llena de miedo:*

¡Mi amo y señor! Lo juzgan a él por mi culpa. Lo que a él le ata, me ata a mí también. Lo que él sufre, quiero yo sufrirlo también. Yo estoy en él, él está en mí. Somos uno, quiero ir hacia él.

Se vuelve para ascender.

LA NODRIZA, *llena de miedo*:

¡Vámonos! ¡Yo te lograré la sombra! ¡Así está decidido y jurado! ¡Tú eres la misma, hijita querida, y a través de tu cuerpo se desliza la luz, la triste sombra de la mujer que ha caído sobre ti, solamente se prende en tu talón. Pareces ella y sin embargo no lo eres, pero cumples lo que se había convenido!

Mimosa.

¡Así, pues, ten a tu amado y abrázale! ¡Te ayudaré a buscarlo, soportaré el tener que verlo en tus brazos para siempre y seré la perra en su casa!

Suspira resignada, pero no con fuerza:

¡Ay de mí!

Muy fuerte:

¡Fuera de aquí, fuera del umbral, pisarlo es más que la muerte!

LA EMPERATRIZ:

¿Así que conoces el umbral? ¿Así que sabes hacia dónde se abre esta puerta? ¡Contéstame!

LA NODRIZA, *con voz sorda*:

Al agua de la vida.

LA EMPERATRIZ:

¡Contéstame!

Inspirada de pronto.

¡Al umbral de la muerte! Así decía la llamada. ¡Contéstame! Tú conoces lo secreto y conoces el

caso. ¡Contéstame!

La nodriza calla.

LA EMPERATRIZ:

¿Te callas con mala intención? ¿Quieres empeñarte en oscurecerme el sentido? ¡Hay claridad en mí! ¡Hay claridad ante mí!

Apasionadamente.

¡Tengo que ir con él! Agua de la vida, tengo que sentirla y rociarlo con ella. Agua de la vida, ¿es sangre de estas venas? ¡Fluye hacia allí para que yo lo despierte!

Se vuelve decidida hacia la entrada.

LA NODRIZA *se arroja ante ella, la coge por las vestiduras:*

¡Apiádate! ¡Te apresarás en miles de redes, fantasmagorías, engaño espantoso! Agua de la vida, horribles falsas apariencias —si tuviera que dar mi sangre por ello, la apartaría de tu alma y de tu corazón. Un agua mana, en verdad, en las montañas; brillando asciende, columnas doradas desde el abismo. ¡Agua de la vida! Quien coloca sus labios en ella, uno de los nuestros, uno que desciende de espíritus, sorberá en sí, sin más salvación que la muerte, espantosamente indecible, una desgracia satánica.

La emperatriz ha pisado el escalón más alto.

LA NODRIZA, *llena de pánico:*

¿No me oyes? ¡Tremendo es Keikobad! ¡Qué sabes tú de él! ¡Tú eres su criatura y te has entregado a la mano humana y has desperdiciado tu corazón con uno de los corrompidos! De forma tremenda te castigará si caes en sus manos. Pues no conoce mayor abominación que ésta: ¡que uno juegue con los odiados y se mezcle con los malditos! ¡Dolor para aquella que te trajo al mundo e inculó la nostalgia de los hombres en tu corazón!

LA EMPERATRIZ, *transfigurada, decidida*:

De nuestros hechos sale un juicio, de nuestros corazones surge la llamada de la trompeta que nos invita.

Decidida, estirando la mano contra ella, rogando:

Nodriz, me separo de ti para siempre. Tú sabes poco de lo que los hombres necesitan. El destino del misterio de su corazón está oculto para ti.

Muy ceremoniosa y grandilocuente.

A qué precio pagan todo, cómo se renuevan a partir de grandes culpas, igual que el Fénix, se elevan siempre de la muerte eterna a la vida eterna —apenas lo intuyen ellos—, para ti es desconocido. Yo soy una de ellos.

Poderosa.

¡No me eres útil para nada!

Se acerca a la puerta, que se abre sin ruido,

entra, la puerta se cierra.

LA NODRIZA *quiere seguirla, pero no se atreve a entrar en la zona, dudosa, en la escalera:*

¿Lo que necesitan los hombres? El engaño es su alimento, lo que ellos ambicionan. ¡Si ella misma se engaña, maldita sea! La eterna aspiración, hacia delante, el vacío, la ambiciosa locura mezclada con miedo, derramada en el alma cristalina de mi niña. ¡Maldición sobre ella!

Anochece, una niebla rojiza se hace notar.

LA VOZ DE BARAK EN EL VIENTO:

¡Ay!

LA VOZ DE LA MUJER DE OTRA PARTE:

¡Ay!

LA VOZ DE BARAK:

¡Ojalá te encontrara!

LA VOZ DE LA MUJER, *quejumbrosa:*

¡Oh, mi amado!

LA VOZ DE BARAK:

¡No tengas miedo de nada! ¡Mira, mira!

LA VOZ DE LA MUJER, *al mismo tiempo:*

¡Encuéntrame, mátame!

AMBOS:

¡Ay, dolor, dolor, dolor!

LA NODRIZA:

¡Hombres! ¡Hombres! ¡Cómo los odio!
¡Pululantes como anguilas, gritando como águilas,

deshonrando la tierra! ¡Muerte para ellos!

BARAK, *entrando en la niebla, por la derecha:*

Busco a mi mujer que huye de mí.

Reconoce a la nodriza, Heno de miedo, violento, casi quejándose.

¿No la has visto, oh, tía mía?

LA NODRIZA *señala arriba a la izquierda:*

¡Hacia allí! ¡Hacia allí! ¡Te ha maldecido en la muerte! ¡Castígala, véngate, rápido!

BARAK *va a la izquierda, hacia arriba:*

¡Hacia ella! ¡Hacia ella!

LA MUJER *aparece, por la izquierda, muy abajo:*

¡Oh, tú! ¡Oh, tú! ¿Dónde está mi marido? ¡Oh, tú, quiero ir con él!

LA NODRIZA *señala a la derecha:*

¡Hacia allí enfrente! Para matarte con sus manos. ¡Sálvate, huye!

LA MUJER *se dirige apresurada hacia la derecha, en la noche y tremendamente decidida:*

¡Barak! ¡Aquí! ¡Blande tu espada! ¡Mátame, rápido! *Desaparece por la derecha, anochece.*

LA NODRIZA:

¡Ay, mi niña, entregada, fantasmagorías ante sus ojos, trampas y cuerdas ante su pie! ¡Ha entrado! ¡Bebe! ¡La líquida perdición dorada salta en los labios, se agita! ¡Su cara tiembla tremendamente, un grito humano sale dificultosamente de la garganta

herida! ¡En su ayuda! ¡Aunque tuviera que morir!
¡Keikobad!

Quiere entrar por la puerta.

UN MENSAJERO *sale por la puerta, férreo:*

¡El nombre del señor! Perra, ¿a quién alzas tú la voz? ¡Fuera, fuera del umbral! ¡Largo de aquí, para siempre!

LA NODRIZA, *como loca de excitación:*

¡Tú mismo, mensajero, me la has confiado!
¡Durante tres días! La he cuidado, he discutido con ella, me alejó de su lado, no me conoce ya.
¡Keikobad! ¡Tiene, que oírme!

Quiere pasar ante él.

EL MENSAJERO *le cierra el camino, férreo:*

¡Ella está ante él! ¿Quién te necesita? Nadie.
¡Busca tu camino!

LA NODRIZA:

¡Keikobad! Tu servidora te grita. Castígala, pero no la eches sin haberla escuchado. Entregada a mi cuidado, te pregunto. ¡Keikobad!

La niebla penetra, se hace cada vez más densa, la borrasca y la tormenta crecen en intensidad. Cada vez oscurece más. En la tormenta resuenan las voces de los tintoreros, que en vano se llaman y se buscan.

Al mismo tiempo.

EL MENSAJERO, *poderoso, con un asomo de*

burla:

¿Quién eres tú para osar llamarle? ¿Qué sabes de su voluntad y cómo él le ha impuesto a ella la prueba? Si te mandó cuidar de la criatura, ¿quién te ha hecho saber si no quería que se escapase de tu lado?

Cada vez más tremendo.

Y, sin embargo, echarte en cara eternamente que tú no supiste cuidarla.

BARAK, *invisible:*

¡Oh, tú!

LA MUJER, *invisible:*

¡Oh, tú!

BARAK:

¿Dónde estás?

LA MUJER:

¿Dónde estás?

BARAK:

¡No huyas!

LA MUJER:

¡Encuéntrame!

BARAK:

¡Ven hacia mí!

LA MUJER:

¡Ven hacia mí!

BARAK:

¡Verte respirar, vivir!

LA MUJER:

¡Darte hijos, bienes!

BARAK:

¡Ay, perdido!

LA MUJER:

¡Ay, equivocada!

BARAK:

¡Estas manos!

LA MUJER:

¡Ay, demasiado joven!

BARAK:

¡Entregado a ti para deleitarte!

LA MUJER:

¡Amando e inclinándome servicial ante ti!

BARAK:

¡Ay, perdido!

LA MUJER:

¡Ten piedad!

BARAK:

¡Morir, morir!

LA MUJER:

¡Ay, pobres de nosotros!

BARAK:

Confíada a mí, para que yo te cuidara y te llevara con estas manos.

LA NODRIZA:

¡Aunque él me azote con su ira, quiero ir con ella!

MENSAJERO:

¡Con su ira te azotará, para que tú no puedas ver nunca más su cara!

LA NODRIZA:

¡Ay, niña mía! ¡Perdida para mí! ¡Maldición y perdición sobre los hombres, fuego corrosivo en su esqueleto!

EL MENSAJERO, *burlón*:

¡Andar perdida entre los hombres es tu destino! Vivir con los que odias, mezclarte con su aliento para siempre.

LA NODRIZA, *como si no estuviera en sus cabales*:

¡Vivir con aquellos a los que odio, mezclarme con su aliento para siempre!

Lo empuja, queriendo pasar ante él.

EL MENSAJERO *la coge con fuerza y la tira escalera abajo*:

¡Venga, canoa, lleva a esta mujer, los montes de luna hacia abajo en dirección a los hombres!

LA NODRIZA:

¡Fuego corrosivo en su esqueleto!

La nodriza se derrumba en la canoa, la canoa se suelta y se dirige bruscamente hacia abajo. Su grito, penetrante, se pierde a lo lejos.

EL MENSAJERO, *firme*:

¡Consúmeme, te sucede conforme a la ley!

Rayos, Truenos, Trompetas.

LA VOZ DE LOS TINTOREROS:

¡Morir, morir! ¡Ay, pobres de nosotros!

Manifiesta transformación.

Poco a poco se va haciendo la luz, pero no todavía con una claridad completa, el interior de un espacio con la apariencia de un templo.

Una hornacina, la del medio, está tapada.

La emperatriz, sola, va ascendiendo.

Espíritus servidores, llevando antorchas, salen a su encuentro, en la oscuridad todavía.

EL PRIMERO:

¡Sé temerosa!

EL SEGUNDO:

¡Ánimo!

EL TERCERO:

¡Cumple tu destino!

Desaparecen.

LAS VOCES DE LOS HOMBRES *entran desde fuera, pero cada vez debilitándose más, como si se cerraran puertas:*

¡Ay, perdidos! ¡Ten compasión! ¡Morir, morir!
¡Ay, pobres de nosotros!

LA EMPERATRIZ, *dirigiéndose a la hornacina cubierta:*

¿Padre, eres tú? ¿Me amenazas desde la oscuridad? ¡Aquí mira a tu hija! He aprendido a entregarme, pero no he conseguido sombra alguna.

Ahora muéstrame el sitio que me corresponde entre los que tienen una sombra.

Un surtidor de agua dorada asciende brillando desde el suelo.

LA EMPERATRIZ *retrocede un paso:*

No necesito una bebida dorada, agua de la vida, para reconfortarme. Hay amor en mí, que es más.

VOZ DESDE ARRIBA:

¡Bebe pues, tú, amante, de esta agua! ¡Bebe y la sombra que era de la mujer será tuya, y tú serás como ella!

LA EMPERATRIZ:

¿Y qué será de ella?

LA VOZ DE LA MUJER, *fuera:*

¡Barak!

LA VOZ DE BARAK, *fuera:*

¿Dónde estás?

LA VOZ DE LA MUJER:

¡Ay!, ¿dónde?

LA VOZ DE BARAK:

¡Ven hacia mí!

LA VOZ DE LA MUJER:

¡Ay, en vano!

LA VOZ DE BARAK:

¡Ay! ¡Perdida!

LA EMPERATRIZ:

¡La voz de Barak! ¡La mirada de Barak! ¡Mi

culpa aquí y allí, allí y aquí!

El agua cae lentamente.

Estremeciéndose:

Apelé a nombres de estrellas para permanecer limpia de culpa humana. ¡Hay sangre en el agua, no bebo!

El agua se sumerge lentamente.

¡Sin embargo no he de retroceder! Mi sitio está aquí, en este mundo. Aquí me hice culpable y aquí pertenezco yo. Allí, donde tú siempre te escondes en la oscuridad, en mi corazón hay una luz para descubrirte, ¡Quiero mi juicio! ¡Muéstrate, padre! ¡Muéstrate, mi juez!

La luz detrás de la cortina se hace cada vez más intensa, finalmente su intensidad es tal que la cortina se transforma en un velo transparente. En la hornacina, brillantemente iluminada, está sentado, en el trono de piedra, el emperador. Está rígido y petrificado, solamente sus ojos parecen tener vida.

LA EMPERATRIZ (*recitado*):

¡Ay! ¡Lástima de mí! Mi amor rígido, enterrado con vida en su propio cuerpo, cumplida la maldición; la culpa inocente de mi ser, castigada en él, porque él ha amado mi secreto en exceso, por él que me eligió, sacrificado su amante corazón, sin piedad, a mi secreto. Sin desatar el nudo de mi alma por mano humana. Rígida ahora la mano que no lo liberó,

petrificado su corazón por mi dureza. ¡Mi destino, su culpa, mi culpa, su destino! ¡Ay de vosotras estrellas, esto es lo que infligís a los hombres!

Se acerca llena de desesperación al petrificado.

¡Morir contigo, despierta, despierta! ¡Ojo con ojo, boca con boca, unida a ti, déjame morir!

Quiere adelantarse para abrazar al petrificado, pero no se atreve.

Cuando retrocede, hacia un lado, llena de miedo por la mirada dirigida a ella, la siguen los ojos del emperador.

LA EMPERATRIZ, *tremendamente atormentada:*

¡Esa mirada, no! ¡No puedo ayudar, no puedo!

Se desploma, tapándose los ojos con las manos. La estatua brilla con una luz intensa, los ojos, en muda súplica, dirigidos a la emperatriz.

VOCES NO TERRENAS, *retumbando sordamente desde los abismos:*

¡La mujer no posee sombra alguna, el emperador tiene que convertirse en piedra!

La estatua se oscurece como si fuera plomo. Ante sus pies se levanta, como antes, la dorada agua reluciente.

VOZ DE ARRIBA:

¡Exclama: yo quiero, y la sombra de aquella mujer será tuya! ¡Y éste se levantará, volverá a la vida y se irá contigo! ¡Y para demostrarlo inclínate y

bebe!

LA EMPERATRIZ, *en tremenda lucha, mientras yace en el suelo (recitado):*

¡No me tientes, Keikobad! ¡Soy tu criatura!
¡Déjame morir antes de que me rinda!

LA VOZ DE BARAK, *fuera:*

¡En ningún lugar hay ayuda alguna!

LA VOZ DE LA MUJER:

¡Ay dolor! ¡Morir!

LA EMPERATRIZ *se levanta apoyándose en la rodilla, de sus labios se escapa un grito lastimero y quejumbroso, en cuyos intervalos las palabras*

¡Yo... no... quiero!
son perceptibles. Tan pronto como estas palabras se hacen perceptibles, se sumerge el agua; la estancia, después de una corta oscuridad, se ilumina desde arriba. La emperatriz, que se ha levantado, como si estuviera inconsciente, del suelo, proyecta una bien perfilada sombra sobre el suelo de la habitación. El emperador se levanta de su trono y se prepara para bajar las escaleras.

EL EMPERADOR:

«Cuando el corazón de cristal se rompe en un grito los no nacidos se apresuran a ir hacia allí como brillo de estrellas. La esposa mira al esposo, de ella se desprende una sombra humana, de la cadera, la cabeza y el cabello. ¡Al muerto le está permitido

levantarse de la sepultura de su propio cuerpo! ¡Los mensajeros celestiales se apresuran a descender desde el aire!»

Así se me cantó a mí cuando estaba agonizando. ¡Ahora ya puedo vivir de nuevo! Ya llega el cortejo celestial con sus cantos y sus vuelos.

La luz que desciende de la cúpula se hace cada vez más intensa.

Ahora llegan abajo, desde arriba, las voces de los no nacidos.

UNO SOLO:

¡Oíd, queremos decir: «padre»!

OTROS:

¡Oíd, nosotros queremos exclamar «madre»!

ALGUNOS:

¡Subid!

OTROS:

¡No, descended! ¡Todos los escalones conducen a nosotros!

LA EMPERATRIZ *señalando hacia arriba*:

¿Son acaso los querubines que alzan su voz?

EL EMPERADOR, *desde el tramo inferior*:

Ellos son los no nacidos, que ahora se precipitan a la vida, con alas de aurora, hacia nosotros, hacia los casi perdidos: hacia nosotros se dirigen esos fuertes, como brillo de estrellas.

Te has superado a ti misma. ¡Ahora los

mensajeros celestiales liberan al padre y a los hijos, a los no nacidos! ¡Nos han encontrado y se apresuran a venir hacia aquí!

Ha descendido del último peldaño. La emperatriz quiere dirigirse a él, señalando hacia arriba, desde donde cae una luz cada vez más clara; un sonido argentino preludia el canto de los no nacidos; ella cae de rodillas. Los no nacidos empiezan a cantar. El emperador y la emperatriz esconden cada uno la cara en las manos.

LOS NO NACIDOS, *desde arriba*:

¡Oíd, os mandamos que luchéis y sufráis para que nuestra vida sea magnífica! ¡Lo que vosotros pacientemente padecisteis en la prueba ha sido refundido para nosotros en coronas brillantes!

El emperador y la emperatriz se han levantado mirando con arrobo hacia arriba.

LA EMPERATRIZ, *mientras sus manos y las del emperador se rozan*:

¡Ángeles son, que hablan de sí mismos! ¡Su fortaleza nos servirá de ayuda! ¡No nacidos, abandonados, sin ancla, sin meta! ¡Yo soy, yo soy la que ha sido entregada a ti!

EL EMPERADOR:

En ningún lugar hay tranquilidad para yacer en calma, en ningún lugar un ancla, en ningún lugar un puerto, aquí no hay nada, solamente para levantar el

vuelo hay un lugar en cada lugar. ¡Cómo nos rodean llamándonos! ¡Tú eres, tú eres la que me ha sido entregada!

Se mantienen abrazados. Nubes claras los rodean.

Metamorfosis

Un hermoso paisaje escarpado se destaca. En medio, una cascada de agua dorada que se precipita por un abismo. El emperador y la emperatriz se hacen visibles por encima del salto de agua, descendiendo de las alturas.

LA TINTORERA, viniendo de la izquierda, por un sendero estrecho:

¡Si no me encuentra su amor, que me encuentre el juicio, él con la espada!

Se adelanta hacia el abismo.

BARAK, en la parte de enfrente:

¡Párate, te encontraré, te rodearé de forma protectora, tú, eterna compañera!

Mientras que él la ve, y ella le extiende las manos, cae su sombra a lo largo del abismo.

BARAK, jubiloso:

¡Sombra, tu sombra, me llevará a ti!

LA MUJER:

La esposa hacia el esposo, el único para mí.
LOS NO NACIDOS, *desde arriba*:

¡Madre, tu sombra! ¡Mira qué hermosa! ¡Mira a tu esposo dirigirse hacia ti!

En ese momento cae en vez de la sombra un puente dorado sobre el abismo.

Barak y la mujer pisan el puente y se abrazan.

El emperador y la emperatriz han aparecido arriba, justo a la orilla del abismo.

Se vuelven hacia abajo, los otros dos dirigen su vista hacia arriba, mirándolos.

BARAK:

Ahora quiero alegrarme como nadie se ha alegrado, ahora quiero trabajar como nadie lo ha hecho, pues hacia mí se extienden manos, ojos brillantes, bocas infantiles y yo estoy henchido de fuerza divina.

EL EMPERADOR, *señalando hacia abajo a los dos y todavía mucho más abajo al mundo de los humanos*:

¡Solamente desde la lejanía era confusamente inquietante, oye ahora con atención, ese sonido es humano! Sonidos emotivos son los que acoges en ti.
¡Hermanos confidentes!

EL CORO INVISIBLE, *interrumpiendo lleno de alegría*:

¡Hermanos confidentes!

AMBAS MUJERES, *hablando entre ellas:*

Elegidas ambas para proyectar sombras, acercadas ambas en probadas llamas. ¡Cerca del umbral de la muerte, asesinadas para asesinar, convertidas en madres de hijos dichosos!

Cae el telón que oculta las figuras y el paisaje.

LA VOZ DE LOS NO NACIDOS *en la orquesta:*

¡Padre, a ti no te amenaza ya nada! mira, desaparece ya, madre, lo temible que os confundía. Si hubiera una fiesta, ¡no seríamos los invitados en secreto sino, al mismo tiempo, también los anfitriones!

Telón.

Friedrich Dürrenmatt
EL PROCESO POR LA SOMBRA
DE UN BURRO^[16]

Personajes

ESTRUTIÓN, un dentista.

ÁNTRAX, un asnero.

CROBILA, su mujer.

FILÍPIDES, corregidor.

FISIGNATO, abogado de Estrutión.

POLÍFONO, abogado de Ántrax.

TIFIS, capitán de un barco.

ESTROBILO, gran sacerdote, protector de
Ántrax.

AGATIRSO, supremo pontífice, protector de
Estrutión.

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD
PROTECTORA DE ANIMALES.

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE
TURISMO.

HOMBRE 1. °, Delegado del partido de las
sombras.

HOMBRE 2. °, Delegado del partido de los
burros.

VIGÍA DE LOS BOMBEROS.

EL BURRO.

PIROPS, Jefe de los Bomberos.

SARGENTO POLIFEMO, del Cuerpo de Bomberos.

SARGENTO PERSEO, del Cuerpo de Bomberos.

MENDIGO.

PREGONERO.

VENDEDORA.

ESTRUTIÓN:

Soy Estrutión, el dentista. Conmigo se inicia este maldito caso que me arruinó completamente. Lo perdí todo: casa, profesión, hogar, fortuna; todo. Y para colmo, soy inocente; ¡enteramente inocente! He cometido una sola falta, estoy dispuesto a admitirlo: aunque nací en Megara, me instalé en este piojoso nido tracio de Abdera. ¿A quién se le ocurre ir a Abdera? ¡Abdera es una catástrofe! Diez mil habitantes —mejor es no hablar de ellos—. Mil defectuosas casas de barro —ahora la mayor parte está destruida por el fuego—. Calles sucias. En los alrededores sólo hay pantanos, sólo hay sapos —es mejor que no hablemos de eso, tantos sapos me marean—. En una palabra: todo es completamente rural. Hay dos templos. En uno se venera a Latona, una diosa que antiguamente transformaba campesinos en sapos, y en el otro a Jasón, algún semidiós que

parece haber matado a dos enormes toros. ¡Y yo, justamente aquí, soy dentista! Pero no quiero hablar más de eso. Quiero hablar de una mañana —fue el verano pasado— en que tuve que ir con urgencia a Gerania, que se encuentra a tres días de viaje. Al director de la firma importadora de esclavos de esa ciudad le dolía la muela del juicio superior izquierda. Desde entonces maldigo las muelas del juicio. Como digo, me puse en marcha. Fui muy temprano a la plaza del mercado, como de costumbre, atestada de mendigos, pregoneros y comerciantes, para buscar un asnero que me alquilase un burro.

MENDIGO:

¡Una limosna, señor Estrución, una limosnita decente!

VENDEDORA:

¡Ciruelas, ciruelas frescas, las primeras ciruelas!

PREGONERO:

¡Los atenienses desembarcaron en Sicilia!
¡Cambio de situación en la guerra del Peloponeso!

ÁNTRAX:

Cuando llegó a la plaza del mercado, el señor Estrución se acercó a mí, al asnero Ántrax. También a mí se me culpa del incendio. ¡Qué estupidez! A mí, al patriota, que siempre digo: ¡Nada supera a Abdera, nada supera a Tracia! Claro está que ese sacamuelas que venía a mi encuentro cruzando la plaza del

mercado no me era simpático. No es de extrañarse; después de todo él es oriundo de Megara. ¿Habéis visto alguno de Megara que os fuese simpático? Yo tampoco. Además, se dice que ese pagano ¡hasta tiene una bañera en su casa!

ESTRUTIÓN:

Como iba diciendo, alquilo un burro al asnero Ántrax para llegar a Popópolis, la primera etapa de mi viaje a Gerania. Un burro que no es malo, lo admito; denota un cierto cuidado y está bien cepillado. Lo monto, y el asnero se pone en camino detrás de mí. Pasamos por las sucias calles frente a la municipalidad, el teatro, el estadio deportivo, pasamos por el portón inferior, volvemos a salir por el portón superior, y ya estamos en los pantanos.

Se oyen croar los sapos, como fondo.

ÁNTRAX:

Heme aquí trotando junto a esos dos. Junto al burro y junto al dentista, que está montado en el burro. Voy a pie, como siempre. Croan los sapos sagrados, también como siempre. Dejamos atrás los sagrados pantanos y llegamos a la gran llanura.

ESTRUTIÓN. *Gime:*

¡Maldición! ¡Qué terrible calor! Esta planicie que se extiende entre Abdera y Gerania tiene fama de ser un verdadero horno. El lenguaje popular no se equivoca al llamarla la planicie de la insolación.

Avanzo, avanzo y avanzo. De vez en cuando el burro se detiene, y después reanuda la marcha, y luego se detiene otra vez. Detrás de nosotros camina el asnero. El sol está cada vez más alto. Avanzo. Pasa una hora. Ni un árbol, ni un arbusto, sólo la llanura, sólo pasto seco y grillos, enjambres de grillos. Empiezo a sentir mareos; el sol es una rueda de fuego suspendida encima del burro y su jinete. Finalmente, me doy por vencido, desmonto y me siento a la sombra del burro. El asnero me mira fijamente, y entonces acontece algo que, de haberme sido contado, jamás hubiera creído. No puedo dar crédito a mis oídos.

ÁNTRAX:

Señor, ¿qué hacéis ahí? ¿Qué significa esto?

ESTRUTIÓN:

¿Qué te importa, muchacho? Me siento un rato a la sombra de tu burro. El sol está tan caliente que voy a desvanecerme.

ÁNTRAX:

No, mi buen señor, ¡no lo hemos convenido así! Yo le alquilé el burro, pero no hemos hablado una sola palabra de su sombra.

ESTRUTIÓN:

¿Has enloquecido, muchacho? La sombra va con el burro, se da por sentado. Al cerrar el trato, alquilé los dos.

ÁNTRAX:

¡Por los sapos sagrados! Nada de dar por sentado. Una cosa es el burro y otra cosa es su sombra. Habéis alquilado mi burro por diez monedas de cobre. De haber querido alquilar también su sombra, debíais habérmelo dicho. En una palabra, señor, levantaos y proseguid vuestro viaje o, de lo contrario, abonadme lo que corresponde por la sombra.

ESTRUTIÓN:

¿Qué? ¿He pagado por el burro y ahora pretendes que pague también por su sombra? ¡Quien te hiciera caso sería tres veces burro! ¡Este asno me pertenece por día entero, y puedes estar tranquilo, que me sentaré a su sombra y me quedaré sentado las veces y el tiempo que me dé la gana!

ÁNTRAX:

¿Lo decís en serio?

ESTRUTIÓN:

Muy en serio.

ÁNTRAX:

Entonces, señor, volved en seguida a Abdera para ver al juez. Veremos quién de nosotros tiene razón. ¡Juro por los sapos sagrados, que me protegen a mí y a mi burro, que nadie disfrutará, contra mi voluntad, de la sombra de mi asno!

ESTRUTIÓN:

¿Qué podía hacer? ¡Conque ha sido para esto para lo que emigré de Megara a Abdera! Primero tuve ganas de darle una paliza, pero lo medí con la vista: un metro noventa de alto y dos veces más ancho que su burro. No tuve más remedio que abandonar la muela del juicio y volver a Abdera para ver al corregidor Filípides.

FILÍPIDES:

Así es. Vinieron esos dos a verme a mí, al corregidor Filípides. A eso de las once estoy en el tribunal, y ya los oigo gritar desde lejos.

ESTRUTIÓN:

¡Estafador! ¡Arruinas mi carrera!

ÁNTRAX:

¡Explotador! ¡Queréis robarle hasta la camisa a un pobre hombre!

FILÍPIDES:

Bueno, pienso, gritad; para eso justamente soy el corregidor. Desde hace veinte años. Y bueno, pienso, dejemos entrar a estos dos, mientras no haya abogados merodeando, mi paz está asegurada. Por lo general, siempre propicio la paz. Hasta ahora, todos cuantos gritaron así parecían tener razón. Si un rico viene con un ladrón, escucho primero al rico. Naturalmente, el rico tiene razón; lo que un hombre posee es de él y de nadie más. No hay que robar. Luego escucho al ladrón. Y bueno, pienso, también él

tiene razón, porque no se puede pasar hambre. El hombre necesita pan. Existe, pues, un derecho del rico y un derecho del pobre. ¿Acaso yo tendría que tomar algún partido? Por eso propicio la paz, para que todos tengan razón. Y bueno, pienso, ya se están acercando esos dos gritadores. Son el dentista Estrutión y el asnero Ántrax, los conozco a ambos. Primero miro al dentista y después al asnero, luego otra vez al asnero y nuevamente al dentista. ¿Quién de ustedes dos es el acusador?, pregunto.

ESTRUTIÓN:

Acuso al asnero de haber violado nuestro contrato.

ÁNTRAX:

Y yo acuso al dentista de querer sentarse en una sombra que no ha alquilado.

FILÍPIDES:

Entonces, tenemos dos demandantes. ¿Y dónde está el acusado? Vaya un proceder extraño. Contadme otra vez el asunto con todos sus detalles, pero hacedlo uno después del otro; es imposible comprender de qué se trata si ambos gritáis al mismo tiempo.

ESTRUTIÓN:

¡Venerado señor corregidor! Yo, el dentista Estrutión, alquilé un burro a este asnero por un día. Es cierto que no hemos concluido ningún trato para la

sombra del burro. Pero ¿quién ha oído jamás que, con lo caro que está el alquiler, todavía exista una cláusula para su sombra? Por Hércules, éste no es el primer burro que se alquila en Abdera.

FILÍPIDES:

El dentista tiene razón. Y tú, asnero, ¿qué tienes que decirme?

ÁNTRAX:

Severo señor, sólo soy un hombre común, pero no me resulta difícil comprender que no estoy obligado a poner gratuitamente mi burro al sol para que algún otro se siente a su sombra. He alquilado el burro al señor, y él me adelantó la mitad de lo establecido, lo admito. Pero una cosa es el burro y otra cosa es su sombra.

FILÍPIDES:

También es cierto. Lo mejor que podéis hacer es ponerlos pacíficamente de acuerdo. Vos, honesto Ántrax, cedéis la sombra del burro, ya que, después de todo, no es más que una sombra; y vos, señor Estrutión, le dais tres monedas de cobre para que ambas partes puedan estar en paz y satisfechas. La paz es siempre lo mejor.

ESTRUTIÓN:

¡No daré una sola pieza a este piojoso asnero!
¡Quiero hacer valer mi derecho!

ÁNTRAX:

¡Y yo el mío!

FILÍPIDES:

Bueno —pienso—, ya que gritan otra vez, que se desfoguen; no hay que inmiscuirse en cosas que pueden solucionarse por sí solas. Me seco la frente, siguen gritando; me sueno la nariz, siguen gritando. Pero de pronto, ambos al unísono, cierran el pico. Hay un gran silencio. Con todo esto, ¿dónde está el burro?, pregunto.

ÁNTRAX:

En la calle, delante de la puerta, severo señor.

FILÍPIDES:

Hago pasar al burro. Aquí viene, es una bestia pesada, gris y triste. Se detiene, levanta las orejas, deja oír un i-a, mira primero al asnero, luego al dentista y, finalmente, me mira a mí, después de lo cual sacude la cabeza y la inclina con resignación. Vaya si te comprendo —pienso—, la estupidez humana es como para llorar. Pero el asnero se pone otra vez a gritar.

ÁNTRAX:

Vedlo vos mismo, afable señor corregidor; ¿acaso la sombra de un burro tan lindo y airoso como éste no vale sus cinco piezas, y especialmente en un día ardiente como el de hoy?

FILÍPIDES:

¿Persistes en recibir cinco piezas por esa

sombra?

ÁNTRAX:

¡Por los sapos sagrados, sí! ¡No me voy a retractar! ¡Yo no admito patrañas!

FILÍPIDES:

Bien, asnero. Entonces tengo que iniciar un juicio. Esbirro, conduce este burro al patio. Mientras dure el proceso quedará confiscado aquí.

ÁNTRAX:

¡Severo señor, no podéis hacerme eso!

FILÍPIDES:

No hay otro remedio. La justicia es severa. El burro es la causa del juicio y por eso tiene que permanecer aquí.

ÁNTRAX:

¡Yo vivo de ese burro!

FILÍPIDES:

Ves, asnero, eso te pasa por no querer la paz. La paz siempre es lo más importante. Si estamos en guerra contra los macedonios tampoco puedes ejercer tu oficio, porque tienes que entregar tu burro al ejército, y si quieres un proceso, tienes que entregarlo a la justicia. ¿Quieres ceder ahora? Dentista Estrución, pagad cuatro cobres al asnero para demostrar vuestra buena disposición, y tú, asnero Ántrax, acéptalos y reanuda prontamente vuestro viaje a Gerania, de lo contrario el dolor de

muelas matará a ese pobre hombre.

ESTRUTIÓN:

No sé.

ÁNTRAX:

No señor corregidor.

FILÍPIDES:

Bueno, pienso, a éstos los ablandaré pronto. Insisto, los aliento, hallo una buena razón tras otra, hasta que por fin están por ceder, se rascan la oreja, pero por desgracia en ese momento pasan los abogados Fisignato y Polífono, con sus mantos amarillos y sus largos pescuezos, semejantes a dos buitres.

FISIGNATO:

¿Lo habéis oído? Por desgracia en ese momento pasan los abogados Fisignato y Polífono. Por desgracia, ésa es la palabra que hace falta en este caso. No quiero hablar a favor de mi colega Polífono. No puedo comprender que un miembro de la cámara judicial de Abdera se ponga de parte del asnero —repito que eso me es incomprensible—, pero, en cambio, ocuparme del dentista Estrutión fue, sin lugar a dudas, mi deber más sagrado. Pensándolo bien, ¿de qué se trataba en este proceso que tuvo un fin tan espantoso? ¡Se trataba únicamente de llegar a una sentencia justa!

POLÍFONO:

Fisignato tiene razón, en ese proceso se trataba de la justicia propiamente dicha. Se me han atribuido toda clase de abyectos móviles para envilecer mi defensa a favor del asnero Ántrax. Un periodista hasta llegó a escribir que yo había echado una mirada de soslayo al burro, convenciéndome de que era un animal sano y bien alimentado. ¡Eso es una vulgar calumnia! ¿Cuál es el verdadero motivo? Sólo el hecho de que del propio pueblo, de la boca de uno de sus humildes representantes surgió un precepto jurídico. Un precepto nuevo, digo yo, pues ¿por qué los necesitados no tendrían derecho a su sombra? Por eso, obedeciendo al deseo del corregidor Filípides, mandé guardar el burro a los tribunales y salí con Ántrax a la plaza del mercado, bajo un sol que todavía estaba caliente.

VENDEDORA:

¡Ciruelas, ciruelas frescas, las primeras ciruelas!

PREGONERO:

¡Los atenienses acusan a su almirante Alcibíades!
¡La guerra del Peloponeso toma un cariz sensacional!

VENDEDORA:

¡Lana persa, la mejor lana persa!

POLÍFONO:

¡Arriba ese ánimo, asnero Ántrax! Es cierto que tu burro está confiscado, pero con este proceso ganarás doce dracmas.

ÁNTRAX:

¿Doce dracmas? Por los sapos, señor Polífono, ¿doce dracmas? ¡Me voy a desmayar!

POLÍFONO:

Doce dracmas.

ÁNTRAX:

Doce dracmas. Con eso puedo comprar tres burros. Buenos animales de Macedonia. Seré el asnero más veloz e importante de Abdera.

POLÍFONO:

No será fácil ganar el proceso, asnero Ántrax. Es necesario que comprendas claramente la situación. No sólo se trata de mí. Lo primordial es que hagas una vida decorosa y decente, asnero. Ahora los ojos de la ciudad están puestos en ti. Se dice, sin ir más lejos, que de vez en cuando te emborrachas.

ÁNTRAX:

¡Pero señor Polífono!

POLÍFONO:

Ayer te vi pasar tambaleándote por la calle Jasón.

ÁNTRAX:

Sólo fue un licorcito de ciruelas, querido señor. De cuando en cuando, un licorcito de ciruela.

POLÍFONO:

Tienes que ponerle coto. Abstinencia absoluta. Tampoco debes pegar a tu mujer. Así el Centro de Mujeres nos prestará su apoyo.

ÁNTRAX:

Pero querido señor Polífono...

POLÍFONO:

No hay pero que valga. No me contradigas. Se trata de despertar la fe del pueblo. Tú eres ahora el pueblo. La mera sombra de un burro no basta, eso no le interesa a nadie.

ÁNTRAX:

Pero yo soy uno solo, señor Polífono, y el pueblo es toda una multitud.

POLÍFONO:

Eres el que cuenta. Un general tampoco es un ejército, pero es el más importante. Sin él la guerra se pierde con toda seguridad. Ahora eres un general, asnero Ántrax, un general de la virtud, del matrimonio feliz, un general de la abstinencia. De acuerdo con la tarifa de la cámara de juristas, mis honorarios son de cuatro dracmas. Es lo que les corresponde abonar a los menos rentados. Debe saldarse dentro de los próximos tres días.

ÁNTRAX:

¿Cuatro dracmas, señor Polífono? ¡Por los sapos! ¡Entonces sólo podré comprarme dos burros!

POLÍFONO:

¿De qué te quejas? Después de todo, tus ganancias ascenderán a doce dracmas. Por desgracia no puedo hacer ninguna excepción en cuanto al cobro

de mis honorarios; las prescripciones a ese respecto son severas e inflexibles. Arriba ese ánimo, Ántrax. Ahora tengo que tomar por la calle Apolo; me espera Pampus, el rentista.

FISIGNATO:

Mientras que mi colega cruza la plaza del mercado con el asnero, yo voy con el dentista Estruti6n. Se6or Estruti6n, digo, en este proceso usted no tendr1a nada que ganar, aparte de cuatro dracmas.

ESTRUTI6N:

Lo hago por la justicia, se6or Fisignato. ¿A cu1nto ascienden sus honorarios?

FISIGNATO:

A cuarenta dracmas, de acuerdo con la tarifa de la c1mara de juristas para clientes de la clase dirigente, se6or Estruti6n. Dentro de los pr6ximos tres d1as tendr1e que cobrar un adelanto de veinte dracmas.

ESTRUTI6N:

¡Hum!, este viaje a Gerania me est1a saliendo caro, pero usted cobrar1a sus honorarios y su adelanto, se6or Fisignato. Cuando se trata de un principio, ning6n sacrificio es demasiado grande. Soy un cient1fico.

1NTRAX:

¡V1lgame! Este miserable dentista dice que es un

científico. Vaya científico que ni siquiera cree en los sapos a pesar de que todo el mundo puede oírlos. Que desaparezca en su barrio residencial, yo por mi lado, tomo por la calle Jasón. Doce dracmas menos cuatro dracmas son ocho dracmas, es decir, ¡dos burros! Un buen negocio; un hermoso negocio. Aquí está mi sótano. Naturalmente otra vez hay ropa húmeda tendida junto a la entrada. Domínate Ántrax, aquí viene tu mujer. No le pegues, pon cara amable, de ahora en adelante aquí habrá un matrimonio modelo. Piensa en los ocho dracmas, en los dos burros de Macedonia. Te saludo devotamente, Crobila, esposa mía.

CROBILA:

El puré de almorejo está listo, hombre, y también el ajo. ¿Dónde está tu burro?

ÁNTRAX:

Lo mandé guardar, mujer, lo mandé guardar. Pronto ya no preguntarás «¿dónde está tu burro?», sino «¿dónde están tus tres burros?», el viejo y los dos macedonios. Se trata de hacer un negocio, mujer: ocho dracmas.

CROBILA:

¿Ocho dracmas?

ÁNTRAX:

Te sorprendes, mujer, ¿eh?

CROBILA:

¡Pero si estás borracho!

ÁNTRAX:

No, no estoy borracho y tampoco te pego. Me he vuelto virtuoso, mujer, porque ahora soy el pueblo. ¡Toma un beso en la mejilla, querida bruja! Saca fuera las camas, mujer, y los muebles; son de madera de cerezo, tenemos que empeñarlos.

CROBILA:

¿Eh?

ÁNTRAX:

¿Cómo eh? Necesito cuatro dracmas como honorarios para el abogado Fisignato, querida Crobila. ¡Yo gano ocho, él gana cuatro, en total son doce dracmas! ¿Y por qué, mujer? Jamás lo imaginarías. ¡Por una mísera sombra, por la sombra de mi pobre burro!

CROBILA:

¡Por los dioses sagrados! ¡Mi marido ha enloquecido!

ÁNTRAX:

Quien ha enloquecido es el dentista, mujer; se quiso sentar a la magnífica sombra de mi espléndido burro, sin pagar una sola pieza. A pleno sol. Ésos no son sólidos procederes comerciales para Abdera. ¡Así no se puede tratar conmigo, con el pueblo! Ahora habrá un proceso que hará palidecer a los dioses. ¡Fuera las camas! Estamos en verano,

podemos dormir en el suelo.

CROBILA:

¡Heme aquí a mí, a Crobila, una pobre mujer, hija del zapatero Anómalos, frente a mi cuenco de almorejo cocido, escuchando la desdichada historia que me cuenta mi marido, el asnero Ántrax, hijo del esclavo Hidor y de la campesina Perséfona! ¡Y éste fue el hombre con quien me casé! ¡Pensar que el boxeador Ketos había puesto sus ojos en mí...! Ahora vende nuestros muebles y nuestras camas, y a su burro, que es su única fuente de ingresos, lo deja en el tribunal. Un asnero que entabla un proceso con un dentista. Algo sin esperanzas. Ese proceso nunca podrá ganarlo con la mera participación de un abogado. Un asnero siempre es un asnero, eso no puede cambiarlo ningún defensor. Para eso hay que encontrar un interés más elevado, algo espiritual. (*Alza la voz.*) Cuanto más alto se mira, mejor es. Hombre, digo, Ántrax, tenemos que interesar en esto personalmente al gran sacerdote de los sapos, Estróbilo, de lo contrario tus burros quedarán ahí donde están ahora: en tu cabeza.

ÁNTRAX:

No eres inteligente, Crobila. ¿Cómo piensas hacerlo? Jamás el gran sacerdote se ha interesado por las preocupaciones de un asnero.

CROBILA:

Muy sencillo: mi amiga Peleia, la modista, conoce a un herrador llamado Mastax que quiere casarse con ella, pero ella no le quiere, por culpa del hostelero Colon que le hace la corte porque se ha quedado viudo. Ese Mastax tiene un hermano que es capitán de barco y que está comprometido con Iris, la conoces, esa rubia gorda.

ÁNTRAX:

¿Qué me importa Iris?

CROBILA:

¡Tonto! ¡Es la cocinera de la bailarina sagrada Telesia!

ÁNTRAX:

¿Qué diablos tiene que ver Telesia con mi proceso?

CROBILA:

¡Hombre! ¿Es que no usas tu cabeza? Telesia es la primera bailarina del templo de los sapos sagrados. ¡Eso lo sabe todo el mundo!

ÁNTRAX:

Pero ¿qué tiene que ver esto con mi proceso?

CROBILA:

Muy sencillo. Yo hablo con la modista, ésta habla con el herrero, el herrero, con su hermano el capitán, aquél habla con Iris, ella habla con la bailarina sagrada y ésta habla con el gran sacerdote. Tenemos que hacerlo, Ántrax. Conozco a la mujer del dentista

Estrutión, una vez fui a lavar a su casa; ésa irá a ver a todos los jueces y tú te quedarás mirando la luna, si no tomamos alguna medida. El gran sacerdote, eso es lo que necesitamos. Él conseguirá que hagas tus ocho dracmas.

ÁNTRAX:

¡Ocho dracmas! ¡Mujer, si eso se realizase!

CROBILA:

Fue difícil, pero finalmente el hombre se convenció. Saco las camas y los muebles y el sábado por la noche me dirijo a la modista Peleia. Esta habla al herrador Mastax, Mastax con su hermano el capitán, éste con la rubia Iris, cocinera de Telesia, y Telesia con el gran sacerdote Estróbilo.

ESTROBILO:

Se oyen los sapos y las flautas de Lidia.

Es una historia conmovedora, Telesia, la que me estás contando. ¿El proceso es contra el dentista Estrutión? Ya hace tiempo que le tengo manía a ese dentista de Megara. Desde épocas inmemoriales los abderianos aquejados de dolor de muelas se hacían sanar por mis sapos sagrados. Un sacrificio de dos pollos y sanaban, y ahora tiene que venir ese dentista con su abracadabra científico. ¡El dentista tendrá que soportar el peso entero de mi poder!, mañana se reúne la comisión parlamentaria de culto; hablaré con algunos jueces que siempre me demostraron una

disposición favorable. El dentista está liquidado.

AGATIRSO:

No, gran sacerdote Estróbilo, ¡el dentista no está liquidado, aunque el asnero Ántrax fuese su propio hijo! Perdonadme, señoras y señores, por interrumpir las palabras del sin duda honorable gran sacerdote en esta forma quizá un tanto arbitraria, pero soy Agatirso, el supremo pontífice del templo de Jasón, y mi rango me obliga a decirle, le guste o no: «¡Hoy día no nos hace falta creer en sapos y en mitologías, necesitamos urgentemente una nueva fe en el ser humano!». ¿Y cómo podemos tener fe en el ser humanos si le antepone los derechos de un burro, si toleramos que un ser humano —un ser humano, mi amado público— sea quien deba exponerse al sol calcinante y no un burro? Los síntomas son viejos y conocidos; se comienza adorando a un burro y se termina con asesinatos en masa. Eso es lo que está en juego, gran sacerdote Estróbilo, en este proceso, cuyas causas me fueron detalladas ayer en la forma más amable por la señora Cloe Estrutión. ¿Qué es más importante, creer en la humanidad o creer en sapos y burros? Mañana se reúne la comisión parlamentaria de culto, pero también yo conozco jueces en Abdera. ¡Ya veremos, señor Estróbilo, ya veremos!

FILÍPIDES:

También yo lo vi, yo Filípides, el corregidor. Lo vi, por desgracia. ¡El resultado fue desastroso! Lo más importante de todo es la paz; los grandes sacerdotes no deberían ocuparse de estas cosas ridículas. Los grandes sacerdotes hicieron de todo una cuestión de principios, y eso no está bien cuando se trata de un burro. En vez de quitar las ganas a esos dos de iniciar un descabellado pleito por la sombra de un burro, cometieron la locura aún mayor de hacer de ese proceso una cuestión filosófica de ideales. Luego no es de extrañar que el juicio del asunto Ántrax-Estrución haya arrojado un saldo catastrófico. En seguida me di cuenta de que algo andaba mal, cuando inicié la sesión, otorgando la palabra a Miltias, el fiscal. Y bueno, viejo Filípides, pienso, ¿qué pasa aquí? Algo anda mal. Los diez jueces presencian la requisitoria del fiscal frunciendo el ceño; ni siquiera salen a la cantina para comer salchichas calientes y torta. Hoy, pienso, la justicia contará con muy pocos argumentos en su favor. Cuanto más se prolonga el discurso, más se acentúan mis temores. Algunos jueces aplauden, otros silban, jamás he visto semejante celo. Cinco jueces están de parte del asnero, los otros cinco del dentista. Esto ya lo había adivinado yo, Filípides. Nadie llegó al asunto. Sobrevivieron los ideales. La riña fue terrible. El asnero aporreó al dentista, el dentista al

fiscal, éste a Polífono, Polífono a Fisignato y Fisignato me encajó la campanilla de sombrero, por haberseme ocurrido trasladar el proceso al senado. ¡Los alguaciles aporrearon al asnero y los diez jueces a cuanta persona caía bajo sus puños, siendo a su vez aporreados por todo el mundo! Finalmente todos partieron hacia sus casas, tambaleándose y sangrando. Yo me fui a mi cámara, los jueces partieron a la ciudad, el asnero fue con Polífono por la calle Jasón y el dentista Estruti3n con Fisignato al barrio residencial.

ESTRUTI3N:

¡Maldito director de la Compaa Importadora de Esclavos de Gerania! ¿Qu3 gano yo ahora con que le duela la muela del juicio? ¡Se me ha ido la mitad de mis pacientes! Un t3cnico dental de Bizancio, un individuo sin ninguna instrucci3n, que ni siquiera habla convenientemente el griego, acaba de abrir un consultorio en la calle de la Cigüeña. ¡Creo que lo mejor ser3 que abandone este proceso!

FISIGNATO:

¡Señor dentista Estruti3n! ¡Ahora la ciudad entera le contempla!, ¡toda Tracia habla de usted! ¿Pretende abandonar la partida en este momento hist3rico? Debi3 usted renunciar a la mitad de sus pacientes; eso es cierto. ¡Pero ahora se trata de algo m3s grande, señor dentista, ahora se trata de los ideales,

se trata de la humanidad! ¡Tenga usted el coraje de añadir cuarenta dracmas a mis honorarios y la parte contraria será pulverizada!

POLÍFONO:

Tu sagrado deber de representante de la clase trabajadora es luchar contra la injusticia que se cometió no solamente contra ti, sino contra todos los asneros de todos los tiempos. ¡Hombre! ¡Tus posibilidades son magníficas! Dame otros cuatro dracmas y el dentista será derrotado.

ÁNTRAX:

Ya no me queda dinero, señor abogado. Mi burro está confiscado, mis muebles y las camas están empeñados y aun mi hija, la pequeña Gorgo, usted la conoce, bueno, tuve que venderla como esclava al rentista Pampus.

POLÍFONO:

Mi querido Ántrax, si quieres renunciar a dos pasos de la meta, a dos pasos de obtener un próspero negocio de asnería...

ÁNTRAX:

Pagaré, estimado señor, pagaré.

POLÍFONO:

Hombre, veo que eres bastante razonable. Necesito ese dinero antes de mañana. Y ahora llevemos este proceso hacia un final glorioso. Ah, ésta es la calle Apolo, tengo que tomar por aquí, mi

buen hombre. Mantente firme y obedéceme, yo tengo que tomar por esta calle. ¡Maldición, mi nariz!

ÁNTRAX:

Ahí va. Va a ver al rentista Pampus. Y yo continúo trotando por la calle Jasón. Quiere todavía cuatro dracmas. Ya tiene cuatro y ahora quiere otro tanto. Sólo me quedarán cuatro, pero con eso por lo menos todavía podré comprar un burro. Tengo que continuar, aunque sólo sea por los ocho dracmas que he perdido. Esta vez le llegó el turno a mi mujer, a Crobila. Corax, el vinatero, la tomará. No hay otro remedio, Ántrax. Aquí está mi sótano. Hoy no cuelga ropa mojada; ya no tengo ropa. Salud, Crobila, mujer mía.

CROBILA:

El puré de almorejo está, hombre. Ajo ya no queda.

ÁNTRAX:

Ya ni ajo queda. Me pongo a comer el puré. Me sueno la nariz. Mujer, digo, estos tiempos son difíciles. La mujer gruñe algo y me mira de pie junto al fogón, como lo hace siempre. Mujer, digo, Polífono necesita otros cuatro dracmas.

CROBILA:

No tenemos nada, hombre.

ÁNTRAX:

Reanudo mi comida. Luego vuelvo a sonarme la

nariz. Crobila, digo, no hay otra alternativa. Tengo que ganar el proceso para saldar mis deudas. Ella dice: «Ya hemos vendido la hija». Sí, digo, eso no tiene remedio. Ese abogado mío tiene que vivir. Ella dice: «Ésos tienen una buena vida». Como sin interrumpirme. Sonarse otra vez la nariz ya no tendría sentido, tengo que decírselo. He hablado con Corax el vinatero. Es una buena colocación para ti: me dará cinco dracmas. No tendrás una vida difícil. Sólo quiere que le cocines. Corax es bonachón y además algo le pasa con el corazón, por lo que no podrá pegarte. Es una buena colocación. Ella no dice nada. Sólo mira fijamente a un rincón. Fuiste una mujer valiente, digo, una mujer buena y valiente, el puré de almorejo siempre fue bueno, eso tengo que decírtelo, y el ajo que le agregabas era magnífico. Ella inclina la cabeza. Bueno, mujer, di algo.

CROBILA:

¿Cuándo puedo ir a la casa de Corax?

ÁNTRAX:

Ahora. Cuando quieras. No dice nada. Sólo junta sus cosas. Un pañuelo para la cabeza que le dejó su madre, un cuadro de Artemis que estaba encima de la cama, las sandalias de los domingos. El cuadro del pintor Bellorfon que nos representa sentados delante del templo de Latona en el día de nuestra boda, no lo toca.

CROBILA:

Adiós, entonces, Ántrax.

ÁNTRAX:

Adiós, entonces, Crobila. Fuiste una mujer buena, una esposa valiente. Mis ojos están empañados. Una vez más me sueno la nariz. Ahora ni siquiera puedo permitirme un licorcito de ciruela. ¡Esto es la miseria, Ántrax, la miseria lisa y llana! Cuando gane el proceso, en vez de comprarme un burro rescataré a Crobila. Estoy otra vez en la calle Jasón. Eternamente y siempre la calle Jasón. Hay un gran gentío en todas partes. El desorden de una multitud aglomerada. La plaza del mercado rebosa de gente, las fondas rebosan de gente. Hablan y hablan; no hacen más que hablar. ¿Qué diantres ha pasado con Abdera? Oigo mi nombre en todas partes y por todos lados hay aplausos, silbidos y por todas partes la gente se aporrea. ¿Qué diantres ha pasado con Abdera?

Breve pausa, murmullo de gente.

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE TURISMO:

En este proceso se trata de algo más que de lo expuesto; ¡se trata del turismo! ¿Por qué razón, estimados amigos y amigas del turismo abderino, los forasteros nos evitan, prefiriendo Xantia, una ciudad cuyas bellezas naturales son tan enteramente inferiores a las nuestras, una ciudad que no tiene

teatro, que no tiene un museo folklórico y que ni siquiera dispone de un establecimiento público? Por culpa de los sapos del gran sacerdote que andan saltando por todas partes, en la plaza del mercado y en los jardines públicos, espantando a los turistas con su monstruoso aspecto y por culpa de la insolencia de nuestros asneros, que exigen dinero hasta por una mera sombra. Amigos y amigas del turismo, frente a este peligro que nos amenaza a todos por igual sólo queda una solución...

Su voz se aleja.

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES:

¡Abderinos y abderinas! Este proceso sirvió para abrirnos los ojos y hacemos comprender en definitiva de qué se trata aquí: ¡se trata de humanitarismo! ¡En mi calidad de presidente de la Sociedad Protectora de Animales, protesto contra el trato cruel infligido a un burro por un dentista cuyos métodos bestiales para la extirpación de las muelas son conocidos por todos! No se conformó con sentarse a la sombra de ese burro inocente, nada de eso; aun lo montó, en vez de caminar a su lado, como suele hacerlo cualquier progresista amigo de los animales. Por consiguiente, invito a todos los abderinos amigos de los animales a que...

Se aleja la voz.

GRITERÍO:

¡Vivan las sombras!

GRITERÍO:

¡Vivan los burros!

El griterío se aleja.

GRITERÍO:

¡Viva Estrutión!

GRITERÍO:

¡Viva Ántrax!

Pausa con música.

TIFIS:

Música de fondo.

Por fin, en una noche adversa,
sin astros ni claros destellos,
el mar en su quietud perversa
de pronto se harta de ellos.

Queda un rato silencioso;
los acompaña, por caridad,
luego un viento impetuoso
¡los mata en su inmensidad!

¡Aquí estoy sobre mi puente de mando, con el estómago repleto de aguardiente, el pelo lleno de estrellas, la luna sobre mis hombros y con mis harapos cubiertos de algas, manchados de aceite y enjuagados por la espuma de los chapuzones! No me gustas, Abdera; nada tienes que ofrecerle a un lobo de mar. Nada me atrae en esta ciudad, y el cuento del

burro es un cuento estúpido. Algo semejante sólo puede pasar en tierra firme. ¿Qué me importan los burros y los dentistas? Nada. ¡Eh, timonel! ¡Eh, marineros!, preparados para zarpar.

HOMBRE 1.º:

¡Capitán Tifis! ¡Capitán Tifis!

TIFIS:

¿Quién llama? ¿Quién sube a bordo?

HOMBRE 1.º:

Alguno que no quiere nombrarse.

TIFIS:

Bienvenido, señor. Cuando alguno no quiere nombrarse, eso me gusta. Quiere decir que hay negocios que valen la pena. ¿Qué quieres?

HOMBRE 1.º:

Provocar un incendio en la ciudad.

TIFIS:

Amigo, el capitán Tifis puede proporcionártelo todo: hasta un incendio. Todo está en venta si la oferta es buena. ¿Cómo se llama tu ciudad?

HOMBRE 1.º:

Abdera.

TIFIS:

¿Y dónde quieres ese incendio?

HOMBRE 1.º:

En el templo de los sapos sagrados.

TIFIS:

¡En el templo de los sapos! Vaya, se asarán a miles. Chamuscaremos el rostro del cielo con una piadosa antorcha. ¿Y por qué quieres hacerlo, mi bien ataviado amigo?

HOMBRE 1. °:

Para que podamos progresar. Alguna vez tenemos que dejar atrás los trastos viejos y encauzar nuestro progreso. Está en juego la libertad.

TIFIS:

¡Está en juego la libertad! Provocar un incendio es un placer, cuando está en juego la libertad. Estaremos al servicio de nobles fines ¿verdad? ¡Siempre fue así en cada costa, en cada puerto, en cada comarca, bajo todos los soles! Para vosotros se trataba de ideales y para mí se trataba de aguardiente, mujeres y oro. ¿Cuánto, hombre?

HOMBRE 1. °:

Quinientos dracmas.

TIFIS:

Dámelos. Y vete.

Breve pausa.

HOMBRE 2. °:

¿El capitán Tifis?

TIFIS:

El mismo está sentado frente a ti. Pero espera, hombre, tengo que volver a llenarme con una botella de aguardiente; cuando estoy sobrio veo doble.

¿Vienes de Abdera, ciudadano?

HOMBRE 2.º:

Así es, de Abdera.

TIFIS:

Y estás con los ideales, ¿no es verdad? Bregas por algo elevado y espiritual.

HOMBRE 2.º:

Brego por mi patria.

TIFIS:

También eso es un hermoso ideal. Un ideal sano. Con eso se pueden hacer buenos negocios. ¿Qué quieres?

HOMBRE 2.º:

Fuego, capitán.

TIFIS:

¡Fuego! Es un artículo muy solicitado. Lo quieres en el templo de Jasón, ¿verdad?

HOMBRE 2.º:

Lo adivinaste.

TIFIS:

¿Cuánto?

HOMBRE 2.º:

Seiscientos dracmas.

TIFIS:

Seiscientos dracmas. Verás arder tu templo como un viejo pergamino y a la vista del fuego bailaré sobre mi puente de mando y golpearé las manos.

¡Arriba muchachos! ¡Arriba, timonel! ¡Arriba, práctico! ¡A tierra, a tierra! ¡Incendíadme los templos de sus mentiras como si fuesen pajonales!

Se oirá cuerno de incendio y campanas. Breve pausa.

VIGÍA:

¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego, señor Pirops, jefe de bomberos, fuego! Arde el templo de los sapos.

PIROPS:

¿Qué? ¿El templo de Latona? ¿Esa construcción de madera podrida? ¡Alcánzame el casco, el uniforme y mis grebas! ¡Continúa soplando, muchacho, con toda la fuerza de tus mejillas!

VIGÍA:

¡El templo de Jasón, señor Pirops, arde el templo de Jasón!

PIROPS:

¿También ése? Soplad, muchachos, soplad, es un fuego tremendo y vuelan las chispas. Es el fin del mundo; hay luz de día en plena noche. ¡Soplad, soplad! ¡Haced venir a los sargentos Polifemo y Perseo!

POLIFEMO Y PERSEO:

¡Señor jefe de bomberos!

PIROPS:

Polifemo, ve corriendo con la mitad de la dotación al templo de Jasón y Perseo con la otra

mitad al templo de los sapos.

PERSEO:

Soy miembro del partido de las sombras, señor jefe. No puede usted pretender que contradiga mis más profundas convicciones, intentando salvar un templo cuya destrucción sólo puede brindarme motivos de satisfacción.

POLIFEMO:

Y yo soy un burro. Mis ideales no admiten la salvación del templo de Jasón.

PIROPS:

¡Entonces que cada uno vaya al templo que quiera salvar, qué diablos! ¡Pero apuraos! ¡Pensad en el viento! Si no obráis con rapidez, toda la ciudad será presa de las llamas.

VIGÍA:

¡Arde el casco antiguo! ¡El casco antiguo!

PIROPS:

¡Obrad! ¡Os lo ordeno! ¡La ciudad está ardiendo por los cuatro costados!

PERSEO:

Debe usted comprender que tenemos ideales. En esta situación es necesario que acate firmemente la consigna del partido de las sombras. Ninguna ayuda a los burros: ayuda completa a las sombras.

POLIFEMO:

¡Yo, en cambio, en mi calidad de burro fanático,

tengo el convencimiento de que me es imposible hacer una excepción cuando lo que está en juego es el ideal supremo!

TIFIS:

Música de fondo.

¡Ya arde! ¡Ya Arde! ¡Abdera, mi alegre hoguera, Tifis baila a la luz de tus llamas sobre su puente de mando! ¡Arden tus dioses, tus sapos, tus negocios, tu estupidez! ¡Tus habitantes saltan de sus camas, pálidos, en camisa; gritan, maldicen, lloran, olvidan sus ideales y su proceso! ¡A través de su brasa la luna tiene un reflejo verde, Abdera, y el humo sube derecho hacia tu cielo! ¡A bordo, a bordo, mis lobos, mis linceos, mis gatos, mis zorros! ¡A bordo!

Por fin una ola tremenda,
alzando su presa inerte,
enseña la última senda,
la peña fatal de la muerte.

La música de fondo continúa durante una breve pausa.

FILÍPIDES:

En fin, así fue, Abdera se desentendió del asunto y ardió en llamas. Ahora estamos aquí entre nuestras ruinas, cabeza contra cabeza, fantasmas nocturnos bajo un sol despiadado que continúa resplandeciendo, que continúa siempre resplandeciendo.

AGATIRSO:

Sólo quedan paredes negras.

CROBILA:

Las ventanas son cavernas huecas.

ESTROBILO:

Mis sapos sagrados están asados.

AGATIRSO:

Mi templo aún está en llamas. Es de la mejor madera de cedro.

ESTRUTIÓN:

Se quemó mi casa, perdí mis pacientes y a mi mujer.

ÁNTRAX:

Ahora ni siquiera me queda un sótano.

CROBILA:

¿Quién viene ahí?

AGATIRSO:

¿En el centro de la plaza del mercado?

CROBILA:

¡Vaya, vaya!

ESTROBILO:

¡El burro! ¡El burro de Ántrax!

FILÍPIDES:

¡Escapó de su establo incendiado!

TODOS:

¡Él es el culpable!

CROBILA:

¡Él es el criminal!

TODOS:

¡El miserable!

AGATIRSO:

¡El canalla!

ESTRUTIÓN:

¡El incendiario!

TODOS:

¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!

Griterío.

TODOS:

¡Ya! ¡Ya! ¡Prendedlo! ¡Matadlo! ¡Lapidadlo!

ÁNTRAX:

¡Quiero mi burro! ¡Quiero mi burro!

BURRO:

Permitidme, permitidme, antes de que me alcancen las piedras de mis perseguidores, antes de que sus cuchillos se hundan en mi cuerpo y sus perros me despedacen, permitidme que yo, el burro de Ántrax que va galopando angustiado y con el pelo erizado por las calles de la calcinada ciudad de Abdera, cada vez más acosado, cada vez más herido, permitidme, aun cuando no es habitual oír hablar a un burro, que os haga una pregunta. Me atrevo a hacerlo porque soy, en cierto modo, el personaje principal de este relato, y, por tanto, os ruego que no lo toméis a mal y que me contéis sinceramente y con toda

conciencia, mientras yo muero miserablemente bajo los proyectiles de vuestros hermanos: ¿fui realmente yo el burro en este relato?

Música.

Cristina Fernández Cubas
EL VENDEDOR DE SOMBRAS

ESTA historia sucedió en el zoco de Tetuán hace ya algunos años, demasiados para que podamos hallar hoy a sus protagonistas, no tantos para que yo no pueda recordarla y contarla ahora como lo estoy haciendo.

Sucedió en una callejuela empedrada, de casas sencillas y muros encalados, en la que hombres y mujeres vendían especias, perfumes, tejidos de vistosos colores o remedios contra cualquier dolencia del mundo, mientras los ancianos sorbían té con hierbabuena y apuraban unas enormes pipas de agua. Al caer la tarde los tenderetes desaparecían y los niños aprovechaban para corretear arriba y abajo, jugar al balón y fantasear sobre lo que iban a ser el día de mañana: comerciantes y artesanos como sus padres o guerreros y héroes como en los cuentos.

Al final de la calle se alzaba la morada de Ahmed Hassanín, el mejor carpintero del zoco, un hombre que poseía el don de realizar los más delicados trabajos sobre las más modestas maderas. A Ahmed Hassanín le hubiera gustado que alguno de sus tres hijos le sucediera en el negocio cuando ya sus manos no pudieran moverse con agilidad y los

años empezaran a amontonarse sobre sus espaldas. Pero ninguno de los tres hijos parecía estar en condiciones de complacerle. Ben, el mayor, poseía una respetable joroba y andaba siempre encorvado, sin poder apartar los ojos del suelo. A Salim, el segundo, le ocurría justamente lo contrario. Tenía el codo pegado a la espalda y caminaba siempre hacia atrás, con la mirada perdida en el cielo. Alí, el pequeño, no miraba hacia arriba ni hacia abajo sino hacia adentro. Es decir, se hallaba tan embebido en sus propios pensamientos que no parecían importarle ni las piedras que pisaba ni las estrellas del firmamento.

Como Ahmed era un hombre prudente y práctico decidió olvidarse de sus proyectos y sacar partido de las peculiaridades de sus hijos. A Ben, el jorobado, le puso de aprendiz en el taller de un zapatero remendón. A Salim, que conocía el cielo como su hermano la tierra, le rodeó de preceptores y sabios que muy pronto harían de él un competente astrólogo. Cuando le llegó el turno a Alí, el semblante del anciano palideció. Pero el pequeño, comprendiendo la desazón de su padre, le tranquilizó con estas palabras: «Dame tiempo, y me convertiré en el más reputado comerciante de Tetuán».

Muy sorprendido, Ahmed Hassanín optó por dar crédito a las promesas de su hijo y siguió, como de

costumbre, aserrando maderas, lijándolas, puliéndolas y componiendo las más caprichosas formas. Construyó una mesa que semejaba la hoja de la higuera, un armario que reproducía el movimiento de las palmas bajo la brisa, un cofre, en fin, que recogía todo el resplandor de la luna sobre el minarete de una hermosa mezquita. Pero los días y los meses iban sucediéndose y mientras Ben, el jorobado, se convertía en un experto remendón y el nombre de Salim era reclamado desde Fez, Rabat y otras ciudades del Reino, Alí no daba muestras de poseer inclinación alguna hacia el trabajo. Fue así como el anciano dejó de concebir esperanzas sobre el menor de sus hijos y se dedicó a comentar en el café los éxitos de Ben en sus babuchas y la fama de Salim con sus estrellas. Pasaron los años, y un buen día, cuando ya los cabellos blancos recubrían gran parte de su barba, el viejo Ahmed encontró de nuevo motivos de asombro. Alí se presentó ante él y, con una voz ciertamente grave para un mancebo de su edad, le dijo: «Padre mío, mucha paciencia has demostrado al permitirme no desempeñar oficio durante tanto tiempo. Ahora me corresponde a mí enseñarte el fruto de mis horas de meditación y recogimiento». Y, tomándole de la mano, le condujo calle abajo, le hizo cruzar una plazuela, calmaron su sed junto a una fuente y se detuvieron por fin ante la

puerta de una casa en extremo ruinoso y sombría. Alí traspasó el umbral con desenvoltura e indicó a su padre que le siguiera. Se hallaban ahora en un patio descubierto al que, sin embargo, no llegaban los rayos del sol y en el que se respiraba una agradable brisa. La oscuridad se adueñaba de gran parte del recinto y el anciano Ahmed tuvo que hacer un considerable esfuerzo para distinguir en la penumbra el único objeto que se ofrecía ante su fatigada vista. Era una mesa de cedro de grandes dimensiones, muy similar a los mostradores empleados en las tiendas de paños, sólo que, en la superficie, no aparecían tejidos ni género alguno. «He aquí mi establecimiento», dijo Alí con orgullo. Pero el anciano, creyendo que su hijo se había vuelto rematadamente loco, se sentó en el suelo y, sin disimular su congoja, cubrió su rostro con las manos.

No habrían transcurrido unos segundos cuando la herrumbrosa puerta se abrió con cautela y apareció a contraluz la silueta de un hombre viejo y encorvado. Llevaba algo envuelto en un hatillo y miraba a derecha e izquierda, como si temiera chocar con un inesperado obstáculo o perder pie sobre el desconocido suelo. Cuando dio con el mostrador vacío suspiró aliviado. «¿Vienes a vender o a comprar, hermano?», preguntó Alí desde el fondo del patio. «A vender», repuso el anciano, «y... también a

comprar». Y, acto seguido, liberó su misteriosa mercancía de los andrajos que la ocultaban. Al punto la oscuridad se hizo aún más densa. «No puedo darte mucho por esto», murmuró Alí meneando la cabeza. «Lo sé», dijo el viejecillo con un hilo de voz, «ni pretendo gran cosa a cambio. Pero me gustaría vivir los pocos años que me quedan con tranquilidad de espíritu». Alí descolgó algo que pendía de una de las paredes y, al momento, se filtró un rayo de luz. «Toma, venerable anciano», dijo al fin, «tus palabras me bastan». Y el viejo salió brincando como un cervatillo.

Muy admirado se hallaba Ahmed Hassanín ante las extrañas transacciones que acababa de presenciar, pero admiróse todavía más cuando, al rato, entró en el insólito comercio un joven de porte distinguido y ropajes de calidad y precio, quien, dirigiéndose con paso firme al centro del patio, aporreó el mostrador con insolente arrogancia. «Aquí estoy», contestó Alí, «¿en qué puedo servirte?». «Vengo a vender», anunció el recién llegado y, sacando una tijera de uno de los bolsillos de la chilaba, se inclinó y empezó a recortar algo que Ahmed, desde el otro extremo, no podía distinguir con claridad, «¿Sabes lo que vas a hacer?», le previno Alí. El joven no se molestó en contestar. Acababa de infligir el último tijeretazo al objeto de su venta y ahora una apuesta silueta se

erguía ufana sobre la mesa de cedro. «A cambio», dijo el joven, «sólo aceptaré dinero». Alí sacó un fajo de billetes de una bolsa y lo tendió al desconocido al tiempo que de su boca surgían un montón de palabras rebosantes de desprecio. «Haces bien, desgraciado», dijo, «dentro de muy poco tu figura no valdría un solo *dirham*».

Y la puerta siguió abriéndose y cerrándose y, a lo largo de la tarde, desfilaron por el umbrío patio decenas de personas de las más variadas edades y cunas. Unos acudían a vender. Otros a comprar. Muchos salían con el gesto relajado y feliz. Algunos, con la perversa expresión de quien troca parte de su vida por un puñado de monedas.

Era tanta la emoción de Ahmed que no se atrevió a pronunciar palabra ni a moverse siquiera del rincón en el que se había sentado. Luego, cuando Alí cerró el establecimiento y de nuevo se hallaron padre e hijo bajo la luz, aquél sólo acertó a preguntar:

—¿Es esto un intercambio de vanidades, hijo?

—Mucho más —repuso el joven Alí—. Es simplemente un comercio de sombras.

Durante algún tiempo el honrado carpintero descuidó sus labores y empeñó sus días en pasear por el zoco. Saludaba a artesanos y colegas, contemplaba cómo los sastres cortaban sus piezas, cómo los tintoreros mezclaban sus colores, cómo los

tejedores manejaban sus telares. Vio así algunos pequeños efectos que le dejaron suspenso. Un día fue un mendigo, astroso y harapiento, cuya sombra, sin embargo, reunía todo el esplendor de un sultán de leyenda. Al otro, una humilde vivienda que se proyectaba sobre el empedrado con arcos y cúpulas de palacios de ensueño. Vio también un *cadí* por todos respetado, pero nada halló sobre el camino que pudiera recordarle la dignidad de su apostura. Y por mucho que aguardó frente a la casa de una familia principal, desde el alba hasta el crepúsculo, sólo acertó a vislumbrar, entre las higueras del magnífico jardín, unos débiles trazos que evocaban apenas la sencilla estructura de la más deleznable de las chozas. Caído de bruces, Ahmed Hasanín elevó a los cielos la siguiente plegaria: «Gracias, Dios clemente y misericordioso, porque, sin merecérmelo, me has dado tres hijos: un artesano, un hombre de ciencia y, sobre todo, un sabio».

Y ciertamente, si uno deambulaba con tranquilidad por el intrincado laberinto del zoco, podía hacerse con mil y un motivos de admiración. Y como la reputación del joven Alí se propagara de forma sorprendente, pronto fueron muchos los que desearon mejorar sus vidas. Y se procuraron nuevas y maravillosas sombras. Y así, día tras día, hacían lo posible por parecerse a la imagen que el pavimento

ardiente les devolvía. Ordenaban los cabellos bajo el turbante, cuidaban de sus cuerpos y de sus almas, y aprendieron, antes de respetar a alguien por su aspecto, a mirar bajo sus pies y comprobar si era o no merecedor de sus halagos.

Pero no todos participaron con igual entusiasmo de los nuevos tiempos. Hubo algunos que, avergonzados, se hicieron con cuchillas, jabones y arena, e intentaron, sin conseguirlo, difuminar los contornos de su odiada sombra. Hubo también mujeres de ojos hermosos y olor a jazmín que, desde entonces, no osaron mostrarse en las calles hasta que el último rayo de luz fuera abatido por la Noche.

Pero esto ocurrió hace algún tiempo. Demasiado para que podamos hallar hoy a sus protagonistas. No tanto para que yo no pueda recordarlo y contarlo ahora como acabo de hacerlo.

Notas

[1] Traducción de Luis Alberto de Cuenca. <<

[2] Traducción de Luis Alberto de Cuenca. <<

[3] Versión de José María Parreño. <<

[4] Versión de José María Parreño. <<

[5] Versión de V. García de Diego. <<

[6] Título original: *Onuphrius ou les vexations fantastiques d'un admirateur d'Hoffmann.*

Traducción de Elena del Amo. <<

[7] Joven-Francia: aquel que, en 1830-1840, seguía la moda del dandismo romántico y poseía un atractivo singular y demoníaco. <<

[8] Título original: *The Shadow*.

Traducción de Julio Cortázar. <<

[9] Título original: *Caragueuz*.

Traducción de Dafna Mazín. <<

[10] Término despectivo con el que en el antiguo imperio otomano se designaba a los súbditos no musulmanes. <<

[11] Guardián. <<

[12] Cipayo. <<

[13] Vestidura turca. <<

[14] Título original: *The Fisherman and his Soul*.

Traducción de Isabel del Río. <<

[15] *Título original:* Die Frau ohne Schatten.

Traducción de María Antonia Seijo Castroviejo. <<

[16] Título original: *Der prozess um des Esles Schatten.* <<